



DES FERRADOS LIBRO

SECBRA

BECA ABERDEEN

DESTERRADOS

SECBRA

"Cuando, infeliz, postrado por el hombre y la suerte,
en mi triste destierro lloro a solas conmigo,
y agito al sordo cielo mi grito vano y fuerte,
y, volviendo a mirarme, mi destino maldigo"

William Shakespeare



Para mi hermana, para que nunca se conforme con vivir una sola vida.

Secbra

© Beca Aberdeen

Primera edición: enero 2015

Corrección: Julia Ortega

Diseño de portada: © Pluma designs

ISBN-13: 978-1507564059

<http://www.wattpad.com/user/BecaAberdeen>

Facebook: El Ángel en la Casa de Beca Aberdeen

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a mi madre por iniciarme en el amor a la lectura y por mostrarse fascinada con mis primeros intentos de escritura. Gracias a mi padre por haberme contagiado su pasión por la ciencia ficción y por haberme leído enciclopedias como si fuera un juego.

Gracias a Charlotte, por cuestionarme el argumento hasta que me puse seria con su desarrollo. Gracias a la escritora Haimi Snown por ayudarme a pulir esta historia con su sabiduría y por guiarme siempre hacia el camino correcto y a Julia Ortega por su espléndida corrección.

Gracias a Tania por ser la primera en hablar de mis personajes como si existieran . Gracias a Alberto por soportar mis inseguridades y animarme incondicionalmente. Gracias a Irene por proporcionarme inspiración con nuestras largas conversaciones.

Y en especial, gracias a mis lectoras y lectores de Wattpad, cuyas palabras han sido el aliento que me hizo continuar cuando me flaqueaban las fuerzas. Sin ellos, nada de esto hubiera ocurrido.

Prólogo

A millones de kilómetros de la Tierra, rodeada de brillantes cuerpos celestes, se encontraba la estación espacial de Noé. Un lugar construido para albergar vida de la misma forma que en el Planeta Tierra.

Ash miró la formidable construcción a través del grueso cristal de su nave espacial. Los arcos blancos del casco exterior no le permitían ver nada más.

—¿Nerviosa? —le preguntó su hermana mientras esperaban la autorización para entrar en Noé.

—No sabría decirte —contestó Ash, tamborileando en los mandos de la nave rítmicamente. Kara depositó su mirada sobre sus pálidas manos y sonrió.

Ash se detuvo al instante.

—No te entiendo. Has pilotado esta nave desde Pentace hasta aquí. ¿Y te asusta conocer a un grupo de muchacho.

No le asustaba, le aterraba. Conducir esa nave era fácil. Había aprendido a navegar con catorce años. Pero Ash no tenía ni idea de cómo iba a hacer para enfrentarse a lo que la esperaba en la Academia de Noé. Había crecido en Pentace: una base espacial militar en la que solo había soldados y políticos. Por esa razón no había niños ni adolescentes aparte de ella y su hermana, que habían ido a vivir allí con sus padres cuando Ash solo tenía un año. Ahora que había cumplido los dieciséis, la mandaban a Noé, a una academia de portentos informáticos para que aprendiera a relacionarse con gente de su edad.

Era un poco tarde para eso, pensó sintiendo cómo los nervios le recorrían el cuerpo con un punzante cosquilleo.

Durante las últimas dos semanas antes de ir a Noé, se había dedicado a ver películas de institutos y adolescentes para poder documentarse y tener una pista de cómo iba a ser la experiencia. Pero las películas no habían hecho más que empeorar sus miedos. Al parecer, la gente de su edad era cruel y elitista. Y allí estaba ella, una

friki informática, sin belleza exterior y con conocimientos nulos de cómo comportarse en sociedad. Se la iban a comer con patatas.

Su nave estaba atracada en uno de los puertos de la aduana de Noé, donde todas las naves que llegaban del exterior eran examinadas.

Dos oficiales entraron en la nave para revisarla y Kara les informó de sus nombres completos para que pudieran comprobar sus identidades.

Tras la inspección, Ash puso la nave en marcha y los oficiales abrieron las compuertas que daban acceso al casco exterior de Noé. La imagen que recibieron a través de la enorme pantalla de la nave las dejó mudas de asombro.

Noé era una gigantesca plataforma espacial. Tan grande que solo alcanzaban a ver una pequeña parte de esta. Era totalmente blanca con forma rectangular en la base, pero por arriba una cúpula gigantesca desprendía una luz brillantísima, muy similar a la del mismo sol. Era una auténtica ciudad en el espacio.

—No puedo creer que hayamos esperado tanto tiempo para ver esto —dijo Kara, extasiada.

Su hermana era diez años mayor que ella y había vivido su infancia en la Tierra, por lo que había visto muchas cosas. Pero Ash se había criado en Pentace y no tenía recuerdos de la Tierra. Pentace, con sus luces de recreación solar tan ridículas, y su sobriedad militar era todo lo que conocía.

Las puertas del casco se abrieron, y lo primero que se veía al entrar era un pasillo ancho que hacía las veces de pista de aterrizaje. Ambos lados de la pista se utilizaban de aparcamiento, donde había varias mini-naves atracadas.

La nave de Ash, una interespacial, era el doble de grande que las demás, lo que atrajo muchas miradas curiosas. Todos allí sabían que ese tipo de nave pertenecía al Gobierno y que estaba diseñada para recorrer largas distancias.

A Ash no le gustaba nada ser el centro de atención. Sabía que aquel viaje no era una buena idea. Acababa de llegar a Noé y ya estaba sintiéndose como un mono de feria.

Continuaron su avance hacia el otro extremo de la galería. La estación estaba llena de gente. A ambos lados de la pista se extendía un raudal de expositores con comida y todo tipo de cosas necesarias para viajar. Cuando los expositores

terminaban, había una especie de capsula acoplada a la pared de la galería con dos filas de asientos. Letras luminosas se desprendían en el aire delante de la cápsula con el nombre de los destinos. Una voz femenina y suave anunciaba la salida de la siguiente cápsula en tres minutos.

— Antes de coger el Áncora necesito ir al servicio — anunció Kara, mirando a su alrededor.

Ash asintió, distraída con la excitación que recorría su cuerpo. Observaba su entorno con un hambre de novedades que acababa de despertarse en su interior.

Vio a un niño de tres años a unos dos metros de ella. Era el primer niño aparte de su propia imagen en el espejo que había visto jamás. Veinticinco años era la edad mínima que se le requería a un soldado destinado en Pentace. El niño le devolvió la mirada y comenzó a sonreír. Ash no pudo evitar sonreír con él, y el padre que lo acompañaba pareció divertido con el flechazo de su hijo.

— Ahí está. ¡Ash!

Escuchó los gritos de Kara a su espalda. Cuando dio la vuelta se encontró a su hermana sujeta por el brazo de dos agentes de la ley.

— ¿Qué ocurre?

— Esta persona no tiene identificación — explicó uno de los agentes sin soltarle el brazo a Kara—. Es ilegal no estar identificado.

— Solo es un problema informático con mi perfil de Facebook, ya te lo he dicho — le espetó, irritada—. Mi hermana... ¿Sabes quién es mi hermana?

— No, joven — contestó el agente.

Parecía contenerse para no poner los ojos en blanco, como si Kara le hubiera repetido aquella frase demasiadas veces

— No sé quién es tu hermana porque no puedo acceder a tu perfil. Ese es exactamente el problema.

— Lo siento, agente — intervino Ash al entender el problema—. Nuestro Facebook no está activado porque pertenecemos a la Liga Anti-Facebook. Estos son nuestros números de identificación.

Ash intentó no sucumbir ante las miradas que estaba recibiendo. La de los agentes era de incredulidad y sospecha; y la de Kara, asesina.

La agente comprobó en su micro-ordenador los datos de ambas chicas. Miró a su compañero y asintió, un tanto confusa.

—¿Es cierto? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Es lo que dice aquí —aseguró su compañera, girando el aparato para que leyera la imagen holográfica.

El agente clavó sus ojos en Kara.

—¿Pertenece a La Liga Anti-Facebook y ni siquiera lo sabes? —le preguntó con sospecha.

—Es que soy muy radical en estos temas y me enfado mucho cuando me piden mi Facebook —improvisó Kara, un tanto sonrojada.

Ash rogó en silencio por que eso fuera suficiente para convencer al hombre. Su compañera le susurró discretamente al oído y eso la puso nerviosa.

—¿Adónde os dirigís?

—A la Academia de informáticos de Noé. Mi hermana va a estudiar allí este año. Yo solo voy a acompañarla porque es menor de edad, y regreso mañana a Pentace.

—De acuerdo, podéis seguir con vuestro viaje —concedió el hombre al fin.

Al parecer su compañera había intercedido por ellas. Quedaba claro quién era el poli bueno y quién el poli malo.

Dieron la vuelta y comenzaron a alejarse, un tanto tensas, pero la voz de la mujer las detuvo en seco.

—Un momento —pidió

«¿Y ahora qué?»

—Aquí dice que no estás esterilizada —comentó la mujer, mirando a Kara—.

No puedes entrar en Noé si eres fértil.

—Mire otra vez —le espetó Kara, comenzando a crisparse de nuevo—. Tengo un permiso especial.

—Ningún permiso, por muy corto que sea, permite la entrada en esta ciudad sin estar esterilizada. Una noche es más que suficiente para quedar embarazada.

Kara se cruzó de brazos y la miró con arrogancia.

—No si eres lesbiana —se limitó a decir, con satisfacción, provocando que los agentes intercambiaran una mirada.

La mujer continuó leyendo la información sobre Kara y se encontró con el permiso especial que tanto le había costado conseguir. Tuvo que demostrar su homosexualidad para que finalmente se lo otorgaran.

Al fin, los guardias las dejaron en paz y avanzaron hacia la cápsula sorteando gente a su paso.

—Podías haberme avisado de que ibas a inscribirme en el programa de La Liga —le reprochó Kara—. ¿Sabes el mal rato que pasé cuando la policía me pidió que me identificara y no pude acceder a mi Facebook?

—Lo siento. No pensé en esa posibilidad —se disculpó—. Y no te dije lo que planeaba hacer porque creí que te negarías a estar incomunicada.

—Por supuesto que iba a negarme. Devuélveme mi Facebook ahora mismo.

Ash apretó los labios.

—Me temo que tendrás que esperar hasta mañana por la mañana, cuando salgas de la Academia.

Su hermana puso una expresión de horror que decidió ignorar.

La cápsula estaba formada por dos tiras de cuatro asientos cada una,

enfrentadas la una a la otra. Tomaron asientos contiguos de espaldas a la pared a la vez que más gente escogía los suyos. Cuando estuvo llena por sus ocho ocupantes, una voz anunció que las puertas iban a cerrarse y dos cristales translúcidos descendieron a ambos lados como párpados.

—Bienvenidos al Áncora Alfa. Con destino a la Academia de Noé, Hospital de Noé y Centro de Noé. Por favor, no se levanten de los asientos. Por su propia seguridad les rogamos que permanezcan sentados durante todo el trayecto.

Ash giró la cabeza para mirar a su hermana. Ésta tenía la misma expresión de turista que ella. Se les notaba a leguas que era su primera vez en la ciudad.

La cápsula estaba empotrada en la pared, justo de cara a la estación, pero dio un giro de ciento ochenta grados sobre sí misma, y dentro de la propia pared, que consiguió hacer que su corazón se acelerara un poco.

Ahora se encontraban con un paisaje muy diferente. Ya no estaban en la estación ni al nivel del suelo, sino suspendidos en el aire. Por encima tenían una cubierta, y su cápsula se desplazó hacia abajo para luego avanzar hacia delante. A los pocos segundos de estar a nivel del suelo salieron de la cubierta al exterior.

Lo que vio a continuación la dejó totalmente muda. El cielo y la luz del sol.

Por supuesto, no era el cielo de verdad. Era un cielo falso construido por la NASA para lograr que la ciudad de Noé fuera lo más real posible.

—Impresionante —dijo Kara a su lado, sacando a Ash de su ensimismamiento.

—¿Es así, de verdad? —preguntó a su hermana sin poder dejar de mirar hacia arriba—. ¿La Tierra es así?

—Es bastante parecido —aprobó Kara, también fascinada.

Aquel cielo despertó un hambre en Ash que ni ella misma sabía que tuviera. Quería ver más. Quería ir a la Tierra, pero eso no era posible.

Sus padres habían sido reclutados para construir Noé hacía quince años, y se habían trasladado a Pentace entonces. Su padre era experto en bioquímica, por lo que formó parte de la creación de un ecosistema autosuficiente similar al de la Tierra.

Ochenta años atrás, un grupo de personas preocupadas por el estado de contaminación la Tierra crearon «El Proyecto Noé» como plan B y vía de escape por si las cosas en la Tierra se ponían feas.

Noé acabó siendo necesario tras la Tercera Guerra Mundial, que terminó por destrozar el planeta azul.

La madre de Ash era miembro del Servicio de Inteligencia Secreta. Por esa razón vivían en Pentace, que se ocupaba de la protección militar de Noé.

Durante esos años, los padres de Ash decidieron no llevarla a la Tierra, para evitar que su exilio fuera menos sufrido. Si no tenía recuerdos, no echaría de menos la Tierra, al contrario de lo que le ocurría a su hermana.

Después, la guerra estalló, y la Tierra se tornó peligrosa. Por esa razón Ash nunca pudo volver. Tampoco había podido visitar Noé. De pequeña, cuando su padre se trasladaba a menudo allí para trabajar en su construcción, los niveles de oxígeno fluctuaban y eran peligrosos para una niña. Durante ese año de funcionamiento tampoco había ido de visita, ya que las normas de la ciudad exigían que toda mujer en edad fértil estuviera sometida a una esterilización transitoria. No había espacio para más habitantes en Noé. Los padres de Ash se negaron a dejarla pasar por el proceso, siendo tan joven. Incluso ahora, con dieciséis años, la operación la había dejado débil y dolorida.

No obstante, ni el postoperatorio, ni la falta de sueño, ni su miedo a enfrentarse a los jóvenes de su edad podían disminuir la felicidad que sentía en esos instantes al contemplar el falso cielo azul y la luz del sol, tan distinta a luz artificial de Pentace. Y aún le quedaba mucho por ver.

Capítulo 1

Se apearon de la cápsula a las puertas de la Academia. La fachada del edificio estaba cubierta de vegetación para incrementar la producción de oxígeno. El verde de ésta brillaba de forma rabiosa debido a los rayos de sol.

—No pienses que me he olvidado del asunto de Facebook —dijo su hermana, interrumpiendo sus cavilaciones—. No me digas que sigues con la estúpida idea de ocultar tu verdadero nombre.

—No es una idea estúpida —se defendió ella—. Es la única condición que le puse al director de la Academia. Por eso, ni tú ni yo podemos tener nuestro Facebook activado aquí. En este lugar mi nombre es Ashling Barrott y no hay más que hablar. El director no ha tenido ningún problema con mi condición.

Kara soltó una risotada.

—Simoine Lozis te hubiera cedido su cama y dado un masaje en los pies si se lo hubieras propuesto como condición.

Lozis era el director de la Academia para portentos informáticos de Noé, y llevaba tiempo rogándole a Ash que se matriculara en su escuela.

—Por favor, Kara. Déjame hacer esto a mi manera.

Su hermana suspiró, dándose por vencida, y avanzó hacia las enormes puertas de la Academia.

Las puertas no eran automáticas, respetando el principio de ahorro de energía. Noé era una colonia Naturalista, y según los naturalistas, a uno no le costaba nada abrir una puerta, como para malgastar energía utilizando versiones automáticas.

Era pesada y extrañamente cálida por la acción de los rayos de sol sobre la superficie. Su corazón latía con fuerza y notaba como la sangre corría por sus venas.

—No te encojas. ¿Aún te duele por la operación o es que quieres esconderte del mundo?

Ash pestañeó e imitó la postura de su hermana, que le había enseñando cómo sacar pecho y levantar la cabeza con un orgullo que no sentía.

—Aunque no quieras compartirlo con nadie más, no olvides nunca quién eres.

—¿Por qué sonríes así? —le preguntó a su hermana, al ver la cara de bobalicona con que la estaba mirando.

—Te voy a echar mucho de menos.

—¿Por qué no te vienes a vivir a Noé? Quizá alguna familia pueda acogerte como estudiante. En la Tierra se hacía, ¿verdad?

Kara sacudió la cabeza.

—No hay sitio para mí en Noé.

—No quieres abandonar Pentace por esa soldado —insinuó Ash, divirtiéndose al ver el sonrojo en las mejillas de su hermana. Uno de los inconvenientes de ser pelirroja.

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, la he visto salir de tu habitación —aseguró—. ¿No tiene una casa en Noé?

Kara pareció mortificada por un segundo.

—Sí. Una casa, y un novio también.

—¡Kara! —protestó Ash, sin poder creer lo que oía.

—Es complicado, ¿vale?

—¿Así que pasa seis meses de permiso en Noé con su novio y seis meses contigo en Pentace?

No daba crédito. Mientras que su vida sentimental era menos que nula: bajo cero, otras, por ahí, estaban viviendo dobles romances.

—No me juzgues con esa mirada de madre superiora. No sabes lo que es... —Se detuvo y de pronto sonrió—. Pero a partir de hoy vas a estar rodeada de muchachos. Veremos cómo de fría te mantienes.

El vestíbulo de la Academia era amplio y muy alto. Paredes y columnas blancas sujetaban un techo que solo se extendía por el centro, dejando los laterales ocupados por cristales, que permitían la entrada de la luz del sol ficticio. El vestíbulo era un eje central del que partían varios pasillos, igual de amplios y luminosos. Y en el lado opuesto a la puerta principal por la que habían entrado, se extendía una hilera de puertas de cristal que daban paso a un jardín.

Ash caminó como una sonámbula hacia el jardín, y Kara no intentó detenerla. Quizá porque entendía que, siendo la primera vez que veía uno, su reunión con el director Lozis podía esperar.

El jardín era lo suficientemente grande como para no poder abarcarlo todo a un golpe de vista. Ash se dispuso a avanzar para recorrerlo cuando sintió algo tocando su pierna. Bajó la mirada, desconcertada, y no pudo evitar soltar un grito de sorpresa cuando vio lo que era. Un gato blanco y delgado que se estaba frotando contra su pierna.

Ash se agachó lentamente y contuvo la respiración para tocarlo. Su mano se paralizó a mitad de camino. Nunca había tocado ni visto a ninguna criatura diferente al ser humano. No sabía cómo sería para el gato el hecho de que ella lo tocara. ¿La mordería?

Sin embargo el gato, al ver la mano extendida de Ash, movió su cabeza para frotarla contra esta.

—Tábata —gritó una voz, sacándola de su ensimismamiento.

Sin apartarse del gato, miró hacia arriba para ver de dónde provenía la voz. Una chica se acercaba corriendo hacia ellas.

—Tábata, no molestes —dijo la joven, respirando entrecortadamente al pararse delante de ellas—. Lo siento, es muy pesada. Incluso con extraños.

—No importa, es muy bonita —le respondió, volviendo a mirar al gato. El cual, pareciendo entenderla, maulló. El sonido le pareció lo más adorable que había oído en su vida.

—Parece que le gustas —sonrió la chica inclinándose hacia ellas—. ¿Te gustan los felinos?

Miró al gato, que en ese momento frotó su cara contra la palma de su mano, cerrando los ojos en el proceso, y asintió.

—Soy Zsuzsanna Krasznai, pero llámame Sooz. La pequeña pesada es Tábata.

Ash no sabía a cuál de las dos le iba mejor lo de pequeña, ya que Sooz era aún más bajita que ella. Eso la hubiera reconfortado si no fuera por lo guapa que era. Era rubia y su pelo caía en una cascada de rizos sobre su espalda. Iba vestida combinando detalles de su vestimenta con complementos del mismo color. Y con prendas que se ajustaban y se ensanchaban en los sitios necesarios para destacar su figura. Su Sebra, el pequeño ordenador conectado a su cerebro, que estaba pegado desde su frente a su sien, no era el básico color plata que te instalaban los médicos, como el de Ash, sino que era una combinación de piedras turquesas y blancas que resaltaban sus ojos marrones y combinaban con su maquillaje.

—Ash y Kara —contestó, señalando a su hermana.

Sooz arrugó la frente tal y como Ash esperaba. Sabía que no decir el nombre completo en una presentación, para que la otra persona pueda indagar en tu perfil de Facebook, era una falta de educación.

—Qué nombres tan cortos —dijo Sooz, masticando las palabras con curiosidad.

—Perdona a mi hermana. Se ha criado entre monos —intervino Kara—. Es Kara y Ashling Barrott. Pero no te molestes en buscarnos en Facebook. Somos miembros de La Liga.

—¿De La Liga? —repitió Sooz. En ese momento Ash supo qué era lo que no le gustaba de aquella chica: Era demasiado curiosa. Tenía cara de periodista.

—La Liga Anti-Facebook —le explicó con tono suave, intentando reparar la rudeza anterior.

Sooz abrió los ojos con adoración.

—¡Vaya! Nunca había conocido a nadie de La Liga Anti-Facebook. ¿Venís a inscribiros?

—Solo yo —sonrió Ash—. Kara regresará a Pentace mañana.

—¿Pentace? —exclamó Sooz, cada vez más excitada—. ¿Vivíais allí?

Ash asintió.

—La sede de La Liga está allí.

—¿Y cómo...?

—En realidad, debemos irnos. Tenemos una cita con Lozis —la interrumpió Kara, previendo que la avalancha de preguntas no tendría fin—. ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

—Por supuesto —declaró Sooz—. Os conduciré hasta su despacho.

Se inclinó para dejar que Tábata saltara de sus brazos. La gata se alejó con paso ligero hacia unos arbustos que estaban a unos cinco metros de ellos. Siguiéndola con la mirada, vio que había un grupo de gente detrás de estos. Tábata se acercó a ellos y se subió en el pecho de uno de los chicos, que estaba tumbado sobre la hierba. Llevaba una sudadera negra sin mangas, abierta sobre una camiseta blanca y ajustada, y unos pantalones cortos que descubrían sus rodillas. Empezó a jugar con Tábata, tapándole la cara con su mano. El otro brazo descansaba flexionado detrás de su cabeza.

Apartó la vista con dificultad y se preparó para entrevistarse con el director de la academia. A pesar de haber visto al hombre en Pentace en innumerables ocasiones, siempre la inquietaba entrevistarse con gente con quien no tuviera confianza. Era un sentimiento que le debía a su maldita timidez.

Capítulo 2

—¿Estás segura de que no quieres quedarte hasta el lunes? —le preguntó a su hermana a las cuatro de la mañana, mientras esperaban a que llegara la cápsula.

—A las seis sale una nave para Pentace, y no sé cuándo será la siguiente.

—Salen naves para Pentace constantemente —aseguró Ash, aunque sabía que no era necesariamente cierto. Se resistía a la idea de dejarla ir. Era la primera vez que se separaban. La primera vez que se quedaba sola

—Ahora tienes una amiga —dijo Kara adivinando sus pensamientos—. Relaciónate, diviértete, toma el sol.

El áncora llegó y su hermana le dio un rápido abrazo.

—Ten cuidado con los chicos. Ve despacio y no dejes que te presionen para hacer algo que no quieres —le susurró.

—Tranquila, estoy totalmente a salvo. Mírame. Ya has visto a Sooz. Somos Jane y Cheetah.

Su hermana arrugó el entrecejo.

—Espero que esa chica te enseñe a confiar en ti misma.

Pobre de ella si tenía que coger confianza en sí misma a través de Barbie Complementos.

—Por cierto, tengo algo para ti —continuó Kara, sacándose un aparato de la pernera—. Es una tatuadora. Dame tu antebrazo.

Ash extendió la mano y su hermana presionó el objeto contra su piel. Después de treinta segundos lo retiró. Unas palabras en negro contrastaban con la

blancura de su piel y el azul de sus venas.

«Si eres una joya extraordinaria, solo un experto puede valorarte. No esperes que cualquier ignorante sepa hacerlo»

—Es de un cuento argentino antiguo —dijo su hermana después de leerlo en voz alta—. El tatuaje está programado para durar seis meses. Espero que no necesites más tiempo para aprender la lección.

Kara le dio un beso en la frente y se apresuró en tomar la cápsula.

Cuando desapareció de su vista, volvió a entrar en el edificio y observó el vestíbulo por un momento, sin poder creer que después de dieciséis años fuera a tener un nuevo hogar.

Se acercó a las puertas de cristal que comunicaban con el jardín, vacío e impregnado de la paz de la mañana. ¿Qué otra oportunidad iba a tener de observarlo detenidamente, sin exponerse ella misma a miradas curiosas?

Deslizó la puerta con cuidado, casi con miedo a emitir un sonido brusco que incomodara el escenario. Avanzó por el camino de piedra, dejando que la paz del momento la inundara. El relajante sonido de agua cayendo la impulsó a avanzar, curiosa por descubrir su procedencia.

Continuó por la ruta que a lo lejos enlazaba con otra área de habitaciones, pero se detuvo buscando el sonido del agua. Y entonces divisó la cascada por encima de las copas de los árboles que se extendían a unos cincuenta metros a su derecha.

Pisó la hierba, agachándose para tocarla con ambas manos. Las finas hojas cosquillearon su palma.

Elevó la mirada, intentando abarcarlo todo de un solo golpe, pero sus ojos protestaron por el esfuerzo de mirar tan lejos. Se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que miraba más allá de unas paredes.

Redujo la distancia que la separaba de los árboles, parándose delante de uno de ellos, y después se acercó al tronco rugoso y áspero, lleno de surcos e imperfecciones que nunca había imaginado. Pasó la mano por este, despacio, y de alguna manera notó que en su estática versión estaba vivo.

En ese momento le pareció divisar a una persona entre los árboles. Una chica, vestida con una chaqueta roja que facilitaba su visibilidad entre los arbustos. Parecía estar hablando con alguien más. De hecho, si escuchaba con atención, podía oír un murmullo de voces ahogadas por el ruido del agua. Y ella que había creído que a esas horas de un domingo todos dormían.

Avanzó un metro más entre los árboles, encontrándose con una explanada circular rodeada por la vegetación. A la cabeza de la explanada pudo ver la pequeña cascada que brotaba de una formidable piedra que se insertaba en una especie de invernadero, ligado al edificio principal. El agua proveniente de la cascada formaba un riachuelo que rodeaba el claro. Seis filas de pupitres daban la cara a la cascada y se orientaban a una mesa principal. Era un aula creada al aire libre, en un claro en mitad del bosque.

Volvió a atisbar la chaqueta roja entre los árboles. Recorrió el círculo, oculta entre la vegetación, hasta que empezó a escuchar las voces con más claridad. A diez metros pudo ver, entre las ramas, a la chica, apoyada en un árbol. Otro chico se inclinó sobre ella, apresándola contra el tronco mientras le besaba el cuello. Al hacerlo, algo en su muñeca brilló captando toda la atención de Ash, ya que nunca antes había visto un artefacto así. La chica alzó la mano para acariciar su brazo mientras él la besaba.

Entrecerró los ojos para vislumbrar la escena. No era que le gustara espiar a las parejas, pero aquel brazalete de luces de colores había logrado picar su curiosidad. También la chica lo llevaba, aunque en su caso brillaba con una luz distinta.

Dándose por vencida, comenzó a retroceder por donde había venido hasta que divisó a otro grupo de jóvenes a unos metros de la pareja. Éstos se acercaron a la cascada y treparon por la pierda hasta que los perdió de vista.

—¿Perdida?

Su corazón dio tal vuelco que por un instante solo pudo concentrarse en apaciguarlo. Cuando lo logró, dio la vuelta lentamente para encontrarse con un joven que la observaba con los brazos cruzados.

—¿Te has perdido? —repitió él ante su falta de respuesta. La miró de arriba abajo y pareció intrigado y confuso, como si no esperara encontrarse a alguien como ella por allí.

—No —murmuró sin encontrarse la voz. Ahora lo reconocía. Era el chico que jugaba con Tábata la noche anterior—. Solo estaba dando una vuelta.

Él se rascó la barbilla con el pulgar, de forma inconsciente. Como si fuera un gesto que necesitara hacer para pensar con claridad. Pero a Ash le bastó para ver la misteriosa pulsera en su muñeca.

—No quería interrumpir las actividades de tu secta —dijo, a pesar de que el joven no parecía corresponder al perfil de un sectario. Era rubio con el pelo rapado casi al cero en un lateral de su cabeza. La pequeña piedra de su Secbra, situada por encima de su sien, marcaba una línea por donde el pelo crecía más largo. Había algo corrupto en sus ojos, o quizá eran sus labios. Como si guardaran un secreto que podrían corromperla en menos de un segundo. Sus labios, incluso cerrados, mantenían una ligera curvatura como si algo le resultara divertido.

—¿Mi secta?

—Bueno. Un grupo de gente, a las cinco de la mañana, en un bosque, llevando el mismo artefacto —aclaró ella, señalando su pulsera—. ¿Qué clase de persona hace eso?

—¿Qué clase de persona los espía? —inquirió él, mirándola desde arriba con arrogancia.

Ash apretó los labios sin saber qué contestar.

—¿Qué es? —dijo, y señaló su muñeca de nuevo.

Sus labios volvieron a dibujar aquella perversa y casi imperceptible sonrisa que comenzaba a ponerla nerviosa. Se miró la muñeca sin descruzar los brazos.

—¿No sabes lo que es? —su voz denotaba incredulidad, pero sus ojos mostraron cierta diversión.

Ash dio un paso al frente para examinar el aparato más de cerca.

Se trataba de un brazalete ancho que le cubría la muñeca y parte de la mano. No resbalaba suelto por la muñeca, como un adorno, sino que se ajustaba a su hueso con un agarre firme. Contaba con una pequeña pantalla por la que, dedujo, salía la luz que había visto antes.

—¿Qué función tiene? —volvió a preguntar al no encontrar nada familiar en él.

El muchacho enarcó los ojos, atravesándola con la mirada como si intentara leerle la mente. Sus ojos oscuros encerraban una fuerza mística.

—¿Cuántos años tienes?

Ash intentó no temblar ante la superioridad de su voz. Era consciente de que su aspecto era deplorable. Llevaba su melena rebelde controlada en un moño sin gracia, y el uniforme de la Nasa le quedaba grande: Unos pantalones negros anchos y una enorme sudadera negra que le llegaba casi a las rodillas.

—¿Qué tiene que ver eso? —protestó ella, mirando hacia los lados, simplemente incapaz de mantener aquella mirada maquiavélica. Notó el calor del sonrojo extendiéndose por sus mejillas.

«Tranquila, no es tu tipo.»

—Porque no sé si puedes soportar la respuesta —se burló él, observándola minuciosamente. Se cruzó de brazos de nuevo, con altanería, como si fuera un portero de discoteca. Parecía complacido con su perturbación—. Mejor vuelve a la cama antes de que tu curiosidad sea satisfecha.

Aunque había sido dicho a modo de amenaza, Ash sintió una reacción poco usual ante una amenaza. Sintió como si sus piernas se hubieran vuelto de gelatina.

Tenía un programa para colarse en ciertos aparatos y se le ocurrió probarlo en ese momento. Segundos después, estaba dentro. Lo encendió para poder analizar el programa que utilizaba. Al parecer, era uno bastante sencillo y no pudo evitar sentirse decepcionada.

El joven, boquiabierto, se miró la muñeca al ver el artefacto encendido.

—Es un acumulador de energía, ¿verdad?— adivinó ella.

—¿Lo has encendido tú? —marcó cada palabra como si no pudiera creer que algo así fuera posible. Sus ojos la observaban como platos—. ¿Cómo has entrado tan rápido? ¿Con qué programa? ¿Quién eres?

Demasiadas preguntas para su gusto.

—Tengo que irme

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo se llama el programa que has utilizado?
—continuó él, haciendo caso omiso de su despedida.

Ash suspiró, dándose la vuelta para volver a su habitación.

—Es complicado de usar —se limitó a decir por encima de su hombro mientras se alejaba.

Al parecer, eso fue lo peor que podía haber dicho. El joven se movió con asombrosa rapidez, interponiéndose en su camino. Ash levantó los brazos al chocar contra él con muy poca gracia. Pero en cuanto se recuperó del susto, se dispuso a sortear el obstáculo para proseguir su camino. Y lo hubiera logrado de no ser porque él la agarró del brazo.

—¿Sabes quién soy, cría? Soy el mejor informático de la Academia.

Ash intentó no reír ante la indignación del muchacho por que alguien se hubiera atrevido a insinuar que un programa era demasiado complicado para él.

—Entonces, estoy segura de que conoces uno mejor.

Por un segundo, la expresión semi-permanente de autocontrol desapareció de su rostro y Ash intuyó que deseaba estrangularla.

Un silbido les llegó a través del bosque. Parecía provenir de la cascada, o al menos fue allí adonde miró él. Se giró hacia aquella dirección para contestar con otro agudo silbido y Ash aprovechó la oportunidad para aumentar la distancia entre ellos. Tampoco se giró para comprobar si él la seguía, sino que a toda prisa cruzó el jardín en dirección a su habitación.

Aunque sabía que si no la había alcanzado a esas alturas significaba que no la estaba siguiendo, una apremiante ansiedad la hizo recorrer la distancia en tiempo récord. Y no desapareció hasta que cerró la puerta de cristal tras ella.

Se quedó allí, parada y echada contra el cristal de su puerta durante varios minutos. Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de dos cosas: una era que estaba apretando la mandíbula y los puños; y la otra, que estaba observando la parte de su brazo donde la mano de él la había sujetado, como si pudiera encontrar algo fascinante allí.

Sacudió la cabeza, notando que debía de estar muy cansada para comportarse de una forma tan extraña, y emprendió el camino de regreso a su cama. Aquélla era toda la cura que necesitaba.

Capítulo 3

Un mensaje de Sooz la despertó horas más tarde, instándola a acudir a su habitación para la excursión que le había prometido el día anterior.

Cuando diez minutos más tarde Ash emergió de la habitación, sintiéndose como un flan a punto de despedazarse, se encontró con una chica cuyo aspecto le hizo aminorar el paso.

La joven permanecía estática frente a la puerta de una de las habitaciones. Le dio la impresión de que llevaba bastante tiempo allí, como si su mente hubiera abandonado su cuerpo.

Parecía un poco más mayor que Ash, pero no tanto como su hermana. Era alta y con una complexión atlética. Llevaba un top blanco y unos pantalones anchos y piratas que le añadían a su fuerte estructura la impresión de agilidad. A pesar del agotamiento que mostraba, y las ojeras que le daban un aspecto enfermizo, su rostro era perfecto. Labios llenos y bien formados, ojos verdes rodeados de espesas pestañas negras, y una nariz ancha aunque un poco achatada; quizá el único rasgo imperfecto, pero que no lograba mermar su belleza. Pero lo que más la fascinó fue que tenía la piel morena más bonita que vio nunca. Su pelo negro y brillante estaba recogido en una coleta.

Después de examinarla, Ash miró su propio reflejo en el espejo de la habitación. Pequeña y delicada como una niña de doce años, tan pálida y pelirroja que se preguntó qué clase de broma cósmica había repartido los rasgos físicos de ambas.

—¿Qué hay? —le sonrió, preguntándose si había escogido las palabras adecuadas, dadas las circunstancias.

La chica no reaccionó.

Ash, dubitativa, hizo el ademán de seguir su camino, pero se detuvo de

inmediato. Había sangre seca en su frente y gotas de esta en su camiseta. Pero antes de que pudiera preguntarle si se encontraba bien, la chica se dobló sobre sí misma y vomitó.

Ash miró a su alrededor en busca de ayuda, pero la calle estaba desierta. Quizá era demasiado temprano para que un domingo los estudiantes se hubieran levantado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, aun cuando era obvio que no lo estaba.

—Sí, solo estaba vomitando mi desayuno —su gesto se torció en una mueca irónica mientras intentaba incorporarse—. Una mañana normal, como cualquier otra.

—¿Necesitas que llame a alguien? —continuó Ash, sin saber cómo interpretar aquella respuesta.

La chica comenzó a reír de forma patética. Se le habían formado lágrimas en los ojos y parecía desesperada.

—¿Avisar a alguien? —repitió como si le pareciera lo más gracioso, y a la vez lo más triste que hubiera oído jamás.

Justo cuando Ash había perdido la esperanza en la salud mental de la joven, ésta pareció forzarse a sí misma a recomponerse y dijo:

—Soy Driamma Sandoval.

—Yo me llamo Ash —le contestó, dudosa.

Driamma la miró de arriba abajo.

—¿Y tú qué has hecho para que te pongan el aparato de control mental? —preguntó con curiosidad.

—¿Cómo dices? —inquirió con cautela, sin saber muy bien si se estaba burlando de ella.

Sin embargo, la sangre seca que asomaba por debajo de su Secbra la hizo reconsiderarlo.

—¿Te lo acaban de poner?

Driamma se acercó al espejo de la fachada de la habitación para examinarse la frente. Parecía ser la primera vez que veía su Secbra. Porque lo observaba con detenimiento. Tanto el botón de su frente como el cable que lo unía al pequeño botón de la sien eran de color plata, aunque tenía pequeñas motas de sangre. Probablemente la sangre de Driamma.

—¿Cuánto hace que te lo pusieron a ti? —Preguntó, observando la frente de Ash—. Tiene mucho mejor aspecto que el mío.

—Cuando tenía trece años.

—¿Incluso antes de evacuar la Tierra?

A pesar de su escasa experiencia con gente de la edad de Driamma, logró reconocer la incredulidad en la chica.

—Dejé la Tierra cuando tenía un año —explicó con paciencia—. Y he vivido en el espacio desde entonces.

Como había esperado, la muchacha abrió la boca y la miró como si fuera un marciano.

—¿En serio? —preguntó—. Entonces... ¿Por qué te pusieron el aparato de control mental a los trece?

—¿Aparato de control mental? ¿Te refieres a mi Secbra? —se tocó el dispositivo de la frente para enfatizar a lo que se estaba refiriendo, y evitar que la conversación se tornara aún más extraña.

Driamma la contempló con expresión vacía y ella decidió explicárselo.

—El Secbra es un *Second Brain*, un ordenador personal conectado directamente con tu cerebro. No es un dispositivo de control mental, es un moderno artefacto para tu disfrute personal.

—Pero no dejo de recibir flashes e imágenes que no sé de dónde vienen —protestó Driamma, aún escéptica.

—Probablemente lo tengas abierto a información exterior. No te preocupes,

aprenderás a usarlo y una vez que lo hagas, te preguntarán cómo pudiste vivir sin él. Además, puedo enseñarte a usarlo —ofreció Ash, contenta por pasar de ser la nueva asustada que no entendía nada a la experta en algo. A fin de cuentas, quizá no hubiera empezado con tan mal pie.

Fantaseaba con esa idea cuando Driamma, soltando un quejido, se agarró la cabeza con ambas manos.

—Quiero que pare —gritó—. No me gusta.

Ash se acercó a ella y depositó su mano sobre el antebrazo de la chica.

—Solo tienes que apagarlo. Es muy fácil.

La chica no le contestó, sino que siguió gimiendo y pidiéndole ayuda. Ash no vio otra alternativa que entrar en su Secbra y apagarlo ella misma.

En el mismo instante en que lo desconectó, Driamma dejó de quejarse y se irguió con expresión de dolor.

—Lo has apagado tú, ¿verdad?

Ash se planteó la posibilidad de mentir, pero de poco serviría; ella estaba totalmente convencida.

—Gracias, me has salvado —dijo, abrazándola.

—Por favor, no lo comentes con nadie. Me meterías en un lío. Lo he hecho para ayudarte, pero es totalmente ilegal colarte en el Secbra de otra persona —le pidió—. Tengo que irme, me esperan. Nos vemos por ahí.

Driamma la miró como si le horrorizara la idea de separarse de Ash.

—Soy nueva aquí. ¿Podrías enseñarme este lugar?

Ash se sintió sorprendentemente feliz de no ser la única alumna nueva. Sin duda, Driamma atraería todas las miradas curiosas, y ella podría mimetizarse con el entorno. Por esa razón decidió invitarla a la excursión, a pesar de no saber cómo se lo tomaría Sooz.

Emprendieron el camino que, según su Secbra, las llevaría hasta el

dormitorio de Sooz.

—¿Seguro que te encuentras bien? —Repitió al ver que Driamma permanecía callada y con el ceño fruncido—. ¿Te pone nerviosa empezar las clases y que todos los chicos caigan rendidos a tus pies?

Driamma la miró con confusión por unos instantes.

—Lo que me da miedo es lo rápido que se van a dar cuenta de que no pertenezco a este lugar, y me van a mandar de vuelta a... —se detuvo, mortalmente seria—. Ya te habrás dado cuenta de que no sé nada de informática. Ni siquiera sé por qué me han enviado a este lugar.

Ash no quería hacer demasiadas preguntas. Todo el mundo tenía derecho a guardar secretos. Pero algo en su rostro la llenó de curiosidad.

—Debe de haber una razón —aseguró, intentando consolarla. Aunque ni ella misma estaba segura de ello. Una persona que ni siquiera sabía lo que era un Secbra no tenía nada que hacer en la Academia de Noé—. ¿Quién te ha traído?

Driamma palideció y echó un vistazo a su alrededor. Había algo paranoico en sus gestos.

—Necesito que me ayudes —le rogó, parándose en seco y mirándola directamente a los ojos—. Necesito información. Saber por qué estoy aquí, y en el caso de que se tratara de un error, necesito que me ayudes a quedarme el tiempo suficiente como para encontrar a mi hermano.

—No te preocupes. No van a mandarte de vuelta, después de todas las molestias que se han tomado instalándote un Secbra y trayéndote hasta aquí —dijo, aun sin estar segura de a «quiénes» se refería.

Driamma suspiró mirando al horizonte.

—Le he estado dando vueltas toda la noche. Sinceramente, creo que me han confundido con otra persona. Y en cuanto se den cuenta lo subsanarán.

Ash apretó los labios sin saber cómo reconfortarla. Lo que estaba diciendo tenía mucho sentido.

—¿Tu hermano está en Noé? —preguntó al ver que no iba a añadir nada. No

podía razonar con tan poca información.

—No lo sé —exhaló, encogiéndose como si algo le doliera.

—¿Le has buscado en...? —Comenzó temerosa por la reacción que pudiera desencadenar—. ¿...En el Manifiesto de Supervivientes?

Driamma se mordió los labios con ansiedad. El Manifiesto de Supervivientes era una lista donde figuraba todo aquel que no había muerto en la guerra.

—No está —susurró—. No es lo que piensas —dijo, pareciendo leer la compasión en su rostro—. Yo tampoco estoy en ese Manifiesto, y cómo puedes ver estoy bien viva.

Un escalofrío recorrió su espalda como cuando veía una película de terror con su hermana.

—¿Qué? —exclamó con voz temblorosa—. ¿Cómo no vas a estar en el Manifiesto? Todos figuramos en ese documento.

Driamma sonrió con tristeza mientras negaba con la cabeza.

—Te aseguro que conozco a mucha gente que no está en esa lista.

Ash notó cómo su piel se erizaba.

—No debería estar contándote nada de esto —susurró Driamma, mirando a su alrededor de nuevo. Y como si eso fuera a salvarla de esas personas a las que temía, reanudó el paso con celeridad.

Ash, comenzando a sentirse paranoica ella misma, la siguió y entonces divisó al rubio del bosque en un balcón.

Forcejeaba con alguien que permanecía oculto en el interior de la habitación. El navegador de su Secbra indicaba que se trataba de la habitación de Sooz. Ahora entendía por qué Tábata había ido directamente a él el día anterior en el jardín. Debido a la estrecha relación que guardaba con su dueña.

—¿Es ahí? —preguntó Driamma, siguiendo su mirada.

Ash asintió.

—Parece que llegamos en mal momento.

Ambos jóvenes habían desaparecido de la terraza, ocultos en la habitación, por lo que no se atrevieron a interrumpir.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Driamma con un tono tan animado que logró sacar a Ash de la perturbadora dirección que estaban tomando sus pensamientos al imaginarse qué estaría pasando dentro de la habitación.

Driamma contemplaba el suelo donde se encontraba Tábata. Ambas se inclinaron para acariciar a la gata, que maulló adorando las atenciones.

—Es la gata de Sooz, la chica que va a llevarnos de excursión por los alrededores —explicó—. Se llama Tábata.

Con los aires de grandeza que caracterizan a los gatos, Tábata, aburrída de ellas, avanzó hasta el umbral de Sooz, donde se sentó y comenzó a lloriquear con parsimonia.

La siguieron hasta la puerta, donde Ash se entregó a la tentación de sostener al animal en sus brazos. Pero cuando se agachó para asirla, la puerta se abrió y pudo ver unas piernas masculinas que se pararon en seco al encontrárselas.

Reconoció los pantalones negros antes de atreverse a elevar la mirada. Y cuando se irguió, notó que sus mejillas ardían en llamas al encontrarse con una profunda mirada que inspeccionó lo más hondo de ella con una intensidad abrumadora. La intensidad desapareció muy rápido, siendo reemplazada por una expresión de indiferencia mezclada con una pizca de aburrimiento.

—Si estáis buscando a Sooz, está arriba —indicó él con tono neutro y se marchó.

Al verlo alejarse, Tábata saltó de los brazos de Ash y trotó tras él.

«Traidora», pensó Ash.

—Interesante espécimen —recalcó Driamma con un tono cargado, mientras lo seguía con la mirada.

«Estaba rodeada de traidoras.»

Cuando entraron en el salón, Sooz estaba colocando en el sofá las almohadas que estaban desperdigadas por el suelo. Tenía el pelo revuelto y estaba sonrojada.

—Perdona si te hemos interrumpido —dijo Driamma, sonriendo con malicia.

Ash la miró, sorprendida. No la conocía de nada y se atrevía a hacer un comentario tan personal. Ella se hubiera muerto de vergüenza al decir algo así.

—¿Cómo dices? —La confusión de Sooz les indicó que no tenía ni idea de que habían visto a su novio saliendo de su habitación.

Acto seguido presentó a las chicas, recordando ser sociable.

—Zsuzsanna Krasznai —especificó Sooz para que Driamma pudiera localizar su perfil de Facebook. Y luego la miró con expectación, esperando lo mismo por su parte.

—Driamma Sandoval.

Ash vio cómo las pupilas de Sooz se endurecían. No había perdido ni un segundo en buscar a la chica, y ahora mismo estaba analizando su perfil.

—¿De dónde es tu nombre? —preguntó Driamma con curiosidad.

Sooz, volviendo a la realidad, arrugó el entrecejo.

—¿No me has encontrado en Facebook?

—El Secbra de Driamma está apagado —intervino Ash—. No ha podido buscar tu Facebook.

—¿Apagado? —exclamó con incredulidad.

Esa chica mostraba verdadera adoración por todas las cosas que se salían de la norma. Quizá por eso estaba allí, con ellas, en un domingo, en lugar de estar con sus amigos de la Academia.

Ash dudó sobre qué respuesta dar y miró a Driamma con expectación.

—Está apagado porque no sé usarlo —confesó ésta con dureza.

—Vaya —dijo Sooz—. Bueno, estás en el lugar ideal para aprender.

La respuesta pareció satisfacer a Driamma y la habitación se sumió en el silencio durante varios segundos.

—Bueno y... ¿Cuáles son los planes para hoy? —Preguntó Ash, demasiado tensa como para soportar silencios incómodos—. ¿Crees que habrá alguna manera de acceder a la matrícula de Driamma?

Sooz la miró, desconcertada. Primero a ella y después a Driamma.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Simplemente queremos comprobarla —explicó, encogiéndose de hombros para mitigar la sensación de intriga.

—Hay un micro-ordenador en la recepción, desde el que se puede acceder a todas las matrículas —le aseguró.

Por suerte la recepción estaba vacía y el micro-ordenador disponible. Sooz lo conectó y la proyección de la imagen tembló dos veces antes de definirse delante de ellas.

En menos de diez segundos había encontrado el fichero con las matrículas del alumnado. Seleccionó el nombre de Driamma.

—Aquí hay algo mal —les informó, girándose para mirarlas—. Historia, Economía del Nuevo Mundo, Lengua inglesa y Educación Medioambiental. Tiene que haber un error, no tienes ni una sola asignatura técnica.

Ash y Driamma intercambiaron una mirada de complicidad.

—No soy informática —exclamó Driamma. Las profundas ojeras bajo sus

ojos, más pronunciadas que nunca.

Sooz la miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Cómo que no eres informática?

—Esto es bueno, Driamma —aseguró Ash, animada.

La chica la contempló con recelo.

—Piénsalo. Significa que la escuela está al corriente de que no eres informática. No se trata de un error ni te han confundido con otra persona.

—Esto nunca había ocurrido antes —dijo Sooz—. ¿Quién te envía?

Driamma se mordió los labios, un tanto nerviosa. Claramente la persona que la había enviado allí le había ordenado que mantuviera la boca cerrada.

—Tus padres habrán tenido que pagar mucho por conseguir que entraras aquí sin ser informática —continuó Sooz, sin percatarse de su desasosiego.

—Nadie ha pagado ni un solo Nar por mí —masculló Driamma entre dientes.

—Imposible. Esta es la escuela más cara de Noé. Y es exclusivamente para informáticos.

—Seguro que hay una explicación... —interrumpió Ash al ver el efecto que esas palabras estaban obrando en Driamma.

—La única explicación es que han pagado una considerable suma para...

—Es curioso que deduzcas que tengo padres, rubita —escupió Driamma con un tono mucho más agresivo—. ¿Es que ricitos de oro aún tiene a papá y a mamá? ¿Y hermanitos? Incluso conserva a su gatito... Ricitos de oro no ha perdido nada en la guerra. Por eso, ni se le pasa por la cabeza que alguien esté totalmente solo. Pero lo estoy, ¿entiendes? No hay nadie en el mundo de los vivos que esté dispuesto a pagar ni medio Nar por mi trasero. No. Sigas. Insistiendo.

La amenaza implícita en la última frase logró que el corazón de Ash comenzara a bombear un poco más deprisa. Había presenciado pocas disputas en

su vida.

Pero, por alguna extraña razón, Sooz no pareció amilanarse en lo más mínimo. Se cruzó de brazos, sosteniéndole la mirada a la diez centímetros más alta y atlética Driamma sin siquiera pestañear más de lo necesario.

—Siento que hayas perdido tanto en la guerra —se disculpó sin achantarse—. Pero déjame corregirte en algo: Aún queda alguien en el mundo de los vivos dispuesto a pagar más Nars de los que puedes llegar a entender, en traer tu culo a la mejor institución de Noé y en agujerearte la cabeza. Te sugiero que te relajes y empieces a pensar quién puede ser.

Un brillo inundó los ojos de Driamma. Quizá la declaración de Sooz le había traído a su hermano a la cabeza. Sus facciones se relajaron por completo.

—¿Hay alguien en la Academia que pueda arrojar más luz a su situación? —Preguntó entonces—. ¿El director Lozis quizá?

Sooz arrugó los labios con disgusto.

—Lozis es un pesado, me niego a verlo un domingo —se limitó a decir. Se volvió a la imagen holográfica y comenzó a rebuscar información—. ¡Bingo!

—¿Qué? ¿Explica por qué estoy aquí? —Preguntó Driamma esperanzada.

—No, pero hay una nota que dice: Enviar a la alumna a hablar con Tesk inmediatamente tras su llegada.

—¿Quién es Tesk? —Se interesó Ash, leyendo la esquina inferior de la imagen holográfica—. También dice que tiene tutorías privadas con él.

—Tesk es el profesor de Educación Medioambiental —explicó, y sus ojos se fijaron en un punto del horizonte como si estuviera buscando algo en su Secbra—. Y está en su despacho ahora mismo.

Era rápida manejando su Secbra. Ash tenía que reconocerlo.

—¡Qué extraño! Aquí hay una matrícula sin nombre —la oyó decir a su espalda—. Debe de ser la tuya, Ash.

Su corazón se aceleró y, en menos de un segundo, se colocó entre Sooz y la

imagen holográfica.

—Tenemos que irnos —indicó, agitada.

Sooz la miró ceñuda y azorada ante su repentino comportamiento.

—Quiero decir que tenemos que hablar con Tesk cuanto antes.

—Los despachos están al final de ese pasillo —dijo al fin, alejándose del ordenador.

Ash se quedó atrás un segundo para apagar el micro-ordenador y vio que la matrícula sin nombre, la suya, brillaba seleccionada. Lo que significaba que Sooz había clicado sobre ella una vez. Suspiró, aliviada. Un toque más y se hubiera abierto. No podía permitir que algo así pasara. Más tarde volvería al micro-ordenador para borrarlo, y tendría una seria charla con Lozis sobre la precaria privacidad de los datos en su Academia.

Capítulo 4

Sooz las condujo por la zona de los despachos hasta una sala general, destinada para los profesores. A través de una rendija entre la puerta y el marco divisaron parte de una enorme mesa oval. La sala era luminosa, con ventanales que ocupaban toda la pared del fondo, pero en esos momentos estaban parcialmente cubiertos por persianas blancas.

Sooz empujó la puerta sin molestarse en anunciar su llegada. Un hombre de unos cuarenta y tantos, de piel morena y pelo canoso, estaba sentado en una de las mesas y no se percató de su presencia porque estaba concentrado en una mujer rubia que descansaba inclinada sobre su mesa. Parecían estar compartiendo algún secreto, por la cercanía de sus rostros.

Sooz se volvió para señalar a los dos profesores con un movimiento de cabeza.

—Parece que los rumores son ciertos —susurró con malicia.

En ese momento la mujer se dio cuenta de la presencia de las chicas. Elevó el tono y haciéndolo más profesional se despidió de él, y después de saludarlas, salió de la habitación.

El hombre estaba tan pálido como si las creyera muertas y resucitadas en forma de fantasmas.

—Tesk, esta es Driamma Sandoval.

Él se levantó de golpe y balbuceó algo que sonaba como «acompañadme a mi despacho». Les señaló una de las varias puertas que cubrían la pared derecha de la sala y avanzó para abrirla.

La estancia era agradable, arquitectónicamente similar a la de Lozis; sin embargo, mientras que la del director contaba con un ligero desorden, ésta estaba pulcramente organizada. Una amplia ventana que daba al jardín iluminaba el cuarto sin necesidad de luz artificial.

—Driamma llegó a la Academia anoche y...

—¿Ayer? —exclamó Tesk, girándose de golpe y tirando una taza de té frío que descansaba sobre su escritorio. Se apresuró a recoger la bebida derramada con una pala de líquidos que sacó de uno de sus cajones.

Ash miró a Sooz, preguntándose si ésa era la actitud normal del hombre, pero esta última lo observaba con el entrecejo fruncido.

—No la esperábamos hasta esta tarde —explicó, forzando una sonrisa.

—Pues ya está aquí, pero no entiende muy bien por qué. Y ella es Ash —se limitó a decir, quizá vengándose por la forma en que se había presentado el día anterior.

Tesk la miró por primera vez, como si el resto del tiempo ella hubiera sido invisible para él.

—¡Claro!—exclamó animado—. Tú eres...

—Ashling Barrott —espetó, confundiendo al hombre y enrojando bajo su mirada.

Era muy atractivo. Las ligeras arrugas de expresión no habían hecho mal alguno; de hecho, era posible que le hubieran dado más atractivo del que tenía en su juventud

Tan pronto como acabaron las presentaciones, el profesor volvió a posar su extasiada mirada sobre la bella Driamma.

—¿Os importaría dejarme un momento a solas con Sandoval? —pidió sin prestarles atención.

Sooz miró a Ash, decepcionada, y luego a Driamma, indicándole con la mirada que quería todos los detalles más tarde, y se levantó para salir del despacho.

—Preferiría que se quedaran —intervino Driamma.

Tesk sopesó la idea por un instante, para luego acceder ante lo inevitable.

—Qué unidas estáis en tan poco tiempo —dijo con cierto tono de mofa, pero

pareció extrañamente complacido con ello.

A Driamma no le gustó el comentario, la hizo sentirse estúpida. Ella no era una niña que hacía amigas inseparables de la nada. Pero ya era tarde para retractarse.

—Supongo que te habrás preguntado por qué te han traído aquí.

Driamma asintió, demasiado tensa para decir nada.

—Tengo entendido que el español es tu lengua materna —continuó Tesk, cogiéndola totalmente por sorpresa. Había barajado varias posibilidades, pero ninguna de ellas tenía que ver con el español. Si lo que necesitaban era a alguien que hablara español, lo único que tenían que hacer era dar una patada a una piedra y aparecerían miles. Sin ir más lejos, apostaba a que la mitad de la población de Noé lo hablaba en alguna medida. Era una de las lenguas más extendidas antes de la destrucción de la Tierra.

—El caso es que necesitamos tus conocimientos. Y a cambio, tienes la oportunidad de estudiar y vivir aquí. —Se detuvo, observándola con intensidad como si esperara alguna reacción por su parte. No obstante, ella guardó silencio, limitándose a cruzar los brazos sobre el pecho y enarcar una ceja.

—Por supuesto, si no te gusta el trato puedes decidir volver a... —se detuvo por un instante, echando un rápido vistazo a las otras dos chicas—. A tu lugar de procedencia. Sin embargo, teniendo en cuenta que eras una muy buena estudiante allí, creo que deberías aprovechar la oportunidad de formarte en la academia, ya que es la mejor escuela de la nación y te podría abrir muchas puertas.

Driamma se mordió el labio con nerviosismo.

—Obviamente prefiero quedarme aquí —contestó—. Pero no tengo dinero para pagar mi matrícula en éste lugar —acentuó, casi arrepintiéndose de decirlo. Prefería dejarlo claro desde el principio a enfrentarse a cobros futuros.

—Tenemos constancia de ello —la tranquilizó—. Pagarías tu matrícula con tus servicios a la Academia. Tu matrícula, tu estancia aquí, y las tutorías diarias conmigo, donde aprenderías todos los conceptos básicos de la informática.

—¿Aprendería a usar mi Secbra? —preguntó entre entusiasmada e incrédula.

Tesk le sonrió abiertamente y asintió.

—¿Y cuáles serían esos servicios exactamente? —inquirió Sooz con la mirada clavada en Tesk.

La expresión del profesor se tornó seria y se miró los dedos que jugaban con un micro-ordenador. Parecía estar librando una batalla interior.

—¿Profesor? —insistió la muchacha con impaciencia.

Tesk suspiró, observándolas por un instante.

—Esta información todavía no ha sido revelada al cuerpo estudiantil, y es un código verde —advirtió.

Driamma se volvió hacia Sooz, preguntándose que significaría eso. La chica había abierto los ojos con entusiasmo al escucharlo.

—Un código verde quiere decir que es información que no puede llegar a los civiles —resumió Sooz—. Adelante, guardaremos el secreto.

El hombre la observó sin mucha confianza, pero acabó por resignarse.

—De todas formas, no creo que falte mucho para que se haga oficialmente público. Además, opino que será una buena propaganda para realimentar las esperanzas.

Sooz se había inclinado sobre la mesa para no perderse ni una sola palabra.

—Hemos recibido un mensaje procedente de la Tierra —explicó Tesk al fin, marcando las palabras con cuidado.

—¿Un mensaje del enemigo? —exclamó Sooz.

—Tenemos razones para pensar que los remitentes pueden ser aliados nuestros.

—¿Qué? —Gritó la chica, pasando rápidamente de la incredulidad a la sospecha—. Pero, ¿cómo? ¿Cómo sabéis que no son espías haciéndose pasar por los nuestros?

Driamma quería decir algo, pero estaba demasiado impactada para articular palabra. No entendía por qué Sooz no hacía las preguntas correctas, como por ejemplo: ¿Cómo era posible que hubiera alguien vivo en la Tierra si era inhabitable? Tampoco entendía por qué había preguntado si eran del enemigo, ¿acaso no sabía que estaban todos muertos?

—La frecuencia y la forma del código en que ha sido enviado es una clave militar de nuestro bando, la cual en principio no tenemos razones para pensar que haya sido pirateada por el enemigo.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —Continuó Sooz, escéptica—. Un paso en falso puede acabar en la destrucción de Noé. Y entonces, ¿adónde iremos? No existe un plan C. No podemos arriesgarnos.

—Es muy posible que sean espías progresistas. Pentace tiene eso claro, Sooz —razonó él, una vez que logró recomponerse—. Pero también existe la posibilidad de que sean de los nuestros, así que merece la pena intentar llegar al fondo de esta cuestión.

—¿De qué demonios estáis hablando? —gritó Driamma, enmudeciendo a Tesk de inmediato. Los tres la miraron con atención.

Ahora que había logrado salir de su estado de estupor y confusión, y había conseguido su total atención, podría descubrir de qué trataba todo aquello.

—¿Por qué decís que habéis recibido un mensaje de la Tierra cuando la Tierra está destruida y es inhabitable?

Examinó las tres caras que tenía delante, y no podía creer lo que veía. Los tres la observaban como si se hubiera vuelto loca.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó Tesk con suavidad.

—Ya sabes de dónde —le espetó. Cada día se lo recordaban en Friarton. Y entonces notó cómo un nudo le cerraba la garganta—. ¿No es cierto?

—La Tierra salió mal parada de la guerra, pero nunca ha dejado de ser habitable.

—¿Y por qué estamos aquí? ¿Por qué huimos al espacio? —exclamó con una voz extraña. Sentía tantas cosas a la vez que no lograba concentrarse.

—La Tierra está bajo el mando del enemigo. No ganamos la guerra, Driamma; la perdimos. Si intentáramos regresar, nos eliminarían tan pronto como cruzáramos su escudo protector.

Se dejó caer sobre la silla, apoyando la cabeza entre las manos. Sentía cómo la habitación daba vueltas a su alrededor, pero si mantenía la cabeza allí y los ojos cerrados esperaba no desmayarse. Se obligó a sí misma a parar el tren de pensamientos y dejar la mente en blanco hasta recuperarse.

—¡Nos han echado de la Tierra! ¿Vosotras ya lo sabíais? —farfulló, notando al hablar que estaba llorando—. No tenéis ni idea de las historias que nos han contado.

—¿De dónde vienes? Todo el mundo en Noé sabe eso —aclaró Sooz.

—Vengo de un lugar muy diferente a Noé. Tanto que si hubiéramos sabido que la Tierra aún es habitable, nos hubiéramos quedado allí aunque significara unirnos a los Progresistas.

—No puedes hablar en serio —dijo Sooz, con manifiesta indignación.

Driamma respiró profundamente antes de responder.

—Es muy fácil mantenerse fiel a tu facción política viviendo en un lugar como este —se limitó a decir. Decidió no dar más explicaciones sobre Friarton y el sufrimiento que había supuesto para ella sobrevivir un año en aquel lugar. En cambio, se decidió a hacer la pregunta que le estaba atravesando el alma.

—Si aún quedan supervivientes en la Tierra... Entonces, ¿cómo puedo localizar a mi familia?

La expresión en los ojos de Tesk le puso la piel de gallina.

—¿Cómo puedes saberlo? —susurró, entendiendo por sus ojos lo que sus labios no se habían atrevido a decir—. No puedes saber cuántos de los nuestros quedan.

—Driamma, tú no eres la única que ha perdido a gente amada en esta guerra. Todo está más que investigado.

—Pero, ¿y ese mensaje?

—Lo más probable es que sea una trampa progresista para descubrir nuestro paradero. Llevan un año buscándonos por el espacio. Es prácticamente imposible que queden Naturalistas en la Tierra.

—Yo tampoco me lo creo —recalcó Sooz—. Es obvio que se trata de una trampa.

—Podrían ser muchas cosas: un mensaje antiguo, espías Progresistas, un renegado... —Tesk se encogió de hombros, dando a entender que aún quedaba mucho que investigar—. El caso es que el mensaje está en español. Y por eso estás aquí. Creemos que es importante que los alumnos reciban una formación en lengua española lo más rápido posible. Solo por si acaso.

—¿Por qué? —preguntó Driamma, sin entender qué relación guardaban ambas cosas.

—Si el mensaje resulta ser real, ese aliado puede ayudarnos a entrar en la Tierra de nuevo. Y si una expedición así se organizara, los mejores alumnos de esta Academia estarían en ella, y es conveniente que puedan comunicarse en español con los aliados.

—¿Tú no hablabas español, Tesk? —Inquirió Sooz, pensativa.

—No lo suficientemente bien —replicó él de forma un tanto cortante—. Además, tengo demasiadas obligaciones como para ocuparme de otra clase.

Sooz parpadeó varias veces.

—Supongo que ahora que está todo aclarado, te sentirás más tranquila. Y estoy seguro de que en un par de días estarás totalmente habituada a tu nueva situación.

«¿Cómo no estarlo?», pensó. Aún no se creía la suerte que había tenido. Que la seleccionaran a ella para hacer aquel trabajo, para vivir y estudiar en un lugar tan elitista. Para tener un ordenador conectado a su cerebro que solo poseían unos pocos. Le tomaría meses creer que todo aquello no tenía, como el encantamiento de la Cenicienta, fecha de caducidad.

Además, desde Noé, y con los privilegios de sus habitantes, le sería mucho más sencillo rastrear a su hermano.

Driamma observó a Tesk con intensidad por un instante. Había algo en él que la hacía querer confiar a ciegas. Un sentimiento que creía haber desterrado para siempre de su vida.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —Le oyó preguntar.

—Tenía pensado enseñarles el terreno que colinda con el perímetro de la Academia —contestó Sooz, con un halo de misterio.

Tesk sonrió, complacido con la idea.

Driamma suspiró y se mordió el labio con ansiedad, sin saber bien cómo comenzar.

—Me preguntaba si me puedes ayudar a encontrar a una persona —soltó al fin, retorciéndose las manos.

Tesk frunció el entrecejo, confundido.

—¿Algún amigo?

—Su nombre es Bronte Ponce —concretó ella.

Él la contempló de una forma un tanto extraña. Después, pestañeó varias veces y se miró las manos; gesto, al parecer, habitual en el hombre.

—¿Es tu novio? —preguntó sin posar los ojos sobre ella.

—Es mi hermano —lo corrigió—. Su nombre no figura en el Manifiesto de Supervivientes, pero tengo razones para creer que hay supervivientes que no están en él —dijo, echando una mirada de soslayo a las chicas.

—¿Cómo? —exclamó Sooz.

—Lo sé —le aseguró él sin hacer caso a la curiosa muchacha. La observó con tal intensidad que supo al instante que él estaba al corriente de que ella tampoco figuraba en el Manifiesto.

—Tal vez tú, que tienes más contactos, puedas buscarle para mí —rogó ella con tal desesperación que el hombre enrojeció.

—Si doy con algún tipo de información, te lo haré saber —musitó, como el que promete sin intención de cumplirlo.

Driamma suspiró. Estaba aburriendo al hombre, que ya había sentenciado el caso como perdido. Sin duda, iba a tener que utilizar otros medios.

Capítulo 5

Sooz las guió por el mismo camino que Ash había seguido esa mañana. Solo que a esa hora todo lucía distinto a la madrugada. Parecía mucho más vivo y activo, y se preguntó si se debía a la intensidad del sol. Cruzaron el bosque hasta la cascada, confirmando sus sospechas de que aquello era el aula donde se impartían las clases. Era justo lo que necesitaba para no desperdiciar tantas horas en el interior de un aula. Les era posible porque en Noé nunca llovía, ni hacía frío, ni demasiado calor. Además, el sol del mediodía no les molestaría ya que los pupitres estaban prácticamente cobijados por la sombra de los árboles que los rodeaban, y la cascada refrescaba el ambiente.

Continuaron avanzando hasta pasar la cascada. Después de esta, lo único que alcanzaba la vista era más campo, kilómetros de este parecían extenderse hacia el horizonte.

—¿Adónde vamos? —Inquirió Driamma al ver que después de diez minutos andando, nada aparecía en la lejanía.

—A dar un paseo —contestó Sooz—. Me imagino que Ash no habrá dado un paseo en su vida.

—Mi hermana y yo solíamos pasear por Pentace, visitando las distintas zonas para matar el tiempo y estirar las piernas —explicó—. Pero esto es completamente distinto. ¿Todo esto pertenece a la Academia? —Preguntó, volviendo la vista atrás. El edificio no era más que una mancha en el horizonte.

—No —aclaró Sooz, oteando la sombra de un bosque en la lejanía—. Ya no estamos en la Academia.

Caminaron un poco más, tomándose su tiempo para disfrutar del paisaje. Podían divisar con más claridad el grupo de árboles que se amontonaban en el horizonte.

—¿Qué es eso? —Exclamó Ash, frunciendo el ceño—. Ese temblor en el suelo. ¿No lo notáis?

Era algo casi inexistente, pero que se hacía cada vez más fuerte. Miró a Sooz, turbada, y entonces la vio esbozar una sonrisa. Ahora el estremecimiento del suelo se transformó en ruido, algo chocando contra el suelo de forma unísona y cada vez más próxima. Driamma parecía tan confusa como ella. Ambas clavaron sus ojos interrogantes en Sooz. Pero ésta se limitó a sonreír con una expresión satisfecha.

—Parece que vamos a estar de suerte —dijo, y con tono solemne añadió—: Bienvenidas al Arca de Noé.

Lo que apareció delante de su vista respondió a todas las preguntas. Una manada de unos veinte caballos surgió de detrás de los árboles, trotando a toda velocidad.

Boquiabierta, escuchó el grito de incredulidad de Driamma a su lado. ¿O había sido ella misma?

De lo que sí estaba segura, era que sus ojos estaban empapados.

—No es posible. —Driamma negó con la cabeza, llevándose la mano a la boca—. No es posible, se extinguieron.

—Consiguieron salvar a unos pocos —respondió Sooz, despacio—. Antes que se extinguieran por completo, transportaron varios ejemplares al Arca.

Driamma se acercó despacio a uno de los caballos que se había detenido a pocos metros de ellas. Cuando hizo el ademán de tocarlo, el animal relinchó y retrocedió.

—¿Cuánto tiempo lleva este sitio aquí?

Dos de los caballos se habían acercado a ellas. Uno era completamente negro y brillante, y el otro marrón con la cola y las patas blancas. Sooz acarició el flanco del caballo marrón.

—El proyecto Noé empezó hace noventa años.

El caballo negro, que se había encabritado segundos antes, se acercó a Ash, dejándola totalmente paralizada. Estaba impactada por la magnitud del animal. Ya los había visto en grabaciones, pero contemplarlos en persona y tan de cerca, era algo muy distinto. Podía observar detalles del animal: como la textura del pelaje, el

músculo tensado que unía el cuello con las patas, la fuerza con la que respiraba, el olor que desprendía. Era lo más real que había presenciado en su vida.

—¿Qué les ocurrió en la Tierra? —preguntó, sin atreverse a tocarlo aún.

—La humanidad —respondió Driamma quedamente, mientras acariciaba al caballo de Sooz—. ¿Podemos montar?

—No, no está permitido.

—¿Por qué no?

—Atenta contra nuestro principio Naturalista de «No uso de animales».

—Pero, ¿ni siquiera podemos montar para divertirnos?

Sooz se cruzó de brazos, observándolas con cierta reprobación, como si le disgustara que estuvieran tan poco educadas en los principios Naturalistas.

—No. Si te diviertes, alguien ve en esa diversión una oportunidad de negocio. El lucro lleva a la codicia, y ésta a la explotación. Porque el ser humano es incapaz de respetar el ciclo natural de los animales, y del planeta en general.

En ese momento uno de los caballos pareció desarrollar una fijación por Driamma. Empezó a acercarse a ella, primero despacio, y después de forma apremiante. Se asustó por la envergadura del animal y retrocedió sin mirar. Se tropezó con Ash y cayó al suelo.

—¿Queréis que os dejemos solos? —bromeó Sooz, extendiéndole la mano para ayudarla a levantarse. Las tres escucharon el sonido inequívoco de una tela al rasgarse.

Driamma se quedó paralizada por un momento, después giró el tronco para comprobar su el trasero.

—¡Mierda! — exclamó, disgustada.

El ruido había sido el pantalón de Driamma, rompiéndose a la altura de sus nalgas y dejando sus posaderas al descubierto. Al menos, el caballo pareció cansarse de ella y se dirigió hacia donde estaban los demás.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Sooz se encogió de hombros.

—Lo superarás, esa relación no te convenía.

—Ja —dijo Driamma sin pizca de diversión—. Me refiero a que estoy medio desnuda.

—No entres en pánico. Volvemos a la Academia y te cambias.

—Primero: esto es lo único que tengo —protestó ella, malhumorada—. Segundo: ¿cómo voy a llegar hasta allí en este estado?

Sooz la observó por un instante, evaluando la situación. Después miró a Ash con los ojos entornados.

—Tu sudadera es lo suficientemente larga como para cubrirla.

Ash, sin pensarlo dos veces, se la sacó por encima de la cabeza y se la pasó.

Driamma la vistió y les dio la espalda para que lo corroboraran.

—Problema solucionado.

—¿Qué voy a hacer? No tengo ni una sola prenda de ropa aparte de estos pantalones rotos y la camiseta manchada de sangre.

—¿No se te ocurrió hacer las maletas antes de venir?

La joven apretó la mandíbula.

—No me dieron la oportunidad.

La curiosidad brilló en los ojos de Sooz.

—Tenemos que ir a la ciudad, entonces —razonó—. Y conseguirte un vestuario.

—No tengo mucho ahorrado —confesó, preocupada.

—Oh, vamos. Eres profesora en la Academia de Noé —exclamó Sooz con

dramatismo y aspavientos—. Vas a nadar en dinero.

Eso no pareció convencerla, pero tampoco podía vivir desnuda. Finalmente se volvió hacia Ash.

—Gracias por la su... ¡Vaya! —Exclamó con los ojos clavados en su camiseta—. Menuda sorpresa tenías ahí escondida.

—¿Qué? —Preguntó, mirándose a su vez, un tanto desconcertada—. ¿De qué estás hablando?

Ambas chicas le miraron el escote dejando claro a qué se referían.

—Tienes suerte —le aseguró Sooz—. A mí dejaron de crecerme al día siguiente de que empezaran a crecer.

Driamma rió y le puso una mano en el hombro a Ash.

—Úsalas con sabiduría —bromeó con tono ceremonioso.

—¿Usarlas?

Sooz se cruzó de brazos e intercambió una mirada con Driamma.

—Ya se dará cuenta.

Cruzaron el campo de vuelta hasta llegar al jardín. Se sentía un tanto decepcionada. Le hubiera gustado atravesar aquel espeso bosque y proseguir más allá, ver otros animales y otros paisajes. Según su padre, el Arca estaba dividida en zonas geográficas que reproducían una miniatura de los distintos ecosistemas de la Tierra. Había selvas tropicales, tundras, taigas, y la pradera que acababan de ver. Pero lo que más deseaba ver era la sabana africana. Disfrutaba como nadie de los documentales de animales. Para Kara y ella, verlos era una tradición, una manera de estar un poco más cerca de la Tierra y de la naturaleza, cuando en realidad estaban tan lejos.

Le explicó a Driamma cómo barreras invisible mantenían la temperatura de cada zona del Arca y no permitían que los animales se alejaran de su área.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —le preguntó Sooz.

—Mi padre es biólogo y ha participado en la creación de Noé. Así que he escuchado todos los detalles millones de veces.

—¿De dónde son tus padres?

Se tensó al oír la pregunta. Sobre todo porque acababan de cruzarse a un grupo de alumnos que podían escuchar su conversación. Su familia era inglesa. El origen de su madre era pakistaní, aunque nacida y criada en Inglaterra. Tanto Ash como Kara no habían heredado el color de piel de su madre, sino que su irritante genética había escogido la piel lechosa de su padre. De su hermosa madre solo poseía unos enormes ojos rodeados de densas pestañas y ligeramente alargados. Era lo único que a Ash le gustaba de sí misma. La mezcla de colores, entre los azules de su padre y los mil colores de su madre, le había dado un color violeta poco común que todo el mundo admiraba. También había heredado de su madre las ondulaciones rebeldes de su cabello, en lugar del lacio y manejable pelo anglosajón de su padre. Ash no podía creer que un genetista profesional hubiera seleccionado los mejores genes de sus progenitores al hacerla. Más bien le daba la impresión de que habían hecho lo opuesto. El padre de Ash era completamente inglés, incluso en apariencia. De él había heredado el color rojizo de su pelo, la palidez de su piel y sus pecas.

—¿Ash? —la llamó Sooz al ver que no contestaba—. ¿De dónde son tus padres?

—Son ingleses —soltó al fin, observando el rostro de la muchacha, esperando que cambiara, preso del prejuicio. Para su sorpresa, Sooz esgrimió una amplia sonrisa.

—Mis padres también son europeos —aseguró—. De Hungría, aunque se mudaron a Canadá antes de que yo naciera.

Respiró aliviada. A pesar de la respetabilidad de sus padres, había presenciado muchas veces comportamientos racistas hacia su procedencia. Y no era un secreto que habían tenido que luchar el doble para llegar a donde estaban debido a sus orígenes. Muchas puertas se les habían cerrado única y exclusivamente por esa razón.

—¿No hay muchos europeos por aquí? —preguntó Driamma al ver la escena de hermandad entre las chicas.

—Claro que no —respondió Sooz—. ¿Cuántos crees que podrían costearse una plaza en Noé?

—Semyon Lozis, el director de la Academia, es ruso, ¿verdad?

—Lituario —corrigió Sooz—. Somos pocos pero bien ubicados. Mi padre es el Ministro de Medio Ambiente.

—Eso explica por qué conservas a tu gato —dijo Ash.

A los habitantes de Noé no se les había permitido llevar a sus mascotas tras la evacuación. Conocía a Tibor Benedek, el padre de Sooz. Lo había visto en infinidad de ocasiones en Pentace, adonde acudía a menudo por asuntos de Estado.

Cuando llegaron a la entrada de la academia, aguardaron varios minutos a la espera de la siguiente cápsula. La puerta se abrió y dos chicos salieron al exterior.

Ash se tensó de inmediato. Uno de ellos era el novio de Sooz, y al otro jamás lo había visto antes. Tenía la piel muy bronceada y un cabello negro y espeso. Su rostro era muy agradable, con labios que le llamaron la atención enseguida. Sus ojos eran la única muestra de su ascendencia asiática, aunque eran mucho más grandes que los tradicionales ojos asiáticos. Claramente, era mestizo.

Apartó la mirada al ser descubierta por el dueño de los rasgos que analizaba con tanto interés. Se sintió realmente violenta. La había pillado *in fraganti*. ¿No deduciría de ello que le gustaba? No estaba segura. Pero en las películas siempre había muchas miraditas involucradas.

—Sooz, al fin has seguido mi consejo y te has comprado amigas —canturreó su novio al verlas allí paradas.

—Mil cuatrocientos cuarenta minutos en un día, y tienes que coger la misma cápsula que yo —se lamentó ella, más para sí misma.

—¿Adónde vais? —Preguntó el chico mestizo.

—Al centro comercial —le contestó Sooz, con un tono mucho más amistoso del que había usado con su propio novio.

—¿Vas a devolverlas? ¿No funcionan bien? —Inquirió el rubio. Ash tuvo la extraña sensación de que clavó los ojos en ella al hacer la última pregunta—. Deberías devolver a la pequeña y cambiarla por pilas para la otra.

Las palabras penetraron poco a poco en su cerebro, como pequeñas descargas eléctricas que la herían por separado, pero incrementando la tortura a medida que la frase tomaba sentido en su mente. Había valorado a Driamma por encima de ella.

—Supongo que tú sigues aquí porque no darían nada por ti, ¿verdad? —le espetó Driamma con una sonrisa letal, en respuesta.

El chico rió, más complacido que ofendido.

—Definitivamente, quédate con ésta —le dijo a Sooz, sin molestarse en responderle.

—Gábor, deberías mantener la boca cerrada a la vera de los raíles —le aconsejó Sooz—. A una se le ocurren ideas.

Contempló la escena delante de sí como si se tratara del acto de una obra de teatro. Sus oídos habían comenzado a zumbar de forma agónica desde que la humillación del comentario de Gábor la golpeará la cabeza con su propia sangre. Se preguntaba cómo había podido convertirse tan rápido en el hazmerreír que tanto había temido.

Se miró el tatuaje del antebrazo: «Si eres una joya extraordinaria, solo un experto puede valorarte; no esperes que cualquier ignorante sepa hacerlo»

En ese momento no logró hacerla sentir mejor, o quizá solo un poco. Si apenas la conocía, ¿cómo se atrevía a menospreciarla así?

—Soy Taly Zhu —se presentó el mestizo.

—Driamma Sandova.

Taly se volvió hacia Ash con interés y expectación.

—Ashling Barrott.

Los ojos del muchacho se paralizaron al instante, y sus pupilas se fijaron en la

nada. La estaba buscando en Facebook, cosa que no parecía haber hecho al escuchar el nombre de Driamma.

Incómoda, como si le estuviera viendo hacer algo privado y comprometedor, apartó la vista de él y, por accidente, la posó sobre Gábor. Las pupilas de este también se habían endurecido. Sin duda, en ese mismo instante estaba revisando el Facebook de Driamma, que tanto le había gustado.

Pero algo extraño ocurrió. Gábor frunció el entrecejo, aún mirando al infinito, con la atención en alguna imagen de su pantalla mental, y enseguida sus ojos regresaron al lugar presente para clavarse en ella con mirada confusa.

Ash entreabrió los labios con incredulidad al darse cuenta de que era a ella a quien estaba buscando en el ordenador de su cabeza, y ahora la observaba con curiosidad al no haber encontrado su nombre.

No sabía si existía, de verdad, una Ashling Barrott en algún lugar del mundo. Tampoco importaba. Ninguno de ellos encontraría a la verdadera Ashling Barrott, a no ser que ésta se encontrara en un radio de distancia de menos de cincuenta metros en el momento de la búsqueda. Era una de las formas que Facebook tenía de proteger la privacidad de los ciudadanos. E incluso si entrabas en el perfil de una persona, una vez que esa persona se alejaba de tu radio, a no ser que fuera tu contacto, se perdía el acceso a su perfil.

—Perdona, ¿has dicho Ashling Barrott? —preguntó Taly, al encontrarse con el mismo problema que Gábor.

Enrojeció ante la pregunta. ¿Ni siquiera iba a disimular?

—Ash es miembro de La Liga Anti-Facebook —explicó Sooz con orgullo—. No os molestéis en buscarla.

—¿Qué? —Intervino Gábor, con indignación—. ¿A su edad?

—Hay gente prodigiosa que... —Sooz se detuvo y sacudió la cabeza—. Déjalo Gábor, no lo entenderías.

La cápsula llegó al fin. Al tomarla, contempló disgustada cómo los dos muchachos se sentaban de cara a ella. Afortunadamente, Gábor la ignoraba como si, de repente, fuera invisible.

La cápsula se elevó al nivel del suelo y se detuvo en el hospital de Noé, y Ash se inclinó hacia delante para atisbar lo máximo posible. Una mujer bloqueó su vista durante los segundos que tardó en subirse a la cápsula, y la odió por ello. El cristal lateral descendió y la voz del áncora anunció que partirían de inmediato. Se inclinó un poco más, intentando ver más allá del maravilloso jardín de colores que se extendía ante ellos. Un delgado camino comenzaba en la misma puerta y cruzaba el jardín hasta un edificio enorme.

En cuanto el paisaje dejó de distraerla, empezó la acuciante sensación de que alguien la estaba observando. Discretamente desplazó la vista hacia la fila de enfrente y descubrió a Taly, observando azorado su escote, que al inclinarse hacia delante se había potenciado considerablemente.

El chico pestañeó al ser descubierto y, enrojeciendo ligeramente, miró hacia otro lugar.

Pasó su atención a Gábor, quien la había tildado de insignificante, para comprobar si también a él podía afectarlo. Pero si éste había notado la generosidad de su escote, no dio muestras de ello. No pudo evitar sentir una punzada de decepción.

El áncora apenas se había movido cuando se detuvo y retrocedió a la parada del hospital de Noé. Volvió a abrir sus puertas, y un joven se subió. Driamma y Sooz lo observaron con avidez, incluso después de que éste ocupara el único asiento libre que quedaba. Ella también lo observó. Al principio, no entendió qué habían visto las chicas en él. Llevaba el pelo largo; lo que, acababa de descubrir, no era de su agrado. Por ello no se había molestado en observar su rostro, que era bastante bonito.

—¿Pak? —exclamó Gábor, mirando al recién llegado.

El chico sonrió al verle y chocaron codos, un gesto que Ash nunca había visto antes.

—Bara, no te veía desde aquel último partido que perdimos.

—Me lesioné en ese partido —explicó Gábor, torciendo la muñeca donde

llevaba el brazalete, y acariciándose el pecho con la otra de forma inconsciente—, por eso perdimos.

El estómago de Ash dio un vuelco sin razón. Una sensación cálida le acarició el pecho. ¿Qué significaba aquello?

Volvió a centrar su atención en Gábor, ya que la sensación había aparecido mientras lo observaba, intentando discernir a qué se debía. Su cabeza le jugó una mala pasada cuando sus ojos se deslizaron sobre su camiseta en el centro del pecho, y una imagen con la palma de su mano sobre este cruzó por su mente.

Gábor rio con algún comentario de su amigo, y esa sonrisa le aceleró los latidos del corazón a Ash.

«No. Él no», le ordenó a su cuerpo.

Aquel indeseable la había maltratado desde que la viera por primera vez y, además, era el novio de su nueva amiga. Rogó por que fuera una equivocación. Pero en cuanto volvió a posar los ojos en él, algo en su sonrisa, en la forma en la que movía los brazos, en la forma en la que su pecho parecía retumbar con los latidos de su corazón, llamándola, instándola a acurrucarse allí; la sacudió por completo y de forma inequívoca.

Se lamentó mentalmente. Nunca hubiera pensado que su maldito cuerpo traidor fuera a elegir sin su consentimiento ni su aprobación. Ni jamás hubiera sospechado que fuera a elegir tan mal.

Capítulo 6

Sooz les anunció que la siguiente parada era la suya.

—¿Dónde bajáis vosotros? —Preguntó con repentino interés. Claramente se debía al tal Pak.

—Seguimos hasta el Galeón —contestó Taly.

La joven echó un último vistazo a Pak, antes de apearse, y ellas la siguieron. Ash con la mayor rapidez posible para evitar ser observada por los muchachos.

—¿Qué estás haciendo ahí parada, como si te hubiera dado un vahído? —Le preguntó Driamma a Sooz.

—Está buscando el perfil del tal Pak —dedujo Ash.

—Pensaba que podíais navegar con esa cosa y andar al mismo tiempo —se quejó Driamma, echando un vistazo sobre su hombro hacia la cumbre de la rampa.

—Es que no lo encuentro —estalló Sooz, irritada—. Llevo dos horas buscando entre los amigos de Gábor y no hay ningún Pak.

—Tal vez es un apodo —propuso Driamma.

—Qué rabia. ¿Por qué la gente usa apodos? Odio no encontrar el perfil de alguien.

Ash se cruzó de brazos, impaciente. Sabía que ese comentario la incluía a ella.

—Quizá lo hacen para que los desconocidos no entren en su perfil —espetó.

—No soy una desconocida. Soy una conocida de un conocido suyo.

Ante eso no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Suficiente razón como para tener acceso a los datos de toda su vida —continuó con sarcasmo.

—Lo encontré —exclamó la muchacha, entusiasmada, haciendo caso omiso de ella—. Rapak Gond. Veamos... ¿Dónde estudias? ¿Qué? ¿Ciencia agrícola?

—Es una buena carrera en Noé —recalcó Ash, sin entender la decepción de su amiga.

—Pero no lo entiendo. Ha detenido la cápsula cuando ésta ya había dejado el hospital, y la ha hecho regresar. Tiene que ser informático. No lo entiendo.

Ahí estaba: la razón por la que Sooz se había interesado tanto en él.

—¿No es eso lo normal? —inquirió Driamma, confusa—. Pensaba que la cápsula había vuelto porque se había dejado a un pasajero.

—No, la gente no puede mover el áncora a su antojo, a no ser que seas un informático brillante.

—O a no ser que conozcas a alguien que trabaja ahí —interrumpió Ash, con cierto tono de mofa.

Los ojos de Sooz regresaron a la realidad para observarla, y un instante después volvieron a mostrar la dureza anterior.

—Efectivamente. Su madre es controladora de cápsulas —recitó Sooz, leyendo la información en su Facebook—. Chica lista.

—¿Has visto sus fotos? —Preguntó Driamma con curiosidad.

—Oh, no —se lamentó Sooz, meneando la cabeza con desaprobación—. En una de ellas está enseñando el trasero. Ese chico no tiene expectativas de encontrar un trabajo serio algún día.

—Eres una exagerada —sentenció Driamma—. Cuando comience a buscar empleo puede borrar esas fotos.

Sooz dejó de indagar en la vida privada del muchacho, habiendo perdido todo el interés y se puso en marcha.

—Ash, ¿por qué no le explicas cómo funciona en realidad el asunto?

Suspiró, aliviada por haber tenido la idea de usar la Liga Anti-Facebook como coartada. Lo sabía todo acerca de la Liga. Con la primera evacuación de la Tierra, la Liga se trasladó a Pentace y entonces conoció a Ange, un hombre en su cincuentena que llevaba toda su vida trabajando para la institución. Hicieron migas enseguida. Le gustaba oír todas las historias que Ange le contaba sobre la vida en la Tierra y sobre la guerra. Tenía mucha experiencia, y ella se había pasado tardes enteras acompañándolo durante su trabajo. Sabía todos y cada uno de los procedimientos que seguían para controlar el mal uso del Facebook junto con las anécdotas de tantos años de servicio que él le había contado en repetidas ocasiones.

—¿Conoces a O’Doherty? —le preguntó.

Driamma negó la cabeza, con el ceño fruncido.

—En el año dos mil ciento y algo, una madre irlandesa intentaba adoctrinar a su hija adolescente sobre los peligros del alcohol. Su hija se limitó a conectar su Facebook y preguntarle a su madre si era ella quien estaba borracha y medio desnuda debajo de una mesa en la foto.

—Me suena esa historia —interrumpió Driamma—. La hija había recuperado fotos del perfil de su madre que ella había eliminado hacía años.

—Lo que ocurrió fue que el coreano Yun Bok había inventado un programa de recuperación de datos eliminados del Facebook. El programa fue declarado ilegal después de que aprobaran la Declaración de O’Doherty, la pionera de la actual Liga de Control del Facebook. El problema apareció porque las empresas continuaban utilizando el «yunbok» de forma ilegal en sus procedimientos de selección de personal. Analizaban el perfil psicológico de los aspirantes. Como de a menudo publicas frases depresivas en tu muro, con qué frecuencia bebes, cuál es tu rotación de amigos, de pareja. Cuántas veces sales, entras, viajas; cuántas veces enfermas, incluso las enfermedades de tus familiares.

Driamma sacudió la cabeza.

—¿En qué clase de civilización se está convirtiendo Noé?

—No te confundas, Driamma. Estas prácticas se hacían ya en la Tierra, y en ambos bandos.

—Pero la Liga lo controla.

—La Liga intenta controlarlo, o por lo menos procura que las empresas no puedan realizar estas prácticas en sus instalaciones, pero nada puede hacerse si el gobierno no les permite penalizarlas. Y es sabido que los Recursos Humanos de cada empresa tienen ordenadores registrados como personales y no profesionales, para poder efectuar estas búsquedas sin que la Liga lo registre.

Driamma sacudió la cabeza mortificada.

—Recuerdo a mi vecina en la Tierra, la cual inexplicablemente no lograba encontrar trabajo después de graduarse. Vivía con su madre alcohólica, y su padre había muerto de cirrosis producida por alcoholismo. Ahora lo entiendo.

—El «yunbok» ha aumentado el porcentaje de diferenciación social —sentenció Ash.

La visión de lo que había en la superficie dio el tema por zanjado. A ambos lados del canal por el que circulaba el áncora se extendía el más espeso de los bosques, cuyo final no parecía estar ni remotamente cercano. Ash giró sobre sí misma, intentando absorber el verde resplandor de la luz del sol que se colaba entre las hojas. Inspiró llenando sus pulmones de aquel aroma vegetal al que aún se estaba acostumbrando.

Driamma miró hacia las copas de los árboles.

—Le falta algo a este bosque.

—Los pájaros —explicó Sooz—. No hay ninguno en esta zona.

—No es lo mismo sin ellos —se lamentó Driamma—. Con este sol y sin oírlos cantar, es como si el bosque estuviera muerto. Me da escalofríos.

Ash acarició el rugoso tronco del árbol más cercano. ¿Cómo podía aquello parecerle muerto a Driamma? Sentía la vida de aquel tronco como si brotara en forma de energía. Había algo intensamente romántico en ese infinito tejado de hojas verdes que medio ocultaban del cielo a dos amantes. Algo animal y primario en el

tronco del árbol, que servía de apoyo a la unión de sus cuerpos. Al igual que aquella pareja a la que había observado cuando Gábor la sorprendió. Entendió por primera vez el *Locus Amoenus* sobre el que había leído tantas veces; y que a pesar de todo el progreso humano, no había nada como el sentimiento que produce ese reencuentro con la naturaleza.

Al otro lado del enorme arco de vegetación se encontraba el centro comercial de Noé. Estaba emplazado sobre una verdosa pradera, donde un extenso rectángulo formado por arbustos delimitaba la zona comercial. Dentro del rectángulo, ocho torres divididas en dos líneas se elevaban por encima del nivel de suelo. Caminaron justo hacia el centro del campo, donde estaban los mostradores del bufé, con comida a un lado, y una barra donde la gente se sentaba a comer al otro.

—¿Y a esto lo llamas centro comercial? ¿Dónde están las tiendas? —inquirió Driamma, mirando a su alrededor—. Parece un campo de fútbol con catering.

—No seas impaciente.

Sooz se acercó al mostrador de comida, recogió una bandeja, y comenzó a examinar qué platos ofrecían. En el interior, varios cocineros uniformados con un delantal negro y un gorro del mismo color preparaban más cantidad para rellenar el bufé.

Ash observó fascinada a los cocineros, ya que nunca había estado en una cocina. La de Pentace era zona prohibida si no eras uno de los trabajadores. No había logrado colarse allí ni siquiera una vez.

—No puedo creer que estén cocinando —dijo Driamma, observando a uno de los cocineros que cortaba zanahorias—. Quiero decir, cocinando en el sentido tradicional de la palabra. Sin un *cook*.

—Es un buen espectáculo, ¿no crees? —inquirió Sooz, señalando con un movimiento de cabeza a la gente que, en la fila de enfrente, los observaba con avidez.

Un par de personas los estaban grabando. Quizá para copiarles cuando

cocinaran en casa. Uno de los hombres, que no se perdía detalle del proceso, tenía unos cincuenta años. Se imaginó lo duro que debía ser para la gente, acostumbrada a utilizar el Cook durante todas sus vidas, volver a la cocina tradicional. Con todo el tiempo, esfuerzo y desorden que eso suponía.

—Encontrarás que en Noé muchas cosas se han vuelto a hacer de la manera tradicional —le explicó Sooz a Driamma—. Y una de ellas es cocinar.

—Me parece bárbaro.

—Creo que es un arte —intervino Ash—. Cocinar todos esos platos sin un Cook. Míralos, es como pintar un cuadro.

Sooz las guio hasta la última torre de la derecha.

—Es la única con un puerto para Secbra —les explicó mientras se abrían paso entre la multitud.

Se cruzaron con familias con niños, ancianos que se movían a otro ritmo, y grupitos de adolescentes primerizos, que parecían clones unos de otros, y se apiñaban como si su única opción de supervivencia fuera la de permanecer unidos. El lugar bullía con un caos de gente en distintas fases de su existencia.

Las torres estaban cubiertas por vegetación y rodeadas por escaleras acaracoladas que permitían el acceso a la planta superior. Sin embargo, las escaleras carecían de barandilla en el sentido tradicional de la palabra, y en lugar de ésta, se extendían finas y altas columnas de vegetación intercaladas con chorros de agua que continuaban hasta la cumbre y rodeaban el piso superior de la torre.

Un grupo de jóvenes de unos veinticinco años había alcanzado el pie de la escalera antes que ellas.

—Disculpad —los llamó Sooz, cuando se disponían a subir los primeros escalones.

El grupo se giró para mirar la voz que los había interrumpido con cierta impaciencia. Sin embargo, su expresión cambió tras segundos de observar el rostro de Sooz y, sin más, descendieron los escalones que acababan de salvar para alejarse hacia otra torre.

—Gracias —les dijo ésta, y comenzó a subir los peldaños.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó Driamma, siguiéndola por las escaleras—. Esa gente se me ha quedado mirando a la frente, y luego han retrocedido como si fuera a desintegrarles con mi Secbra.

—¿Has visto a alguien más con un Secbra desde que salimos de la Academia?

—La verdad, no —admitió Driamma—. Tampoco ese Pak o como se llame, el colega de Gábor.

—Exacto. Han visto nuestro Secbra. Saben que somos informáticas y, es más, saben que somos de la Academia —aclaró Sooz—. No nos temen, simplemente nos respetan. Por eso nos han cedido la torre.

—Eso no está bien —protestó Ash—. Ellos han llegado antes.

—Pero ésta es la única torre con puerto para Secbra —repitió Sooz, como si eso lo justificara.

El piso superior era un círculo de un metro de diámetro y estaba rodeado también por la pared de arbusto y agua, y el efecto de la luz colándose por ésta creaba un interesante halo de intimidad.

Dentro, un sofá con forma de anillo ocupaba toda la superficie de la torre, y en el interior de la rosca que formaba el sofá yacía una mesa también circular donde las chicas depositaron sus bandejas de comida.

—¿Veis ese círculo de cristal? —Preguntó Sooz, señalando el centro de la mesa—. Ahí están las tiendas —continuó Sooz, divertida al ver su confusión—. Driamma, conecta tu Secbra con el puerto de la mesa.

Driamma la miró, desconcertada.

—Yo no... —comenzó pero luego, pareciendo darse cuenta de algo, se volvió hacia Ash.

Ash se horrorizó al intuir lo que pretendía.

—Driamma, al menos inténtalo.

—No sabría ni cómo empezar... —se quejó ella—. ¿Pero qué...? —gritó dando un salto hacia el respaldo del sofá al verse a sí misma encima de la mesa.

Por supuesto no se trataba de ella, sino de una imagen holográfica suya a tamaño real, que giraba despacio sobre la mesa, estática, como un maniquí en un escaparate. La imagen emanaba del círculo de cristal.

—Tenías que haber visto tu cara —la señaló Sooz con el dedo índice—. Por cierto, enhorabuena. Has conseguido conectar ese Secbra sorprendentemente rápido para alguien que no lo había usado nunca.

—¿Qué? —protestó, confundida—. Yo no he...

El rostro de Driamma se desdibujó en una mueca de dolor cuando Ash le pateó la espinilla por debajo de la mesa. Sin embargo, fue suficiente para hacerle cerrar la boca.

Sooz, inconsciente de lo que estaba pasando entre las chicas, se conectó al puerto también para indagar en las existencias de las tiendas. El cuerpo de la imagen holográfica de Driamma estaba distorsionado para evitar exponer su desnudez. Pero en cuanto Sooz seleccionó varias prendas, éste se clarificó mostrándola con ellas.

—Creo que el pantalón te está un poco grande, ¿verdad? —observó Sooz, y cambió la talla. Los pantalones se ajustaron a la perfección sobre su figura.

Driamma se reclinó en el sofá, apoyando ambos brazos sobre el respaldo.

—Increíble, y no he tenido que moverme —exclamó con satisfacción.

—Pensaba que la máxima Naturalista era justamente evitar cosas así —intervino Ash.

Tal y como había temido, Sooz se volvió hacia ella con el entrecejo fruncido.

—La energía utilizada en todo este proceso sale de tu Secbra —le espetó con seriedad—. El Gobierno Naturalista lo está haciendo lo mejor que puede. Es difícil pedirle a la gente que renuncie a sus comodidades, ¿sabes?, y cada vez se inventan más formas en las que el ser humano puede contribuir a la producción energética.

—Solo decía que esta actividad no me parece tan necesaria y básica —le contestó, intentando suavizar el tono—. No estoy planeando un golpe de Estado, ¿vale?

Estaba claro que Sooz, la hija de un Ministro, no quería ni oír hablar de los defectos de su sistema.

Tras veinte minutos, habían terminado sus comidas y completado un vestuario para Driamma.

—Ya puedes tirar esa cosa —celebró Sooz, señalando la sudadera de Pentace que llevaba Driamma.

—Mejor devuélvemela —pidió Ash.

—¿Para qué la quieres? Me recuerda a esas bolsas de basura del siglo pasado —bromeó Sooz.

—Es el uniforme de Pentace —explicó Ash—. Es lo que he vestido desde que tengo tamaño para llevarlo.

—Si crees que tienes tamaño para llevar esa bolsa de basura es porque eres anoréxica —dijo Sooz—. Además, ya no estás en Pentace, por lo que ya no lo necesitas.

—Pero solo me he traído cuatro de esas.

—Un momento —pidió la muchacha, sacudiendo la cabeza—. ¿Me estás diciendo que todo tu vestuario se reduce a tres réplicas de ese disfraz de chimpancé con el que te conocí?

Ash exhaló un largo suspiro, reclinándose contra el sofá. Presentía que a esa discusión aún le quedaba un rato.

—No puedes llevar eso. En Noé tenemos chimpancés de verdad. ¿Qué pasa si te encuentran e intentan aparearse contigo en mitad de una clase?

—Al menos, no terminaría el año sin que alguien intentara aparearse conmigo.

—Conecta tu Secbra al puerto de la mesa —sentenció Sooz, haciendo caso omiso de su réplica.

Ash suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Por la creación. Terminemos con esto cuanto antes.

Cuarenta y cinco minutos más tarde habían terminado de seleccionar un vestuario para Ash. Abandonaron la torre y se dirigieron a la salida, donde un joven sonriente las esperaba con un bastoncillo en la mano.

—Si eres tan amable de darme una muestra —pidió él, de manera robótica, casi introduciendo el bastoncillo en la boca de Ash por la fuerza. El dependiente la trató con una extraña mezcla de amabilidad y frialdad. Por un lado sonreía exageradamente, y su voz era suave y educada; y por otro, logró hacer todo el proceso sin apenas mirarla. Al fin introdujo el bastón con la saliva de Ash en un aparato, y la miró por primera vez con aquella sonrisa mecánica

—Son dos mil novecientos setenta y cuatro nars —dijo.

Ash pestañeó varias veces.

—¿Cómo dices?

—Dos mil novecientos setenta y cuatro nars. Por favor, deposite su dedo en el lector de huellas para autorizar el cobro —repitió él, echando un vistazo de impaciencia a la fila.

Alargó el dedo e hizo lo que le pedía.

—Tres mil nars —repitió con tono ausente, como si no fuera su cuenta—. ¿Me he gastado tres mil nars?

El dependiente la observó, temeroso de que fuera a ocasionarle problemas y

detener el avance de la cola.

—Su compra le será entregada en el transcurso del día —se apresuró a decir, llamando al siguiente cliente.

Sooz tiró de su brazo para que se moviera y dejara paso a los demás.

—Y yo pensando que mi factura había sido alta —bromeó Driamma.

—Verás, me he tomado la libertad de incluir un set de maquillaje camaleónico —le aclaró Sooz—. Es el mismo que llevo yo y, créeme, no te vas a arrepentir. Se trata del maquillaje permanente de siempre, pero especial porque cambia de color dependiendo de lo que lleves puesto, sin contar con que cambia de intensidad según la hora del día. Suave por las mañanas, intenso por las noches.

—Seguro que ése es el eslogan del anuncio —se burló Driamma.

—¿Estáis seguras de que esto me va a quedar bien? —Inquirió, preocupada, y volvió la cabeza hacia el cajero. Tenía bastante con toda aquella ropa moderna y femenina que Sooz le había obligado a comprar.

Sooz se apresuró a asentir con un movimiento de cabeza.

—También he incluido un champú que le va a cambiar la vida a tu cabello —agregó mientras observaba con disgusto un mechón que se había escapado de su moño—. ¿Sabes lo que son?

—Sí, son caros y sirven para lo mismo que un jabón genérico, pero malgastando el triple de recursos naturales.

—Un momento —interrumpió Driamma, interesada—. ¿Tenéis champús aquí?

Sooz asintió.

—Cuestan unos 200 nars, pero existen.

—Su consumo debe ser controlado, por esa razón les ponen un precio desorbitado.

—Pero tú los usas —acusó, señalando a Sooz.

—Claro.

—Claro —la imitó Driamma, con indignación—. Tú piensas que todo el mundo vive igual que tú, ¿verdad?

Sooz pareció enojarse ante esto.

—Soy consciente de que no todo el mundo puede permitirse un champú, pero tampoco es que vayan a morir sin él. Quiero decir, yo lo uso porque puedo permitírmelo —se defendió—. ¿Quieres que pida perdón por ello?

Driamma sacudió la cabeza despacio.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Se cruzó de brazos apretando los labios con rabia—. Hay gente que no tiene nada. No tienen sol, ni cielo, ni poseen gatos. Y tú vives aquí, con tu champú de frutas sin ser siquiera consciente de nada.

—¿En qué zona vivías? —preguntó Sooz, confusa.

—No... —Driamma pareció arrepentida de haberse dejado llevar—. Se supone que es un secreto de Estado.

—Sabes que nos lo vas a contar tarde o temprano —insistió Sooz—. Vamos, suéltalo. Soy demasiado esnob como para que te aguantes. Estás deseando sacarme de mi mundo de color de rosa.

Driamma se cruzó de brazos, intentando contener una sonrisa.

—Puede... podría empezar por revelarte que la gente normal los llama cocodrilos, no Lacostes.

—Espero que tu español sea mejor que tu sentido del humor —rogó Sooz, más como para sí misma.

—Hubo otra evacuación después de la vuestra.

La expresión de Sooz cambió por completo.

Driamma miró a Ash antes de proseguir. Quizá porque quería su confirmación de que un grupo de agentes secretos no saltarían de los setos más cercanos para detenerla.

—Hubo una segunda evacuación que no estuvo planeada como la primera. Y los evacuados no éramos gente importante, ni rica, ni con recursos. Ganamos la plaza como mercenarios, accediendo a entrenarnos como soldados para el gobierno Naturalista. Nos llevaron a Friarton, una estación espacial que, te aseguro, no tiene nada que ver con Noé.

—¿Friarton? —Repitió Sooz con ojos como platos—. Nunca lo había escuchado. ¿Cómo es posible? Hay mapas de Noé por todas partes, con todos los enclaves espaciales que tenemos alrededor: Pentace, Clovet, Kaudalon, Mirthí, pero nunca vi nada sobre Friarton.

La joven estaba estupefacta. Se giró hacia Ash con la incógnita en sus labios entreabiertos.

—Yo tampoco lo había oído antes. También nuestros mapas en Pentace omiten Friarton.

Observó a la chica, preguntándose si el descubrir los secretos de su adorado gobierno produciría un cortocircuito en su cerebro. Desde luego, su rostro estaba desenchajado como si estuviera a punto del colapso.

—Para ser justa, tengo que decir que también nos pagaban —continuó Driamma con ironía—. La generosa suma de veinte nars al mes. Lo que, al venir a Noé, me he dado cuenta que vale para pagar un trozo de pan.

—¿Todavía piensas que el Gobierno Naturalista es perfecto? —Le preguntó Ash con dureza.

Sooz no respondió, sino que endureció sus ojos como si estuviera concentrada en manejar su Secbra.

—¿Me disculpáis un momento? Podéis esperarme en la puerta del ánora.

Ash y Driamma emprendieron el camino de vuelta al bosque. Driamma se giró varias veces para observar a Sooz, hablando sola.

—Espero que no haya llamado a alguien para contarle lo que os acabo de decir.

No le contestó, puesto que era justamente eso lo que creía que estaba haciendo. De hecho, pondría la mano en el fuego a que estaba consultando a su

papá, el Ministro de Medio Ambiente. Sooz era incapaz de aceptar un agujero en la perfección del sistema, principalmente cuando su propia familia lo constituía.

Durante el camino de vuelta, Ash y Driamma lograron hacerla hablar mediante preguntas sobre la Academia y el nuevo curso que comenzaría al día siguiente. Sin embargo, cuanto más se aproximaban a la Academia, más taciturna se volvía.

Se bajaron de la cápsula y, cuando ya estaban en el jardín, Sooz se paró en seco.

—Mi padre está aquí —les informó—. Vuelvo enseguida.

Volvió a entrar en el vestíbulo de la Academia, dejándolas sin más.

Capítulo 7

Tibor Benedek, el Ministro de Medio Ambiente, esperaba a su hija en el pequeño sofá de dos plazas del vestíbulo. Al verla llegar, se levantó y sonrió ampliamente, aunque su sonrisa comenzó a desvanecerse al notar la expresión en el rostro de la chica.

—¿Qué ocurre? —Inquirió con tono grave.

Se dio cuenta, por primera vez en su vida, de que los ojos de su padre se curvaban hacia abajo y sus cejas los oscurecían. Por alguna razón, en ese momento le parecieron los ojos de un mentiroso.

A pesar de ello, forzó una sonrisa y lo abrazó.

—Has venido tan rápido —apreció.

—Claro, parecías preocupada antes —dijo él, refiriéndose a cuando lo había llamado desde el centro comercial de Noé—. ¿De qué necesitas hablar conmigo?

Sooz no quiso sentarse en el mismo sofá que había ocupado su padre. Quería tenerlo de frente y no perderse detalle de la expresión de su rostro cuando le preguntara por Friarton. Por esa razón se sentó en el sofá de enfrente. Una planta con rosas amarillas descansaba sobre la mesita que se interponía entre ellos. Le encantaban las rosas, pero en aquel momento le pareció que quitaban la seriedad que el asunto requería.

Benedek se sacudió el traje antes de volver a sentarse. Era un gesto habitual en él. Siempre llevaba trajes caros y no era algo en lo que Sooz se hubiera fijado antes; pero en ese momento se preguntó si ese traje no había sido pagado con el salario que nunca habían recibido los cadetes de Friarton.

—Me he enterado de algo —musitó—. Algo perturbador que no puedo entender... no entiendo cómo ha podido mantenerse en secreto.

Su padre alargó la mano por encima de las rosas y se mesó los cabellos con tranquilidad.

—¿Qué ocurre? —repitió con cierta diversión. Al parecer no esperaba de ella ningún problema real.

¿Tan superficial había sido hasta el momento? ¿Tan inocente era su mundo como para que su padre no la tomara en serio? Una parte del techo de la recepción estaba acristalado, permitiendo la visión del cielo y la entrada de la luz del sol. Miró a su alrededor, el blanco inmaculado de las paredes, el bonito sofá marrón, y aquellas malditas flores. ¿Acaso su mundo no era perfecto? ¿Y su ignorancia gigantesca?

—Existe una plataforma espacial que no está en los mapas —soltó, alegrándose por la turbación que mostró su rostro—. Friarton.

Tibor se echó sobre el respaldo del sofá y apoyó un tobillo sobre la otra rodilla.

A Sooz le pareció una manera forzada de mostrarse sereno cuando no lo estaba. Una artimaña común entre los políticos, que intentaban utilizar el lenguaje corporal para engañar a la audiencia.

—Continúa —dijo al fin. Parecía no querer hacer ningún comentario antes de tener constancia de cuánto sabía ella.

—Lo sé todo —exclamó, elevando el tono—. Sobre la segunda evacuación de la Tierra.

Su padre miró a su alrededor, incómodo.

—Baja la voz, ¿quieres? —Le exigió—. ¿Se puede saber quién te ha dado esa información?

Su tono ya no era apacible, y no parecía divertido en absoluto.

—Papá, ¿cómo ha podido pasar algo así? —Protestó sin molestarse en contestar a su pregunta.

Su padre suspiró.

—Escucha, Sooz, las cosas no son blancas o negras, ¿vale? La persona que te ha contado eso lo ha hecho parecer un crimen, pero en realidad fue una obra de caridad.

—Esto no es un discurso político, papa. Soy tu hija. No utilices esa mierda eufemística conmigo.

Tibor la observó con ojos como platos.

—Exactamente, soy tu padre. Modera tu lenguaje

—advirtió antes de proseguir—. Como te decía, ya no quedaban plazas en Noé para ninguno de ellos. Iban a quedarse atrás, pero en el último momento surgió la idea de utilizar Friarton. En teoría, Friarton se había creado con la función de servir de cárcel en el caso de que alguien en Noé quebrantara la ley de forma grave. En la práctica, eran quinientas plazas libres que podían ser ocupadas por gente sana y joven, aumentando nuestras posibilidades de supervivencia.

—¿Dejaron a gente atrás?

Su padre se masajeó la frente con los dedos.

—No había nada que se pudiera hacer por ellos, y en una situación tan atípica debemos ser prácticos. Por ello se organizó la competición, para poder seleccionar a los más fuertes y sanos.

—¿Competición? —Gritó Sooz, horrorizada—. ¿Los hicisteis competir por su vida?

—Sooz... —comenzó con tono de rendición—. Salvamos a los que pudimos, les dimos un hogar, los alimentamos y, por supuesto, los entrenamos para luchar por la Tierra cuando llegue el momento. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Sooz se levantó, incapaz de escuchar ni una sola palabra más del frío pragmatismo de su padre.

—¿Dejaron a niños atrás? ¿Ancianos?

Sin embargo, no esperó la respuesta, sino que se alejó a paso firme sin pararse

siquiera cuando lo oyó llamarla.

— Ahí está Sooz — indicó Driamma, señalando el sofá del vestíbulo—. Y ese debe de ser su padre.

Ash se giró, apoyándose en una columna que sujetaba el vano de la puerta que comunicaba el vestíbulo con el jardín.

— ¿Qué estás haciendo? — le preguntó Driamma, acercándose a la columna. La chica la miró con cierta ansiedad—. ¿Te estás...? — Comenzó, volviéndose hacia donde estaban Sooz y su padre —. ¿...Escondiendo?

— No — se apresuró en decir la pelirroja—. Me apetece volver al jardín.

— Pero si acabas de decir que necesitabas ir al servicio — protestó Driamma confusa.

Ash se asomó para echar un rápido vistazo al vestíbulo.

— Se me ha pasado — aseguró, tirando de Driamma hacia el jardín.

— ¿Se lo has comentado al médico? ¿O al psicólogo?

En ese momento vieron que Sooz salía a toda prisa del vestíbulo. Parecía tan perturbada que pasó por ellas sin siquiera verlas.

— Sooz — gritó su padre desde la puerta del vestíbulo.

Al verlo llamarla en vano, Driamma se apiadó del hombre.

— Creo que se dirige a su habitación — le aclaró.

Él se asomó al jardín, sorprendido por la intervención. Una vez que vislumbró a Driamma su expresión cambió a una mucho más animada.

— ¿Eres nueva? — le preguntó sonriente mientras se acercaba a ellas.

— Así es, Ash y yo somos nuevas este año — explicó, señalando a la susodicha,

que por alguna razón les daba la espalda.

El hombre se giró para poder verla, y entonces sus ojos se ensancharon con sorpresa.

—¡Vaya! —Exclamó con entusiasmo—. No te había reconocido.

—¿Ministro Benedek? —interrumpió una voz a su espalda. El hombre se volvió para descubrir al interlocutor.

—Lozis.

Semyon Lozis, el director de la Academia, le sacudió la mano al Ministro.

—¿Querías hablar conmigo?

—Efectivamente —dijo Benedek, y volvió la cabeza para despedirse de ellas con una sonrisa—. Vayamos a tu despacho. Tengo varias cosas que preguntarte.

—Y yo varias que explicarte.

Antes de alejarse de ellas, los hombres les dedicaron una última mirada que a Driamma se le antojó extraña.

—¿Qué ha sido eso? —Inquirió ceñuda—. ¿Acaso os conocéis?

Ash se encogió de hombros.

—Nos hemos cruzado un par de veces por Pentace —se limitó a decir, mostrándose un tanto incómoda.

A Driamma le pareció que la actitud de todos había sido bastante extraña en aquel breve encuentro. Empezando por el peculiar comportamiento de Ash al ver al padre de Sooz, y acabando por la extraña forma en la que los dos hombres las habían mirado justo después de declarar que tenían ciertas preguntas y explicaciones que intercambiar. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina al pensar que fueran a discutir sobre ella.

Capítulo 8

El sol de las siete de la tarde iluminaba con pereza, anunciando que el cansancio lo obligaría a retirarse pronto.

—Es aquí —anunció Ash, deteniéndose en frente de la habitación de Sooz. Los cristales convertibles estaban cerrados, por lo que se veían reflejadas en la fachada.

—Si acaba de discutir con su padre, puede que desee estar sola —dedujo Driamma dubitativa—. Las discusiones con mi madre me dejaban con ganas de aplastar cráneos.

Ash sopesó esa idea por un segundo.

En ese momento, la puerta de Sooz se abrió.

—¿Estáis planeando pasar la tarde ahí? —Demandó con cierta irritación—. Pasad —les ordenó y, sin esperar contestación, volvió a adentrarse en la habitación.

En el interior, Sooz se había tirado sobre el sofá, e inerte observaba el techo como si se tratara de una película.

—Mi padre lo sabía todo —protestó sin moverse.

—¿Sobre la segunda evacuación y Friarton? —Especificó Ash, sentándose en el sillón de enfrente. La habitación de la chica estaba tan perfectamente ordenada que temió arrugar los cojines al hacerlo. Ella era todo lo contrario, y le fascinaba presenciar cómo alguien podía mantener su entorno bajo tales condiciones de control. Se preguntó si podría cambiar su forma de ser y mantener su nueva habitación en Noé aún inviolada por el huracán Ash, tan ordenada y recogida como

esa.

Sooz se irguió en el sofá, abrazándose las piernas. Se encogió de hombros y les miró con expresión mortificada.

—Lo sabía todo —repitió, mordiéndose el labio—. Ya no sé qué pensar de mi propio padre.

Driamma se acercó al sofá y se dejó caer sobre el otro extremo.

—No sé por qué te sorprendes —dijo—. Mi padre se marchó de casa cuando yo era muy pequeña. Y solo se molestó en mantener contacto con mi hermano, pero no conmigo. Que sean tus padres no quiere decir nada. No significa que sean buenas personas.

Sooz apartó la mirada y comenzó a morderse las uñas sin añadir nada más. Un grupo de alumnos cruzó la calle por delante de la habitación de Sooz. Era increíble que pudieran verlos tan de cerca, sin que ellos supieran siquiera que ellas estaban ahí. Reían y charlaban animadamente, ajenos a las cosas que ocurrían fuera de Noé.

—¿Por qué se marchó?

Driamma exhaló una bocanada de aire, acariciándose la nuca.

—Mi madre y él comenzaron a tomar actitudes políticas opuestas —explicó al fin.

Sus ojos, turbios, se perdieron en algún punto de la habitación como si sus recuerdos la hubieran transportado muy lejos de allí.

—Un día tuvieron una discusión que destacó entre las demás, y entonces se fue. Eliminó su Facebook para que mi madre no pudiera localizarle.

—¿Tienes idea de qué discutieron? —La curiosidad de Sooz volvió a aflorar.

Driamma arrugó la frente, esforzándose por hacer memoria.

—Recuerdo la pelea —dijo—. Pero era demasiado pequeña para entenderlo y Bronte no estaba en casa en ese momento. Lo que sí sé es que fue algo que mi madre dijo lo que desencadenó su partida. De repente, mi padre parecía totalmente

abatido.

Recuerdo la forma tan extraña en la que me miró antes de marcharse, como si no me conociera. Es curioso que lo recuerde porque no logro recordar su rostro.

Las chicas la observaron por un instante en silencio, sin saber qué decir.

—Tu padre no pudo eliminar su Facebook a no ser que... —comenzó Sooz, meditando sobre las distintas opciones— a no ser que entrara en el ejército o en política.

El Facebook de un militar se mantenía bloqueado mientras estuviera de servicio, por razones de seguridad. Para evitar que el enemigo pudiera utilizar información personal de un capturado, para evitar filtraciones de información, o que se pudiera localizar a los soldados a través de su perfil. Militares, políticos y miembros de la Liga Anti-Facebook eran los únicos ciudadanos con permiso para tener su perfil de Facebook bloqueado.

—Tiene sentido —reconoció Driamma—. Así fue como empezaron las peleas entre ellos. Mi padre quería formar parte activa de la ideología Naturalista. Mi madre solía insultarlo por ello. Lo llamaba bárbaro, salvaje, cromañón. También ella comenzó a hacerse más radical con los años. Ingresó en la Juventud Progresista de mi ciudad antes de que mi padre se marchara. La última vez que supe de ella la habían elegido como presidenta.

—¿Tu madre era Progresista? —destacó Sooz, casi con incredulidad.

Ash ocultó una sonrisa. La forma de decir «progresista» de Sooz indicaba que la chica los creía portadores de la peste bubónica.

Driamma asintió, pensativa.

—Si los Progresistas siguen vivos en la Tierra, cabe la posibilidad de que mi madre no haya muerto. —Su voz tembló al decir en voz alta lo que probablemente había conjeturado desde que descubriera la verdad sobre la Tierra.

—Cuéntanoslo todo —le pidió Sooz, repentinamente interesada. Como si acabara de decidir que no quería seguir estando cegada, ni por su padre ni por su entorno Naturalista.

—Bronte tenía una gran relación con mi padre. Él es mucho mayor que yo, e

incluso después de que mi padre se fuera, no perdieron el contacto. Mi hermano quería parecerse a él, por lo que se alistó en el ejército Naturalista en cuanto tuvo edad para ello. Poco a poco, su relación con mi madre comenzó a parecerse a la de mis padres. Al principio eran discusiones políticas a la hora de cenar, después disputas sobre el estilo de vida que llevábamos. Bronte quería adoptar en casa las medidas que estaban proponiendo los Naturalistas para ahorrar energía, y mi madre criticaba cada cambio. Al final, llegaron a odiarse de verdad; Erina le recriminaba que mantuviera el contacto con mi padre después de que nos hubiera abandonado, y Bronte la despreciaba por su amistad con Adrian Barros.

—¿Qué has dicho? —Saltó Sooz, irguiéndose—. Driamma, ¿tienes idea de quién es Adrian Barros?

—Lo sé, un alto cargo del Gobierno.

—¿Un alto cargo? —Repitió Sooz, agitada—. Adrian Barros es el actual presidente de los Progresistas.

Driamma pestañeó varias veces.

—Entonces es muy posible que haya mantenido a mi madre con vida durante la guerra. Puede que mi madre esté viva —repitió, alterada.

—¿Cómo perdiste el contacto con ella? —Intervino Ash.

—Erina se marchó de casa después de que estallara la guerra. Bronte y yo vivimos solos durante un tiempo. Mi madre también bloqueó su Facebook, obviamente demasiado metida en política como para mantenerlo activado. Por esa razón, yo nunca podía contactarla. Era siempre ella la que me encontraba, o la que me hacía llegar los mensajes. Seis meses antes de que me evacuaran a Friarton, estallaron las bombas atómicas en Lugano.

—Las bombas de Lugano —repitió Ash— fueron el detonante que hizo que los Naturalistas comenzaran a hablar de evacuar la Tierra.

—Aunque me pregunto si la situación en Europa era tan mala como nos dijeron —comentó Sooz con recelo—. ¿Quién sabe?... Después de tantas mentiras.

—Lo era —les aseguró Driamma—. Yo estuve allí.

Ambas chicas la miraron con ojos como platos. Ash no podía creer que alguien que tenía apenas tres años más que ella hubiera vivido tantas cosas.

—¿Estuviste en Europa después de Lugano?

—Después de que estallaran las bombas, mi hermano fue destinado a Europa en una misión de rescate. ¿Habéis oído hablar del invierno nuclear?

El invierno nuclear de Europa se produjo por los incendios y la destrucción masiva que las bombas ocasionaron en Suiza. Tal cantidad de humo que al subir y mezclarse con las capas más bajas de la atmósfera sumieron al continente en un clima glacial. Las temperaturas descendieron drásticamente, destruyendo las cosechas y dando lugar a intensas nevadas.

Ash sintió como su piel se erizaba al imaginarse a Driamma y a las demás personas que habían pasado por eso en Europa. Se preguntó por qué las zonas más pobres del mundo eran las que siempre tenían que soportar las peores catástrofes.

—El gobierno naturalista le aseguró a Bronte una plaza para los dos en la segunda evacuación, si cumplía con la arriesgada misión de rescate en Europa. Según Bronte, después de Lugano, muchos soldados comenzaron a desertar del ejército naturalista, y otros se negaron a poner un pie en el viejo continente. Mi hermano accedió con la condición de que ambos contáramos con esa plaza.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que no cumplieron con su promesa? —Inquirió Sooz, cerrando los ojos.

—El último mensaje que recibí de Bronte desde Europa contenía instrucciones concretas. Me dio la fecha y la hora para que acudiera al puerto de Ensenada, en California, y me colara en un barco con cargamento de rescate que partiría en la madrugada hacia Europa. Así fue como llegué al puerto de Amberes, donde se suponía que Bronte estaría esperándome. Sin embargo, lo único que me esperaba allí era la hambruna glacial en la que estaban sumidos. Al no encontrar a Bronte en los alrededores de Amberes, le esperé en el puerto durante días, pero no apareció. Tampoco contestaba a ninguno de mis mensajes y su Facebook continuaba desconectado. Finalmente, el hambre y el frío me obligaron a seguir avanzando. Busqué ayuda. Llevaba días sin comer, ya que la poca comida del barco que había guardado conmigo se había terminado hacía varios días. Alimentarme se había convertido en mi único objetivo, cuando el frío y la nieve no hacían más que dificultarlo todo, haciéndome sentir más cansada, más hambrienta, y ralentizando

mi paso.

Al fin, una semana más tarde de llegar a Amberes, me crucé con un grupo de soldados que me llevaron hasta Funen: el último refugio de supervivientes en Europa. Allí nadie tenía conocimiento de que, en el resto del Mundo, las temperaturas se encontraban en niveles normales. Les habían mentido. Al principio no entendí la razón, pero tampoco era de mi incumbencia cuando mi único objetivo era encontrar a mi hermano. Ahora que tengo toda la información, me doy cuenta de que el Gobierno Naturalista no quería dejarles salir de Europa para evitar que se unieran a la causa Progresista. Preferían dejarles morir allí que verlos unirse al enemigo.

Sooz se llevó ambas manos a la frente, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Estás bien? —Le preguntó Ash, con cierta preocupación.

La chica se destapó la cara para mirar a Driamma.

—¿Cómo es posible que sigas considerándote naturalista después de haber vivido todo eso?

Driamma rio con cierta amargura.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. No importa si son naturalistas o progresistas. A los políticos les dan igual las personas. Ellos solo ven objetivos, y para conseguirlos no les importa matar a miles; sobre todo si piensan que así van a salvar a millones.

Ash notó cómo un escalofrío cruzaba su cuerpo. Le daba miedo pensar de qué manera funcionaba el mundo.

—Está bien —comenzó Sooz, pareciendo querer ordenar sus pensamientos—. Tenían a un grupo de refugiados en Funen, y a un grupo de soldados a los que habían prometido ser evacuados si cumplían con una última misión en Europa. Y, por otro lado, contaban con la cárcel de Friarton totalmente vacía, por lo que decidieron en el último momento usarla para el refugio de esas personas. ¿No es tan malo verdad? Mi padre me dijo que era una obra de caridad.

Ash dio un pequeño salto de sorpresa por lo que ocurrió a continuación. Driamma cogió uno de los cojines que descansaba tras su espalda y lo usó para

golpear a Sooz en la cara.

—Despierta, rubita, ¿quieres? —Le pidió con indignación—. Tu padre no te mentía. Sí fue una obra de caridad, pero para vosotros: los primerianos. En Friarton llamábamos a los pijos que evacuasteis en la primera evacuación «primerianos». Lo hicieron para que tuvierais soldados que protegieran vuestras valiosas vidas. Cuerpos baratos que mandar a morir primero si había otro enfrentamiento con los progresistas. Si hubiera sido una obra de caridad, no hubieran abandonado a niños y ancianos en la nieve, sin protección ni alimentos. Si fuera una puta obra de caridad, no lo hubieran mantenido en secreto. Lo hubieran pregonado por todo Noé como muestra de su «bondad». Nos habrían incluido en el Manifiesto de supervivientes. Pero no estamos porque no se esperaba que sobreviviéramos demasiado.

—¿A cuántos dejaron atrás? —Preguntó Ash, en un hilo de voz.

—A seiscientos cincuenta y cinco personas —contestó Driamma con rapidez—. Créeme, no es un número que vaya a olvidar con facilidad. Incluso recuerdo sus caras. Las caras de la gente con la que conviví durante meses.

—¿Cómo decidieron quiénes se quedaban y a quiénes se llevaban?

—Nos hicieron competir entre nosotros. Era la manera más fácil de descartar a los heridos, enfermos y a los que, por su edad, nos les serían de provecho.

—Por la creación —exclamó Ash, llevándose las manos a la frente.

—Lucha cuerpo a cuerpo, con o sin armas; carreras, circuitos de entrenamiento militar y pruebas intelectuales. Por supuesto, una gran parte ni siquiera compitieron a sabiendas de que nunca lograrían una plaza. Había quinientas plazas en Friarton, treinta tres eran para los soldados del refugio, y el resto para los que demostramos ser más fuertes. Yo nunca hubiera competido, y hubiera dejado a esa gente atrás, si no fuera porque creía que encontraría a mi hermano en mi destino.

—¿Dónde está tu hermano ahora? —Interrumpió Sooz. Pálida.

La chica apretó la mandíbula antes de responder.

—No lo sé. No figura en el Manifiesto de supervivientes, al igual que yo. Si pudieras utilizar tus contactos con tu padre, Sooz, y ayudarme a encontrarle.

—Por supuesto, le llamaré más tarde. Si hay más lugares que no figuran en los mapas, con gente que no está en el Manifiesto, mi padre tiene que saberlo. No te preocupes, lo investigaremos hasta encontrar a Bronte.

El rostro de la joven se transformó al oír la promesa. Era como si un enorme peso hubiera dejado de aplastarla contra el sofá, y un brillo de esperanza encendió sus ojos como un árbol de navidad.

Un largo silencio colmó la habitación durante varios minutos, dejando a cada una inmersa en sus propias cavilaciones.

Ash, arrastrada por sus pensamientos, que continuaban comparando su vida en Pentace con la historia que acababa de narrar Driamma, no supo cuánto tiempo había pasado cuando el silencio se rompió con los ruidos de protesta de un estómago vacío. A pesar de todo, la interrupción del furioso órgano las hizo sonreír.

—Tengo hambre —se disculpó Driamma, acariciándose el abdomen—
¿Dónde cenáis aquí?

Sooz giró el cuello para examinar el cielo a través de los cristales de su habitación.

—Está anocheciendo —declaró, un tanto sorprendida—. Cada noche, a partir de las nueve, se sirve la cena en el comedor de la Academia. Pero no quiero encontrarme con mi padre, quien probablemente se haya quedado a cenar. Aún no estoy preparada para enfrentarlo en persona. Le enviaré un mensaje esta noche sobre lo de tu hermano.

—¿Tu padre se queda a cenar en el comedor de la Academia incluso sin ti?
—Ash intentó ocultar su preocupación ante esa posibilidad.

Sooz asintió, distraída; sus pensamientos parecían haberla llevado lejos de la habitación.

—Tengo una idea —dijo al fin, sonriendo—.Vamos a pedir una pizza a domicilio.

Veinte minutos después escucharon el ruido de alguien golpeando el cristal con el nudillo.

Sooz saltó del sofá.

—Mierda —susurró, echándose el aliento en la mano, ahuecada sobre su nariz—. Dame dos minutos —gritó en dirección de la puerta. Y corrió al servicio para ponerse el aparato de limpieza bucal.

Ash no tuvo dudas de que se trataba de su novio. Su estómago dio un vuelco, chocando con su corazón, y haciéndolo latir con fuerza. Se mordió los labios, irritada por su propia reacción. Cuanto antes se acostumbrara a la presencia del muchacho, mejor para ella.

Pasado un minuto, Sooz se quitó el aparato y se agachó junto a su mesita para quitar la hermosa planta de flores naranjas que combinaban con los tonos de la habitación.

—Pasa —exclamó.

El joven se aproximó y su sombra se cernió sobre ella. Si no quería suscitar sospechas no tenía más remedio que alzar la mirada para saludar al recién llegado.

Cuál fue su sorpresa al ver que no se trataba de quien había imaginado, sino de otro muchacho un poco más alto, y con una complexión más fuerte. Su piel era del color de la canela, fruto de la mezcla racial. Los rasgos afros, en general, se imponían sobre los blancos; pero ese chico tenía la suerte de haber heredado los atributos más bellos de cada raza. Unos hermosos ojos verdes que destacaban con intensidad sobre la piel morena de su dueño. Y unos labios perfectos y gruesos. Supo con seguridad que el chico más guapo de la Academia, acababa de entrar en la habitación. Llevaba una camiseta azul celeste que se ceñía sobre unos brazos más desarrollados que los de Gábor y Taly, y destacaban su piel morena.

—¿Estabas desnuda? —Preguntó él antes de notar que había más gente en la habitación. Sus ojos verdes mostraron cierta decepción ante esa revelación. Sin embargo, esta fue rápidamente sustituida por la curiosidad.

—¿Qué has traído? —inquirió Sooz, balanceándose en una mano para quitarle los paquetes con la otra.

Él alzó el brazo para facilitarle la labor, pero rápidamente su mirada volvió a

ellas.

—Mi nombre es Elek La Joi —se presentó con una sonrisa amplia.

—Driamma Sandoval y Ash Barrott —contestó la primera, devolviéndole la sonrisa y atravesándolo con sus pupilas.

Driamma, claramente había activado el modo «caña de pescar» y sacudía el anzuelo en las narices del joven.

—Elek —lo llamó Sooz, con cierta aspereza—. ¿Y las bebidas?

—Se me han olvidado —se limitó a contestarle para, rápidamente, devolver su atención a Driamma—. Sois las nuevas, ¿verdad? Gábor me ha comentado algo.

No tenía que ser adivina para imaginarse qué le había contado Gábor. Incluso podía verlo en su mente diciendo: «dos chicas nuevas; una es despampanante, la otra no merece la pena ni describirla». Y Elek, en un segundo, habría reconocido cuál era cuál.

—De momento, creo que nos quedamos —concedió Driamma, y con ello consiguió que la sonrisa del chico se ensanchara mientras se apoyaba en el brazo del sillón para mirarlas más de cerca. Para Ash fue un alivio, ya que desde el suelo le parecía un auténtico gigante, y su cuello había empezado a resentirse por la postura.

—¿Tu también estudias aquí?

Admirablemente, Driamma conseguía que cada una de sus palabras sonara a proposición indecente.

— Pareces mayor que los demás, ¿quizá de mi edad?

—Tengo la edad de Gábor, dieciocho.

—Uno menos que yo —declaró Driamma, asegurándole con la mirada que eso no suponía ningún problema para ella.

—¿Eres francés? —Preguntó Ash, con curiosidad. Aquello de no tener Facebook era un poco aburrido.

—Casi —admitió él—. Canadiense.

—Querrás decir húngaro —le espetó Sooz, mientras recogía un pedazo de pizza.

Parecía estar molesta con él por alguna razón, pero eso no lo incomodó. Se limitó a pestañear ante la intervención pero sin siquiera mirarla.

—Mi madre es de Hungría y mi padre es Canadiense.

—Hungría y Canadá deberían establecer una alianza de emparejamientos si el resultado es tan... satisfactorio —dijo Driamma.

Ash no supo si enrojecer ante tal despliegue de descaro, o admirar a la chica por su desvergüenza. Echó un vistazo hacia Sooz, que había dejado de masticar para tragar de golpe y con dificultad.

—Por favor, Driamma, no inflames aún más su ego... O la habitación va a explotar.

Esta vez, Elek sí que se digno a mirarla.

—Cierto, Zsuzsanna, porque el tuyo ya está ocupando todo el espacio disponible —dijo sin sentimiento, como si no disfrutara peleándose con ella, pero no le quedase más remedio que defenderse de sus ataques.

Ash y Driamma intercambiaron una mirada y reprimieron una sonrisa.

—Sooz es húngara también —recalcó Ash, con el ceño fruncido.

—Lo sé —contestó él, dedicándole otra rápida mirada, y cargada de reproche, a la aludida.

Pues claro que lo sabía, probablemente se conocían desde hacía tiempo. Se avergonzó por haber hecho esa estúpida observación.

—Es solo que me parece una casualidad; nunca antes me había encontrado a ninguno —se defendió.

—Es más que una casualidad —explicó Elek, volviendo a sonreír. —Sooz, Gábor y yo nos conocimos en la Asociación Juvenil de Húngaros de Alberta en

Canadá. Mi madre solía llevarme de pequeño, para que estuviera en contacto con la tradición y la cultura, y para practicar la lengua.

—Tenía entendido que era una lengua muerta —continuó Ash.

—Lo es —intervino Sooz—. Pero la Asociación intentaba mantenerla viva, por lo menos para guardar la historia y la literatura antigua. Como una manera de conservar nuestra identidad.

Ash nunca se había planteado cómo se sentirían los hablantes de los idiomas que no habían sobrevivido a la globalización; es decir, cualquier idioma distinto al chino mandarín, al español y al inglés.

—¿Venís de la ciudad de Noé? —Preguntó Elek, ignorando, quizá intencionadamente, el discurso sobre el húngaro de Sooz.

—Sí —mintieron ambas chicas al unísono. La verdad era demasiado complicada para explicarla en ese momento.

—Bueno, acabamos de venir de la ciudad de Noé —aclaró Ash, fingiendo haber entendido eso. Al fin y al cabo, Gábor y Taly sabían de su procedencia; no tenía sentido mentirle—. Pero yo vivía en Pentace, con mi familia.

—Es verdad, Gábor me lo explicó —contestó él, haciéndola sentir extraña al imaginarse a esos dos ejemplares masculinos hablando sobre ella.

—Genial —exclamó Sooz, con fingido entusiasmo—. Ahora que ya las conoces puedes unirte a los cotilleos de Gábor y Taly.

Ash puso cara de horror y los labios del chico se curvaron con malicia.

—¿Qué esperabais, aras? Sois las nuevas. Carne fresca.

—Elek, gracias por la comida. Ya puedes irte —lo interrumpió Sooz, a su espalda.

El chico se volvió para mirarla, y a Ash le pareció ver cierto resentimiento en sus ojos.

—En realidad, estaba pensando en llamar a Gábor para que se una a nosotros.

—No, ni se te ocurra. Gábor, probablemente, cenará con mi padre.

—Entonces definitivamente me quedo a cenar con vosotras —contestó él, reclinándose sobre el respaldo del sofá, sin ninguna intención de marcharse. Extendió una de sus piernas, cuya largura le permitió interponer su pie entre Sooz y la mesa. Elek era un hombre atractivo, y tan corpulento que a pesar de no sentir especial atracción por él, Ash notaba su presencia en la habitación como un sol irradiando luz y calor.

—¿Y por qué no estás tú cenando con tu padre? —Preguntó.

Sooz suspiró algo exasperada.

—Es una larga historia —acortó—, nos hemos peleado.

Si el novio de Sooz cenaba con su padre, incluso sin la presencia de ella, debía significar que su relación era bastante seria.

—¿Te has peleado con tu padre? ¿Por qué? —continuó Elek.

A pesar del resentimiento que mostraban los ojos del muchacho, en su voz estaba presente un vestigio de afecto al dirigirse a ella. Si pretendía ocultar su preocupación, no lo había logrado.

—No quiero hablar de ello ahora —le pidió, cansada.

Pareciendo respetar sus deseos, se giró de nuevo hacia las chicas.

—Me alegro mucho de que os unáis a nuestra clase este curso. Un año sin gente nueva se hace muy monótono.

—Cuando terminéis de coméroslo con los ojos, podéis empezar con la pizza —sugirió Sooz, sin ocultar su irritación—. Se va a enfriar.

El rostro de Elek pareció iluminarse ante el tono enfurruñado de su amiga.

—Cierto —concedió Driamma—. Sooz, pásame un trozo de esa pizza de celos que te estás comiendo.

Si las miradas mataran, Driamma estaría totalmente fulminada e inerte en el suelo de aquella habitación.

Elek, en cambio, la observó con una mezcla de sorpresa y esperanza que habló por sí sola de sus sentimientos por la joven. Ash no podía creer la complicada relación que parecía tener con el mejor amigo de su novio.

—Sinceramente, no creo que haya suficiente comida para todos.

Elek se levantó, cansado de la actitud de la chica.

—La próxima vez no me llames.

—Me debías una, y lo sabes —le espetó ella a la defensiva.

Exasperado, sacudió la cabeza. Se dirigió a la salida, pero se detuvo antes de irse.

—¿Qué les digo a Gábor y a Tibor si me preguntan por ti? —Inquirió, cruzándose de brazos.

Sooz se encogió de hombros, moviendo la cabeza.

—¿Por qué ibas a saber tú dónde estoy?

Él la observó en silencio por unos segundos.

—Cierto —replicó finalmente, con un tono gélido que se propagó como un alud de nieve hacia el resto de sus facciones—. Señoritas —se limitó a decir a modo de despedida para, acto seguido, marcharse sin más.

Capítulo 9

A paso acelerado Ash cruzó el jardín, divisando el lugar al que se dirigía. Apenas tenía quince minutos para desayunar antes de que comenzara la primera clase, y eso que se había levantado al alba. Sin embargo, por primera vez había tenido que escoger su atuendo entre un amplio abanico de posibilidades. Se había probado varias prendas, pero todas le parecieron incómodas e indecentes en comparación con su uniforme de la NASA. Finalmente, se decidió por la camisa que mejor cubría sus riñones. Se miró el pecho, cuya piel se había erizado ante el cambio de temperatura. El único problema de la camisa era que los botones comenzaban muy abajo, y se ajustaba a sus costillas, dejando asomar demasiado escote. Se sentía tan desnuda que se planteó regresar a la habitación a por una chaqueta, lo que irremediamente significaba perderse el desayuno. Continuó caminando hacia el comedor, reconociendo que en esa batalla el hambre había vencido al pudor.

El comedor era una sala con forma rectangular que se adentraba en el jardín hasta la altura del bosque. El extremo en el bosque se transformaba en la enorme roca de donde nacía la cascada. Las paredes de la nave eran cristaleras verdosas, o eso pensó hasta que al entrar se dio cuenta de que el tono verde provenía de la vegetación que había en el interior de la sala. Más que un comedor, parecía un invernadero: uno muy extraño, que no tenía techo. En su lugar, una tupida maraña de ramas y hojas, e incluso flores, se entrelazaba entre sí ocultando el cielo.

Sintió que algo golpeaba su hombro. Una chica que intentaba abrirse paso por el estrecho hueco de la puerta. Se disculpó y avanzó dos pasos, vislumbrando la habitación con más claridad. Árboles de distintas especies se repartían por la nave. De algunos de ellos salían mesas de madera, cuyo color era similar al fruto del árbol. La forma y la disposición de la mesa cambiaban en cada caso. Desde luego, la simetría no había sido el objetivo del decorador de la sala, sino más bien un caos de madera y hojas, que imitaba a un bosque de hadas. El suelo era de cristal transparente, dejando ver la hierba y las fuertes raíces de los árboles que, como

nervios, se ramificaban hasta fundirse con la tierra.

Dos vastos troncos de árbol, serrados en horizontal, hacían la veces de mostrador de bufé, donde aparecía la comida protegida por mamparas de vidrio. Divisó a las chicas en una de las mesas más cercanas a la cascada, que a ese lado estaba compuesta por finos hilos de agua que descendían desorganizadamente por la roca cubierta de musgo verde. La mesa era de color rojo, al igual que las manzanas que colgaban del árbol que se cernía sobre ésta, y cuyo tronco les servía a ellas de respaldo. Un cuenco lleno de manzanas descansaba en el centro de la mesa.

Ninguna de las dos se percató de su presencia hasta que las tuvo a escasos metros, y cuando lo hicieron, alzaron la mirada para limitarse a observarla en silencio.

—¿Y bien? —inquirió, poniéndose nerviosa—. Estoy ridícula, ¿verdad? ¡Lo sabía!

Ambas chicas fruncieron el entrecejo con confusión durante unos segundos, que se le hicieron eternos.

—¿Ash? —Preguntó Sooz, esforzándose por enfocar sus ojos sobre ella.

—Sí, es ella —rio Driamma—. ¡Por la creación!

Su corazón dio un vuelco al imaginarse la razón por la que las chicas la miraban de esa forma. Esa mañana se había aplicado la máscara de maquillaje semi-permanente que Sooz la había obligado a comprar. Las instrucciones decían que bastaba con depositar la máscara sobre el rostro durante media hora para alcanzar resultados satisfactorios. Sin embargo, Ash se había quedado dormida después de esto, y la había llevado puesta al menos durante cuarenta y cinco minutos. Cuando la había retirado, nada había cambiado en su rostro; todo seguía igual que antes. La tiró sobre la cama, entendiendo que no sabía usarla, o que su caso estaba más allá de lo reparable.

—¿Qué le pasa a mi cara? —gimió presa del pánico, mientras se llevaba las manos a ésta. Quizá los colores habían continuado incrementándose en su rostro, y como consecuencia de haberse sobrepasado en el tiempo de exposición pareciera un payaso—. Voy a quitarme esto.

Sooz estiró el torso sobre la mesa para agarrarla.

—No vas a hacer tal cosa —le prohibió.

Asintió, mientras alargaba el brazo para alcanzar una manzana.

—Te queda de lujo, ¿vale? —Le aseguró Driamma enérgicamente, como si le hablara a un bebé—. ¿Y por qué te mueves así?

—¿Cómo?

—Como si fueras un robot bailando *break dance* —recalcó, imitando su manera de coger la manzana.

Sooz estalló en carcajadas, probablemente compartiendo la crítica.

—Porque me siento rara, ¿vale? El pelo suelto es incómodo, se me pone en la cara cada dos por tres; y esta ropa está malévolamente preparada para que, al más mínimo movimiento, me quede totalmente desnuda.

—Lo que tú digas —Sooz se levantó de la mesa y se introdujo un último pedazo de bollo en la boca—. Vamos, llegaremos tarde a clase.

Ash sacudió la cabeza y se concentró en actuar de forma natural. Se fijó en las chicas que caminaban delante de ella. Sus ropas eran tan pequeñas como la suya, pero ellas no parecían tener problemas para moverse. Sooz, con su figura *petite* caminaba con la gracia de una princesa; y Driamma, sensual y segura, como una pantera.

En la explanada, algunos pupitres ya estaban ocupados por alumnos que relajadamente tomaban el sol de la mañana.

Sooz se sentó en la primera fila y Ash la imitó.

Driamma extrajo un pequeño artefacto de su pernera.

—¿Qué demonios es eso? —Preguntó Sooz, observando el aparato.

—Es un Átolon, para coger apuntes —explicó Driamma.

—¿Un Átolon? —Sooz comenzó a reír, inclinándose hacia el artefacto—. Es verdad, mi abuela tenía uno.

La joven la fulminó con la mirada. Acto seguido paseó la mirada por la clase, hasta detenerla en un punto. Sonrió y se encaminó hacia los muchachos, en la quinta fila, ocupando el asiento contiguo a Elek.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé —contestó Ash. Su experiencia con amigas era escasa por no decir inexistente—. Creo que se ha tomado mal lo del Átolon.

En ese momento, una mujer en su treintena apareció delante de ellos, obligando a todos los que estaban de pie a sentarse. Era alta, y su cabello asiático le caía largo por un lado, y corto al otro lado de la cabeza. Era una moda antigua y solo mujeres de más de treinta lo llevaban así.

Ash estaba tan concentrada en analizar a la profesora que no vio venir lo que ocurrió a continuación. Un bulto más grande que Driamma ocupó el hueco contiguo a ella, el que supuestamente habían reservado para ésta. Con horror, se dio cuenta de que se trataba del novio de Sooz. No podía creer su suerte. Su primera clase, con toda la ansiedad que esto conllevaba de por sí, iba a tener que pasarla con Gábor a su lado, quien la estaba mirando con media sonrisa.

—¿Qué hay? —Dijo con un movimiento de cabeza. Y después miró a Sooz con malicia—. ¿Tus nuevas amigas se han cansado ya de ti? —Señaló a Driamma con otro movimiento de cabeza.

—No es asunto tuyo —le contestó Sooz, encogiéndose de hombros.

Gábor no se detuvo ante el tono seco de su novia.

—Es culpa tuya, Sooz. No puedes ser tan posesiva; vas a tener que compartir a la morena.

La forma en la que se refirió a Driamma le encogió el estómago en un nudo. Además, había dejado claro que solo le interesaba «compartir» a esta. No estaba sorprendida. Sabía que era eso lo que ocurriría, pero saberlo no hacía menos doloroso el oírlo.

—Demasiada mujer para ti, Gábor —le contestó Sooz, feliz.

—¿Y dónde está la otra? —Continuó Gábor, sin preocuparse por el insulto.

—¿Qué otra?

—A la que has tenido pegada al culo todo el fin de semana —aclaró con paciencia.

—No sé de quién hablas.

—Rápido, Sooz, levanta. Seguro que aún la tienes pegada al trasero y no puede respirar —dijo Gábor, con fingida preocupación, y comenzó a respirar sonoramente como si se asfixiara para intensificar el efecto de su teoría.

—Gábor, por favor —llamó la profesora, con impaciencia—. Si no estás capacitado para estar sentado y respirar a la vez, abandona el aula.

Toda la clase estalló en risas, y Ash tuvo la sensación de que a él le agradaba la atención que estaba recibiendo.

—Lo siento profe. Lo tengo casi dominado, pero a veces se me olvida.

La profesora decidió seguir con la clase, explicando el contenido de la asignatura.

Gábor volvió a mirar a Sooz y, bajando el tono, continuó:

—¿La niña no se quedaba?

Ella lo miró, confundida, sin saber a qué se refería.

—La otra alumna nueva —explicó éste, próximo a perder la paciencia—. Pequeñita, de unos trece años, listilla, pechugona...

Sooz miró a Ash, divertida.

—No te reconoce —dijo con una sonrisa.

Gábor pareció genuinamente confuso. Miró a Ash, ceñudo, esperando a que lo desmintiera. Sin embargo, algo en los ojos de ella pareció llamarle la atención porque se quedó atrapado en ellos.

—No te había reconocido —musitó para sí mismo y, por primera vez, pareció incómodo.

No sabía qué pensar. Gábor la había comparado para mal con Driamma varias veces. Pero se había interesado en buscarla a ella primero en Facebook el día anterior, y ahora no había parado de preguntar por su paradero. Un extraño cosquilleo nervioso le invadió el estómago, y solo supo con seguridad que todo aquello era más de lo que podía afrontar. Deseaba regresar a casa con papá y mamá, y olvidarse de que el sexo opuesto existía.

Lograrlo con aquel chico tan cerca de ella era totalmente imposible. Sus mejillas ardían y su respiración estaba más agitada de lo normal. Se sintió aliviada de que él ya no la estuviera mirando y ahora pareciera interesado en la clase.

Trató de enajenarse y prestar atención a la clase, sin embargo cada vez que Gábor se agitaba lo más mínimo en su silla, mandaba oleadas de adrenalina por su cuerpo.

La profesora hablaba sobre las principales actividades de Noé.

—Deberías salir y hablar sobre la Liga —propuso Sooz, golpeándola con el codo justo donde tenía la cicatriz de la operación. Se quejó de dolor, y Gábor volvió a mirarla.

—¿Qué tienes ahí?

—Ash tuvo que esterilizarse para venir a Noé.

—Pero, ¿qué dices? Todo el mundo tiene que estar esterilizado en Pentace —aseguró, con el ceño fruncido—. ¿Seguro que es de ahí de dónde vienes? ¿No serás una espía progresista?

—No he visto a un progresista en mi vida —se defendió ella, comenzando a preguntarse si le habían aplicado el curativo correctamente.

—Pues esa herida no debería estar así, si te han operado en el Estado de Noé —aseguró Gábor—. Yo me abrí la rodilla jugando hace un mes, y mira... —Se levantó el pantalón hasta la mitad del muslo.

A pesar de haber acudido al gimnasio de Pentance durante años, Ash nunca había visto un muslo masculino tan de cerca. Por alguna razón, la puso nerviosa

pero no logró apartar los ojos.

—¿Ves? Ni rastro de la cicatriz. Deberías ir a que te lo miraran.

Elevó los ojos al rostro del muchacho con timidez, y se preguntó si era consciente de que su muslo despertaría la admiración de ella, y por eso lo exhibía de esa manera.

—Gábor, por favor, bájate los pantalones —exclamó la profesora antes de darse cuenta de lo que había dicho.

Una carcajada general estalló en la clase, y la profesora suspiró, arrepintiéndose por su desafortunada elección de palabras.

—Pero, profe, me prometiste que este año no tendría que hacerlo para aprobar —protestó él, con fingida preocupación.

La profesora no contestó, consciente de que se lo había puesto demasiado fácil como para reprimirlo.

Gábor se estiró en el asiento para estar más cómodo. Su pierna pegada a la suya, y su codo rozaba la parte baja de su hombro. Hasta que levantó el brazo y lo pasó por detrás, descansándolo en el respaldo del banco. Pareció no darse cuenta de estar tocándola porque ni siquiera la miró.

Sooz les echó un vistazo rápido pero no pareció extrañarse, por lo que Ash dedujo que debía de ser una costumbre en él. Sin embargo, eso no la hizo sentirse mejor. Puede que fuera parte de la rutina para él, pero para ella era la primera vez que tenía a un chico tan cerca.

Ya había oído hablar de la alta temperatura del cuerpo masculino, pero el calor que emanaba del cuerpo Gábor comenzó a hipnotizarla. Su pierna parecía arder y eso provocaba que la sangre de la suya corriera a diferente velocidad. Era casi insoportable, y al mismo tiempo tiraba de ella como hilos invisibles. Lo miró a la cara, intentando adivinar si estaba enfermo, si tenía algún tipo de fiebre. Pero nada en su cuerpo parecía delatar el más mínimo síntoma de enfermedad. Todo lo contrario, tanto los músculos como su profunda respiración denotaban fuerza y energía, a unos niveles que no se apreciaban en una chica. Su pecho era amplio, como dos veces el suyo, al igual que su espalda; y la piel de sus brazos era más gruesa que la de ella.

Ash se preocupó por un segundo, ¿sabía él lo que estaba pensando? Su cuerpo estaba tan revolucionado y centrado en el muchacho, que se preguntó si, de alguna forma, no sería evidente. Lo observó de reojo, y aunque Gábor continuaba mirando hacia delante, le dio la impresión de que sus pensamientos se parecían a los de ella; casi como si se estuvieran comunicando por la parte de su anatomía en contacto.

No existía manera humanamente posible de concentrarse en las explicaciones cuando su cuerpo parecía tener distintos planes.

Al fin, terminó la clase y disponían de media hora de descanso.

Antes de alejarse, escucharon a Driamma llamarlas. Cuando se dieron la vuelta, ésta les sonrió como si nada hubiera ocurrido.

—¿Adónde vais ahora?

Ash y Sooz intercambiaron miradas.

—¿Estás bien? —Inquirió Sooz, cautelosa—. ¿Te has enfadado por lo de antes?

Driamma se encogió de hombros con indiferencia

—Para nada. Si lo decís porque me he sentado en otro sitio, es solo porque no soy muy de grupo cerrado. Me gusta mezclarme con la clase. No es nada personal.

La joven la observó con una ceja alzada, y Ash deseó ser capaz de controlar sus cejas de esa manera.

—¿Es un problema? —inquirió Driamma como respuesta a su silencio.

Sooz sonrió forzosamente y añadió un deje de ironía al contestar:

—Para nada. Si nos encanta que te mezcles.

En contraste con la hora del desayuno, el comedor estaba abarrotado. Ya no servían comida fresca, sino que las sobras del desayuno estaban amontonadas en el único mostrador que quedaba encendido.

—Voy a conseguir algo de comer —dijo Sooz.

Todavía la estaban observando cuando escucharon un corto silbido a su espalda. Ambas se dieron la vuelta para descubrir su procedencia y vieron a Elek, con el resto del grupo, alzar una mano para animarlas a acercarse. Miró horrorizada a Driamma, esperando que ni se le estuviera pasando por la cabeza aceptar la invitación. Pero la sonrisa de la chica la desengañó. Comenzó a caminar hacia el grupo, y cuando notó que no se movía, entrelazó su brazo con el de ella, obligándola a acompañarla.

Cada paso hacia ellos tenía el poder de incrementar su ansiedad, y empequeñecer su concepción de sí misma. A pesar de que su visión parecía haberse vuelto borrosa, pudo observar que el grupo estaba compuesto por Elek, Gábor, cuya espalda estaba apoyada contra el tronco del peral; Taly, sentado sobre las escaleras de madera que conducían a la mesa tallada en torno al peral, y otras dos chicas que no conocía.

Driamma se acercó con tranquilidad y confianza a su compañero de pupitre y sonriente le dio una palmada en la espalda.

El chico la miró con una sonrisa tan demoledora que la hizo preguntarse por qué su cuerpo no reaccionaba ante este.

Gábor les echó un vistazo rápido y continuó hablando con las dos muchachas. Una de ellas, con una cabellera rubia y lacia, de esas que no se encrespan ni con la peor de las tempestades, la estaba analizando con detenimiento. Cuando el lento recorrido culminó en sus ojos, se mostró un tanto sorprendida de que Ash fuera testigo de su escrutinio. Escasos segundos más tarde, la sorpresa abandonó los ojos de la muchacha para tornarse en una especie de desafío, instándola a atreverse a protestar, o simplemente a sostenerle la mirada.

La piel de la muchacha estaba bronceada, pero la tirantez que mostraba denotaba una pérdida importante de agua, como si en realidad fuera muy blanca y se hubiera empeñado en cambiar este hecho con demasiadas horas de sol. Su pelo seguía el mismo patrón que había visto tantas veces en Noé. Largo delante. Los mechones que rodeaban su rostro alcanzaban su cadera e iban ascendiendo en forma de escalera a medida que daban la vuelta a su nuca, donde se encontraban los mechones más cortos, aquéllos que terminaban a mitad de su cuello. La otra chica llevaba exactamente el mismo corte, aunque con un color negro azulado eléctrico que le recordó al espacio. También sus indumentarias eran similares y a la moda.

Ajena a ambas conversaciones, y decidida a alejarse del grupo, se dio la vuelta en busca de Sooz. Sin embargo, la encontró justo detrás, masticando el último pedazo de un plátano. Con normalidad, y sin siquiera mirarla, lanzó la cáscara sobrante contra el pecho de Elek. La cual rebotó y cayó sobre su regazo.

El joven, que continuaba hablando animadamente con Driamma, se detuvo para mirar la piel de la fruta que descansaba en su pierna flexionada. La recogió lentamente, y sus brillantes ojos verdes se posaron en Sooz. No obstante, ella le dio la espalda.

Curiosamente, Elek no pareció enfadado, sino todo lo contrario. Le dio la impresión de que el gesto lo había deleitado. Observaba la nuca de Sooz con una sonrisa mal contenida y se mostraba tan sorprendido como feliz. Quizá tirar restos de fruta significara algún tipo de cortejo o declaración de sentimientos, ¿qué sabía ella?

—¿De dónde sois? —preguntó la rubia, dignándose a dirigirse a ellas por primera vez.

—De Guadalajara, México.

—Mis tíos son de México —celebró la rubia con una sonrisa que nunca alcanzó sus ojos—. Y tú eres europea, ¿verdad?

—De Inglaterra.

Estaba claro que la joven quería desterrar de su voz su desprecio por el origen de Ash. Pero no se molestó en hacer lo mismo con sus ojos, pues los demás descendientes de europeos del grupo no la estaban mirando a la cara.

—¿Habéis visto que nos han incluido una asignatura en el último momento? —preguntó Elek, a ninguno en particular.

—Sí, hace como una semana cambiaron el programa para incluir español —contestó la rubia—. Es muy extraño.

Gábor se cruzó de brazos, observando a Elek con el ceño fruncido.

—¿Español? ¿De qué estáis hablando?

Las chicas se miraron con complicidad. Estaba claro que sus compañeros todavía no habían sido informados sobre el mensaje de la Tierra.

—Suéltalo, Sooz —exclamó Elek, que había sido testigo de su intercambio.

—La cuestión es que ayer nos reunimos con Tesk para hablar sobre la razón de que Driamma esté aquí.

Caras de desconcierto siguieron a esa reflexión.

—No soy informática —se apresuró en explicar la susodicha, como si acabara de reconocer que había cometido un crimen.

—Driamma es nuestra profesora de español —se apresuró a explicar Sooz—. Hemos recibido un mensaje de la Tierra.

De forma instantánea, sus expresiones despreocupadas se tornaron graves.

—Hay razones para pensar que se trata de aliados nuestros —se apresuró en aclarar Sooz, antes de dar oportunidad a especulaciones y preguntas.

Tanto Gábor como Elek se irguieron, con nerviosismo, mientras que Taly se levantaba de las escaleras, acercándose más a ellas.

—¿Aliados nuestros? ¿Naturalistas? —exclamó Gábor, con clara incredulidad.

—Sé lo que estáis pensando.

—Que es una trampa —exclamó la rubia, asintiendo—. Creo que está bastante claro.

—Han descubierto dónde estamos y van a atacarnos —chilló la morena, poniéndose nerviosa.

—Pues claro que es una maldita trampa. No quedaron supervivientes —sentenció Gábor con tono grave.

—No pueden saber eso con seguridad —protestó Driamma con debilidad,

probablemente pensando en su propia familia.

—El mensaje fue enviado en un código militar naturalista, y el canal ha sido analizado por Lashira Khan en persona. Según él, no hay señales de interferencias externas.

—Pero... —empezó a decir Elek.

—No hay «peros» —lo interrumpió Gábor, de forma cortante—. Lashira Khan nunca se equivoca.

Sooz puso los ojos en blanco, y se volvió hacia Ash.

—Gábor está enamorado de Lashira Khan.

—¿Qué decía el mensaje? —la interrumpió él, situándose delante de ella con su imperiosa presencia.

—No conozco el contenido exacto, solo que era una llamada de auxilio en español —dijo Sooz.

Driamma se inclinó sobre Ash.

—¿Quién es Lashira Khan? —musitó, mostrándose un tanto avergonzada por no saberlo.

Ash abrió los labios pero ningún sonido salió de su boca. La muchacha la contempló con el ceño fruncido al no recibir respuesta y entonces sonrió al darse cuenta de algo.

—Tú tampoco sabes quién es, ¿verdad? —Le susurró, discretamente—. En tu caso tiene más delito.

—Por eso quieren que aprendamos español —continuó Sooz—. En el caso de que sean verdaderos aliados, podrían ayudarnos a entrar en la Tierra.

—Soñar no cuesta dinero —se burló Elek.

—¿Quién es Lashira Khan? —Preguntó Driamma de nuevo. Esta vez en alto.

Sooz la miró, un tanto sorprendida, pero enseguida pareció recordar que la

chica venía de otro mundo totalmente distinto.

—Es el informático más brillante de Noé —explicó—. Él inventó el Secbra.

—Una vez estuve con Lashira Khan —declaró la rubia, orgullosa, inspeccionando a Gábor de forma seductora.

Al parecer se había recuperado ya del susto, pensó Ash, observándola con fijeza.

—Estaba con mi familia, en el centro de Noé, y nos lo encontramos en el teatro.

—¿Y cómo es? —Preguntó la otra chica, con incredulidad. Que su propia amiga dudara de ella no ayudaba mucho a su causa.

—Es un hombre fascinante. Sin embargo, ahora entiendo por qué nunca ha venido de visita a la Academia —continuó, encantada con el protagonismo.

Todos contuvieron la respiración, expectantes. Durante un año habían ansiado recibir al hombre en sus instalaciones, o poder conocerlo en persona en alguna conferencia. Sin embargo, nunca había llegado a ocurrir. Cada cierto tiempo se difundía el rumor de que iba a hacerles una visita que nunca había llegado a producirse. No lograban entender las razones de esto, pero al parecer estaban a punto de descubrirlo.

—Es un hombre muy extraño, antisocial, y tímido en extremo. Parece haber pasado demasiado tiempo entre ordenadores y sus habilidades sociales son totalmente nulas. Es un bicho raro; pero, claro, ¿quién no lo es con un cerebro así? —terminó de explicar Cantka.

—Una persona con esa inteligencia nunca puede llegar a desenvolverse en sociedad con normalidad —concedió la otra chica, apoyando la historia de su amiga—. Es un hecho científico.

La rubia se acarició un mechón de pelo, situándose delante de los chicos. Parecía hambrienta por más atención, por aumentar la expectación.

—Incluso iba mal vestido y olía.

Si la intención de Cantka había sido la de impresionar a los chicos, había

conseguido el efecto contrario. La expresión de Gábor mostraba un profundo desagrado, y ya ni siquiera la miraba. Su atención se centraba en algún otro punto de la sala, pareciendo querer evadirse de la conversación.

Ash sonrió.

Se lo merecía por haber actuado como una tonta.

¿Cómo se le ocurría intentar impresionarlo criticando su ídolo?

Puede que fuera una informática brillante, pero no parecía contar con un gran nivel de inteligencia emocional.

Gábor no se molestó en despedirse de ninguna; sin embargo, masajeó ligeramente la coronilla de Sooz al pasar delante de ellas, antes de alejarse con sus amigos.

El primer gesto público de cariño. Desmontaba la teoría de Driamma sobre que Gábor y Sooz mantenían su relación en secreto porque Elek estaba enamorado de Sooz. Puede que el traidor no fuera Gábor al final y al cabo, sino Elek.

Capítulo 10

El gimnasio de la Academia era una gran nave circular, cuyas paredes y techo estaban hechos de cristal fino. Los distintos tramos de la pared estaban inclinados en diferentes posiciones, aparentando ser una rosa con los pétalos abiertos. En el centro de la sala había otro cilindro más pequeño, y hecho del mismo oscuro nogal que recubría el suelo de toda la superficie. Se erigía como un estambre. La única parte de la sala que permanecía oculta desde los cimientos hasta el techo.

Avanzaron por la sala, donde también las máquinas estaban dispuestas de forma circular.

—¿Cuántas veces a la semana sueles venir? —preguntó Driamma, esperando instrucciones concretas sobre qué debía hacer. Las máquinas le parecieron tan lujosas que no se atrevía a tocar nada sin autorización.

—Solo los días obligatorios —explicó Sooz, con calma—. Bueno, si estás enfermo puedes librarte.

—Obligatorios —repitió Driamma con la convicción de que lo había escuchado mal—. ¿Acudir al gimnasio es obligatorio?

Quizá aquel lugar no fuera tan distinto de Friarton, al fin y al cabo.

—Y si te lo saltas, ¿qué ocurre? ¿Te suspenden?

—Claro que no —respondió ésta con una mueca que indicaba lo ridícula que le parecía la idea—. Se te juzga por delito contra el Estado.

Driamma se limitó a mirarla con incredulidad, y cuando Ash se acercó a ellas se dirigió a la chica:

—Si no vienes al gimnasio, vas a la cárcel —la informó.

—No lo creo —dijo Ash, impasible mientras se subía a una de las cintas—. La única cárcel en Noé es Friarton, y está ocupada por mercenarios.

Driamma se cruzó de brazos delante de ella.

—La única que sepamos —aclaró, pensando en Bronte—. ¿Quién sabe cuántos lugares secretos guarda el Gobierno?

Ash y Sooz intercambiaron una rápida mirada que interpretó como fastidio por escucharla criticar al Estado.

—Nunca ha habido un delito mayor en Noé, y los delitos menores se penan con arresto domiciliario —explicó Sooz, tomando la cinta contigua a Ash.

Driamma se rascó la parte frontal de la cabeza mientras observaba a la gente de su alrededor. La mayoría, subidos en las máquinas realizando ejercicio; otros charlaban animadamente entre tareas. Ninguno de ellos parecía infeliz o descontento por estar allí. Pero cómo podían simplemente resignarse a estar en un lugar, y a hacer algo porque les obligaran a ello. ¿Y si en lugar de acudir al gimnasio, uno quería tocar la guitarra y ponerse gordo? ¿Dónde había quedado la libertad de elegir qué querías hacer con el resto del tiempo que te dejaba el trabajo?

—Esto es increíble —dijo, más para sí misma mientras sacudía la cabeza. Miraba a su alrededor y no veía más que a una panda de veganos en forma, que en nada se distinguían unos de otros.

—¿Es que no lo veis? —gritó, y cuando comenzó a notar las miradas de los que estaban a su alrededor, se introdujo entre las máquinas de ambas chicas y bajó el tono—. El Gobierno está utilizando el medio ambiente como excusa para controlar a la población. En Noé, todo ha sido decidido por ti de antemano. Que no vas a tener niños, que no vas a comer carne, que vas a ejercitarte con regularidad. ¿Alguien se acuerda de lo que significa la libertad?

—Entonces, ¿cómo propones hacerlo? —Intervino Ash—. Con una población mundial, que en el año 2200 superaba los trece billones, y no paraba de crecer; sin agua ni tierra para alimentarla. ¿Cómo pretendes evitar la aniquilación si no controlas cuántos hijos tiene la gente, o qué comen, o cuánta energía gastan?

Driamma se frotó la frente con el dorso de la mano. No lograría hacerles entender los peligros de aceptar los dictámenes del gobierno, sin replantearse hasta qué punto eran estos correctos. La historia de la humanidad estaba plagada de ejemplos de ello. Formas de vida diseñadas por el poder vigente que, en un principio, parecían estar destinadas al confort de la población, pero que habían acabado por resultar menos utópicas.

—No sé qué le ves de malo a los gimnasios de aprovechamiento

energético —protestó Sooz.

—¿A los gimnasios... de qué?

—Cuando corres sobre la máquina, golpeas la cinta que por dentro tiene un mecanismo que está preparado para almacenar parte de la energía que consume tu cuerpo. Y este brazalete. —Dijo, levantando el brazo para enseñarlo—. Se lo acabo de explicar a Ash. Aprovecha el calor de tu cuerpo, las palpitaciones y demás, para almacenar energía también. Pero aras, tenéis que saber que, a pesar de haberse inventado para el deporte, está de moda usarlo en encuentros sexuales.

Ash estaba tan pálida como la cinta sobre la que corría.

—La suma total de los marcadores de todas las máquinas que utilices debe alcanzar al menos la hora —continuó Sooz—. Eso es cada día. Toda la energía que puedas producir en ese tiempo, y con el brazalete, es bienvenida.

—¿Para qué la utilizan?

Se encogió de hombros.

—Para lo que sea necesario. Es la única manera de devolver una parte de la energía que gastamos, ayudando a producirla.

—Asombroso —fue su única, y genuinamente impresionada respuesta—. ¿Qué significan esos números? —Preguntó, señalando unos letreros luminosos en la pared externa del vestuario masculino.

Sooz volvió el tronco de forma inconsciente, pero apenas los miró, al darse cuenta de a qué se refería.

—Es el mayor productor de energía del mes —explicó.

—¿Quién es?

Esta vez sí tuvo que girarse para analizar el código antes de responder.

—Gábor —contestó, sin emoción alguna.— Los bars prácticamente se disputan la victoria cada mes. Por lo del brazalete que os decía antes. Lo utilizan de forma... Bueno, se jactan de acumular mucha energía fuera del gimnasio —acotó, poniendo los ojos en blanco.

No fue hasta una hora y media más tarde que lograron sumar una hora de ejercicio. Las tres se lo habían tomado con calma, demorándose en los descansos, y ejercitando sus lenguas más que sus cuerpos.

Aun así, a Ash no le importó el ejercicio extra. Con toda la mudanza y el viaje, llevaba casi una semana sin ejercitarse y lo había echado de menos. El cosquilleo de la sangre en sus músculos y la relajación de su cuerpo totalmente drenado de energía.

Apagó la ducha, deleitándose en la imagen frente a sí, ya que un milimétrico cristal convertible la separaba de la sala de máquinas. En ese mismo instante, un hombre de unos treinta años se masajeaba el codo a escasos centímetros de ella. Aunque podía verle con total claridad, él solo veía su propia imagen reflejada. Los cristales convertibles de las duchas se encontraban bloqueados de forma permanente. Sin embargo, necesitaría tiempo para acostumbrarse a ello. No dejaba de pensar que algo podía fallar, abriendo el espejo y mostrando su cuerpo desnudo a todo el que estuviera allí para verlo. Por esa razón, terminó su ducha más rápido que las otras dos chicas.

En el interior del vestuario la luz no llegaba con tanta intensidad, atenuando el ambiente especialmente a esa hora de la tarde, cuando el sol empezaba a extinguirse. Ash se aproximó a la salida del vestuario, buscando la iluminación exterior. Sin embargo, descubrió que no era necesario porque, cuando se acercó al espejo, éste registró su presencia y resplandeció. Se demoró en secarse el pelo con una toalla mientras observaba su nueva imagen.

Cada mínimo cambio, como el hecho de tener el pelo mojado, se combinaba con su nuevo aspecto para hacerla lucir distinta.

Estaba absorta en su imagen, mientras frotaba la toalla contra su cabello, cuando se percató del bulto que se movía a su espalda. Cuando lo vio con claridad reflejado en el espejo dejó caer la toalla, y cada fibra de su ser y su mente se congeló para prestarle toda su atención.

Se trataba de Gábor, en el vestuario masculino, con el antebrazo apoyado en el arco de la entrada. Lo primero que la sacudió fueron sus ojos clavados en ella. Ojos que la golpeaban con la fuerza de dos bombas atómicas.

Lo único que llevaba puesto eran unos bermudas grises, desabotonados, que se habían deslizado más de lo recomendable por la cintura del chico.

Estaba acostumbrada a ver soldados mucho más fornidos que él. Sin embargo, algo en él la alteraba. Su delgado torso, con incipientes músculos, anunciaba un futuro prometedor pero, por el momento, guardaba la esbeltez y la suavidad de la adolescencia, haciéndola sentir mucho más intimidada que los curtidos soldados de Pentace.

Que sus labios se curvaran hacia un lado, en una lenta sonrisa, fue como una bofetada que la hizo darse cuenta de que llevaba un minuto contemplándolo sin pudor. Enrojeció furiosamente al imaginarse lo que él debía de estar pensando. Sus ojos se habían demorado especialmente en el punto donde el pantalón y su cuerpo se unían.

Después de eso, no creía ser capaz de volver a mirarlo a la cara. Sin embargo, cuando escuchó el chasqueo reprobatorio de la lengua del joven, volvió a mirarlo a través del espejo.

—La curiosidad mató a la nueva.

Ash se situó en la parte oculta del vestuario. Lo oyó reír incluso con el sonido de la fuente y el de su propio corazón golpeándole las costillas.

Gábor creía que ella tenía trece años, y probablemente le divertía su inocencia hasta el retorcido punto de disfrutar con la idea de robársela.

Cuando logró reponerse del encuentro, su mente trazó una línea imaginaria entre las partes visibles y las no visibles del vestuario, y se prometió que, de ahora en adelante, se quedaría en zona segura.

Puede que él se equivocara en su edad, pero no en su inocencia. De hecho, estaba segura de que cualquier niño de trece años de Noé era más experimentado que ella. Al menos ahora sabía para qué usaban el brazalete, y entendía lo que le había dicho en el bosque cuando ella le había preguntado al respecto.

«Porque no sé si puedes soportar la respuesta. Mejor vuelve a la cama antes de que tu curiosidad quede satisfecha».

Ahora que comprendía la amenaza implícita de sus palabras, su estómago dio un vuelco, derramando un líquido caliente en su interior. Una sensación de lo

más extraña, pero que comenzaba a hacerse habitual por culpa de él. De una forma retorcida, ese sentimiento estaba empezando a gustarle.

Capítulo 11

Volver a su guarida después de todas las tensiones del día fue como un premio. Su habitación estaba exactamente como la había dejado: sin intrusos que amenazaran con perturbar su paz. Exhaló un suspiro de alivio y aflojó sus músculos que, hasta el momento, habían permanecido agarrotados.

Mientras se quitaba los zapatos con los pies y los arrojaba a un lado, se deleitó con el sentimiento de sentirse otra vez ella misma. En lugar de vigilar cada movimiento, cada palabra, cada paso; siempre consciente de la imagen que estaba ofreciendo.

Subió las escaleras, tirando de la cuerda que deshacía sus pantalones, y sonrió pensando que su primer día no había resultado ser tan malo.

Justo antes de salir al balcón, se arrancó los pantalones de los tobillos con dificultad, a punto de resbalarse en el intento. Se dirigió a la red que colgaba en su terraza, y se dejó caer, disfrutando de su movimiento ondulante.

Un cosquilleo doloroso en su cadera le llamó la atención. Cuando bajó la vista y observó la piel, vio los surcos rojizos que el pantalón había creado en algunas zonas de su cuerpo. Acariciándolos, se preguntó si alguna vez se acostumbraría a ello. A la ropa ajustada, a la presión, a aquel lugar, y a las marcas que le dejaban en el alma.

La tarde se estaba tornando lentamente en noche, apagando sus colores con una pereza veraniega. Tumbada en la red de su balcón, podía observar el mutar de los colores en el cielo. Podía oír el murmullo de la fuente, y las voces animadas de alumnos cruzando el área. Desde ese momento, decidió que amaba ese rincón de su balcón. Su santuario privado, donde todos sus miedos Noédienses no podrían alcanzarla. Pero donde, en cambio, podía seguir disfrutando de los beneficios de Noé.

Cerró los ojos y, como un hilo de imágenes que se iba difuminando, un pensamiento llevó al otro hasta que el cansancio ganó la batalla.

Lo siguiente que percibió fue algo golpeando su brazo. Abrió los ojos con dificultad para examinarse la zona agraviada. Nada, ni el más mínimo indicio de que algo, jamás, la hubiese tocado. ¿Lo habría soñado?

—Ya era hora.

Oyó la voz de Driamma, sin saber de dónde provenía.

Giró su rostro hacia el suelo, y vio una pelota verde que descansaba bajo su red. Con dificultad intentó incorporarse, pero la traidora red se confabuló en su contra, lanzándola contra el suelo.

Cayó con un sonoro topetazo, pero el dolor no fue tan intenso como el susto de la caída.

La risa de Driamma le llegó a modo de recordatorio de qué era lo que la había llevado a caerse. Recogió la bola del suelo antes de incorporarse.

«¿Cuánto tiempo he dormido?», se preguntó al observar que era noche cerrada.

La chica, tal y como se había imaginado, le había hablado desde su propio balcón.

—Buen tiro, soldado —apreció, lanzando la pelota hacia arriba, y volviendo a cogerla.

Driamma se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Buen aterrizaje.

Ash sonrió a pesar de sí misma, mientras la lanzaba de vuelta. En ese momento su estómago protestó con impaciencia.

—No me digas que me he perdido la cena —rogó, acariciándose la panza.

—Nada interesante —le aseguró Driamma, bostezando.

—¿Por qué no me despertaste? —refunfuñó—. Estoy hambrienta. ¿Qué me has traído?

Driamma hizo una mueca.

—No te he traído nada. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

Ash se lamentó como una niña pequeña a punto de llorar.

—Te llamé varias veces antes de irme, y tú simplemente me gritaste «ahora voy» y continuaste durmiendo. Así que pensé que aparecerías en cualquier momento, y cuando vi que no lo hacías deduje que no tenías hambre.

—Voy a volar, a ver si queda algo de comida —se apresuró a decir, pero antes de poder moverse del balcón, una voz la detuvo.

—Ya han cerrado.

Ash se paró en seco. Con el ceño fruncido miró el balcón contiguo al suyo, desde donde procedía la voz.

—Buenas noches —exclamó Driamma, con tono animado—. No sabía que esa era tu habitación.

Ash se volvió para mirarla con ojos como platos. La chica sonreía a la voz de su balcón vecino. Pero la visión de Ash estaba obstaculizada por un vidrio borroso que dividía ambos balcones.

Comenzó a gesticular y hacer aspavientos a Driamma, con una única pregunta en mente:

«¿Quién es?»

Driamma, que no era tan sutil como ella, la observó con ojos entornados, intentando descifrar su lenguaje de signos.

—¿Que quién es? —preguntó en voz alta y clara, provocando que Ash estrellara su rostro contra la palma de su mano.

Antes de recibir una respuesta escuchó un estruendo. Un anillo golpeando contra el cristal que los separaba. Dio un pequeño respingo ante el ruido. Observó cómo una mano se apoyaba sobre el eje superior del cristal. Una mano masculina. Le tomó dos segundos reconocer el brazalete que llevaba.

—Como te decía, el comedor ha cerrado ya —dijo él, sonando mucho más cerca e intimidante. Esta vez no tuvo problemas para reconocer su voz.

Respiró profundamente. Intentando recomponerse y no patlear por la grave profanación a la que su santuario de paz estaba siendo sometida.

—¿Por qué estás ahí? —le preguntó, con confusión.

Gábor rio, haciéndola fruncir el entrecejo.

—Resulta que ésta es mi habitación.

La respuesta le sentó igual que si le hubieran arrojado un balde de agua helada. ¿La habitación de Gábor contigua a la suya? ¿De qué broma macabra se trataba?

—No puede ser —soltó sin darse cuenta de lo extraño que lucía su desorbitada reacción—. Nunca te había visto antes por aquí.

—¿Incompatibilidad de horarios? —propuso él, con indiferencia. Ya no estaba contra el cristal, sino que por su silueta parecía haber tomado asiento—. ¿Crees que esta ciudad es demasiado pequeña para los dos? —continuó, imitando el tono del viejo oeste.

Ash se quedó mirando boquiabierta el delgado cristal que los dividía, pero que a la vez los ocultaba, sin poder creer que ese maldito engreído se hubiera atrevido a violar su santuario. El único lugar en el que se sentía segura, especialmente por la ausencia de su persona.

—Eso parece —musitó para sí misma.

Pero él logró escucharla.

—En ese caso, eres tú quien tiene que abandonar la ciudad, pues eres la forastera.

Por su tono, adivinó que le divertía la aversión de ella al hecho de ser vecinos.

—Mantente en tu lado y todo irá bien —le advirtió, sorprendiéndose a sí misma. Aquella delgada lámina que los separaba era peligrosa. Pues mitigaba su

timidez.

Él volvió a reír, por alguna razón que también desconocía.

—¿Dónde está Driamma? —Preguntó ella, al ver que ésta había desaparecido del balcón.

—Se ha ido a dormir. Como bien ha anunciado antes de marcharse —recalcó con un tono cargado de insinuación.

Ash puso los ojos en blanco. Claramente estaba tan absorta en él que no había oído a su amiga. Su vanidad la irritó, por mucho que tuviera una pequeña parte de razón. Ahora que Driamma se había marchado, le pareció incómodo quedarse allí hablando con él.

—Yo también me voy a la cama —le anunció, sintiéndose extraña por la explicación tan personal. Su cama y un hombre nunca antes habían co-existido en una misma frase.

En silencio esperó a que le contestara, pero nada siguió a su anuncio, haciéndola sentir estúpida por ofrecerle información sin que se la pidiera. Giró sobre sus talones para entrar en la habitación.

—Entonces, ¿también se te ha olvidado que tienes hambre?

Por segunda vez su voz la detuvo en seco. El sonido de un envoltorio abriéndose, y un tenue aroma a pan y queso vegano, la obligaron a acercarse al cristal que los separaba.

—¿Tienes comida? —preguntó con un tono apenas audible.

Nada.

Suspiró, sintiendo cómo su estómago se contraía dolorosamente ante el olor.

—Gábor —se obligó a decir su nombre, y le pareció que este le quemaba los labios—. ¿Tendrías algo de comida para mí?

—Se te ve desesperada —comentó él sin ocultar que eso le causaba cierta satisfacción—. ¿Tienes algo para intercambiar?

—¿Qué? —estalló ella—. ¿Pagar por la comida de la Academia? Es tan tuya como mía.

—No lo creo —negó él con calma—. El comedor está cerrado, y es mi cena la que estás pidiendo que comparta. Yo gasto mucha energía, ¿sabes?

Ash no sabía si era su imaginación, o casi todas sus declaraciones iban con segundas.

—¿Quieres que te pague entonces? —le espetó sin poder creérselo.

—No, no necesito dinero —contestó él, pareciendo considerar el tema con seriedad.

Ash exhaló. Probablemente se estaba burlando de ella, y al final iba a comérselo todo él solo. Ese pensamiento la inquietó sobremanera.

—Por favor, estoy hambrienta —pidió entre dientes, fastidiada por encontrarse a su merced.

—Negociemos, pues —insistió él. Parecía estar aburriéndose, como si no tuviera interés alguno en comerciar con ella.

Suspiró, derrotada.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—¿Tú qué crees? —La pregunta logró que su corazón diera un vuelco, a pesar de saber que no era a ella a lo que se refería.

—Quieres el programa.

—¡Bingo!

Gábor se levantó y le ofreció un bocadillo por encima de la barandilla. Ash se acercó con torpeza, sus piernas parecían estar hechas de gelatina, como si ya no quedaran músculos en su cuerpo. Cuando alargó la mano para coger el envoltorio, él la retiró, aprovechando para agarrarla por la muñeca con la otra mano.

—Y que me expliques cómo usarlo.

Miró los dedos que sujetaban su muñeca. No supo si se trataba de la piel del muchacho o de la suya propia, pero la sola sensación de su cálida mano en su muñeca, enfriada por el aire de la noche, la dejó paralizada.

—No es sencillo —se oyó decir. Aún no podía verle, pero el contacto de su mano era más turbador que su visión—. Te lo explicaré una vez.

El chico le colocó el bocadillo en la mano y la liberó.

—¿Una vez? Eso es todo lo que necesito —aseguró, casi ofendido.

El pan todavía estaba caliente y, en cuanto abrió el envoltorio, el aroma del queso y de la mayonesa atacó sus sentidos. Sin pensarlo dos veces, hundió sus dientes en el manjar con voracidad. Tenía esa clase de hambre que te tornaba un tanto salvaje, por lo que no se detuvo a limpiarse la mayonesa que se había alojado en su barbilla.

Concentrada en masticar lo más rápido posible, no pudo más que dar la vuelta para averiguar qué era el estruendo que había escuchado tras ella. Casi se atragantó al ver la figura que había aterrizado en su balcón. Metro ochenta de masculina arrogancia y malicia. Llevando unos pantalones de pijama tan grandes que se deslizaban peligrosamente por sus caderas, y tan finos que no eran un verdadero obstáculo para la piel. En la parte de arriba llevaba una sudadera negra con medias mangas, capucha y cremallera. La cremallera estaba abierta hasta la mitad de su pecho, exponiendo su piel. También ésta parecía caerle un poco por el peso de sus manos en los bolsillos.

El cerebro de Ash, a pesar de haber sido considerado privilegiado, demostró no lidiar muy bien con todas las órdenes simultáneas que ella le envió. Eliminar urgentemente todo resto de mayonesa de su rostro, a la vez que intentando no morir atragantada por el susto, y refrenando los músculos de sus ojos, que ignorando sus deseos por completo, devoraron la magnífica visión que tenían ante sí, más hambrientos que su estómago.

—No estarás pensando en hacerme lo mismo que a ese bocadillo, ¿verdad?

Ash pudo sentir físicamente cómo sus mejillas ardían. Le dio la espalda de nuevo, reprobándose por su falta de decoro.

—¿Cuántos años tienes? —Lo escuchó preguntar a su espalda—. ¿Trece?, ¿catorce? —continuó él—. En el bosque te hubiera echado doce, pero con el

maquillaje y el escote he tenido que reconsiderarlo. Especialmente, con el escote.

Dijo eso último justo cuando ella había reunido el valor de encararlo de nuevo, por lo que volvió a concentrarse en el bocadillo como excusa para no mirarlo.

—Sabes perfectamente que tengo dieciséis. Seguro que fue lo primero que le preguntaste a Sooz —le espetó, antes de dar otro bocado—. Solo lo dices para insultarme.

Él volvió a reír. Quizá porque había dado en el clavo.

—También me ha dicho que vivías en Pentace, y que nunca has estado en la Tierra —confesó él.

Asintió con la boca demasiado llena como para añadir nada.

Él la observó con curiosidad y con media sonrisa.

—Eso explica mucho.

Ash bajó la mirada. Con certeza, se refería a que eso explicaba por qué era tan rara. Y a pesar de que era totalmente cierto, sintió una punzada de dolor al comprobar, de sus labios, que ya lo había notado.

Gábor se desabrochó el brazalete.

—¿Aprendiste a usar ese programa en Pentace?

Lo deslizó fuera de su muñeca y, colgándolo del dedo índice, se lo ofreció a ella.

Después de tragarse el último trozo de comida, Ash rodeó la red donde se había quedado dormida antes y se acercó a él.

Gábor esperaba con una pose indiferente, con el trasero apoyado en la barandilla, y con expresión de quién recuerda una broma privada. Se puso serio repentinamente, al ver las piernas desnudas de Ash, que solo llevaba un *culotte* y la camisa de esa mañana.

Se detuvo delante de él, sintiéndose totalmente expuesta y desnuda. No

había pensado que su desnudez fuera algo a considerar, sobre todo cuando se encontraba detrás de la red. Pero ahora que los ojos del muchacho observaban su ropa interior con tanto interés, tenía ganas de correr y esconderse en su habitación. Pero se quedó quieta hasta que los ojos de él se posaron de nuevo en los suyos.

—Estás muy pálida —se limitó a decir, y su voz pareció raspar su garganta al salir.

—Nunca he tomado el sol —se defendió ella, intentando ocultar el dolor que su comentario le había causado. Por un momento, le había parecido ver algo más en sus ojos. Pero su observación demostraba que lo había malinterpretado. Tal era su inexperiencia, que bajo su atenta mirada ni siquiera recordaba cómo moverse en su propio cuerpo. Aquel que había habitado durante dieciséis años.

Él no dijo nada durante varios dolorosos segundos, que le parecieron horas. Y entonces Ash recordó que se había guardado un tema de conversación con él para la eventualidad de quedarse callada. El simple hecho de tener que usar su «lista de cosas que decir» la hizo sentirse aún más como un bicho raro.

—Así que gastas mucha energía... —comenzó—. ¿Por eso eres el mayor productor energético del mes?

Él se limitó a asentir con arrogancia, mientras volvía a apoyarse sobre la barandilla.

—Cosa que ocurre con frecuencia.

—¿Cuál es el premio? —Se interesó ella.

—¿Para qué quieres saberlo? No vas a conseguirlo jamás.

Lo miró con los ojos entornados y una ligera sonrisa irónica.

—¿Por qué estas tan seguro de eso? Ni siquiera me has visto en el gimnasio.

—Te he visto en el vestuario. —Se frotó el pulgar contra la mejilla. Parecía ser un gesto convencional para él. Le daba un aire de estar controlando la situación y, probablemente, lo sabía.

Ash se preguntó por qué había sacado aquello a relucir. Era el tipo de cosas que, por ser embarazosas, no mencionabas nunca. Pero él no parecía perturbarse

con nada.

—No puedes ganar sin el brazalete —le explicó, alzando de nuevo la mano que lo sujetaba.

A ella le pareció más seguro aparentar que aún no sabía para qué servía que pasar por la incomodidad de tratar el tema con él.

—A la energía que produzco en el gimnasio le suman las acumulaciones de energía de los brazaletes que deposito cada mes.

Ash se colocó el brazalete con poca gracia. Sus dedos, observados por el muchacho, se sentían torpes y extraños.

En cuanto se lo abrochó, algo brilló en los ojos de Gábor. El brazalete se había convertido en un símbolo del sexo, al igual que lo había sido el preservativo siglos atrás.

—Hoy estás de suerte —comenzó él—. Te propongo un trato en el que tú sacas dos cosas y yo solo una. Ya has disfrutado de ese bocadillo, y ahora me enseñas cómo usar ese programa, y yo te explico cómo funciona el brazalete.

La chica tragó saliva con dificultad. ¿A qué se refería con enseñarle cómo funcionaba el brazalete?

Se miró la muñeca, fingiendo considerar la oferta, cuando en realidad quería ocultarle su rostro. Si la miraba a los ojos en ese momento, vería las alas de las mariposas que le revoloteaban por el pecho.

Las palabras que debía decir se formaron en su cabeza y viajaron hasta su lengua.

«No es necesario, ya sé cómo lo usas»

Pero nunca salieron de su boca. Una perversa parte de sí misma que no había conocido hasta ahora deseaba descubrir cómo planeaba explicárselo.

—Lo llevas todo el día, aprovechando la energía de tu rutina diaria.

Gábor elevó ambas cejas.

—Se podría decir así. Pero te aviso: No vale cualquier rutina.

El hecho de que se irguiera, separándose de la barandilla, y diera un paso hacia ella bastó para lanzar su corazón en una frenética carrera.

Sabía que podía pararlo, simplemente reconociendo que entendía a qué se refería. Pero cada vez que planeaba decirlo se encontraba muda. Aun así, no pudo evitar retroceder intimidada. Se giró, buscando el apoyo de la barandilla, ya que sus piernas definitivamente la habían abandonado.

Como si fuera un imán, Gábor la siguió hasta que se encontraron en la posición contraria. Con ella entre la barandilla y él.

—Produces mucha más energía con ayuda —continuó él—. En mi caso, sobre todo si el brazalete lo lleva la ara.

«Fanfarrón», pensó ella. Aunque tuvo que admitir que su piel le picaba por su proximidad. Su fragancia, una maravillosa mezcla entre sándalo y bergamota, que empezaba a conocer demasiado bien, se estaba convirtiendo en una droga que la afectaba de inmediato.

—Creo que... —se detuvo al ver que, por alguna razón, le faltaba el aire—. Ya me lo imagino.

Gábor bajó la mirada hacia su muñeca. El brazalete se había iluminado con una suave luz blanca.

—Ya veo —sonrió él, jactancioso. Le agarró la muñeca y la levantó para que pudiera observar de cerca el resplandor—. Pero ese color no es suficiente.

—¿Cómo? —Musitó, perdida en la belleza de aquellos ojos oscuros.

—Blanco significa poca energía. Pero hay tantos colores como los que existen, y cada uno significa una cantidad de energía distinta.

Ash podía entender por qué el brazalete era tan popular entre los adolescentes y por qué la autoestima de Gábor exudaba por los poros de su piel. Lo llevaba siempre porque era su medalla de buen amante.

—El color cambia con la respuesta del cuerpo —continuó él—. Observa...

Colocó su mano libre en el hombro de ella y, con el pulgar, arrastró el cuello de la camisa para descubrir su clavícula.

Con estupefacción, Ash lo vio descender el rostro para situar sus labios sobre el pequeño hueso. El contraste de la temperatura, y la suavidad de éstos la hicieron estremecerse. Él se adhirió a ella con más fuerza, como para evitar que se moviera. Fortaleciendo su agarre en el hombro y en su muñeca. Su corto flequillo se enroscó en su pelo, y hasta ese cosquilleo le pareció delicioso. Sin embargo, se olvidó de ello por completo cuando la nariz del chico rozó su cuello, dibujando una lenta ascensión. Hasta que sus labios se abrieron sobre la fina piel, primero con suavidad. Para, poco a poco, aumentar la presión. Sintió que toda su piel se erizaba ante el cosquilleo más glorioso que jamás había imaginado. No pudo creer las sensaciones que se produjeron allí, pues se tocaba el cuello constantemente, y nunca lo había sentido tan sensible al tacto. Y entonces él lo llevó un paso más allá, acrecentando la dureza sobre la piel de su cuello. No estaba segura de si lo estaba haciendo con los labios, la lengua o los dientes. Parecía una combinación de los tres. Pero ya no eran cosquillas lo que sentía, sino pura electricidad estallando en su pecho. Sus rodillas se doblaron, y Gábor se echó contra ella para servirle de soporte. A pesar de sentir la barandilla clavándose en su espalda, deseaba tenerlo aún más cerca. La sensación de sus finos pantalones contra la piel de sus piernas ya no era suficiente. Parte de ese deseo quedó satisfecho cuando la mano de él, que le asía el hombro, comenzó a descender firmemente por la parte delantera, como si deseara quebrarla entre sus manos.

Ash sintió que todo aquello era demasiado. Su cuerpo estaba extraño, como si todos sus sentidos estuvieran sufriendo un cortocircuito. Sentía profundas cosquillas que la mareaban donde normalmente no había nada. Y Gábor parecía saber perfectamente dónde hacerlas insoportables. Su pulgar pasó por su pecho como por accidente, pero desencadenando una sensación que demostró que no había sido así.

Tuvo sentimientos contradictorios. Por un lado, sentía que se había saltado cien pasos en la materia y que algo faltaba. Pero, por otro lado, la perversión de esas sensaciones tan desconocidas no la dejaban volver en sí. Quería que su mano volviera al punto por el que acababa de pasar casi con arrepentimiento.

—Espera —logró decir, justo cuando el camino de besos estaba a punto culminar en sus labios.

Gábor se detuvo y la miró confuso. Como si él mismo no supiera dónde

estaba. Después, su atención se centro en el brazalete.

Su brazalete resplandecía con un intenso color verde, que los envolvía en un ambiente místico. Para entonces, Ash estaba segura de estar soñando. Si era así, si solo era un sueño, quería que él volviera a tocarla.

Sin embargo, Gábor no parecía tener intención de hacerlo. Ese pensamiento la despertó del trance, y fue entonces cuando se percató de que el muchacho miraba fijamente y con el entrecejo fruncido el brazalete. Éste se había apagado.

Cuando al fin su vista volvió hacia ella, se mostró atónito.

—Estaba verde —declaró, confundido. Parecía buscar la respuesta en sus pupilas.

Ash se encogió de hombros, temblorosa; al fin y al cabo, él era el experto.

—Deberías volver a tu habitación —le aconsejó ella, dándose cuenta de lo que acababa de ocurrir. De lo que le había hecho a la persona que la había recibido con los brazos abiertos en aquel lugar. Había dejado que su novio la tocara de manera inapropiada. Incluso a pesar de su inocencia, sabía que había cruzado la raya. Debía alejarse antes de volver a perder el control de sí misma.

Los ojos de Gábor mostraron ofensa y se apartó de ella como si su contacto le repugnara.

Ash se irguió, desconcertada por la forma en que la estaba mirando.

¿Estaría pensando en Sooz, al igual que ella? ¿En las consecuencias que aquello podía tener para su relación?

—No voy a contarlo, ¿vale? —Le aseguró para tranquilizarlo. Pero solo logró que la mirara aún más horrorizado.

Sin añadir nada, se acercó a la barandilla para auparse y volver a saltar a su balcón.

Ash lo observó, admirando su agilidad y odiándose por sentirse tan atraída.

Él ni siquiera se despidió.

La hizo sentir como si hubiera cometido un horrible pecado. Por su reacción parecía que ella le había obligado a tocarla y besarla. Pero no había sido así, él lo había hecho todo por su cuenta, y recordaba claramente haber reconocido que ya entendía cómo usaba el brazalete antes de que le pusiera la mano encima.

Quizá él tampoco había tenido intención de ir tan lejos. Quizá solo quería incomodarla y exhibir su gran habilidad. Por eso parecía tan sorprendido con lo ocurrido, cuando ella le pidió que parara. Ver el color del brazalete y lo avanzada que había estado la cosa, le había recordado a Sooz y que era amiga de ella. Creería que se lo iba a contar.

Una vez en su habitación, pudo pensar con más claridad. Se tiró sobre su cama sin poder creer lo que había ocurrido. Intento disculparse a sí misma, imputando todo cargo contra su inocencia. Y en parte era cierto. Si estuviera acostumbrada a los hombres, sabría cómo manejarlos; y si estuviera acostumbrada a su contacto, sabría cómo controlarlo y nunca hubiera llegado tan lejos. Sin embargo, una parte de ella sabía que su comportamiento inapropiado con el novio de su amiga había comenzado antes de que su inocencia la hiciera perder la razón. Sabía que Noé iba a descubrirle nuevas posibilidades en la vida, pero nunca hubiera imaginado que le descubriría nuevas facetas de sí misma. A su edad, creía que lo sabía todo sobre su carácter. Pues bien, acababa de descubrir que no era así. Había un mundo de posibilidades aún sin explorar en su interior.

Capítulo 12

Con cautela, Ash volvió la mirada al oír las risas provenientes del peral, la mesa donde Gábor y Elek estaban almorzando. Al parecer, ese era el árbol oficial del grupo y nadie más quería o se atrevía a usarlo. La mesa era la más elevada de todo el comedor, con al menos dos metros separándolos del suelo, para recalcar la idea de superioridad de sus miembros. Las dos chicas brasileñas y otra más, igual de moderna y presuntuosa, cuya cabellera negra brillaba con la dolorosa belleza del pelo chino; Taly, Gábor y Elek eran sus orgullosos ocupantes. La mesa, de un precioso color verde, daba la vuelta al árbol como si de un palco se tratara. Sus comensales podían observar el resto del comedor como en una escena de teatro donde, sin duda, Ash era el bufón.

Gábor gesticulaba, animado, contando una historia al resto del grupo, que lo miraba con ávido interés y reía en determinados momentos.

No pudo evitar preguntarse si, en algún tramo de esa historia, ella y el verde del brazalete saldrían a relucir. Irónicamente, la luz se parecía al color de la mesa para que Gábor no tuviera demasiadas dificultades en explicarlo.

No obstante, durante la narración ninguno de ellos le dirigió la mirada. Cosa que hubiera ocurrido de forma inevitable de haberse hecho público su pequeño escarceo en la terraza la noche anterior. Además, era poco probable que Gábor quisiera poner en riesgo su relación con Sooz por el simple hecho de difundir un rumor sobre si ella era una lasciva. De hecho, el chico ni siquiera la había mirado en el discurso de toda la mañana. Era como si nada hubiera ocurrido entre ellos la noche anterior. Como si, de repente, su deseo más profundo se hubiera cumplido tornándola invisible.

Decidió centrarse en su plato antes de que la sorprendieran observándoles.

—¿Alguna novedad sobre Bronte? —Inquirió Driamma en el silencio de la mesa.

Sooz sacudió la cabeza con aire distraído, aunque pudo ver que su distracción era fingida.

Reprimió el impulso de alargar la mano para consolar a Driamma, ya que el gesto se acercaba peligrosamente a dar el pésame.

—Y el momento ha llegado.

La voz llena de júbilo la hizo saltar ligeramente en su asiento porque contrastaba con el ambiente sombrío de la mesa.

Se trataba de Elek. Se aproximó a ellas, apoyando los brazos en el respaldo de la silla contigua a Sooz. Gábor no tardó en aparecer.

—Teorías de Lashira Khan —precisó el chico, al ver que ninguna había reaccionado ante su primera observación—. Es nuestra siguiente clase —aclaró, dedicándole una amplia sonrisa a Driamma.

—¿Estáis tan entusiasmados por una clase? —Inquirió ésta con incredulidad. La máscara había vuelto a descender sobre su rostro, sin dejar rastro de la vulnerabilidad de segundos antes—. ¡Qué frikis!

—No por una clase... La clase —la corrigió Elek— ¿Estás preparada? —Preguntó, dirigiéndose a Ash.

—No me he matriculado en esa clase —declaró con simpleza.

—¿Qué?

La incredulidad y la indignación provenían de Gábor, que la miraba por primera vez desde que saliera de su habitación la noche anterior. Su estupor parecía mayor que su determinación de ignorarla.

Ash le dedicó un rápido vistazo. Incapaz de ocultar la vergüenza que sentía ante lo ocurrido.

—¿Por qué harías algo así? —Le preguntó Sooz, boquiabierta.

—Porque no tiene ni idea de quién es Lashira Khan —celebró Driamma.

Se puso tan roja que Driamma pareció arrepentirse de haberla delatado.

Elek hizo un gesto con la mano, rechazando la idea.

—No importa, solo tienes que cambiar la matrícula. Por suerte, aún estás a tiempo.

—¿Podemos irnos ahora? —Protestó Gábor con impaciencia—. Ya tenemos bastante con verlas en clase.

—Sois vosotros los que os habéis acercado —se defendió Sooz, malhumorada.

Elek rio, observando a su amigo y, lejos de marcharse, como éste le había pedido, se dejó caer sobre la silla.

Gábor, al verlo, avanzó hacia Sooz. Se paró al lado de ésta para depositar un ligero beso en su coronilla. Ella lo empujó con el codo sin decir nada.

Como si se tratara de un hechizo, Ash sintió una fuerza actuando sobre ella. Sobre su garganta, cortándole la respiración. Aquel inocente beso denotaba algo más allá de una relación inmadura entre adolescentes. Denotaba cariño y demostraba que él estaba dispuesto a humillarse en público por ella. Por primera vez, el impacto de lo que había pasado la noche anterior la golpeó de lleno. Se dio cuenta de que, hasta ese momento, no se había creído su relación.

—No seas tan dura con tu hermano, Sooz —dijo Elek, divertido—. Está pasando por un mal momento.

Gábor le dedicó una mirada de advertencia a su amigo. Una mirada cargada de amenaza.

Llevaba un anillo de plata en el dedo corazón. Era curioso el efecto tan atractivo que podía crear un detalle tan pequeño. Ambas mangas de su sudadera azul estaban remangadas hasta la mitad de los brazos y también se percató de la ausencia del brazalete. Claro está, porque aún lo tenía ella. Otro recordatorio de que la noche anterior había sido real.

—¿Y eso por qué? —Había preguntado Sooz, súbitamente interesada.

Elek rio, complacido por la pregunta.

—Al parecer, Gábor ha conocido por primera vez en su vida el rechazo.

—Elek —advirtió éste—. *Figyelmeztetek, ne csináld ezt* —continuó en húngaro.

—Alguna vez tenía que ocurrir, amigo mío —se limitó a contestarle, antes de proseguir con su explicación—. Por lo visto, ayer Gábor le dedicó sus atenciones masculinas a una ara, y entonces el brazalete de la dama de hielo se volvió verde como el del peral.

—¿Verde pera? —Repitió Sooz, sorprendida. —Nunca lo había oído... ¿Qué significa?

Elek volvió a reír, visiblemente deleitado con la situación.

—Al parecer, significa fracaso total. Vamos que Gábor no logró encender a la ara.

Ash no podía creerlo. Su corazón latía a tal ritmo que si alguien la hubiera mirado en ese momento sabría, sin duda, que se trataba de ella. Gábor había interpretado el color verde como todo lo contrario. Por eso la había mirado, dolido y ofendido, cuando le pidió que se marchara.

—¿Quién es ella? —Continuó Sooz, comenzando a compartir el entusiasmo de Elek.

—Se niega a revelar su nombre, por lo que la he bautizado como la «Dama de hielo». Por razones obvias.

—No la conocéis —se limitó a escupir Gábor que, habiéndose cruzado de brazos, se negaba a mirarla ni por un solo instante. La vena de su cuello palpitaba con enfado—. Ya te has divertido Elek. Vámonos.

Éste, pareciendo apiadarse de su amigo, se levantó y se despidió de las chicas.

—Aún no me acostumbro a la idea de que el rubiales sea tu hermano —recalcó Driamma, una vez se hubieron alejado.

Otra sacudida golpeó el cuerpo de Ash.

«¿Su hermano?»

Su memoria recuperó la frase que Elek había dicho momentos antes:

«No seas tan dura con tu hermano, Sooz»

Distraída como había estado en observar a Gábor, y nerviosa con el hecho de que él la había descubierto haciéndolo, no había prestado atención al comentario. El impacto de escuchar a Elek narrando la historia de la noche anterior, y la equivocación de Gábor no le habían dejado pensar con claridad y darse cuenta de que Elek estaba contando una aventura amorosa de Gábor delante de su supuesta novia.

—¿Tú lo sabías? —Le preguntó a Driamma con la voz sorprendentemente firme.

—Me lo aclaró antes de que llegaras —dijo la chica—. Y nosotras, todo este tiempo pensando que tenían un lío secreto.

—¿Qué es lo que ha dicho Gábor en húngaro? —Le preguntó a Sooz después de dedicarle una patética sonrisa a Driamma.

—Le ha dicho algo como: «te lo advierto, no lo hagas» —les aclaró—. Mi hermano no quiere mancillar su reputación de «Dios del sexo» ante vosotras.

—De todas formas desde que le vimos en tu balcón le considerábamos tu novio, por lo que somos inmunes a su reputación como «Dios del Sexo» —bromeó Driamma.

Ash enrojeció, sintiéndose culpable. Esa hubiera sido la reacción normal de una buena amiga. Sin embargo, ya no importaba; Gábor era el hermano de Sooz. Y por otro lado, la creía la «Dama de hielo», la única que había sido inmune a sus atenciones. ¿Y qué iba a hacer ella? ¿Explicarle que no era así, sino todo lo contrario? ¿Que la luz verde probablemente se encontraba en el extremo opuesto a lo que él había deducido?

«Ni hablar».

Mejor sería que la creyera inmune a sus encantos.

Driamma caminó hacia el extremo opuesto de la clase donde se encontraba la silla del profesor. En la Tierra, la silla hubiera sido auto-regulable y de propulsión. Una silla capaz de elevarse hasta el techo, y de desplazarse por toda la clase. En Noé era una silla normal. Hecha de materiales reciclados, y con cuatro patas en sus extremos. A pesar de la sobriedad de ésta, Driamma no pudo evitar mirarla con respeto. Era la silla del profesor, y ahora era suya.

Por alguna extraña razón, su vida había mejorado considerablemente. Se encontraba en un sitio mejor, con oportunidades y puertas abiertas. Todo ello sin tener una familia que la apoyara, o a alguien que se preocupara por ella. Le parecía un milagro, aunque opinaba que los milagros no existían.

Sooz y Ash se le acercaron, mientras el resto de la clase continuaba con tal revuelo que ni siquiera notaron su presencia. Esta vez como profesora y no como alumna.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó Sooz, con el entrecejo fruncido—, no tenemos clase contigo ahora, sino con Orla.

—Todos los profesores están reunido en el despacho de Lozis, así que me han pedido que adelante mi clase.

A Driamma, esto no le había resultado extraño, pero Sooz la contempló como si acabara de anunciar el apocalipsis.

—¿Reunidos en horario de clase? —Repitió con incredulidad—. Todo esto tiene algo que ver con el mensaje de la Tierra. Algo grande se avecina.

—¿Algo como qué? —Inquirió Ash con tono grave—. La presidenta De Soussa no es muy belicosa, e intentará retrasar la guerra al máximo. Los naturalistas que quedamos vivos no sumamos ni una cuarta parte de los Progresistas supervivientes en la Tierra, según apuntan los cálculos. Por mucho que ese mensaje nos dé la posibilidad de tener aliados en la Tierra, aún tenemos todo el tiempo del mundo para diseñar un plan estratégico. Noé era totalmente autosuficiente y puede albergarnos durante años.

—Puede ser, pero no podemos quedarnos aquí más tiempo mientras ellos siguen destruyendo la Tierra. Piénsalo —continuó Sooz, animada—. Si contamos con aliados en la tierra es igual que tener espías infiltrados. Podríamos entrar con su ayuda y, desde dentro, desactivar su escudo protector. Entonces nuestros soldados podrían entrar sin ser vistos.

—¿Cómo el caballo de Troya? —Inquirió Ash, pensando en la perfección de los últimos troyanos en los que había trabajado.

—Exacto —le contestó Sooz, emocionada—. Y ya sabes qué habría dentro del caballo.

Ash negó con la cabeza, despacio, y Sooz sonrió con seguridad.

—Lashira Khan.

Pasó medio minuto hasta que la joven preguntó.

—¿Cómo dices?

Sooz la miró como si estuviera loca.

—Si alguien puede infiltrar un troyano perfecto en el sistema informático de los progresistas, ese es Lashira Khan. Él es nuestra única arma.

—¿Estás diciendo que crees que todo nuestro futuro depende de una sola persona? —Inquirió Driamma.

Sooz intercaló la mirada entre ambas chicas.

—Eso es lo que todo el mundo cree.

Capítulo 13

Para Ash, volver a usar la misma mesa del comedor tenía un efecto tranquilizador. Necesitaba un poco de familiaridad y rutina después de esos tres días en Noé. Aunque pareciera una tontería, tener su rinconcito en el comedor la serenaba y le daba un poco de seguridad; como si se tratara de su pequeño fuerte en territorio desconocido. Por desgracia, su fuerte demostró no ser inexpugnable. La mesa del manzano podía albergar hasta seis comensales. Ellas, de momento, eran tres. Matemáticamente, estaban expuestas a intrusos.

—Enhorabuena por la clase —le dijo a Driamma, que ya había vuelto a la mesa y devoraba una lasaña vegetariana.

—Gracias. Es complicado que te respeten como profesora cuando eres alumna también.

Una oleada de carcajadas la hizo mirar hacia el peral. No podía ser casualidad que siempre que Kantka y las demás se reían, las estuvieran mirando a ellas.

—No soporto a esas chicas —exclamó, con irritación.

—No me había dado cuenta de que estaban ahí —contestó Driamma, tras echarles un vistazo—. Estaba demasiado ocupada notando cómo el sol se cuele por las hojas, iluminando el comedor de un tono verde precioso. ¿Lo habías notado?

Ash la observó con el entrecejo fruncido, preguntándose si se estaba burlando de ella, porque quizá la aburría. Pero, en ese momento Driamma sonrió.

—La sala está llena de cosas, Ash. Pero tu sala —dijo y le golpeó la frente con un dedo—, está llena de aquéllas a las que les prestas atención. Decide bien a qué vas a prestarle atención.

Ash sonrió.

—Creo que eres una gran profesora.

Driamma detuvo el tenedor a mitad de camino, pareciendo emocionada con ese último comentario.

—Gracias. No dejo de pensar que estoy en un lugar que no merezco —dijo—. Pero tras la clase de hoy, he sentido por primera vez que quizá me merezca todo esto. Que quizá me merezca algo bueno.

Sooz regresó a la mesa con una simple ensalada y, sin decir nada, se sentó en la silla contigua a la de Ash.

Algo la preocupaba. Estaba más pálida que antes de alejarse de la mesa.

—¿Creéis que Elek está enfadado por las respuestas que le he dado en clase? —interrumpió Driamma, ajena a ello.

—Lo dudo —dijo Sooz—. Sabe que se lo buscó con sus comentarios de machito gracioso. Tiene que respetarte como profesora. Cada vez se parece más a Gábor.

—Has manejado a los alborotadores muy bien. Has conseguido la atención de todos sin tener que pedirla —concedió Ash.

Vaciaron sus platos en silencio. Driamma, perdida en sus pensamientos, y Ash preguntándose qué le estaría rondando a Sooz por la mente.

—¿Has hablado con tu padre sobre Bronte? —Inquirió Driamma, una vez que terminó su comida.

—Antes le llamé. Pero no ha respondido a la llamada —contestó, sin siquiera elevar la vista del plato.

La joven la observó con dureza, quizá interpretando el detalle como falta de interés.

—Perdona si te aburro con mis problemas —espetó Driamma, levantándose de repente y lanzando la servilleta sobre su plato.

—¿Adónde vas? —Le preguntó Ash, sorprendida.

—Al servicio —murmuró, sin volverse a mirarla.

Una vez se hubo alejado lo suficiente, Ash centró su atención en Sooz, quien había dejado de masticar para observar a Driamma alejarse.

—¿Qué ha pasado? —Le exigió.

—¿Qué?

—¿Qué te ha dicho tu padre, que no has querido contarle a ella?

Sooz suspiró y dejó caer su tenedor en el plato.

—Más que no querer, lo que no he sido capaz de contarle. —Su expresión y su tono eran serios en extremo—. Es verdad que mi padre no me ha devuelto la llamada. Pero Tesk me ha llamado cuando estaba sirviéndome comida. Ha investigado lo de Bronte. Él también tiene acceso a los archivos de los soldados. La expedición de Bronte fue asesinada poco después de las evacuaciones.

—Mierda. —Ash se mordió el labio—. ¿Cómo vamos a decírselo?

—Tesk me ha pedido que no se lo contemos aún —aclaró—. Quiere que esperemos a que esté adaptada a Noé y confíe en nosotras.

Ash asintió, estando de acuerdo con que era lo mejor. Driamma había vivido demasiados cambios, y aún se movía en arenas movedizas. Lo mejor sería esperar un tiempo. Cuando se sintiera más abrigada por ellas, la consolarían y la ayudarían a pasar por el duelo.

Ninguna de las dos volvió a decir nada sobre el tema cuando Driamma regresó a la mesa.

Capítulo 14

Driamma se despertó, sobresaltada. Algo estaba mal; lo supo en cuanto abrió los ojos. La luz de la mañana se colaba por su balcón con más intensidad de la acostumbrada. Por lo que no se sorprendió al comprobar el reloj y ver que, efectivamente, se había quedado dormida. Se había perdido el desayuno y no tenía intención alguna de ir en pijama a clase, por lo que dio un salto de la cama, y comenzó el acostumbrado proceso de preparación por el que pasaba cada mañana, pero a cámara rápida.

En los dos meses que llevaba en la Academia, ésa iba a ser la primera vez que llegara tarde a clase. Normalmente, no tenía dificultad alguna en despertarse, sobre todo con la ayuda del amanecer. Alguna vez se había perdido el desayuno, sobre todo después de noches de visitas en su habitación o haberse quedado hasta tarde en otra. Ese no había sido el caso la noche anterior. No. En realidad, había estado totalmente sola en su habitación.

Durante las últimas semanas, y con la guía de Tesk, había comenzado a usar su Secbra. Primero le había enseñado cómo entrar y salir, y al ser la primera cosa que aprendía a hacer con su pensamiento, le habían dedicado días. Driamma siempre acababa con dolor de cabeza. Tenía la certeza de que pronto contaría con arrugas prematuras alrededor de los ojos.

Sin embargo, cuando aprendió cómo entrar en la memoria de su Secbra, el proceso de aprendizaje ya no le pareció tan costoso. De alguna forma, se estaba acostumbrando a relajarse y dejar que el pensamiento volara ligero como una pluma, sin necesidad de contraer todos los músculos de su cuerpo en el intento.

La noche anterior, sentada en su terraza, le había explicado todo eso a Ash, que colándose en su Secbra como había hecho otras veces, le explicó algunos trucos que Tesk no había mencionado. No era lo mismo aprender de alguien que

simplemente los había estudiado, a aprender de un usuario que, además, podía entrar con ella.

Después de eso, Driamma le informó de que se iba a la cama a leer. Por su cumpleaños, Tesk le había regalado un micro-ordenador, para que lo usara mientras aprendía a manejar su Secbra, y gracias a ese regalo había podido deshacerse de su viejo Átolon.

El micro-ordenador desplegaba una imagen holográfica delante de los ojos; en este caso, con el libro que Driamma estaba leyendo, y ésta se movía persiguiendo su mirada. Si se tumbaba sobre su costado, la imagen se desplazaba para situarse en su campo de visión mientras el micro-ordenador se quedaba donde estaba. Ni siquiera tenía que sostenerlo.

También le había explicado todo esto a Ash, mientras se levantaba para marcharse. La chica había sonreído, divertida por su entusiasmo. Sin embargo, antes de que Driamma se adentrara en su habitación el comentario de Ash la detuvo.

—¿Qué quieres decir con que, aun así, desgasto mi vista? ¿Cómo se supone que voy a leer sin utilizar la vista?

Ash sonrió de nuevo, esta vez de forma enigmática.

—Con la mente —propuso, golpeándose la frente con un dedo—. Sin castigar tus ojos con imágenes holográficas.

Driamma se acercó a la barandilla de su balcón, apoyando las manos interesada en lo que estaba escuchando.

—¿Quieres decir con el Secbra?

Ash asintió, levantándose a su vez.

—No has leído de verdad hasta que no lo haces con tu Secbra —prometió—. Tengo una lista de libros diseñados para Secbras. Voy a enviarte uno de mis favoritos, y te voy a ayudar a activarlo. Créeme, no te vas a arrepentir.

Driamma siguió sus indicaciones y se tumbó sobre la cama. Por lo visto, Ash ni siquiera necesitaba tenerla en su campo visual para entrar en su Secbra. La imagen de una biblioteca antigua se desplegó en su mente, y cerró los ojos para no

confundirla con la del techo de su habitación. Todos los movimientos los hacía Ash avanzando por la amplia habitación llena de filas y filas de estanterías de madera, repletas de libros en el sentido tradicional de la palabra. Recubiertos de portadas duras y hojas entre estas. Era la primera vez que los veía, a excepción de los ejemplares de los Museos.

Ash se detuvo en una de las columnas y extrajo un libro que, al abrirse, cubrió toda la imagen de su mente. Ya no veía la biblioteca, sino las dos primeras hojas.

Por la ausencia de movimiento, Driamma se imaginó que había salido dejándola sola. Intentó pensar en pasar la página para comprobar si lograba hacerlo, y cuando vio que podía manejar el libro sin problemas comenzó a leer.

«Londres, Abril de 1878»

A medida que Driamma comenzó a leer, se dio cuenta de que algo extraño estaba pasando. Con las primeras palabras sintió un hedor que le recordó a la basura podrida de los vertederos de México. Abrió los ojos, e irguiéndose para apoyar sus codos sobre la cama, observó su habitación. Nada había cambiado y ahora le parecía que el hedor había desaparecido.

Cerró los ojos, dejándose caer sobre la cama, y en cuanto volvió al demonio que el protagonista del libro describía, el olor volvió a atacarla. Cuando el joven se hubo deshecho del demonio y comenzó a avanzar por una calle, el hedor de basura desapareció, remplazándose poco a poco por un olor que jamás había sentido: humo, lluvia sobre una polvorienta calle, madera quemada, agua sucia y pescado cuando el protagonista describió una oscura calle del Londres victoriano, cercana al puerto del río Támesis. Incluso podía sentir el frío y húmedo aire londinense en su piel.

Driamma no podía creerlo. Continuó leyendo y sintiendo las sensaciones de las cosas que se describían en el libro hasta casi las cuatro de la mañana. Por esa razón se había dormido más allá del desayuno, y ahora tenía que correr por el jardín en dirección a la clase.

Como había sospechado, ya habían empezado. El profesor le dedicó una mirada pero enseguida reanudó la charla. Algunos alumnos la observaron hasta que llegó al pupitre al lado de Elek, y se sentó, un tanto avergonzada.

Algo se desplegó en su mente y Driamma vio que era una notificación que

contenía el nombre de Sooz.

—Disculpadme —exclamó el profesor—. ¿Os estoy aburriendo?

Driamma lo miró, preguntándose por qué gritaba de repente. La atención del hombre estaba centrada en la cajita de cristal de la mesa del profesor. El Avizor, que en lugar de centellear su acostumbrada luz verde, brillaba con un rojo intenso. Sooz le había explicado una vez que el avizor servía para detectar si algún alumno estaba navegando por internet durante la clase.

Entonces se dio cuenta. La notificación de Sooz, que había recibido vía internet, había disparado la alarma del avizor.

Concentrándose, intentó ocultar la notificación en su mente, pero algo salió realmente mal. Una cascada de imágenes, luces, letras y colores se descargó en su mente como un torrente imparable haciéndola gritar y golpear la mesa con su pierna. Toda la clase se volvió hacia ella.

—Driamma —exclamó el profesor con impaciencia—. Sabes que no está permitido utilizar internet en clase. Especialmente, cuando no sabes cómo hacerlo —se burló.

Lo ignoró para mirar a Sooz significativamente y, por su expresión, le pareció que ésta sabía lo que acababa de pasarle. Pero en ese mismo momento la ráfaga de imágenes volvió a su cabeza. Con mucha más intensidad empezó a recibir un montón de información desordenada, frases que no sabía de dónde habían salido, imágenes que no reconocía, hasta que una de ellas prevaleció sobre las otras, una mujer diciendo cosas mientras enseñaba un grupo de pequeños patitos amarillos.

Driamma no pudo aguantar todo aquello. Era muy confuso y abrumador y quería que parara. Se levantó decidida a alejarse hasta que lograra detenerlo.

Minutos más tarde, que a ella le parecieron una eternidad, Sooz la encontró en el servicio, agarrándose la cabeza con ambas manos.

Se situó a su lado, y la sostuvo con fuerza por los hombros.

—Deja de quejarte —le ordenó.

La joven abrió los ojos, húmedos y enrojecidos.

—¿Dónde está Ash? ¡Ash!

Sooz la sacudió, instándola a callar:

—Ash está en clase —le explicó—. Driamma, solo tienes que cerrar la sesión.

—No puedo... —gimoteó, agarrándose la cabeza de nuevo.

—Apágalo —le volvió a gritar Sooz—. Desconecta.

Driamma la agarró del cuello de la camiseta, retorciéndolo desesperada.

—Hazlo tú, por favor —le rogó, pero su amiga negó con la cabeza.

—No puedo —aseguró—. Simplemente piensa en moverte hacia arriba, en la esquina derecha está la salida. Vamos, puedes hacerlo; concéntrate.

Driamma dejó de retorcerse, concentrándose en hacer lo que Sooz le había pedido. Se deslizó contra la pared hasta caer sentada en el suelo. Su frente estaba perlada con gotas de sudor.

—¿Qué era eso?

Sooz la ayudó a ponerse en pie. Cuando estuvo erguida, Driamma le apartó la mano de forma brusca.

—Sooz, ¿qué demonios era eso?

La chica dio un paso atrás, un tanto intimidada por su reacción.

—Lo siento. No pensé que algo así fuera a ocurrir —se disculpó—. Solo quería saber dónde estabas y por qué no habías llegado a clase. Por eso te he enviado un mensaje en Facebook.

—¿Qué? ¿Eso era Facebook? —preguntó Driamma, confusa—. Había una mujer con unos patitos, y letras que resonaban en mi cabeza; millones de caras, e incluso he visto a Gábor abrazando a un árbol.

—Hace dos semanas nacieron unos patitos en el Arca, y esta mañana han

colgado un vídeo de ellos para que los veamos crecer.

La contempló como si de repente fuera un perro parlante.

—¿Quién puede ver un vídeo con ese caos? No quiero volver nunca a ese lugar.

A pesar de la expresión sombría con que lo dijo, Sooz no pudo evitar soltar una risita.

Al verla reír, Driamma le dedicó una mirada asesina.

—No seas tan dramática. Solo era Facebook.

Salieron del baño para iniciar lentamente su camino de vuelta a clase.

—Sé que quieres que aprenda a manejarlo yo sola —comenzó—, pero la próxima vez que la situación se ponga tan fea, te ruego que entres en mi Secbra y me ayudes a solucionarlo.

Sooz sacudió la cabeza con vehemencia.

—Driamma, eso es imposible; si pudiera entrar en tu Secbra, lo hubiera hecho. Nadie puede entrar en el Secbra de otra persona. Imagínate lo peligroso que resultaría eso. Sería casi como si alguien se colara en tu cerebro. —Sooz se estremeció para ilustrar lo horripilante que le parecía esa posibilidad.

—No puedes hablar en serio —protestó—. Ash lo hace constantemente.

Sooz soltó una carcajada.

—Tienes una imaginación... —se burló, sacudiendo la cabeza—. Que alguien te indique cómo hacer algo no quiere decir que esté colándose en tu Secbra.

Driamma entornó los ojos, comenzando a irritarse ante sus burlas.

—Una cosa es que no sea informática y no entienda ni la mitad de las cosas que ocurren aquí, y otra muy distinta que me tomes por tonta —le espetó—. Te aseguro que no habían pasado ni diez minutos de conocer a Ash, y ya había entrado en mi Secbra para apagarlo. Alguna vez ha activado música en mi cabeza sólo para despertarme. Me conectó a la mesa holográfica aquella vez que nos fuimos de

compras a Noé, y anoche abrió una biblioteca en mi cabeza y seleccionó uno de sus libros favoritos para que yo pudiera leerlo.

Algo en la expresión de Sooz le dijo que al fin la había creído. Se detuvo, pálida como un cadáver, y la agarró por el brazo.

—Dime que te estás inventando todo eso

Driamma sonrió, triunfal.

—Estás molesta porque Ash sabe hacer algo que tú no sabes —le espetó.

—Ash sabe hacer cosas que nadie más sabe —musitó Sooz, con los ojos como platos.

La imagen de su padre apareció en su cabeza al minuto de iniciar la llamada. Llevaba un traje de ejecutivo y, por la imagen de fondo: una sala de reuniones, se encontraba en Pentace.

—Sooz, ahora no puedo, hablamos luego —se limitó a decir.

—Papá, espera —se apresuró a rogar—. Es importante.

Los ojos de su padre la observaron con turbación por un instante, aunque estaba demasiado nerviosa para detenerse en ese pensamiento.

—¿Recuerdas la vez que viniste a verme hará unos dos meses, cuando nos peleamos? Ese día te cruzaste con las dos chicas nuevas: Driamma de Friarton, y Ash, que la conoces de...

—¿Qué? Zsuzsanna, ¿de qué estás hablando?

—¿Recuerdas a la otra chica que estaba con Driamma, de Friarton? Ashling Barrott, la conoces de...

—Yo no... Jamás la había visto en mi vida —comenzó su padre, distraído—. Cariño, tengo que dejarte; estoy en mitad de algo, no tengo tiempo para hablar de

tus amigas.

—Pero papá...

Era demasiado tarde. Se había ido, y cuando intentó volver a contactar, nada ocurrió.

Sooz soltó una lista de improperios mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Driamma estaba delante de ella, observándola con confusión y preocupación.

—¿Qué ocurre, Sooz? No quiero meter a Ash en un lío, a mí no me importa que se cuele en mi Secbra. Todas las veces que lo ha hecho ha sido para ayudarme. Por favor, no la denuncies.

—Driamma, esto es mucho más serio de lo que piensas. Nadie se cuele en un Secbra. No es que la ley no lo permita, se supone que nadie sabe cómo hacerlo. —Sooz se cubrió los labios con una mano, temiendo hiperventilar—. Creo que Ash no es quien dice ser, y no es que diga mucho de quién es.

La joven aseguraba venir de Pentace porque era obvio que no venía de Noé, pero su padre conocía a todo el mundo allí, y afirmaba no haberla visto antes.

—Apareció al mismo tiempo que ese mensaje de la Tierra. ¡Por la creación! Incluso Gábor dudó de su coartada. Dijo que era demasiado joven para pertenecer a la Liga y que su operación de esterilización transitoria, de haber sido hecha en Noé, debería haberse curado más rápido. El hospital de Clovet operó a todo Noé; tienen mucha experiencia con esa intervención. Pero a Ash le llevó semanas recuperarse.

—Sooz, estás siendo una paranoica. Es Ash de quien estamos hablando —le recordó Driamma, intentando apaciguarla.

Sacudió la cabeza, incapaz de ocultar lo mucho que le dolía la traición. No obstante, ahora todo comenzaba a encajar

—Exactamente, es de Ash de quien estamos hablando. Alguien que asegura tener dieciséis años pero llevar años trabajando. Alguien que no tiene Facebook. Que está físicamente entrenada como un astronauta. Con un coeficiente intelectual superior al de todos nosotros, pero que, en lugar de exhibirse, intenta volverse invisible y pasar desapercibida.

—Es tímida, y lo sabes.

—Pero, ¿y si todo eso es sólo una pose para no llamar la atención? —Le propuso, acercándose más ella—. Driamma, ¿y si Ash es una espía progresista?

Todo aquello era culpa suya y lo sabía. Nunca tendría que haberle contado a Sooz nada. Ash le había pedido que no lo comentara, pero sin darle la importancia que al parecer tenía. Así que a Driamma no le había parecido mal soltárselo a Sooz para borrarle su estúpida altanería de la cara.

Ahora, lejos de volver a clase, ella y Sooz se dirigían al despacho de Lozis para que esta última se colara en los archivos de los alumnos, e intentara localizar aquel que faltaba en el ordenador de la recepción: es decir, el de Ash.

Driamma había sido totalmente incapaz de convencer a Sooz para no llevar a cabo ese plan.

—Entonces, cuando el profesor Primev preguntó el resultado del ejercicio, sólo Ash conocía la respuesta —le estaba contando Sooz, como otra prueba más de que la chica era una espía infiltrada—. Y cuando el profesor le pidió que la explicara, Ash comenzó a balbucear y a hacerse la tonta.

—Porque si es tímida, le dará vergüenza explicar algo en alto delante de toda la clase —intentó razonar ella.

—Y en el siguiente ejercicio... —continuó Sooz, sin escucharla—, cuando Primev dijo la solución en alto, Ash arrugó el entrecejo. Lo sé porque la estaba observando. Supe que no estaba de acuerdo con la respuesta, pero se calló. Y a los dos minutos Primev se dio cuenta de que había cometido un error de procedimiento y la solución era incorrecta. Ash lo sabía antes que el hombre. ¿Cómo puede tener esa rapidez con procesos legales informáticos? ¿En qué momento una chica de dieciséis años los usa?

Driamma suspiró. ¿Qué sabía ella de procesos legales informáticos? Quizá Sooz tenía razón, pues contaba con más información que ella. Su mejor amiga de Friarton la había engañado y traicionado, puede que fuera más ingenua de lo que creía.

—Vamos a intentar comprobarlo antes de hacer nada, ¿vale? —le pidió—. Que Ash sea brillante y tímida no son pruebas suficientes para acusar a alguien de espionaje.

Habían llegado al despacho de Lozis. Afortunadamente, el hombre no se encontraba allí, y Sooz parecía saberlo de antemano pues se limitó a entrar en la oficina como si nada. Le indicó a Driamma que cerrara la puerta para evitar ser vistas por alguien que pasara por allí.

Sobre la mesa se encontraba el sencillo ordenador que contenía toda la información perteneciente a los asuntos de la Academia. Sooz lo activó y comenzó a buscar. No habían pasado ni dos minutos cuando anunció que había encontrado el archivo que debía pertenecer a Ash, pues era el único sin nombre, y todos los demás tenían los nombres de sus compañeros.

El plan de Sooz era guardarse su archivo, con toda la información que la chica había dado a la Academia, para comenzar la investigación desde ahí.

—Más sencillo que descubrir quién es, va a ser descubrir quién no es. Demostrar que Ashling Barrott no existe —la informó.

De repente, Sooz saltó de la silla.

—Viene Lozis —le dijo, con alarma.

Driamma se apresuró a dirigirse hacia la puerta, pero la voz de Sooz la detuvo.

—No salgas, es demasiado tarde; te vería salir del despacho. Mierda, no lo he visto venir —continuó, girando la cabeza de un lado a otro para observar la habitación.

—¿Y si salimos por la ventana? —Propuso Driamma.

Sooz se volvió para mirar la ventana, y sonrió de inmediato. Se movieron con toda la rapidez que pudieron, sin hacer ruido. Apenas se habían agachado contra la pared exterior por debajo de la ventana cuando Lozis cruzó el umbral de la puerta. No les había dado tiempo a cerrar la ventana, así que escuchaban perfectamente la voz del hombre.

—*Na skolko u nas ostalos vody?*—Lo escucharon decir en ruso. Nadie le

contestó, por lo que dedujeron que era una videoconferencia.

—*Chort!*— Exclamó el hombre. Aunque ninguna sabía ruso, intercambiaron una mirada ante la intensidad con que la palabra había sido dicha.

—¿Semyon? —era Tesk, entrando en el despacho.

Sooz y Driamma cerraron los ojos, lamentándose de que su pequeña reunión se estuviera convirtiendo en una fiesta.

—Un segundo —le contestó Lozis—. *A seychas ya doljen idti.* —Tras una pausa, continuó—: Perdonadme, estaba en mitad de una conversación.

—Nos has llamado. ¿Qué ocurre? —Escucharon la inconfundible voz de Orla.

Lozis suspiró de tal forma que incluso las chicas pudieron sentir la tensión que emanaba del hombre.

—Sentaos, por favor. Acabo de tener una conversación con Violeta Pauziene, la Ministra de Defensa.

Lozis pareció esperar a que los profesores se sentaran.

—Siento ser portador de tan malas noticias: Hace una hora Pentace ha declarado un Código Rojo.

Driamma escuchó el gemido de Orla y miró a Sooz. El rostro de ésta había sido invadido por la preocupación. Estiró el cuello para asegurarse de no perder ni una sola palabra de lo que seguía.

—Se trata de Kaudalon —explotó el hombre—. Los progresistas han encontrado su ubicación y lo han atacado con cinco misiles nucleares. No queda nada del planeta.

Driamma escuchó cómo Tesk maldecía y Orla gritaba. Miró a Sooz en busca de algo de información que arrojara luz sobre la situación. Se encontró con que la chica estaba en trance. Su rostro rojo, como jamás lo había visto. Sus ojos, llenos de lágrimas, estaban situados en algún punto que no parecía pertenecer a aquella realidad. Se había cubierto la boca para no hacer ruido al llorar, pero las lágrimas brotaban como un manantial de sus ojos, y su cuerpo se movía con silenciosos

espasmos de llanto.

El corazón de Driamma comenzó a latir a toda velocidad. No sabía qué significaba aquello, pero podía notar la seriedad en los demás. Se acercó a Sooz, que parecía haberse enajenado del mundo, y le agarró del brazo para sacudirla. Sooz la miró con pánico y la atrajo hacia sí, abrazándola con tal ímpetu que no lograba reconocer a la chica. Sooz, con toda su fuerza y su frío autocontrol, temblaba ahora en sus brazos como un pajarillo aterrado.

Volvió a centrar su atención en la habitación, con la esperanza de sacar algo en claro de todo aquello. Orla también estaba llorando, lo notaba en su voz.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —Preguntó.

—Por suerte, acababan de llenar los depósitos de agua de Noé —continuó Lozis, en tono lúgubre.

Tesk estaba totalmente enmudecido, cosa muy extraña en él.

—Pentágono todavía está realizando cálculos, pero creen que unos dos meses. Quizá, con severos recortes de agua, tres meses y medio.

—¡Por la creación! —Exclamó Orla entrando en pánico—. ¿Qué vamos a hacer?

—No nos queda otra opción que regresar a la Tierra. No conocemos ninguna otra fuente de agua —dijo Lozis.

—¿Regresar a la Tierra? Eso significará otra guerra. No estamos preparados para la guerra.

—Morir aquí o morir allí —intervino Tesk, con espeluznante frialdad—. Ésas son nuestras opciones.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —Se lamentó Orla.

—Pentace aún no lo sabe, pero están sopesando la posibilidad de que haya espías entre nosotros. Que alguien les haya entregado las coordenadas de Kaudalon.

Las chicas se miraron con los ojos como platos. Driamma sintió cómo se le

helaba la sangre. ¿Podía ser verdad que Ash las hubiera traicionado?

Los ojos de Sooz habían sustituido parte de su antiguo pánico por una nueva ira.

—Acaba de terminar la primera clase —anunció Lozis—. Vamos en busca de los demás profesores; tenemos que contarles lo ocurrido. Confío en que esta información no llegue a los civiles. Noé se sumiría en caos y entraría en pánico, y eso es lo último que necesitamos en estos momentos.

Cuando los profesores se hubieron marchado de la oficina, ellas se incorporaron y Sooz inmediatamente comenzó a caminar para regresar a clase.

Driamma la detuvo.

—Sooz, ¿qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees?

—Espera —le rogó—. ¿Qué decía el archivo de Ash?

—No he llegado a abrirlo —contestó Sooz, impaciente por el retraso—. Pero ya da igual. Todo está bastante claro.

Driamma se puso delante de ella para evitar que continuara avanzando.

—Abre su archivo, primero. Pensemos con la cabeza fría.

Sooz suspiró con indecisión. Al fin dio la vuelta y regresó a la ventana del despacho de Lozis. Driamma la siguió y la esperó fuera, mientras la chica entraba en el edificio y terminaba lo que había empezado.

Tardó más de lo previsto y cuando, al fin salió, no parecía la misma persona.

—¿Has visto un fantasma? —Le preguntó con preocupación—. ¿O alguien te ha lavado el cerebro ahí dentro?

Sooz comenzó a caminar como una sonámbula, sin contestarle, y ella la siguió.

—¿Se puede saber qué te pasa?

La chica se detuvo.

—El archivo de Ash contenía mucha más información de la que esperaba —explicó—. Ella no es la espía.

—¿Y ya está? —Exclamó con incredulidad—. Pasas de: «estoy segura de que es una espía y voy a matarla» a... «Bah, no es una espía. Vamos a dejarlo así.»

—Driamma, Ash no es ninguna espía —le repitió como si fuera un robot—. Créeme esta vez.

—¿Por qué estás tan rara? ¿Qué has visto?

Sooz suspiró.

—Tenemos cosas peores de las que preocuparnos. Han destruido el planeta que nos abastecía de agua. Prácticamente, somos cadáveres andantes —dijo, y sus ojos relampaguearon—. Ahora sí empieza la guerra.

Capítulo 15

El laboratorio informático era una habitación rectangular, y la pared que daba al jardín era toda ella de cristal.

En el interior de la clase, ocho grandes mesas rectangulares y mucho más altas que los pupitres de clase, se disponían a lo largo de todo el perímetro. El centro de éstas estaba dotado de maquinaria moderna y piezas de ordenador.

Cuando entraron en la clase Ada, la profesora, llamó la atención de todos.

—Formen grupos de cinco, lo más rápido posible, y sitúense en las mesas.

Ash no podía creerlo, tanto Sooz como Driamma habían desaparecido de la clase anterior para no volver. Estaba totalmente sola, y simplemente había logrado llegar allí porque siguió a Ada y a los demás alumnos. Y ahora le pedían que formara un grupo. ¿Un grupo con quién? Rara vez hablaba con nadie que no fueran las chicas o Taly y Elek.

Como si un solo pensamiento pudiera convocar a una persona, se los encontró de frente y la instaron a unirse a su grupo.

—¿Por qué nunca antes habíamos venido aquí? —Les preguntó.

—Solamente acudimos al laboratorio cuando hay una cantidad considerable de ordenadores que reparar —contestó Taly, girándose para sonreírle.

—¿De dónde eres exactamente? —Preguntó ella, repentinamente, al notar de nuevo un ligero acento.

—Mi madre es china y mi padre, brasileño.

—¡Vaya! —Exclamó Ash—. Hijo de las dos grandes potencias mundiales.

—¿Mundiales? —Repitió él, con cierta sorna—. ¿De qué mundo?

Le sonrió. En parte tenía razón. Tanto Brasil como China ya no les pertenecían. Ahora todos estaban en el mismo lugar, bajo las mismas circunstancias. O al menos eso había creído hasta conocer a Driamma.

Gábor, que estaba sentado en una de las mesas, había seguido su avance con la mirada. Se sentó en la silla contigua a la de Taly, intentando no enrojecer. Era la primera vez que Gábor le sostenía la mirada en mucho tiempo. Durante esos dos meses se había dedicado a ignorarla por completo, intercambiando alguna palabra casual cuando estaban en grupo. Si alguna vez lo había descubierto mirándola, había desviado los ojos y centrado su atención en otro lugar. Pero ahora sus ojos seguían fijos en ella, recuperando el tiempo perdido. O puede que intentara ahuyentarla de su grupo, pues esos ojos pesaban tanto sobre ella que apenas podía respirar.

Al fin apareció Sooz, y se unió a ellos. Ash la observó con atención, pues por su cara parecía venir de un funeral. Su mandíbula inferior se apretaba contra la superior como si temiera dejar salir algo indebido de sus labios.

—¿Driamma está bien?

La joven levantó la mirada.

—Driamma está bien —contestó—. Cuando terminemos aquí, te cuento los detalles.

Sus ojos, profundos pozos de agua turbia, le dijeron que los detalles eran más succulentos de lo que sus palabras dejaban entrever. Quizá, por fin, le hubiera contado a Driamma la verdad sobre Bronte.

Los grupos habían terminado de formarse, por lo que Ada comenzó a darles indicaciones de lo que tenían que hacer.

—En cada mesa hay diez microordenadores. Cada uno nos ha sido enviado por contener errores de software que ningún técnico en Noé ha logrado reparar. Ya conocéis el procedimiento. Descubrir, analizar y reparar esos errores para que puedan ser devueltos a sus respectivos dueños.

Ada regresó a su propia mesa, también cubierta de minúsculas piezas y herramientas.

—Estaré aquí mismo si me necesitáis para lo que sea.

Elek fue el primero en alcanzar el diminuto ordenador personal que yacía en el centro de la mesa. Lo activó, desplegando así la imagen holográfica delante del grupo.

—¿Veis algo? —Preguntó, activando distintas opciones del ordenador en busca de fallos.

—A simple vista, no —contestó Sooz, concentrada en la imagen delante de ella.

—Un momento —exclamó Gábor, alzando una mano—. Vuelve al visual anterior.

Elek hizo lo que le pedía.

—Ahí está ¿Lo veis? —inquirió Gábor, alargando el brazo para señalar el extremo inferior de la imagen.

—Ah, sí. Las líneas azules —confirmó Taly, animado.

—¿Cómo lo has visto? —inquirió Sooz, indignada.

Gábor sonrió con despreocupación, apoyando ambos brazos sobre la mesa.

—Es un fallo del RAC. Con una solución drástica pero sencilla: reemplazarlo.

Elek asintió ligeramente, con aprobación. Se acercó al microscopio, donde situó el ordenador personal.

—Voy a abrirlo. —Anunció, cogiendo la herramienta de precisión—. ¿No vas a registrar los pasos? —Preguntó, observando a Sooz con total incredulidad.

Con desgana, Sooz activó la cámara de su Secbra.

—Necesitamos un RAC nuevo —señaló Taly.

—Yo lo cojo —se apresuró en decir Ash, levantándose; contenta por tener una excusa para alejarse de allí por un instante—. Pero... ¿Dónde están?

—En aquel armario, donde están todas las piezas de cambio y las herramientas —le indicó Sooz, señalando con el dedo una puerta.

Sin decir nada más, se alejó hacia allí.

—Mierda —exclamó Elek, entonces—. He desmontado el Larpag.

Abrió la mano, permitiendo así que las distintas piezas de la herramienta cayeran sobre la mesa.

—Genial —protestó Sooz, cansada, masajeándose las sienes.

Ash no podía creer que Sooz hubiera llamado «armario» a esa habitación. La sala era del mismo tamaño que el laboratorio. Odiaba volver con las manos vacías, pero allí había tres pasillos distintos con estantes que se alargaban unos seis metros de largo y alto.

Cuando regresó a la mesa, estaban analizando el ordenador en busca de más fallos. Ash dedujo que habían desistido de abrir el ordenador cuando vio el Larpag desmontado en varias piezas sobre la mesa.

—No he logrado encontrar el RAC —le susurró a Sooz, alcanzando las piezas del Larpag desmontado.

—Gábor, ¿lo coges tú? —Le pidió Sooz a su hermano.

Él hizo el ademán de levantarse, pero se quedó paralizado cuando Ash empezó a montar el Larpag.

Ella no se dio cuenta de que estaban todos en silencio, observándola, hasta que terminó de hacerlo.

—Pero, ¿qué demonios ha sido eso?

—Pensaba que lo querías montado —se disculpó, sin entender por qué toda la mesa estaba en silencio, contemplándola como si le hubieran salido antenas.

—Manejas eso con bastante autonomía —continuó Elek, impresionado.

—Supongo —contestó ella, enrojeciendo ante la atención recibida.

—No, en serio —insistió Elek—. Normalmente, nos lleva diez minutos montarlo.

—Ha tardado menos de un minuto —destacó Taly, petrificado. Había cogido la herramienta y la observaba de cerca como si no pudiera creer que estuviera correctamente ensamblada.

Gábor fue el único que no hizo comentarios al respecto. Se levantó de nuevo para reanudar sus planes. Sin embargo, dio dos pasos y se volvió hacia ella.

—Vamos —le instó, indicando la habitación con un movimiento de cabeza.

—¿Me lo dices a mí? —preguntó con incredulidad.

Gábor alzó las cejas y asintió con la cabeza.

—¿Para qué? —su voz sonó más chillona de lo que le hubiese gustado.

Él se acercó para agarrarla por un enganche de su pantalón y tiró firmemente, obligándola así a levantarse.

—Por si me ataca alguna herramienta, tú pareces dominarlas con facilidad.

Ash no tuvo otra opción que seguirle voluntariamente si no quería montar una escena. Pero lo último que deseaba era ir a ninguna parte sola con él.

—*Kedveled őt, igaz?* —Dijo Elek en húngaro, con tono animado.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó ella al instante. Comenzaba a irritarla su juego de utilizar lenguas muertas para no ser entendidos. ¿Acaso no era una falta de respeto?

Gábor se volvió para echarle un rápido vistazo.

—Esta habitación tiene fama de picadero —le explicó con el tono de quien comenta la situación económica de Corea.

No se le escapó el hecho de que hubiera buscado sus ojos al decirlo, y eso la hizo enrojecer furiosamente. Por un lado, estaba violentada por la situación; y por el otro, irritada porque Gábor simplemente parecía divertido. Sus movimientos y sus facciones eran, como de costumbre, seguros y relajados.

—También hay gente que viene aquí para enseñarle a la nueva cómo encontrar un RAC —prosiguió, pulsando un botón que materializó delante de ellos

un gran panel iluminado—. Es tan sencillo como seleccionar la letra por la que empieza la pieza que estás buscando —dijo, pulsando la R. Ésta se iluminó por un segundo, dando paso a una nueva pantalla. Cuando Gábor volvió a pulsar, esta vez sobre la palabra RAC, la luz de la habitación descendió al mínimo.

Ash miró a su alrededor, preocupada; pero él la sostuvo por la nuca para empujarla por el pasillo de una forma muy pintoresca. Una sección en lo alto de una de las estanterías estaba iluminada.

—¿Cómo se supone que alcanzamos... —La pregunta quedó ahogada en sus labios cuando Gábor, acercándose por detrás, alargó un brazo y presionó algo en la estantería a su lado. El movimiento provocó el roce de su espalda contra el pecho de él, durando solo el instante necesario para presionar el botón. En cuanto lo hizo, le sonrió y le indicó con el dedo que mirara hacia arriba. Ash lo hizo para darse cuenta de que la plataforma iluminada en la estantería estaba descendiendo sobre su cabeza.

Mientras ahogaba un grito de sorpresa, él rodeó su cintura con un brazo y tiró de ella hacia atrás.

Delante, donde un segundo antes había estado ella, estaba la bandeja iluminada llena de piezas. Gábor seguía sujetándola por la cintura, y apretándola contra su cuerpo. Chasqueó la lengua varias veces como si fuera a reprenderla por algo.

Su camiseta era tan corta que la piel de su estómago estaba en contacto directo con la del brazo de él.

—Nota importante para la nueva —le susurró, divertido—: Intenta no morir aplastada cuando coges una herramienta.

Se dio cuenta, entonces, de algo inquietante. No lo había notado antes por lo mucho que la había turbado la situación. Sin embargo, ahora empezaba a ser plenamente consciente de que su trasero estaba apretado contra la entrepierna de él.

—¿Hasta cuándo voy a ser la nueva? —musitó, con la voz tan débil como sus piernas.

—Para mí, tú siempre serás la nueva.

No supo exactamente si fue la palabra «siempre» y sus connotaciones, la forma en que la frase la hizo sentir especial, o la manera en que la voz del joven había raspado su rostro al pronunciarlas, pero un volcán parecía haber entrado en erupción en su interior, llenándolo todo de calidez líquida.

Habían pasado demasiados minutos en aquella posición como para pretender que no estaba ocurriendo nada. Ash giró la cabeza para observarlo, pero aún sin atreverse a mirarlo a los ojos. Le miró la barbilla y el labio inferior, preguntándose cómo sería rozar los suyos contra éste. Se sentía extrañamente protegida por su cabello, que los separaba como una cortina.

Gábor levantó el brazo que tenía libre, para apartarle el pelo con mucho cuidado, rozándolo contra su nuca. Las yemas de sus dedos, a través de los mechones, acariciaron su espalda.

Ella bajó la mirada y vio que llevaba el brazalete en la muñeca. Inclino un poco la cabeza para alcanzar a comprobar si estaba encendido, y entonces Gábor pegó los labios cálidos a su lóbulo. La mejilla contra su sien, y Ash se dejó llevar por el adormecido éxtasis que invadió sus sentidos.

—No hay de qué.

—¿Cómo dices? —preguntó, letárgica.

—Por salvarte la vida —contestó, y lo adivinó sonreír triunfal cuando se relajó hasta fundirse con él. Fue la señal para que él perdiera toda suavidad. Ambos brazos del joven la rodearon con poderosa posesión. Sus hombros anchos y masculinos cerniéndose sobre ella. La nuca de Ash descansó sobre uno de ellos, y la mejilla de él fue a parar a su cuello. Ardía. Demasiado, pero la sensación del cuerpo masculino, envolviéndola con su aroma de sándalo, era demasiado agradable como para protestar o formar pensamientos de cualquier tipo. Estaba embriagada por la agradable sensación, a la que no estaba acostumbrada, de sentir a un hombre contra su espalda y sus piernas. Sin hablar de los antebrazos de acero que rodeaban sus costillas, y cosquilleaban su piel con su tacto y su calor. De alguna forma, podía notar el deseo apretado en cada fibra del cuerpo del joven que la abrazaba. Tanto que ni siquiera notó que la luz había regresado.

—En la sala de herramientas... ¡Qué típico! —exclamó la voz de Ada tras ellos.

Ash estaba tan aturdida que le llevó una eternidad reaccionar.

—Y que se trate de Gábor es aún más típico —continuó la profesora con tono burlón—. ¿No te cansas de traerlas aquí?

Si la presencia de la mujer no había logrado congelarla, este último comentario lo consiguió.

—Mientras funcione —se limitó a decir él, para nada avergonzado—. Aún no habíamos terminado. ¿Te importa apagar la luz antes de salir?

Ash abrió los ojos como platos, totalmente avergonzada al escucharlo. Dio un salto, volviendo a la realidad para seguir a la profesora a la salida.

—¿Adónde vas? —Lo oyó decir, indignado, a su espalda—. Genial, tú vete. Ya sigo yo solo.

Sus mejillas ardían tanto al salir de la habitación, que se planteó buscar un extintor de incendios: de los que se encontraban en edificios antiguos inflamables.

Durante otros cuarenta minutos repararon todos los ordenadores que pudieron. Ash intentó mantenerse al margen de ello. Ya había llamado la atención lo bastante, reparando el Larpag, y aún estaba pagando las consecuencias de ello. Durante el tiempo que había estado en la habitación con Gábor, se había corrido el rumor sobre su habilidad con las herramientas. Por lo que, mientras los demás reparaban errores, ella se dedicaba a montar distintas herramientas que le traían sus compañeros. Al tercer Larpag, la sensación de que lo habían desmontado a propósito para poder verla en acción se hizo más presente.

Recordó el día que viajó a Noé, cuando su hermana le había advertido que era demasiado brillante para permanecer en la sombra. Ahora sabía a qué se había referido. A ella no le gustaba ser diferente. No le gustaba la idea de ser especial, ni mucho menos el hecho de cargar con las miradas de todos y sus altas expectativas. Por lo que no dijo nada, a pesar de que cada vez reconocía con atronadora claridad los errores de cada ordenador.

Llevaba asistiendo a técnicos mientras reparaban la complicada maquinaria de la NASA desde que le alcanzaba la memoria, y desde que comenzó a tener edad, reparándolos ella sola. Unos pocos ordenadores caseros no eran un desafío para su

mente.

Al salir del laboratorio, caminaron en silencio durante un minuto. Ash tuvo la paciencia de esperar a que «la nueva Sooz» decidiera hablar y contarle qué había ocurrido.

—Tu habilidad con las herramientas me hace sentir mejor —musitó Sooz al fin, dejándola aún más confundida—. Tenemos suerte de tenerte.

—Está bien. ¿Me vas a contar qué está pasando?

En cuanto lo dijo, Sooz se paró en seco, aún cabizbaja.

—Ash —dijo, con voz temblorosa—. No sé cómo decirte esto. Es Kaudalon. Los progresistas lo han destruido.

Ash la escuchó.

Oyó las palabras, pero fue como ver una película donde se acababa el mundo, sintiéndose totalmente segura en el sofá de su casa. Sin embargo, esa seguridad le duró muy poco. Las palabras y los rojos ojos de Sooz comenzaron a penetrar en su consciencia. Se echó contra la pared, simplemente porque no creía que sus piernas pudieran sostenerla por más tiempo.

—Ahí vienen los chicos —anunció Sooz, aunque apenas podía oírla—. Es mejor no contarles nada, de momento. Gábor se lo diría a mi padre, y quiero ver por cuánto tiempo es capaz de mentirnos.

—Buen trabajo con esas herramientas —comentó Taly, sonriente al pasar. Ash forzó una sonrisa, y el esfuerzo de hacerlo cuando lo único que quería era gritar de desesperación le provocó náuseas.

—¿Todo bien? —Le susurró Elek a Sooz, deteniéndose a su lado y mirándola con sobrecogedora preocupación. Sooz asintió sin mucha convicción.

—Zsuzsana —insistió.

Podía ver cómo reprimía el deseo de abrazarla, y al final reanudó el camino hacia donde estaban los demás. Antes de irse, entrelazó ligeramente sus dedos con los de ella.

Durante el almuerzo discutieron las repercusiones, directas e indirectas, que la destrucción de Kaudalon iba a tener sobre Noé. El agua del planeta se utilizaba para consumo humano, para regar las cosechas que producían la comida que tenían en sus platos, para regar la vasta vegetación que servía de hogar a los animales del Arca, y que producía el oxígeno del que todos y cada uno de ellos dependía. El agua de Kaudalon era el eje que hacía que todo el funcionamiento de Noé fuera posible.

A finales del siglo XXI, el agua potable se convirtió en un recurso preciado. Su escasez fue motor de una serie de cambios que afectó al mundo entero. También favoreció el auge de Brasil como potencia Mundial, pues sus reservas de agua dulce subterránea alcanzaron valores insospechados. En el siglo XXII ya no se comercializaba con petróleo, sino que el nuevo oro líquido era aquél que generaciones y generaciones antes habían malgastado sin conciencia: el agua.

Las compañías más pudientes comenzaron a explorar el espacio; no con la curiosidad de las civilizaciones anteriores, sino con la avidez que les producía la necesidad de encontrar una solución a un problema que se agravaba por momentos.

Años de búsqueda incansable llevaron al descubrimiento de Somnion: un planeta con un líquido lo suficientemente parecido al agua como para empezar a trabajar con él. Las investigaciones continuaron por esa línea de estudio.

Una batalla similar a la de la época de la colonización comenzó en el espacio. Mientras, en la Tierra, la guerra fría subía de temperatura hasta convertirse en la peor guerra de la historia de la humanidad. Y ahora, la segunda parte comenzaba.

De momento, sólo ellas tres sabían lo cerca que estaban. Los demás, a su alrededor, charlaban y reían como cualquier otro día. Sin ser conscientes de que la comida en sus platos, el agua en sus vasos, e incluso el aire que respiraban habían comenzado a escurrirse de sus vidas como en un reloj de arena.

Capítulo 16

—Gábor, ¿puedes repetir toda la frase? —Pidió Driamma, reprimiendo una sonrisa.

Gábor torció el gesto en una mueca de disgusto y se cruzó de brazos antes de repetir las palabras en español.

—Soy un camionero con falda de volantes y gonorrea.

Toda la clase estalló en carcajadas. Habían estado probando varios juegos que Driamma preparó con la intención de que utilizaran el idioma para perfeccionarlo. A pesar de que al principio de la clase se había sentido demasiado deprimida como para jugar, tenía que reconocer que la risa estaba actuando como un bálsamo sobre sus preocupaciones.

Gábor le tiró del pelo a Ash, que estaba sentada justo delante de él, provocando que la chica soltara un alarido.

—Gracias por lo de la gonorrea —le espetó con sarcasmo.

Cada alumno de esa fila había repetido la palabra de los anteriores añadiendo una de su propia cosecha, y Ash había sido la última en completar la frase.

—No, Gábor —interrumpió Sooz—. Gracias a ti, por sincerarte con nosotros.

Sooz les había pedido que guardaran lo sucedido con Kaudalon en secreto. Y había adoptado una máscara para que nadie leyera en su rostro lo destrozada que estaba. Si no fuera por las veces en que Driamma la había sorprendido durante la clase, cabizbaja y meditabunda, ella misma no hubiera sospechado nada.

—De acuerdo. Ahora voy a elegir un verbo, y vosotros vais a elegir otro de la

lista que os di ayer —continuó Driamma.

—*Acariciar* —gritó Elek, con malicia.

—¿Qué has dicho, Elek? ¿Que te ofreces voluntario, y con el verbo *acariciar*?

El chico sonrió, un tanto preocupado, revelando un bonito hoyuelo en la mejilla morena.

—Voy a enviarle a Elek un mensaje con el verbo que tengo en mente, y vosotros debéis descubrir de qué verbo se trata haciéndole preguntas. Pero, tanto vosotros como él, debéis sustituirlo por el verbo *acariciar*. Por supuesto, todas las preguntas y las respuestas deben ser formuladas en español.

Era increíble el nivel que habían alcanzado en dos meses. Podían mantener conversaciones en español de forma lenta y vacilante, y aun así era todo un logro. Driamma había dejado de detestar su arrogancia para convertirse en una más de sus admiradoras. Especialmente, ahora que estaba aprendiendo cómo usar su Secbra, y era consciente de lo arduo de la tarea.

—Empiezo para que sepáis como funciona —les informó—: Elek, ¿estás *acariciando ahora mismo*?

—*No, ahora mismo no estoy acariciando.*

—¿*Acaricias todos los días*? —Le preguntó Taly, a su lado.

El muchacho, con rostro concentrado, se planteó la pregunta.

—*Sí* —admitió al fin—. *Acaricio todos los días.*

—¿*Y qué clase de cosas acaricias*? —Preguntó Dara con tono divertido.

—*Acaricio puertas. A veces, también acaricio a personas.*

La clase volvió a alborotarse con la risa de los alumnos. Pero a Driamma no le importó, todos se estaban divirtiendo mientras practicaban español.

—¿*Acaricias a Gábor alguna vez*? —Continuó Sooz, con el tronco girado en su silla, para observar al muchacho.

Elek puso los ojos en blanco, como si aquello no lo complaciera.

—*Sí, acaricio a Gábor prácticamente a diario* —admitió al fin, de mala gana, provocando otra oleada de risas.

—*Perrona* —exclamó Gábor, levantando la mano para llamar a Driamma.

—Gábor, te he dicho mil veces que se dice "*perdona*".

—*Pendona* —repitió el muchacho con gesto inocente.

Driamma soltó un bufido pero decidió no seguirle el juego.

—¿Sí?

—Ya sé de qué verbo se trata —continuó Gábor con una sonrisa de satisfacción—. Es el verbo *admirar*. Elek me admira todos los días.

Elek se giró hacia su amigo.

—¿Eres tonto? ¿Admiro puertas?

—¡Vamos! Sabes que te encanta una buena puerta —le espetó Gábor con tono de sacar una confesión fetichista.

La sonrisa de Driamma se desvaneció cuando vio a Orla aparecer a su lado, en plena clase. Estaba tan pálida que la hizo preguntarse si se trataba de un fantasma. Pero, ¿acaso no serían todos ellos fantasmas en pocos meses?

—¿Qué ocurre? Le espetó con preocupación.

—Driamma, discúlpame por hacerte perder parte de tu clase —le dijo, cogiéndola por el brazo. A pesar del calor de esas horas de la tarde, la mano de la profesora estaba helada—. Pero el director Semyon Lozis tiene algo que anunciar. Se presentará aquí en cualquier momento.

Driamma buscó la mirada de las chicas, y un instante después Lozis y Tesk emergieron de entre los árboles. Su corazón empezó a latir con fuerza, anticipándose a la noticia.

—Buenas tardes —comenzó Lozis, a modo de introducción, una vez que se

situó de cara a los alumnos—. Lo primero, me gustaría daros la bienvenida a este nuevo curso. He estado muy ocupado últimamente y no he podido dirigirme a vosotros con anterioridad.

El hombre sonrió ante la atenta mirada de los alumnos.

Driamma se preguntó cómo podía actuar así, segundos antes de soltar tal bomba.

—En segundo lugar, me gustaría disculparme con vuestra profesora y compañera —se volvió hacia Driamma—. Por robarle tiempo a su clase.

Driamma, un tanto abrumada por la consideración a la que no estaba acostumbrada, negó con la cabeza.

Tesk, que estaba situado al otro lado de Lozis, se inclinó hacia delante para sonreírle con afecto.

Notó que sus ojos se humedecían. Por primera vez en mucho tiempo no estaba sola ante el peligro.

—La razón por la cual nos encontramos aquí es porque me veo obligado a anunciar la cancelación de las clases durante el resto de la semana —continuó Lozis, iniciando un revuelo en la clase—. Estas se iniciarán con normalidad el próximo lunes.

—Silencio —vociferó Orla, intentando frenar el regocijo de la clase.

Si tan solo supieran por qué estaba ocurriendo todo aquello, no se mostrarían tan contentos.

—La razón por la cual se cancelan las clases es que tanto sus profesores como yo hemos sido convocados en Pentace.

La revelación los enmudeció de forma mucho más efectiva que la orden de Orla.

—¿Tiene algo que ver con el mensaje de la Tierra? —Inquirió Gábor, después de unos segundos de silencio.

Lozis apretó los labios, o bien ligeramente irritado por el hecho de que los

alumnos estuvieran al corriente o bien por todo aquello que aún no sabían.

—Sí, está relacionado con el mensaje de la Tierra —admitió el hombre, iniciando el murmullo de nuevo—. Del cual todavía no se tiene suficiente información —continuó con las manos alzadas para apaciguar a la clase.

Todos estaban tan interesados en lo que pudiera revelar que se callaron de inmediato.

—No se han vuelto a tener noticias de los emisores —explicó—. Se ha perdido todo contacto.

Exclamaciones de disgusto lo interrumpieron de nuevo.

—Están muertos —declaró Gábor con tono grave.

—Pentace ha empezado a barajar esa posibilidad —reconoció Lozis, incrementando el murmullo—. No obstante, no hay pruebas ni otras razones que apoyen esa teoría, por lo que no ha cesado la búsqueda. Están intentando rastrear el mensaje para averiguar desde qué parte del mundo ha sido enviado. De momento, solo se sabe que el mensaje estaba en español y no parece ser eco de un mensaje antiguo.

—¿Qué decía? —Preguntó Sooz.

Toda la clase miraba a Lozis, expectante y ávida de información. Todo tipo de conjeturas y rumores había circulado durante esos dos meses. Ahora, por fin, escucharían la versión oficial.

—Está escrito en un código militar naturalista. La traducción al inglés sería: creemos en el futuro de la Tierra; creemos en el respeto a nuestro hogar. Todavía estamos vivos. Ayuda.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Driamma, erizando la piel de todo su cuerpo. Escuchar el mensaje, su grito de auxilio, le hizo darse cuenta por primera vez de la situación de esas personas. Si los progresistas los encontraran, serían asesinados de inmediato. Quizá torturados para obtener información sobre Noé. Se habían arriesgado sobremanera al mandarles ese mensaje, con la esperanza de recibir una ayuda que no les había llegado aún. Gábor tenía razón. Ciertamente, ya estaban muertos. Sabía que todos los demás estaban pensando lo mismo. Lo veía en sus rostros.

—¿Por qué les está costando tanto localizarlos? —Fue Gábor quien nuevamente rompió el silencio.

—El mensaje tiene un bloqueo que lo hace imposible de rastrear. No querían arriesgarse a que cayera en manos enemigas y hacer visible su localización —explicó Orla.

—¿Alguna pista de quiénes son o cuántos de ellos hay? —Preguntó una chica de las últimas filas.

Driamma se inclinó hacia delante para tener una mejor visibilidad de la respuesta.

—No tenemos ni la más mínima pista, podría ser una persona o cien. Sin embargo, la lógica nos dice que no puede tratarse de un grupo grande. Les hubiera sido demasiado complicado mantenerse ocultos durante más de un año. Tampoco creemos que se trate de un solo individuo, pues el mensaje estaba en plural, y es poco probable sobrevivir en solitario. Lo que sí creemos es que son militares o cuentan con un oficial de rango al menos, puesto que tienen conocimiento de claves militares de alto secreto.

Un gemido escapó de sus labios, aunque nadie pareció advertirlo.

¿Militares naturalistas?

No quería dejarse llevar por la fantasía de que su hermano estuviera entre ellos, pero tampoco podía evitarlo.

—Si son militares, puede que todavía estén vivos —declaró Elek, animado.

—Esperemos, por el bien de todos, que así sea. Les necesitamos tanto como ellos a nosotros —continuó Tesk, intentando mostrarse optimista—. Tenemos que mantener la esperanza. Al fin y al cabo, han sobrevivido durante un año.

Lozis esperó a que Tesk terminara para darles indicaciones.

—Nos dirigimos a Pentace para discutir la situación con más detalle. El día de hoy continuará de la forma acostumbrada, pero mañana y el viernes las clases quedan canceladas. No obstante, no quedan exentos de acudir al gimnasio en las horas estipuladas. Ya saben que su comunidad siempre agradece la colaboración en ese aspecto. Todos consumimos energía y, por lo tanto, es nuestro deber contribuir

a su producción.

Antes de que los tres adultos dejaran la clase, Driamma se apresuró a detener a Tesk. Éste la miró de forma extraña, como si no supiera a qué atenerse con ella. A veces lo buscaba, le pedía consejo, lo necesitaba; y otras veces lo rechazaba, le gritaba por inmiscuirse en sus asuntos y lo tachaba de mentiroso.

Siendo consciente de ello, se mordió el labio inferior. No estaba segura de cómo abordar su relación.

—¿Cuándo te vas? —Logró sonreír, a pesar de lo violento de la situación.

Tesk la miró por unos instantes, con fijeza, y luego parpadeó varias veces. Driamma se preguntó si deseaba decirle toda la verdad, incluido todo lo ocurrido con Kaudalon, que había sido omitido en la explicación a la clase.

—Nos vamos mañana por la mañana —contestó, tan bajo que apenas pudo oírle.

—Es más grave de lo que nos habéis dicho, ¿verdad?

—No te preocupes por nada —mintió él, dándose la vuelta para marcharse—. Ya no estás sola.

No estaba segura de haberlo escuchado, pues él ni siquiera la había mirado al decirlo. Sin embargo, esta vez, las palabras le llegaron al corazón. Esta vez le creyó, y le hubiera gustado abrazarlo, pero era consciente de tener los ojos de toda la clase pendiente de ellos y de las historias que ya circulaban, sin necesidad de agravarlas con un impulso así. Por lo que le dejó alejarse y suspiró, dándose cuenta de lo que se alegraba de tenerlo en su vida.

Capítulo 17

Ash miró a su alrededor. El gimnasio estaba desierto, a excepción de ellas tres. La ausencia del habitual ruido de las maquinas y las conversaciones de la gente la hizo sentirse intranquila. Había algo escalofriante en ver un lugar público, acostumbrado a estar abarrotado de gente, totalmente vacío en la oscuridad de la noche. Era tétrico, y le recordó inevitablemente a las películas de zombis.

—Lo de reuniros en plena noche en el gimnasio, ¿lo hacéis a menudo?

—Solo son las diez —se burló Sooz.

El gimnasio estaba completamente cerrado a esa hora, con todas las cristaleras subidas y unidas al techo. Sólo la puerta por la que acababan de entrar permanecía abierta

—¿Por qué nos reunimos aquí?

Sooz se tumbó en un banco de abdominales con los antebrazos apoyados en las almohadillas de sujeción.

—Gábor solo me ha dicho que ha hablado con nuestro padre y tiene noticias importantes de Pentace. Imagino que le habrá contado la verdad, aunque a estas alturas me sorprende que los labios de mi padre sean capaces de pronunciar la verdad. También me ha dicho que, debido a la gravedad del asunto, no quiere que toda la Academia se entere. Así que va a reunir a su grupo de confianza en el gimnasio.

—¿Tenemos que fingir que no sabemos nada? —Preguntó Driamma.

La respuesta a su pregunta le llegó en forma de oscuridad.

La más profunda noche las rodeó en menos de un segundo, seguido por el estruendo de la puerta al cerrarse.

—Pero, ¿qué pasa? —Oyó gritar a Driamma.

Parpadeó varias veces, intentando habituarse a la oscuridad y divisar algo, pero la ausencia de luz era total y aterradora. Era como estar totalmente perdida en la nada.

Su corazón se desbocó de tal forma que creyó que se le iba a salir por la boca.

—¿Dri? ¿Sooz? —Jadeó y abrió los ojos desmesuradamente, a pesar de lo inútil que era hacerlo. Intentó alcanzar con las manos a Driamma, quien no había estado muy lejos de ella antes de que la luz se fuera.

—Mierda. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Escuchó la voz de Sooz, pero ya no estaba segura de dónde provenía y los latidos de su corazón en los oídos la ensordecieron.

—Sooz, ¿de qué estás hablando?

El grito de la joven interrumpió la conversación y le puso los pelos de punta.

—¿Quién es? —La oyó decir, totalmente aterrada—. No me toques, maldito...

Su voz se ahogó como si le hubieran cubierto la boca con algo.

Ash pensó que, si no la atacaban también, moriría de todas formas de un paro cardíaco. Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas e intentó avanzar para encontrar a Sooz, siguiendo el sonido del forcejeo y el calzado contra el suelo. Pero solo logró chocar contra cosas y sentirse aun más perdida.

—¿Sooz? —Llamó Driamma. Su voz también temblaba—. ¿Ash?

—Estoy aquí —le dijo, intentando que su voz solo llegara a la chica y no a los atacantes. Era imposible, pues no sabían dónde se encontraban, quiénes o cuántos eran. Podían estar respirándole en la nuca en ese mismo instante.

Ese pensamiento logró volverla paranoica. Ya no sabía si el aire era solo aire o la respiración de alguien. Sentía cosquillas por todo su cuerpo, y algunas parecían caricias de manos invisibles.

—Sigue mi voz —le estaba diciendo Driamma.

Se arrodilló en el suelo, avanzando de esta forma y palpando con sus manos máquinas y aire, máquinas y aire.

Alzó su voz de nuevo para llamar a las chicas.

—Ash, estamos aquí —las oyó decir. Se habían encontrado la una a la otra, pero ella estaba más perdida que nunca. Por sus voces entendió que no se encontraban lejos, pero sin luz era imposible avanzar. No dejaba de encontrarse obstáculos en el camino que con la sala iluminada no habían estado allí. Reconstruyó en su memoria el gimnasio, considerando las máquinas que reconocía con el tacto. No obstante, la oscuridad lo había convertido en un auténtico laberinto. Oía las voces, pero no lograba discernir si se estaba acercando o alejando de ellas. Resopló irritada, justo antes de golpearse la rodilla contra una máquina. Maldijo agachándose para agarrar el hueso herido.

Fue entonces cuando una mano la agarró del brazo con suavidad, ayudándola a incorporarse. Otra mano acudió a su rodilla, masajeándosela ligeramente. Le dio rabia no poder ver quién la estaba tocando. Definitivamente, era una mano masculina y pensó en Gábor. Pero cuando la persona se acercó más, notó que no era él. Su olor, sus manos, su forma de respirar no eran los suyos.

—¿Puedes andar?

Se trataba de Taly.

—Gracias —le susurró, sintiéndose un tanto extraña porque le manosearan la rodilla en la oscuridad.

—¿Te duele mucho? ¿Puedes andar? —Repitió él. Esta vez no esperó que ella contestara, sino que la agarró por la cintura con tal fuerza que la hizo tambalearse y estrellarse contra su pecho. Sorprendida como estaba por la caída, no se dio cuenta de lo que iba a pasar hasta que sintió los labios de él presionando ligeramente los suyos.

Aquello estaba mal. No albergaba esa clase de sentimientos por Taly, aunque recordaba que los labios del muchacho le gustaban, y eran éstos los que acariciaban los suyos en su primer beso. Acalló la vocecilla que le señalaba lo incorrecto de la situación, cuando los bonitos labios bajaron otra vez sobre los suyos, despacio y sin intenciones de ir más allá; y ella dejó que pasara. Al fin y al cabo, hubiera sido un desperdicio que la víctima de un apagón provocado, cuyos días podían estar contados, no aprovechara la oscuridad creada para ella.

Los besos habían sido rápidos y suaves. Simplemente depositados sobre sus labios medio cerrados, pero no dejaba de ser su primer beso. Lo cual la dejó paralizada y petrificada sin moverse ni lo más mínimo, mientras él se apartaba de ella. Tampoco se movió cuando todas las luces se restauraron. Ninguno de estos dos hechos tenía relevancia alguna en comparación con haber recibido su primer beso.

Taly, que se había situado a unos prudentes tres metros de ella, permaneció apoyado sobre una de las columnas con una pose indiferente que no casaba con la expresión con que la estaba mirando, entre culpable y complacido. En su frente, llevaba unas gafas de visión nocturna.

Sooz y Driamma aparecieron a su espalda y le preguntaron si estaba bien, y Gábor... Cuando lo miró, su estómago dio un vuelco. Observaba a Taly con la mirada más dura que le había visto jamás.

Gábor también llevaba gafas y claramente había presenciado el beso. Sin duda, ellos habían provocado el apagón.

En cuanto se determinó que Ash estaba bien, Sooz volvió su atención de nuevo a los dos chicos.

—¿No vais a parar hasta que alguien se haga daño de verdad? —Les espetó, enfadada.

Gábor puso los ojos en blanco.

—No seas tan exagerada, ¿quieres?

—Lo digo en serio, Gábor; acuérdate de lo que ocurrió la última vez.

—Eso fue culpa de Hadro. No debería haber saltado por aquella ventana —defendió él. Se había apoyado sobre otra columna, con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que no van a parar? —Preguntó Driamma, confusa—. Las luces ya han vuelto. Vámonos.

—Dudo que puedas salir por esa puerta —le advirtió Sooz, resoplando irritada. Se volvió para dirigirse a su hermano de nuevo—. Elek está al mando de este estúpido juego, ¿verdad? Por eso no está aquí. Dime ahora mismo dónde está Elek o...

Gábor alzó la mano para señalar por encima de su cabeza.

—Está detrás de ti —le indicó. No parecía para nada preocupado por sus amenazas.

Las tres dieron media vuelta, pero lo único que encontraron fue la imagen holográfica de Elek proyectada por un micro-ordenador que descansaba sobre el asiento de una bicicleta estática.

Al ver que las chicas lo miraban, movió una mano en forma de saludo militar.

—Queridas aras, sé que estáis enfadas y queréis salir de ahí —concedió él, fingiendo ser muy considerado—. Os explicaré las reglas del juego para que podáis salir cuanto antes. La academia está vacía de profesores, los trabajadores se han retirado ya a sus casas, así que no tendremos interrupciones. Como habéis podido imaginar, la puerta del gimnasio está cerrada y solo yo puedo abrirla. Acabo de cambiar los códigos de configuración que controlan las instalaciones de la academia, de modo que dependéis por completo de mí.

Sooz soltó un bufido, pero él la ignoró.

Puedo apagar todas las luces de la academia como habéis podido comprobar recientemente, o puedo activar todas las máquinas del gimnasio.

Dicho eso, todas empezaron a funcionar a la vez, creando un gran barullo.

—Estás malgastando energía, idiota —gritó Sooz, intentando elevar la voz por encima del ruido. Un segundo después las máquinas se habían detenido.

—Esa es la primera cosa inteligente que te oigo decir, Sooz. Todos sabemos que nuestro deber es producir energía para contrarrestar nuestro abusivo consumo de ésta —se burló Elek, imitando a Lozis—. Por lo tanto, debido al derroche que acabamos de desplegar, es vuestro deber, si queréis salir de aquí, producir cinco mil terus de energía en media hora, y aquí viene lo mejor: solo una persona puede hacerlo en solo un intento, por lo cual yo escogería bien a la persona y la máquina.

Vamos, que no uséis a Gábor para hacer abdominales.

—¡Que te den, Elek! —Le espetó a su amigo; después se volvió hacia su hermana—: Sooz, a la bici —le ordenó con un movimiento de cabeza.

—Eso me recuerda algo —interrumpió Elek, claramente complacido—. En vista de que contáis con la actual campeona ciclista entre vosotros.

Driamma y Ash miraron a Sooz con el entrecejo fruncido, y ésta se limitó a encogerse de hombros.

—Cosa que no me ha parecido justa para con el otro equipo y me he tomado la libertad de eliminar la bicicleta estática de las reglas.

Ambos chicos exclamaron insultos al unísono.

Elek rio de buena gana.

—¿Pensabais que no me había dado cuenta de ese pequeño detalle cuando, casualmente, sugeristeis que vuestro grupo comenzara en el gimnasio? —Se burló.

—¿Vuestro grupo? —Preguntó Driamma—. ¿Hay otros grupos?

—Por supuesto. ¿Con quién, si no, vais a competir? Hay un segundo grupo, localizado en otra parte de la academia, realizando pruebas también. La meta es llegar los primeros al exterior —explicó Elek.

Driamma miró fijamente su imagen holográfica por unos segundos.

—¿A esto lo llamáis fiesta? —Sopesó la idea por unos segundos—. Toda mi vida me han advertido de los daños del alcohol, pero nadie me preparó para los daños de su ausencia.

—Si Sooz no puede usar la bicicleta, tenemos un problema —planteó Taly, cruzándose de brazos—. Ni siquiera el mayor productor energético —dijo, señalando a Gábor con el pulgar— puede producir tanto en tan poco tiempo.

—Oye —protestó Gábor, fingiendo estar seriamente resentido—. Elige una máquina y te haré tragar esas palabras.

Mientras ellos discutían, Sooz y Driamma se miraron y tuvieron la misma

idea.

—Hermanito, no te ofendas pero solo tenemos una oportunidad —dijo Sooz, anticipando su decisión.

—Ash —dijeron ambas chicas al unísono.

—¿Ash?—Repitió Taly, confundido.

—¿Yo? —Dijo ella, no muy complacida con la idea.

—Ash lo va a lograr —declaró Driamma con seguridad, dirigiéndose a los chicos—. Confío en ella.

La carcajada de Gábor la golpeó como una bofetada.

—¿Estás especializada en alguna máquina? —Le preguntó Taly, no muy convencido, pero al menos otorgándole el beneficio de la duda.

Driamma rio.

—Cualquiera de ellas le viene bien.

—La cinta —decidió sin pensárselo mucho.

Se quitó la chaqueta, esperando parecer más segura de lo que se sentía. Deseaba con todas sus fuerzas lograrlo para devolverle la bofetada a Gábor.

Taly hizo los cálculos en su Secbra para averiguar a qué velocidad constante tenía que correr Ash, teniendo en cuenta lo poco que pesaba.

Conectó su Secbra con la cinta, activándola a la velocidad que le había indicado. Se puso en marcha y el ruido se intensificó cuando ésta alcanzó la velocidad marcada.

—Tiene que empezar con la cinta en marcha —aclaró Gábor—. ¿Cómo va a subirse a ella? —Su tono decía que ya daba la prueba por perdida. Y como castigo, hablaba de ella como si no estuviera allí.

Ash se situó a un lado de la máquina, y en un movimiento saltó sobre la barra lateral para deslizarse sobre la cinta en marcha. Le tomó un segundo

habituarle a la velocidad de esta, y entonces se concentró en controlar la respiración y el galope. Una vez hubo cogido el ritmo volvió a mirar al grupo. Taly la miraba con una mezcla de sorpresa y admiración, y a Gábor se le había borrado su estúpida sonrisa de superioridad de la cara y la observaba con gravedad.

Desconocían el hecho de que, habiéndose criado en Pentace, tenía acceso al gimnasio de la NASA de entrenamiento militar y astronautas, donde la fuerza de la gravedad estaba regulada muy por encima de la establecida para asemejar la de la Tierra, y donde también contaban con reducidos niveles de oxígeno. Cada vez que se ejercitaba en ese gimnasio tenía la sensación de poder volar, por lo ligero que sentía su peso, y la cantidad de aire que la llenaba con la respiración más simple.

Tras los dieciocho minutos que a Ash le llevó pasar el reto, la puerta del gimnasio que lo unía al edificio se abrió y Taly recogió el micro-ordenador aunque la imagen de Elek había desaparecido de este.

Recorrieron el pasillo iluminado y al llegar a una bifurcación vieron que el de la derecha estaba iluminado, mientras que el de la izquierda estaba sumido en la más densa oscuridad.

—¿Elek? La luz —gritó Gábor, sin detenerse, adentrándose en el pasillo oscuro.

—Se me había olvidado explicaros ese pequeño detalle.

La voz de Elek hizo que todos se volvieran hacia el micro-ordenador que Taly sostenía.

—Me he tomado la libertad de hacer más cambios. Debo reconocer, amigos míos, que sois muy listos. Elegisteis a Sooz y el gimnasio y la sala de herramientas, y a Ash. Lo teníais todo pensado. Pero tampoco me parece justo utilizar a Ash en la sala de herramientas. Todos la hemos visto en acción. Así que he cambiado la ruta y he enviado al otro equipo al taller. Ahora, si sois tan amables de seguir por el pasillo iluminado hasta el comedor donde os estoy esperando pacientemente.

—Esta me la pagas, Elek —prometió Gábor riendo, pero aquello no le quitó el tono de amenaza a sus palabras.

En cuanto Sooz escuchó la ubicación de Elek no esperó a que los demás la siguieran. Avanzó a toda prisa por el pasillo iluminado que llevaba al comedor.

Iba a asegurarse de que Elek les dejara salir de inmediato y acabara con toda aquella tontería.

Los demás la seguían, pero les llevaba ventaja. Divisó la puerta del comedor y la traspasó con paso decidido, y entonces se detuvo de golpe.

Elek estaba sentado en la mesa del melocotonero con los pies sobre el taburete. Shona, una de las chicas que siempre utilizaba esa mesa, estaba sentada sobre su regazo, riendo de forma coqueta pero estúpida.

Esa visión la detuvo en seco, e hizo que toda su determinación abandonara su cuerpo, descolocándola por completo. La llegada de los demás a su espalda llamó la atención de la pareja, que se giró para mirarlos. Elek colocó ambas manos sobre la mesa detrás de sí, echándose hacia atrás.

—¿Te lo estás pasando bien? —Le preguntó Gábor, mirando a Shona.

Ésta, avergonzada al tener público, saltó del regazo de Elek y se despidió de él con una tímida sonrisa.

Tan pronto como la chica salió del comedor, Sooz logró volver a ser un poco más ella misma. Se acercó a Elek y tiró de su brazo hasta obligarlo a bajarse de la mesa.

Él se atrevió a mirarla, con aburrimiento, como si fuera un molesto mosquito.

—No —le dijo, antes de que pudiera tener la oportunidad de formular sus quejas.

—Escúchame, Elek —espetó ella, avanzando para agarrarlo del brazo e impedirle que la dejara hablando sola. Le apretó la muñeca con fuerza, una parte de sí quería hacerle daño. La otra sabía que era para devolverle lo de Shona.

Elek tiró del brazo para liberarse de su agarre, pero ella rápidamente usó ambas manos para asirle de nuevo; esta vez de la camiseta.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido como sorprendente. Elek, con movimientos enfadados, y con increíble rapidez le separó las manos de su ropa, y

agarrándole las muñecas la obligó a volverse para asirla por la cintura y con facilidad levantarla del suelo.

No podía creer lo que le acababa de pasar. Él jamás, jamás la había tratado de esa forma. A pesar de los sentimientos que muchas veces había asegurado tener por ella, nunca antes le había tocado la cintura.

—Si me seguís por aquí os explicaré en qué consiste la segunda prueba —le dijo a los demás como si ya no recordara que la tenía sujeta contra él. Cargó con ella en esa posición hasta cruzar la puerta que los separaba de la cocina. Allí la soltó sin más.

—No seas aguafiestas —le susurró al ponerla en el suelo.

Sooz se sintió como una niña tonta. Ese era un sentimiento al que no estaba acostumbrada.

Elek echó un brazo por los hombros de Ash y la felicitó por su actuación en la prueba.

—Me acabo de dar cuenta de que es la primera vez que entro en una cocina —le confesó Ash, mirando a su alrededor con total fascinación.

Elek, que aún tenía su brazo sobre ella, la soltó y, mirándola con pánico, dijo: Nueva regla, Ash no participa en esta prueba.

—¿Qué?— Preguntó Driamma con el entrecejo fruncido.

—Elek quiere que cocinemos para él —dedujo Ash—. Esa es la siguiente prueba.

—No solo cocinar —protestó este, elevando el tono para que todos le oyeran—. Para superar la prueba tenéis que hacerme feliz —se acarició la tripa al decirlo.

—¿Qué tenemos que cocinar exactamente? —Preguntó Driamma.

—Un entrante, un plato principal y un postre —concretó Elek, frotándose las manos—. El contenido de cada plato es de vuestra elección. Supongo que me conocéis lo suficiente como para saber lo que me gusta.

—No te preocupes, hermano, incluiremos frutos secos en cada uno de los platos —dijo Taly con una amplia sonrisa.

Elek forzó una sonrisa.

—Espero que seas mejor cocinero que cómico —le contestó, sardónico. Después, volvió a sujetar a Ash por los hombros al dirigirse a ella—: Soy alérgico a los frutos secos. Si no quieres pasar la noche aquí, yo que tú, me aseguraría de que estos dos no intenten nada. Ahora, si me disculpáis, tengo que asistir al otro grupo.

Dicho esto, se dirigió a la puerta sobre la que estaba recostada Sooz. La observó un instante, probablemente creyendo que eso la movería. Pero no lo hizo. Se quedó allí, plantada de brazos cruzados.

—¿Me permites? —Preguntó, acercándose más a ella. Nunca antes le había parecido tan alto o tan fornido. Quizá era saber que ya no era intocable para él lo que lo hacía tan intimidatorio.

—Tenéis una hora para preparar mi succulento festín —dijo antes de alejarse sin más.

—¿Alguien sabe cocinar?—Inquirió Ash.

Se miraron unos a otros.

—Cuando vivía con mi hermano, solíamos cocinar —confesó Driamma; parecía sorprendida de que, por una vez, hubiera algo en lo que pudiera hacerles sombra.

Todos suspiraron, aliviados.

—¿Qué pasará si a Elek no le gusta el menú?—Indagó Ash.

—Pues que no superaremos la prueba —contestó Taly—. Y entonces el otro grupo ganará, Elek no nos dejará salir y tendremos que pasar la noche aquí.

Gábor estaba apoyado en una de las encimeras, con los brazos cruzados.

—No os preocupéis, podréis usar mi pecho de almohada. —Su tono de indiferencia indicaba que lo proponía como un favor hacia ellas.

Sooz contempló a su hermano. La sudadera oscura que llevaba puesta le quedaba suelta dándole un aspecto muy atractivo, y él lo sabía. Jugaba con todas las armas a su disposición y siempre estaba a la caza. No se daba cuenta de que ambas chicas eran demasiado inteligentes para caer en un juego tan obvio.

—En lugar de planear cómo vamos a dormir, deberíamos pensar qué es lo que vamos a cocinar, y así dormir en nuestras cómodas camas —protestó Driamma.

Fue trabajo de los chicos decidir el menú. Como comían cada día con Elek, les fue fácil decidir tres platos que, en caso de elaborarse correctamente, lo complacerían sin duda.

Una vez encontrados todos los ingredientes, y con éstos dispuestos confusamente por toda la encimera central, Driamma se acarició la nuca, pensativa.

—Ahora solo necesitamos introducir los alimentos en el *cook*... —se detuvo, probablemente recordando que el *cook* había sido declarado ilegal en Noé.

—No hay *cook* —contestó Sooz desde la puerta. No se había movido, ni intervenido para ayudarles en ningún momento.

Driamma la miró con manifiesta irritación.

—Se me olvidaba ese pequeño detalle.

—Está demostrado que el gasto energético del *cook* es demasiado alto para algo que...

—¿Quién decide qué máquinas son necesarias y cuáles no? —La interrumpió Driamma, exasperada.

—El gobierno naturalista, por supuesto —contestó Sooz.

Driamma hizo una mueca sardónica.

—No creo que el Gobierno cocine mucho.

—Siempre puedes unirme a los progresistas y ayudarles a destruir el mundo, con tal de no tener que mover un dedo —le espetó Sooz, a la defensiva. Sabía que su

reacción había sido exagerada, pero no le importó porque se sintió mejor de inmediato. Como si llevara queriendo gritar bastante rato, aunque no a Driamma, precisamente.

—Si, si, si... —concedió Driamma, poniendo los ojos en blanco—. Hagamos esto a la manera tradicional.

Decirlo fue mucho más fácil que hacerlo, pues ninguno de ellos tenía la más mínima experiencia en cocinar. Driamma les explicó que todo lo que había cocinado cuando vivía con su hermano, había sido realmente elaborado por el *cook*.

A pesar de seguir las indicaciones de las recetas, les surgieron muchos inconvenientes inesperados que aumentaron los niveles de estrés en el grupo.

—No creo que eso tenga que estar tanto tiempo en el horno —señaló Sooz, que les observaba sentada en una de las encimeras que no estaba siendo usada.

—Podrías ayudar en lugar de quejarte —le espetó Ash, cuyo mal humor había aflorado después de que se le quemaran varias tortillas veganas, y se le cayera al suelo el relleno que había tardado media hora en preparar.

—No pienso participar en esta charada. De hecho, deberías haber usado el relleno del suelo —contestó con malicia—. Se lo merece por tenernos aquí encerrados, cocinando para él.

—Vamos con retraso —advirtió Driamma.

—No iríamos con retraso si el relleno no hubiera acabado en el suelo —acusó Gábor, golpeando ligeramente la frente de Ash con el dedo índice.

—Exacto —recalcó ella, con un dedo acusador—. Acabado en el suelo por tu culpa.

Gábor agarró su dedo, haciéndola protestar de dolor.

Sooz los observó, bostezando. Estaba comenzando a adormecerse.

Cuando Driamma recogió lo que estaba en el horno se dio cuenta de que Sooz tenía razón. Hizo una mueca de desaprobación, pero era demasiado tarde para remediarlo.

—Nunca había imaginado que fuera tan difícil cocinar de verdad —se lamentó la chica—. ¿Creéis que Elek es capaz de encerrarnos aquí toda la noche?

—Totalmente —contestó él mismo, entrando por la puerta.

Driamma modificó su expresión de mortificación para sustituirla por una más neutra.

—El primer plato será servido en un minuto. ¿Por qué no esperas en tu mesa?

Elek asintió y se volvió para mirar a Sooz, que aún estaba sentada sobre la encimera. Toda la somnolencia abandonó su cuerpo cuando él le hizo un movimiento de cabeza, indicándole que lo acompañara.

—Ya que no vas a ayudarles... —explicó él al ver que ella no se movía.

Sooz se bajó del mueble y le siguió hasta la otra lasa.

—¿Para qué requieres mi presencia exactamente? —Le preguntó a su espalda.

—Ya que no vas a ayudarles a cocinar, por lo menos me entretienes.

—¿Como Shona?—Le espetó, y se arrepintió de inmediato al verlo enarcar una ceja. Pero no hizo ningún comentario sobre sus celos mientras se reclinaba cómodamente en una silla del melocotonero, descansando los pies sobre la mesa.

Sooz se preguntó si había elegido la misma mesa donde lo encontró con Shona a propósito.

—Si te vieran hacer eso... — le recriminó, sentándose a su vez.

—Pero no hay nadie aquí, aparte de nosotros —contestó él con media sonrisa.

Por alguna razón, tal revelación la hizo sonrojarse. Molesta con su reacción, pues no era de sonrojarse con facilidad, se revolvió en su silla para mirar hacia la cocina y no tenerlo delante.

—¿Sabes lo que va a pasar cuando vuelvan de Pentace?

—Nos echarán la bronca. —Elek se limitó a observarla por un instante, Sooz no sabía qué se le estaba pasando por la cabeza, aunque su mirada se estaba haciendo demasiado difícil de soportar—. Pero merece la pena.

—Esta vez os libraréis del castigo —dijo ella, pensando que tenían cosas mucho más graves por las que preocuparse—. ¿De verdad nos vas a dejar aquí toda la noche?

Él se acarició la barbilla, pensativo.

—Son las reglas —se excusó—. Y no sé cómo será mi comida, pero el otro grupo está muy cerca de salir.

—No puedes dejarnos encerrados aquí —protestó ella con calma, procurando hacerle razonar.

—¿Se te ocurre alguna alternativa?

Sooz lo contempló por un instante, intentando discernir si se trataba de una pregunta retórica u ocultaba una proposición. Quizá quería hacer un trato.

—Pasas demasiado tiempo con mi hermano, te estás convirtiendo en él.

Tal vez ése era el cambio que había presenciado en él; estaba aprendiendo de la técnica de Gábor. Técnica esta que le adjudicaba a su hermano todas las mujeres que quisiera. Sin embargo, Gábor no era ni la mitad de guapo que Elek.

Lo miró de reojo. ¿Cuánto peligro conllevaría una buena técnica en un chico con ese aspecto? ¿Cuántas víctimas estarían por caer?

—¿Un trato? —Sugirió al fin, fingiendo que la idea provenía de él.

Elek giró en la silla para tenerla delante. Continuaba observándola mientras se acariciaba los labios con los nudillos.

—¿Acaso puedes sobornarme?

Sooz sintió cómo su estómago daba un vuelco y su corazón disparado repartía adrenalina por todo su cuerpo. Era consciente de que había dirigido la conversación hasta ese punto, pero nunca pensó que él atraparía el anzuelo.

—No conozco el precio —dijo ella, fingiendo no saber a qué se refería. Tuvo que concentrarse para que su voz no la delatara.

Por el rabillo del ojo lo vio poner los ojos en blanco y desviar su atención a la cocina.

Así que no había hablando en serio en ningún momento.

—Estos asientos parecen cómodos para pasar la noche —apreció él, acariciando uno.

—¿Acaso tenemos otra opción? Sabías desde el principio que esta prueba no la podíamos ganar.

—Cierto —concedió, divertido—. Por eso, te doy la opción de liberarlos a todos.

Sooz giró la cabeza para mirarlo.

La atención de él seguía centrada en la puerta de la cocina de donde provenían los ruidos y las peleas. Entrelazó ambas manos detrás de su nuca, poniéndose cómodo.

—¿Cómo? —Se escuchó decir, sin creer que estuviera participando en ello.

—Muy fácil, Zsuzsanna —comenzó sin molestarse en mirarla—. Puedes dormir aquí o puedes dormir conmigo.

En ese momento la puerta de la cocina se abrió y apareció Driamma, cargada con una bandeja. Se acercó a ellos, sonriente a pesar de que su estrés era evidente.

Sooz tuvo que hacer uso de toda su voluntad para dejar de mirarlo, boquiabierto. Su petición había sido directa, abrupta y sin maquillaje.

—Aquí tenéis el primer plato —declaró Driamma con decoro, situando la bandeja sobre la mesa—. ¿Qué os puedo ofrecer para beber?

—El mejor vino que tengas —pidió Elek, con media sonrisa.

Lo miró, horrorizada, preguntándose cómo era posible que, después de lo que acababa de decirle, se atreviera a coquetear con Driamma.

—¿Agua? —Fingió entender Driamma—. Ahora mismo te consigo la mejor botella de agua.

Elek torció el gesto en una mueca de decepción. Gritos y golpes en la cocina los interrumpieron. Por lo que Driamma miró sobre su hombro y suspiró, exasperada.

—Si me permitís —se disculpó y regresó a la cocina.

Elek estiró el cuello, intentando alcanzar a otear el hueco abierto de la puerta. Sonrió, totalmente satisfecho con las vistas.

Sooz siguió su mirada, incapaz de entender cómo podía centrar su atención en cualquier otra cosa que no fuera aquella mesa y los diez centímetros que los separaban.

Vio a Gábor, encogido, agarrándose la espinilla con clara expresión de dolor.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Driamma, sorprendida.

—He tenido que hacerlo, no entraban en razón. —La voz de Ash les llegó, aunque no podían verla desde la mesa. Claramente, tenía algo que ver con la posición en la que Gábor se encontraba—. Querían poner nueces trituradas en su postre para gastarle una broma.

Driamma volvió la cabeza sobre su hombro, preocupada por que Elek hubiera escuchado esa última declaración y, dando un paso hacia la cocina, cerró la puerta tras ella.

En cuanto esta se hubo cerrado, Elek se relajó en su asiento, riendo por la escena que acababa de presenciar.

—¿Qué te ha pasado? —Le preguntó.

Él dejó de reír para mirarla, aún con la sombra de una sonrisa.

—Que me echaron un polvo.

Sooz fijó sus ojos de nuevo en los de él y pestañeó varias veces, pero entonces él sonrió, indicándole que la respuesta había tenido la intención de molestarla, y alargó el brazo para darle un pellizco a su estómago como si bromeara con la

hermanita de siete años de su mejor amigo.

—Así que Shona es la responsable del cambio y de que estés tan feliz.

Elek sacudió la cabeza, mirando a otro lugar y resopló por la nariz como si acabara de perder toda esperanza en ella. Al parecer, sí la creía un caso perdido porque ni siquiera se molestó en contestarle.

—¿De dónde has sacado ese anillo? —Insistió ella—. No lo tenías antes.

—Me lo han regalado —se limitó a decir él, moviendo el anillo que descansaba en su dedo anular con el pulgar, pensativo como si le trajera recuerdos.

La curiosidad pesó más que la humillación.

—¿Quién?

—No la conoces, no es de la Academia.

—¡Vaya! —Apreció Sooz, seriamente impresionada y quizá algo más—. Estás superando a mi hermano.

La irritante indiferencia de Elek se esfumó por primera vez en toda la noche.

—¿Y tú, Zsuzsanna? —Le espetó—. ¿O vamos a discutir solo mis conquistas? Dime... ¿Quién se cuela en tu habitación por las noches?

Tras una pausa en la que ella no contestó nada, él prosiguió:

—Me cuesta imaginar al Don Perfecto que pueda estar a la altura de tus expectativas. Que cumpla todos y cada uno de los puntos de tu superficial lista de: «cómo debe ser mi novio».

—Yo no tengo ninguna lista.

—¿No la tienes?—Exclamó él—. Ya no recuerdas en la Tierra, cuando rompiste con aquel bara por no ser miembro de los activistas de Alberta.

—Ser un activista es algo importante para mí, y me gusta que la persona con quien estoy comparta eso conmigo —se defendió ella con ahínco.

—¿Y qué hay de Ryder? —Se burló él—. Ryder era activista.

—Pero no era...

—Pero no tenía raíces húngaras —interrumpió él con calculada frialdad—. El sujeto cumplía el punto uno, pero fallaba en el dos. Dime, Sooz, ¿qué ocurre si ese hombre perfecto que los cumple todos no existe? O peor: Puede que exista, pero cuando le conozcas vas a mirarle y no vas a sentir nada. Porque el objeto de nuestros sentimientos no se elige por los accesorios que lleva o por su currículum como si fuera a cubrir un puesto de trabajo.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta para sus acusaciones, la puerta de la cocina volvió a abrirse y esta vez los cuatro salieron de ella cargando con distintas bandejas.

Sooz tuvo que soportar la interrupción, e intentar salir del trance en el cual las palabras de Elek la habían sumido. De alguna forma sobrevivió a la comida, intentando centrarse en todas las cosas superficiales que estaban ocurriendo en ese momento. Para el final de la cena su conversación parecía lejana e irreal como si no hubiera ocurrido de verdad.

—El primer plato estaba quemado —declaró Elek, levantándose de la mesa—. Con el segundo plato, algo obviamente ha ido muy mal. Como si le hubierais dedicado solo cinco minutos, y debería haber sido el más importante.

Ash y Gábor intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—Y en cuanto al postre —continuó Elek, mirando a los chicos—: Me da la impresión de que ya sabíais el resultado y por lo tanto me abstendré de probarlo. Tengo la corazonada de que se le ha añadido un elemento al que soy muy alérgico.

—Puedes probarlo —le aseguró Ash—. No les he dejado tocarlo.

—En realidad, se me ha quitado el hambre... Por una semana— se burló él.

Sooz, en vista de ello, alcanzó el plato y comenzó a degustar el postre.

—No está mal —admitió, con sorpresa.

—De todas formas, no importa cómo de mal cocinéis, porque el otro grupo ha alcanzado el exterior hace quince minutos —anunció—. Podría haberme

ahorrado el mal rato de la comida, pero quería ver de qué sois capaces.

—¿Estás diciendo que tenemos que pasar la noche aquí? —Protestó Ash, indignada.

—Estás deseando perdernos de vista, ¿eh? —Se quejó Gábor, sin mirarla directamente. Sooz sonrió, su hermano parecía cómicamente dolido.

—Hagamos un trato, Elek —sugirió Driamma—. No pienso quedarme aquí toda la noche, así que dispara. ¿Qué quieres?

—No, no hay nada que quiera o podáis hacer por mí —declaró él con indiferencia—. Además, alguien tiene que limpiar todo esto, ¿y quién mejor que los perdedores?

—Elek —lo llamó Sooz, a su espalda. Él volvió el rostro y cuando leyó los pensamientos de Sooz en su expresión su semblante se tornó totalmente serio. La observó con ojos ávidos que penetraban los suyos mientras aguardaba.

Tragó saliva y apretó los labios bajo la mirada expectante del muchacho.

—Déjanos salir.

De forma casi imperceptible, Elek elevó ambas cejas con una simple pregunta: ¿Significaba eso que aceptaba sus condiciones?

Con un leve movimiento de rostro le indicó que así era, que estaba dispuesta a sellar el trato que él le había propuesto antes.

—La puerta está abierta —informó a los demás, con los ojos aún sobre ella.

—¿Podemos irnos?—preguntó Driamma con incredulidad.

Fue el turno de Elek de pestañear varias veces, intentando salir de la tormenta que parecía haberse iniciado en sus ojos. Sooz se preguntó qué iba a ser de ella en medio de aquella tormenta.

—Así es —le confirmó a Driamma.

—¿Y lo único que ha hecho falta ha sido que Sooz te lo pidiera?

Ambos intercambiaron una mirada.

Eran los únicos que sabían que no era tan simple.

Capítulo 18

El lunes siguiente, por la tarde, fueron convocadas al comedor y Sooz ya podía imaginar que el motivo estaba relacionado con su pequeña fiesta.

—¿Qué castigo os pusieron la última vez? —Preguntó Ash, con expresión avergonzada.

—Nos prohibieron salir de la Academia durante dos fines de semana.

Iban a cruzar la puerta del comedor cuando Gábor irrumpió desde el interior, golpeando la puerta con un puño.

Dieron un salto debido al susto, y el joven le dio una patada al banco que estaba a diez centímetros de ellas.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó Sooz, con los ojos como platos. Pocas veces lo había visto tan enfadado. Su hermano tenía un carácter despreocupado y sin arranques violentos.

Antes de que le contestara, Orla y Lozis salieron del comedor seguidos por Elek y Taly.

—No puedes hacer eso. Mi padre jamás lo permitiría —rugió Gábor de forma amenazante.

—Esta vez tu padre no te va a sacar del lío, Gábor —contestó Lozis a la defensiva—. Vas a tener que madurar y pronto.

—Estáis exagerando bastante —espetó Elek, con diplomacia—. Estuvo mal, pero el castigo es desproporcionado.

—No es un castigo —interrumpió Orla—. Simplemente, no podemos confiar en vosotros. Después de toda la gente que ha muerto por vosotros, y por nuestros ideales. Después de todo lo que hemos perdido para evitar criaros en un mundo que cree que los recursos naturales son parte de un juego, puestos ahí para nuestro

entretenimiento, no habéis entendido nada. No podéis representar a los Naturalistas en la Tierra. Oficialmente, vosotros tres, como cabecillas de lo ocurrido en la noche del viernes, quedáis excluidos de la primera expedición a la Tierra, y no hay más que hablar.

Ahí estaba:

La razón por la cual su hermano había perdido los papeles. Gábor llevaba meses soñando con la misión de viajar a la Tierra, junto a Lashira Khan, para encontrar a los naturalistas que habían enviado el mensaje. Prohibirles aquello era lo peor que podían hacerles. Ciertamente, el castigo era desproporcionado, pero dadas las circunstancias con Kaudalon, y la tensión bajo la que los profesores estaban, lo comprendía.

—Ahora regresad al comedor —los instó Lozis—. Tesk os está esperando para explicaros los detalles del castigo general.

Al parecer, ellas tampoco se iban a librar.

Elek intentó agarrar el brazo de Gábor, para llevarlo de vuelta al comedor, pero éste se deshizo de su agarre de forma violenta.

—Gábor, no pueden estar enojados para siempre —lo apaciguó Elek—. Para cuando se programe una expedición, se les habrá olvidado todo este asunto. Lashira Khan querrá a los mejores alumnos de esta academia con él. No nos dejará atrás.

Las chicas entraron en el comedor y se sentaron junto a los demás participantes del juego. Poco después, los muchachos regresaron y tomaron asiento varias filas por delante de ellas.

Tesk estaba sentado en el borde de una mesa. Parecía estar mucho más relajado que Orla y Lozis. Quizá hubiera alguna novedad que explicara su cambio de actitud, pero dudaba que se lo fuera a contar a los alumnos. Odiaba el secretismo y no poder averiguar qué estaba ocurriendo exactamente.

—Tesk no está enfadado con nosotras, antes ha sido muy amable conmigo, y hasta me ha dado un abrazo —declaró Driamma.

—Un comportamiento normal entre profesor y alumna —se burló.

—Supongo que se siente responsable de la huérfana, pobre y analfabeta
—dedujo Driamma.

—¿Te has planteado alguna vez escribir guiones de telenovelas?

Driamma sonrió.

—No, pero si alguna vez lo hago, por favor mátame. Prefiero tener una profesión un poco menos perjudicial para la humanidad, como traficante o asesina a sueldo.

Ash se giró hacia ellas.

—¿No creéis que fue extraña la forma en la que Elek nos dejó salir del comedor el viernes?

Sooz suspiró, dándose por vencida.

—De acuerdo, el trato era... Yo.

Las exclamaciones excitadas de las chicas resonaron por encima de las demás conversaciones, atrayendo miradas curiosas. Les pidió discretamente que disimularan. No quería que Elek dedujera que estaban hablando de él. Las cosas ya estaban bastante violentas entre ellos.

—¿Y aceptaste?

—Sí, pero no estoy tan segura de que hablara en serio, ya que no ha intentado «cobrarme» desde entonces.

El viernes por la noche, tras salir del comedor, se habían reunido con el otro grupo en el jardín para comentar el juego. Sooz había esperado una señal por parte de él, algún tipo de invitación a su dormitorio, o que le pidiera ir al suyo. Pero tal invitación no llegó y, después de varias horas en el jardín, se había distraído hablando con las chicas. Cuando se dio cuenta, él ya se había retirado. Se excusó y se dirigió a su habitación, segura de que la estaría esperando allí. Pero no había nadie allí. La estancia estaba vacía y fría. Entonces, otra idea cruzó por su mente. Quizá él esperaba que ella fuera a su habitación. Sooz se había mordido las uñas con indecisión. No quería que él pensara que no era capaz de cumplir un trato. Pero tampoco quería hacer el ridículo si él no había hablado en serio. Al final, el miedo al ridículo venció y se quedó donde estaba, intranquila, preguntándose si vendría,

aun cuando estaba claro que no ocurriría.

Al día siguiente no lo vio. Al parecer, se había ido a la ciudad con los demás. Por la noche, las chicas habían decidido quedarse a cenar en la habitación mientras veían una película. Para cuando se lo encontró el domingo, habían pasado demasiadas horas y empezaba a creer que lo había soñado. Él la había mirado al entrar en el comedor, para inmediatamente volver a sus asuntos como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

—Puede que esté esperando a que surja de una forma más natural —sugirió Ash, devolviéndola al presente.

—Que quiere que tú tomes la iniciativa, ya que él lo hizo, proponiéndote el trato; no quiere forzarte más. Esperará a que tú vayas a él.

Sooz suspiró.

—¿Cómo voy a hacer algo así? Me presento en su habitación y le digo: Buenas noches, soy tu esclava sexual.

En ese preciso instante todos se callaron, debido a que Tesk se había levantado, haciendo perfectamente audible las últimas palabras de Sooz.

Deseó que el suelo de cristal se abriera en ese preciso momento y se la tragara, escondiéndola entre las miles de raíces, y poder vivir entre las hormigas y los escarabajos. Allí donde nadie pudiera verla. Especialmente Elek, que al oír las palabras «esclava sexual» se había vuelto para mirarla con una ligera sonrisa y una ceja enarcada. Si se había olvidado del trato, ella acababa de recordárselo. Además de mostrarse obsesionada por un asunto que él parecía haber dado por zanjado.

—Alumnas y alumnos... —comenzó Tesk—. Y esclavas sexuales —continuó con tono burlón.

Sooz se hundió en su silla, aún más avergonzada.

—Voy a dividirlos en dos grupos por zona. Es decir, el grupo del laboratorio y el del comedor. Trabajaréis en las zonas en que estuvisteis aquella noche. Cada noche, después de la cena, os pondréis a las órdenes del personal hasta que sepáis hacerlo solos, y así ellos tendrán las noches libres como recompensa por el regalo que se encontraron el sábado. Esto ocurrirá de viernes a lunes, lo que quiere decir que comenzáis esta noche. Por lo cual os aconsejo que descanséis lo que os resta de

tarde, hasta la hora de la cena. En cuanto a todos los recursos que se han echado a perder, bueno, no hay manera de recuperarlos, así que espero que eso pese sobre vuestras conciencias y en el futuro recordéis que sois Naturalistas.

Tesk se marchó sin más, y el grupo se dispersó en dirección a las habitaciones. Tanto Sooz como las chicas decidieron tomar el consejo de Tesk y descansar antes de la cena.

De camino a su habitación, Sooz se cruzó con Elek y Taly en el jardín. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Era la primera vez que estaba casi a solas con él. Apenas podía sostenerse sobre sus piernas mientras se acercaba a ellos.

Mirándole la nuca, lo maldijo por tenerla en aquel estado. Y todo por la incertidumbre de no saber si pretendía cobrarle o no, o cuándo ocurriría.

Tomó una profunda bocanada de aire y decidió que no estaba dispuesta a seguir soportando aquella espera. Por lo que avanzó hacia los muchachos y se detuvo a su espalda.

—Elek, ¿puedo hablar contigo?

Taly se despidió de ellos, alegando que tenía cosas que hacer. Elek se giró para enfrentarse a ella con los ojos verdes que más le gustaban en el mundo.

Hacía años que se decía a sí misma que los envidiaba, que los quería para ella y, por esa razón, los admiraba. Pero ahora viéndolos en contraste con la piel morena del muchacho, y sintiéndolos perforando su cráneo con toda aquella intensidad, sabía que no podían pertenecer a nadie más.

—Soy todo oído —dijo él, al ver que ella estaba paralizada. Estaba claro que no se lo iba a poner fácil.

«Habla», se ordenó Sooz, pero no recordaba cómo hacerlo.

Dio un paso atrás porque necesitaba alejarse un poco de él, y sus pantorrillas chocaron contra una enorme piedra que se escondía entre los arbustos. No pudo evitar, en su estado de estupor, caer sentada sobre esta.

—Solo quería sentarme —disimuló, ajustándose a su nueva posición.

—Sí, eso ha parecido totalmente planeado —se burló él, cruzándose de

brazos—. ¿Y bien?

A esas alturas, Sooz ya se había arrepentido cien veces de su impulso. Pero ahora era demasiado tarde. Ninguna otra razón se le ocurría para haberlo solicitado.

—Solo quería aclarar lo de nuestro trato del viernes —soltó, intentando parecer lo más indiferente posible—. Aclarar que fue una ridiculez acordar algo así...

Elek asintió, al parecer estaba absolutamente de acuerdo.

—...Y que sería extraño involucrarnos de ese modo, siendo amigos y eso.

—Totalmente de acuerdo, Zsuzsana: extraño y violento.

Sooz sonrió con nerviosismo, una sonrisa forzada. Había algo en su garganta muy confuso. Por un lado, era un alivio saber que quedaba todo aclarado y ya no iba a verlo como una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento. Ahora podía desentenderse de él y centrarse otra vez en su vida. Y a ese otro sentimiento... El nudo en su garganta. Bueno, ese otro sentimiento tendría que ser ignorado.

Se levantó, decidida a no alargar lo innecesario.

—Me alegro de que hayamos aclarado... —comenzó como tantas veces había visto en las películas—. Que no tienes intención de cobrarme el trato.

—Oh, no —corrigió Elek con tranquilidad—. Nunca había tenido tantas intenciones de cobrar nada en mi vida.

Sooz lo miró, boquiabierta, preguntándose si lo había entendido bien. Pero Elek continuó observándola con aquella maldita calma y la sombra de una sonrisa, como si estuviera burlándose en secreto de ella. Era probable que solo quisiera amedrentarla. Pues bien, ella no iba a asustarse tan fácilmente.

—¿Ahora? —Le preguntó, lamentándose por lo afectada que la mostraba su voz.

—¿Por qué no? —Dijo él, teniendo la desfachatez de encogerse de hombros—. No tengo nada que hacer hasta la cena.

Sooz tragó saliva, sin poder creer que se hubiera metido ella solita en aquel lío.

—¿Vamos a mi habitación?

—Oh no, eso está muy lejos —protestó Elek, indicándole con un movimiento de cabeza que se subiera a la roca que tenía forma de L—. Nadie nos molestará allí.

Él mismo se aupó sobre la roca, sin esperarla ni ayudarla a superar la parte más alta, como si no soportara tocarla. Cosa curiosa, considerando lo que aseguraba tener intención de hacerle a continuación.

Cuando Sooz logró subir los últimos peldaños de la roca, miró hacia arriba y lo que vio le quitó la respiración. Desde allí, la cascada era visible y estaba más cerca de lo que parecía desde abajo. Estaban rodeados por una pared de arbustos que los ocultaban de los transeúntes. Árboles de preciosas flores amarillas rodeaban la roca, dándole un encanto a aquel rincón que quitaba el aliento.

—¿Aquí es donde las traes a todas? —le espetó, dolida porque aquel bello lugar se desperdiciara en algo que no era más que una mera transacción.

—No —se limitó a contestar él. Por alguna razón, eso la hizo sentir aliviada.

La situación se tornó aun más violenta cuando estuvieron en el lugar privado y, por mucho que odiara admitirlo, romántico. No entendía cómo Elek podía querer forzar las cosas de aquella manera tan fría y calculadora. No obstante, justo cuando se estaba preguntando eso, él se sentó tranquilamente en el último escalón natural de la roca, apoyando los antebrazos sobre esta, y alargando las piernas.

Sooz aprovechó la tregua que parecía estar ofreciéndole para iniciar una conversación casual.

—Mi hermano parece bastante recuperado del castigo.

—Finalmente logré convencerle de que Lozis solo quería darnos una lección —contestó él, mordiendo el anzuelo—. Además, aún quedan años para que la NASA decida hacer una expedición a la Tierra. Ahora no estamos preparados para asumir ese riesgo, así que para entonces todo estará olvidado.

Sooz se mordió el labio, envidiándolo por su ignorancia, y deseando por un momento compartirla. Si les quedaban pocos meses de vida, ¿qué mejor que

vivirlos sin saber que el final se aproximaba?

—¿Te has enterado de lo último? —Inquirió Elek—. Al parecer, hace dos horas Pentace recibió una contestación de la Tierra. No era un mensaje con contenido, pero sí una señal de que siguen vivos.

Eso explicaba por qué Tesk se había mostrado mucho más animado en el comedor, pensó Sooz.

—Pero, ¿por qué no mandar un mensaje completo? Una simple señal no demuestra que estén vivos.

—Creo que ellos saben algo que nosotros no sabemos.

—¿Algo como cuándo es seguro enviar mensajes fuera de la Tierra y cuándo no?

—Exacto —concedió Elek—. Obviamente, los progresistas tienen toda comunicación controlada, pero quizá su seguridad tenga un punto ciego; y ese punto ciego fue el utilizado para enviarnos el primer mensaje. Si ese punto ciego no fuera una zona, sino un momento en el tiempo, explicaría por qué no han logrado contestarnos antes.

—Así que han vuelto a contestarnos con una simple señal porque quizá ese periodo ciego se ha repetido, pero esta vez era demasiado corto como para mandar el código completo.

Elek giró el rostro para mirarla a los ojos.

—No lo había pensado, pero tiene mucho sentido —dijo, mostrándose incómodo por primera vez—. ¿Es por eso que quieres un novio informático? ¿Para poder hablar de estas cosas?

Sooz desconocía la intención de esa pregunta. Quizá pretendía amonestarla y burlarse de ella, al igual que hizo aquella noche en el comedor.

—¿Otra vez criticas mi lista de cualidades a buscar en un hombre?

—No —contestó él, buscando sus ojos de nuevo—. Yo también tengo una lista, ¿sabes?

Algo en aquellos bellos ojos verdes insinuaba que su lista la describía a ella. Sooz pestañeó varias veces para concentrarse en lo que iba a decir.

—Bueno, ¿vas a besarme o qué?

Elek sonrió, negando con la cabeza, y poniéndose aún más cómodo sobre la roca.

—¿Y ponértelo tan fácil? Ni hablar.

—¿Quieres decir que tengo que hacerlo yo todo?

Él volvió a sonreír con malicia. ¿De verdad quería disfrutar de ella o le bastaba con verla sufrir?

—No puedo creerlo —se lamentó mientras se movía para sentarse sobre su regazo. Al menos, tuvo la satisfacción de sorprenderlo con el gesto, y ver cómo su complacida sonrisa se empequeñecía, y su respiración se agitaba ante la expectativa de su próximo movimiento.

Su cuerpo continuaba mostrando una pose de indiferencia y ni siquiera se había movido para aceptarla en su regazo, pero ahora sus ojos la vigilaban con sumo interés.

Sooz descendió su mirada para observar los labios del muchacho; y cuando volvió a sus ojos, éstos se habían tornado vidriosos, haciéndola sentir embriagada y poderosa.

Lentamente, se inclinó hacia él y depositó un primer y tímido beso en su mejilla. Él no reaccionó, excepto por el rápido desplazamiento de su rostro, para asegurarse de que la siguiente vez que ella lo hiciera, fuera en los labios. Pero, una vez los sintió contra los suyos, no pudo evitar volver a por más. Esta vez él los había abierto un poco más, atrapando sus labios entre los suyos. Sooz se preguntó si la había drogado, pues toda la sangre de su cuerpo, especialmente en las zonas en contacto con el muchacho, hormigueaba con una intensidad abrumadora. Su corazón desbocado había descontrolado también su respiración, exponiéndola por completo, sin necesidad del brazalete. Ese pensamiento la llevó a comprobar si él llevaba uno, deslizando primero su manga izquierda, y después la derecha, hacia arriba; se encontró con nada.

—Detecto cierta ¿inseguridad? —Preguntó él con incredulidad—.

¿Zsuzsanna Krasznai, insegura de sus habilidades?

Sooz fingió una mueca, desechando esa posibilidad y dándola por ridícula.

—Solo estoy un tanto desentrenada —se excusó—. Hacía mucho que no estaba con un bara, eso es todo.

Elek rio complacido, al parecer captando la forma en que ella quería utilizar eso como excusa por haberse derretido tan fácilmente entre sus brazos. El hecho de que aún no se hubiera molestado en moverse para acogerla en su regazo o abrazarla, junto con su arrogante sonrisa, lograron irritarla. Decidida a borrarla y a demostrarle quién era el auténtico necesitado allí, se puso en pie y se limitó a tirar del hilo que hacía que su traje se deshiciera sobre sí mismo. La prenda cayó como un charco de tela a sus pies, dejándola en su conjuntada ropa interior.

El rojo de la tela contrastaba con su cabello rubio, que se deslizó sobre sus hombros como una cascada cuando lo liberó del agarre del moño. El negro del encaje que adornaba los bordes de la prenda, allí donde se unía con su vientre y su escote, hacía juego con las sombras tostadas que rodeaban sus ojos, dándole el aire de *femme fatale* que de verdad correspondía con su carácter.

Como había supuesto, el semblante del chico pasó de la sorna a la más grave seriedad. Durante varios segundos se limitó a mirarla mientras apretaba la mandíbula, quizá una lucha contra sí mismo se estaba librando en su interior. Pero no duró mucho. Enseguida se puso de pie y, con lentitud, recorrió los dos pasos que los separaban.

Cuando la tuvo a escasos centímetros, paseó la mirada por su cuerpo muy lentamente una vez, de arriba abajo, para después agacharse hasta ponerse de rodillas ante ella.

—Me rindo. No hay quien finja indiferencia así —declaró segundos antes de hundir su cabeza en el vientre de ella. Cuando, poco después, sus labios comenzaron a dibujar un camino de besos sobre este, Sooz hundió sus dedos en el cabello del muchacho y cerró los ojos. Ella también se había rendido.

Capítulo 19

El viernes de esa misma semana, durante su sesión en el gimnasio, Sooz recibió la notificación de que algo la aguardaba en la recepción de la Academia.

El recepcionista, al verlas acercarse, se limitó a recoger una hermosa planta y entregársela a Sooz.

—Eso debe de haber costado mucho —apreció él. A ninguna se escapó la mirada, entre admiración y celos, del muchacho.

Quizá provenía de su padre, pues su relación no había sido muy buena desde entonces. Pero le parecía poco probable. Nunca antes había hecho algo así, y no iba a empezar ahora que se encontraban en problemas tan serios.

—¿Y bien...?

—¿De quién es? —Las chicas la habían seguido y estaban muertas de curiosidad. También lo estaba ella, si había que ser sincera. Era un regalo precioso. La maceta era marrón; y las hojas, de un verde oscuro, se abrían como hojas de lechuga desde la base de tierra. De esas hojas salían tiesos tallos de un verde más claro, que se elevaban un palmo por encima de estas, y terminaban en hermosas flores de base anaranjada y extremo amarillo.

Sooz examinó la maceta, buscando el código que debía escanear con su Secbra, para averiguar quién la había enviado.

—No puedo creer que Elek sea de los que derrochan dinero de esta manera —dijo Ash.

—No ha sido Elek —aseguró Sooz.

—Entonces, ¿quién?

Sooz localizó el código y lo situó a la altura necesaria para que su Secbra lo

escaneara y arrojara luz sobre aquel misterio. Lo que encontró fue inesperado; pero al mismo tiempo tenía sentido, pues provenía del hijo de una de las familias más adineradas de Noé.

—Es de Raoul Davini —aclaró.

—¿Davini? —Repitió Ash, arrugando la frente—. ¿De los Davini? ¿*Davini Riquini*?

Sooz asintió. No era la primera que escuchaba el mote.

—Así es. Tengo el placer de conocer al primogénito en persona. Sustitúyase «placer» por sufrimiento.

—¿En serio? El hijo mayor de los Davini, Raoul, es un Dios terrestre.

—¿Dios terrestre? —Intervino Driamma, muy interesada—. ¿Cuándo vamos a conocerle? Y lo más importante de todo: ¿Por qué te manda flores?

Sooz puso los ojos en blanco, con desagrado.

—Raoul «Idiotini» no es más que un pijo mimado y consentido, cuyos padres eran tan ricos que se pudieron permitir pagar la perfección genética de su culo antes de que naciera, y por esa razón ahora se comporta como «un culo» todo el tiempo.

—¿Perfección genética?

—Los rumores cuentan que sus padres untaron de dinero a su genetista para que, a la hora de seleccionar los genes más fuertes del bebé, como hacen con todos nosotros, fuera más allá —explicó Ash, entusiasmada con el tema—. Mi hermana y yo siempre chismorreábamos sobre la familia Davini; y, de pequeña, solía fantasear con la idea de que un día Raoul vendría a visitar Pentace y nos enamoraríamos.

—¿Qué quiere decir con que «le pagaron para que potenciara los genes de Raoul»? —Continuó Driamma, ignorando las fantasías de Ash.

—Al parecer, es posible modificar los genes un tanto para hacerlos mejores. Por supuesto, es ilegal. El genetista debe limitarse a escoger los mejores genes de entre las posibilidades que existen en un padre y una madre, y sacar al mejor bebé posible de estos. Por lo que, probablemente, solo sean rumores. La familia Davini nunca lo ha admitido —contestó Ash.

—¿Y es tan guapo como dicen?

—Para empezar, los genetistas son perfectamente capaces de modificar genes; y, para terminar, Raoul es irritante. Nadie debería ser perfecto; es aburrido y antinatural. Y creedme cuando os digo que crecer escuchando que la gente te llama Raoul Riquini porque eres rico y... Bueno, porque «estás rico», no es la mejor manera de forjar un carácter.

Ambas chicas la observaron con expresión risueña, y Sooz sabía que no la habían escuchado, sino que estaban soñando con la leyenda.

—¿Puedes explicarnos qué quiere de ti un ser tan despreciable, capaz de mandar estas abominables flores a una ara?

Sooz puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Raoul me odia. Hace un año le gané en el campeonato de ciclismo de Noé, y como no acepta que nadie pueda ser mejor que él porque, de verdad, se cree perfecto, ha estado obsesionado conmigo desde entonces.

—Pero, ¿compiten ambos sexos juntos? ¡Qué extraño!

—Para nada. Competimos por separado, pero a alguien se le ocurrió comparar nuestras marcas, siendo él el vencedor masculino, y yo la femenina; y resultó que había vencido por una sola décima de segundo. Al año siguiente, convirtiéndose en una especie de tradición, volvieron a comparar nuestras marcas y yo le había superado en varios segundos. Desde entonces, Raoul ya no compite contra los demás corredores masculinos, sino que compite contra mí. Me he encontrado con él en varias ocasiones, y siempre se muestra competitivo y desagradable. Y, durante este año, me ha invitado dos veces a pasar el fin de semana en su casa para una competición privada en sus maravillosas pistas.

Driamma y Ash intercambiaron una mirada que Sooz no tuvo problemas para interpretar.

—¿Por qué te las envía?

—Al parecer, han cancelado el campeonato de este año —contestó, encogiéndose de hombros. No obstante, no había terminado de decirlo cuando comprendió la razón. La destrucción de Kaudalon iba a provocar muchos cambios en la vida de Noé; para comenzar, cancelaría todas las actividades innecesarias con

alguna excusa que no despertara la alarma.

Ash recogió la planta de la mesa, donde Sooz la había depositado, y escaneó el código.

—¿Qué significa el último párrafo? —Preguntó, después de que su mirada se endureciera por unos segundos.

—Es una invitación para vernos en la próxima *backstreet*.

Por las expresiones de las chicas, dedujo que no tenían ni idea de lo que significaban sus palabras. Miró de un lado a otro antes de proceder.

—Cada seis meses, se celebra una fiesta clandestina con bebidas alcohólicas en Noé. Cada vez tiene lugar en un sitio distinto y, para poder descubrir la localización, tienes que escribir la contraseña, que esta vez es esta frase que habéis visto escrita, en Facebook y, entonces, recibes un mensaje con la fecha y la ubicación exactas.

—¿Cuándo es? Vamos a ir, ¿verdad? —Rogó Driamma, con ímpetu. Se acercó a Sooz para sujetarla por los hombros—. Dime que no vamos a perdernos esa fiesta.

—Por supuesto que sí. Nunca he estado en una. Te aseguro que no voy a empezar ahora que nos encontramos en una situación tan crítica.

Driamma se llevó las manos a la cabeza.

—Justamente por eso hay que ir. Nos estamos quedando sin agua y sin lugar al que ir cuando se termine del todo. ¿Os dais cuenta de que en dos meses podríamos estar muertas?

—Sooz, tiene razón —comenzó Ash, sorprendiéndola. No era, precisamente, la más aventurera de las tres.

—Me he pasado la vida entera recluida en el mismo lugar, he tenido la infancia más larga e inocente de la historia de la humanidad. Sinceramente, si voy a estar muerta en dos meses, quiero haber sido mala, al menos, una noche en mi vida.

Sooz arrugó los ojos.

—Aras, dudo mucho que esa fiesta vaya a tener lugar siquiera. Es dentro de

un mes, y para entonces las cosas pueden estar mucho peor, y la verdad sobre Kaudalon descubierta. Tenemos cosas mucho peores de qué preocuparnos que de una estúpida fiesta. Sería muy inmaduro...

—¿No lo entiendes? Mi hermano podría estar allí —estalló Driamma—. Le conozco bien, si está en alguna parte de Noé no se lo perdería por nada. Es mi única oportunidad de buscarlo.

Sooz centró su atención en las flores, incapaz de sostener la esperanzada mirada de la muchacha.

—Ni siquiera te importa lo que estoy diciéndote. Nunca te has preocupado por ayudarme a encontrar a Bronte cuando tú eres la que más medios tiene para hacerlo —le gritó, herida—. Eres una maldita egoísta.

Sooz gritó su nombre y le pidió que volviera, pero fue en vano. Driamma continuó caminando y cruzó la puerta hacia el jardín, probablemente dirigiéndose a su habitación.

Se volvió para mirar a Ash, que observaba a la muchacha con la misma expresión de preocupación que ella.

—Debemos decírselo ya —sugirió ésta en tono grave.

Sooz asintió, despacio, frotándose una mano contra los labios, y sintiéndose enferma ante la idea.

—Pero no esta noche —rogó—. Dejemos que se divierta esta noche. Mañana se lo diremos.

Sooz cruzó el umbral hacia el interior de su habitación y, al ver su salón, un relámpago con la imagen de Elek tirado en su sofá cruzó por su mente. Había ocurrido al día siguiente de su encuentro en el jardín.

Se lo había encontrado en su habitación al regresar del gimnasio.

—¿Te has equivocado de habitación? —Le había preguntado, dejando su

bolsa de gimnasio sobre la mesa.

Elek no se molestó en volverse hacia ella, sino que continuó con lo que fuera que estuviera haciendo con su Secbra con los ojos cerrados.

—Me gusta más cómo huele tu habitación —contestó, aún sin mirarla—. Creo que voy a pasar más tiempo aquí.

Sooz se acercó y le dio una suave patada en la pierna que descansaba sobre la mesa. Él la apartó, aún sin abrir los ojos, y pudo pasar para sentarse a su lado.

—Está el pequeño problema de que esta habitación ya tiene dueña —protestó, echándose sobre el respaldo del sofá, y dejando caer la cabeza hacia atrás.

Elek giró el cuello, abriendo los ojos por primera vez para mirarla.

—Bueno, si no haces mucho ruido te dejaré pasar aquí las tardes también.

Ahora que sus miradas se habían entrelazado, los ojos de él se volvieron más opacos, como si estuviera recordando momentos concretos de su encuentro en el jardín. Sintió que sus huesos y sus músculos se disolvían sobre el sofá que, por suerte, la sostenía.

Pero Elek no la besó.

—¿Quieres jugar al Maximiser? —Le propuso.

Así que eso era lo que había estado haciendo mientras la esperaba. Y ahora quería empezar otra partida con ella, como si fueran niños otra vez, y nada complicado se interpusiera en su amistad. Pero aquél era un juego difícil, porque ya no eran niños. Podía sentir el calor emanando de su cuerpo masculino, que ya poco tenía de infantil, y también su fragancia era distinta.

—No puedo jugar ahora, Elek —comenzó, intentando que su voz no sonara tan afectada como la de él—. Tengo cosas que hacer.

Elek miró la bolsa de gimnasio sobre la mesa. Era lo único que estaba fuera de su sitio en todo el impecable salón.

—Te ayudo con lo que sea que tengas que hacer.

Sooz suspiró, sintiéndose superada por la situación. Si pasaban otros cinco minutos solos en su habitación no habría catástrofe lo bastante grave para evitar que se repitiera lo que había ocurrido en el jardín. ¿Y dónde les dejaba eso? Eran amigos que pasaban tiempo juntos, y si entre sus actividades figuraba el acostarse juntos, ¿en qué se diferenciaba eso de ser novios?

Era demasiado complicado. No podía dejarse llevar por las malditas mariposas en su estómago.

—Pensaba que hoy le tocaba a Shona disfrutar el honor de tu compañía —bromeó, levantándose del sofá. Se acercó a la bolsa de gimnasio y la abrió para comenzar a sacar sus pertenencias.

—¿Shona? —Repitió él, divertido. Lo oyó levantarse y acercarse lentamente a ella—. No, ni Shona ni ninguna otra pueden hacer nada por mí, ahora que me has envenenado.

Su corazón se disparó, enloquecido por las palabras que acababa de escuchar. ¿Acaso estaba insinuando que quería estar solo con ella? La grandeza de aquella declaración la sacudió como un huracán, aturdiéndola y confundiéndola en un mar de sentimientos. Algunos de un placer que calmaba sus retorcidos celos, y otros de alarma y miedo. No logró terminar de analizar qué parte ganaba, pues él se situó a su espalda, apoyando ambas manos en la mesa, acorralándola contra esta, y hundió el rostro en su pelo, acariciándola con su nariz hasta la base de su cuello.

—Soy tu yonqui, piensa bien qué vas a hacer conmigo.

Elek bajó el tirante de la camiseta de Sooz y comenzó a besar suavemente su omoplato y su hombro pero, al subir hasta su cuello, pareció perder la paciencia y los suaves besos se transformaron en profundos.

Sooz se dejó caer hacia delante, apoyando ambas manos sobre la mesa, cuando sintió los labios del chico en la parte superior de su espalda. La mano que había desnudado su hombro comenzó a deslizarse por su esternón, y ese cosquilleo, junto con el de la espalda, le provocó un suspiro.

—Vamos, arriba —le ordenó con impaciencia al oírla, y separó sus cuerpos para que pudieran caminar.

Sin embargo, el frío que la invadió al perder el contacto con el muchacho logró devolverle la conexión con su cerebro y en este sonaba una alarma de peligro,

Respiró hondo, dándole tiempo a que regresara su voz.

—Creía que ya te había pagado ayer —se oyó decir como si quien hablara fuera su malvada hermana gemela. Pero funcionó: Elek ya no parecía querer desnudarla, sino que primero se mostró confundido, pasando rápidamente después al dolor.

—Zsuzsanna, no te atrevas a insinuar siquiera que ayer me estabas pagando algo —le gritó—. No después de todas las veces que te he sorprendido observándome, e incluso comiéndome con esos ojos azules. No después de tus despliegues de celos por Driamma, Shona, y cualquier otra que se me acercara.

A medida que iba hablando, Elek se iba enfureciendo más y más.

—Está bien —le interrumpió—. Reconozco que desde que has madurado, he intentado llamar tu atención. Pero eso no quiere decir que esté dispuesta a empezar una relación contigo ahora, en mitad de...

—¿En mitad de qué?

Sooz se mordió los labios, arrepintiéndose de lo que había estado a punto de desvelar.

—En mitad de tu juventud, cuando aún puedes encontrar algo mejor, ¿verdad? —Dedujo él con animosidad—. Mejor dejar a Elek en el banquillo un poco más, ¿no?

—Elek, no es eso —comenzó ella, aunque él no se quedó para escucharlo, sino que se dirigió hacia la salida.

—¿Sabes, Sooz? Mientras estoy en tu banquillo, puedo ser fichado por otra que me considere lo suficientemente bueno para jugar de titular —le espetó antes de dejar la habitación.

—¿Sooz? —La voz de Ash la trajo de nuevo al presente—. ¿Te importa que me dé una ducha rápida? He sudado recogiendo el comedor hoy.

Sooz asintió con la cabeza, distraída por sus recuerdos y el hecho de que pronto Elek estaría allí.

—¿Esta es la primera vez que hay un código rojo en Noé? —Preguntó Driamma, una vez que Ash se encerró en el baño.

Como bien había supuesto, Driamma le había hablado con «normalidad» durante la cena, sin mostrar enfado, aunque Sooz no era tonta y podía notar la tirantez en todos sus comentarios dirigidos a ella.

—No. Pasó en otra ocasión cuando las máquinas de oxígeno dejaron de funcionar durante dos horas —contestó Sooz, recordando el incidente que había ocurrido a los pocos meses de llegar a Noé. Por suerte, solo fue un fallo del software y Lashira Kahn lo pudo solucionar pronto, antes de que la situación se tornara drástica.

—Ese bara es una especie de Dios, ¿no?

—¿Hablando de mí? —Preguntó Gábor al entrar en la habitación, seguido de Elek y Taly.

—¿De quién si no? —Le contestó Sooz con marcado sarcasmo. Elek se sentó al lado de Driamma, pero no parecía para nada contento de estar allí.

—Pensaba que los árboles de Noé producían el oxígeno —protestó Driamma, frunciendo el ceño.

—Los arboles producen el oxígeno, pero las máquinas lo mejoran, lo almacenan y lo distribuyen por todo Noé y demás plataformas —le contestó Elek—. Si las máquinas no funcionan, el oxígeno no se extiende correctamente por Noé, puesto que carecemos de atmósfera.

Gábor se acercó a la puerta del baño.

—¿Quién hay ahí? —Le preguntó a su hermana.

—Ash, que se acaba de duchar.

Gábor se inclinó sobre la puerta.

—Ash, necesito mear. ¿Estás desnuda?

La confirmación de la chica les llegó ahogada por la puerta.

—Abre la puerta entonces, por mucho que me concentro no logro ver a través de ella.

Un bufido fue la única respuesta que obtuvo.

Taly comenzó a distribuir las pizzas sobre la mesa para que pudieran comenzar a comer.

—No te molestes en vestirte —continuó Gábor, apoyando la espalda contra la puerta del baño, como si estuviera haciendo guardia—. Tu nombre se ha mencionado junto con la palabra ducha; cuando salgas, vamos a imaginarte desnuda de todas formas.

En ese momento, Ash abrió la puerta provocando que el chico estuviera a punto de caer hacia atrás.

Se había vestido con una sencilla camiseta deportiva y unos pantalones de pijama. Sin embargo, había echado un vistazo al espejo antes de salir, y la combinación del maquillaje permanente con el pelo mojado y la ropa informal le daban un toque *sexy*. Por lo que tuvo un momentáneo ataque de confianza que le permitió no sonrojarse ante la intensa mirada con que le estaba recorriendo el cuerpo, lentamente, como había prometido.

Aún con la mirada enganchada a la de Ash, giró para situarse dentro del baño.

—¿Dejo la puerta abierta y así no tenemos que concentrarnos para ver a través de ella? —Se burló Ash, intentando devolvérsela.

Sin embargo, Gábor se limitó a encogerse de hombros y comenzó a desabrocharse los pantalones, decididamente delante de ella. Ash dejó de sonreír y se apresuró a buscar el pomo de la puerta para cerrarla.

—Rajada —le oyó decir antes de cerrarla del todo.

Se sentó al lado de Sooz, intentando ignorar la fascinada mirada de Taly.

—Las flores —le susurró lo más discretamente posible—. Están en tu baño, tu hermano va a verlas.

—Genial —se lamentó Sooz, sarcásticamente, observando a Elek—. Se me olvidó ponerlas arriba.

Como habían sospechado, Gábor no solo no lo dejó pasar, sino que salió del baño llevando la planta con él, y la colocó donde todos pudieran verla.

—¿En serio, hermanita? —Exigió con incredulidad—. ¿Tú y Riquini?

Ash no se sorprendió al ver a Elek dejar su animada conversación con Taly y Driamma a medias para mirar las flores con espanto, y enseguida sus ojos pasaron de estas a Sooz con la expresión más dolida que jamás hubiera visto en su vida. Casi podía ver el corazón del chico rompiéndose en mil pedazos a través de sus ojos. Cualquiera hubiera dicho que alguien con un físico tan atractivo jamás tendría que pasar por ese dolor.

Sooz también tenía la mirada fija en él, y parecía estar debatiéndose entre matar a su hermano o lanzarse a abrazar a Elek.

—No hay nada entre Raoul y yo —se defendió. Pero Elek no pareció creerla en lo más mínimo. Su mirada de dolor se había transformado en una máscara de absoluta decepción. Quizá Sooz no debería haber elegido el nombre de pila del muchacho para su declaración. La familiaridad la hacía sonar contradictoria.

—Y te invita a la próxima *Backstreet* —continuó Gábor, ignorando lo que estaba ocurriendo entre su hermana y su mejor amigo, y el efecto que sus palabras estaban causando en ambos—. ¿Vas a ir?

—Sí —se apresuró en contestar Driamma por ella—. Nunca sabes a quién puedes encontrarte en una de esas fiestas.

Gábor sopesó esa idea por un instante.

—Cierto, incluso Lashira Khan podría estar allí —se burló.

—¿Vemos una película? —Propuso Ash de repente.

—Después de limpiar la cocina esta noche, si me ponéis una película me dormiré —protestó Taly—. ¿Por qué no jugamos a la baraja del beso?

Ash no estaba segura de qué juego se trataba, pero le sonó a problemas.

—¿Cómo se juega?—Preguntó nada entusiasmada.

—Entrad en el enlace que os he mandado —les pidió Taly.

—¿Y qué pasa conmigo? Yo no tengo esa autonomía usando mi Secbra —se quejó Driamma—. ¿No tenéis cartas holográficas que pueda ver delante de mí como la gente normal?

—¿Por qué ver con tus ojos cuando puedes ver con tu mente? —Le sonrió Elek.

—A lo mejor Ash puede entrar en tu Secbra y conectarte —propuso Sooz con los ojos clavados en ella.

Fue como si un cubo de lava volcánica hubiera sido derramado sobre su cabeza. Las veces que había entrado en el Secbra de Driamma le había explicado que era ilegal y podía meterla en un lío pero, ¿y si aún así se lo había contado a Sooz?

—Me dijiste que te gustaba desarrollar troyanos —explicó esta—. Tal vez un día logres hacer uno que te cuele en el Secbra de otra persona.

La carcajada de Gábor resonó a su lado.

—Quizá cuando los Gábors sean feos —se burló él, dándole palmaditas en la mejilla.

—Es «cuando las ranas tengan pelo» —lo corrigió Taly.

—No, porque es algo incluso menos probable que ver a una rana con pelo. Tan improbable como que yo me vuelva feo. ¿Tengo que explicároslo todo?

Ash reprimió una sonrisa. Por un instante fantaseó con la idea de entrar en el Secbra de Gábor y darle una lección.

—¿Lista? —Preguntó Taly.

Driamma asintió, mostrándose orgullosa y concentrada.

—Explicaré un poco el funcionamiento para las novatas —continuó Taly—. Cada uno de nosotros tiene una tirada con una prueba distinta. Por suerte, el juego

analiza tu ADN evitando emparejar a parientes o, si se selecciona la opción, a gente del mismo sexo.

Después de una ronda de besos en sitios extraños que eran un tanto ridículos y les hizo reír por lo cómico de la situación. Ash comenzó a relajarse pues no era para nada lo que se había imaginado.

—Solo salen besos tontos, ¿no? —Señaló Driamma después de la segunda ronda, un tanto decepcionada.

—No te preocupes. El juego está probando —contestó Sooz.

Driamma se mostró tan confundida ante esta revelación como la propia Ash se sentía.

—Siempre comienza con dos rondas de besos mezclados, porque analiza la respuesta de tu cuerpo con cada jugador. El jugador que más altere tus constantes vitales será con el que te emparejará en las futuras pruebas.

Driamma rio, deleitada.

—Qué juego tan *filho da puta* —apreció en portugués, mirando a Taly—. Ya sé por qué te gusta.

Mientras que Driamma parecía encantada, ella no podía haber imaginado nada peor. Un juego que iba a leer su alma y desnudarla ante los demás. Se planteó cavar un hoyo y esconderse en él. Intentó buscar alguna excusa para dejar de jugar pero nada se le ocurrió.

—Sigamos jugando —dijo Driamma, frotándose las manos.

Se lo tomaba con humor porque ella no tenía nada que ocultar, pensó Ash, sacudiendo la pierna con nerviosismo. Bastaría con escuchar el nombre de él para que ese maldito traidor que tenía por cuerpo activara la alerta máxima del juego. Una sirena acompañada por una luz roja y agentes especiales del S.W.A.T., vestidos de negro, se desplegarían por las paredes para detenerla por ilusa y todos sabrían lo mucho que Gábor le gustaba.

—¡Taly! —exclamó Driamma, apuntándolo a la cara con la luz de su Secbra y haciéndole arrugar los ojos y apartar la cara. Estaba claro que la chica iba a tomar el liderazgo del juego.

—Llegó tu hora de confesar. ¿Tienes sentimientos por alguien de este grupo?
—Leyó en voz alta.

Era una pregunta con trampa, pues el juego no preguntaba si no sabía que la respuesta estaba próxima a la afirmación.

—Me habéis pillado —contestó Taly, encogiéndose de hombros.

Gábor lo miró con una expresión que Ash no logró leer, y se preguntó si alguna vez habían hablado de ella.

—¿De cuál de ellas dos? —Interrumpió Sooz en voz alta, intercalando la mirada entre Driamma y Ash.

—¿A ti quién te ha dicho que es una de vosotras? —Protestó Gábor con una feminidad exagerada—. ¡Lagartas!

Ash miró a Taly de reojo. Parecía traerle al fresco que se descubrieran sus sentimientos. Después de todos los nervios que había pasado ella para ocultar los suyos, no pudo más que sentir respeto por él.

—Driamma —exclamó Taly, contento de poder volver las tornas contra ella—. ¡Pregunta! Yo no sé los demás, pero yo me muero por saber cuál es la relación entre tú y Tesk.

La chica inspiró profundamente mientras pestañeaba, en busca de paciencia. Aquella era la pregunta que ellas nunca se cansaban de hacerle y, al parecer, no eran las únicas.

De una vez por todas —comenzó Driamma con tono claro y firme—: No hay nada más allá de lo académico entre nosotros.

Un estruendo retumbó en la habitación y Ash saltó sobre sí misma, asustada por el sonido. Era una especie de bocina, pero más grave, que se repitió dos veces hasta desaparecer por completo.

El sonido provenía del Secbra de Driamma.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—Eso es el mentiroso —le explicó Sooz—. Recuerda que el juego controla tus

constantes vitales, por lo tanto reconoce las variaciones típicas de una mentira.

Ash sintió lástima por Driamma; la chica parecía confusa, quizá ni ella misma entendía sus sentimientos.

¡Estúpido juego!

—Pero... Si no miento —protestó Driamma.

—¿Y cómo explicas que el otro día Tesk casi atacara a Elek porque te sostenía por la cintura? —Inquirió Taly—. No se apartó de ti hasta que vio que nos marchábamos a nuestras habitaciones.

—Imagino que es su deber, como profesor, evitar que una Academia con adolescentes estériles se convierta en un burdel.

—Vamos, deja de engañarte —interrumpió Sooz—. Claramente, él tiene sentimientos hacia ti, y creo que en el fondo sabes que son mutuos.

Driamma la atravesó con la mirada y Ash temió lo peor.

Sin duda, aún estaba resentida por lo ocurrido aquella tarde y esa era su oportunidad para devolverle una parte del crimen por el que la creía culpable: No haberse molestado en ayudarla a buscar a su hermano, y estaba claro que una parte de ella las odiaba por ello.

—¿Aún estás hablando de mí y de Tesk? —Le espetó—. ¿O de ti misma? —Sugirió, golpeando el hombro de Elek con una mano, y dejándola descansar allí para dejar claro, a todos, las implicaciones de la pregunta.

Sooz enrojeció furiosamente ante la sugerencia, algo que Ash jamás había presenciado antes. Pocas palabras lograban azorar a esa chica. Sea lo que fuere que había ocurrido entre ellos, era más importante de lo que dejaba entrever. Parecía debilitada como si toda la fuerza arrolladora que le era característica se hubiese esfumado.

—¿Quién va ahora? —Preguntó Elek con frialdad. Sus hombros hundidos, hastiado de esa historia—. No hay mayor estupidez que volverse loco analizando los posibles sentimientos ocultos de otra persona cuando lo que cuenta son sus acciones.

Todos callaron ante esto; algunos porque no entendían a qué se estaba refiriendo, y otras porque sabían a quién iba dirigido.

—Dos preguntas para Ash —leyó Taly, intentando devolver el juego al tono animado.

Ash se echó a temblar. Prefería tener que besar la suela del zapato de alguien, o incluso pasar siete minutos encerrada en un armario con uno de ellos, como solía ocurrir en los libros. Cualquier cosa antes que responder a preguntas con un detector de mentiras insertado en su cerebro. Se planteó buscar una manera de desconectarse del juego ocultamente para que ninguno de ellos lo presenciara, pero no le daba tiempo a pensar en la forma de hacerlo cuando Gábor ya estaba girando sobre sí mismo para encararla.

Concentrada como estaba en pensar una solución, no lo vio venir hasta que las palabras penetraron en su entendimiento.

—Ash, ¿alguna vez has usado el brazalete con un bara?

Se permitió a sí misma repasar la pregunta una vez más antes de dejar que la bofetada de lo que acababa de ocurrir la golpeará. Gábor, que por mucho que le molestara reconocerlo, no era tonto, había comenzado a montar el rompecabezas de Ash. Había comenzado a dudar de que el verde de su brazalete significara repulsión, en absoluto. Probablemente, a esas alturas, la idea de que podía significar lo opuesto ya le estaba rondando el pensamiento, y aquélla era la oportunidad perfecta para salir de dudas.

No podía creer que fuera a ocurrir así. Iba a perder su mejor coartada para las veces en las que la había sorprendido mirándolo, para las veces que enrojecía ante su presencia, para las veces que como un imán no podía evitar irse acercando a él, o esperar hasta tarde en su balcón para empezar alguna estúpida conversación que siempre se le iba de las manos. No solo iba a perder su coartada, que hasta el momento había obligado al chico a buscar otra explicación para todas esas cosas, sino que iba a admitir que se trataba de todo lo contrario.

—¿Ash? —Inquirió él, con los ojos brillantes. Al parecer su silencio ya le valía para celebrar su victoria

—Un momento, estoy haciendo memoria —fingió ella, sintiéndose ligeramente mejor al verlo apretar la mandíbula molesto.

«¡Ja!» Le debía esa, por lo menos.

Al fin, se resignó. Puede que fuera una miedosa, e incluso cosas normales le causaran pánico, pero definitivamente no era una cobarde. Él pedía una declaración de sus sentimientos más ocultos y eso era lo que iba a darle—. Sí —dijo, intentando parecer tranquila—. Una vez.

Gábor sonrió con satisfacción.

—Esa única vez... —comenzó él, regodeándose en el momento—. Dinos, ¿hubo pasión?

Se prometió a sí misma que le sostendría la mirada y, ya que iba a decirlo, lo haría con orgullo.

—Sí, Gábor, gracias por interesarte. Sí que la hubo. Por mi parte, por lo menos.

—¿Hola? —La llamó Sooz, con indignación—. ¿Por qué no sabemos nada de esa historia?

«Genial.»

Ahora las chicas exigirían saber cómo, cuándo y con quién había ocurrido. No había calculado los daños colaterales.

—¿Alguna vez vas a abrirte a nosotras? —Le espetó Sooz, sorprendiéndola por lo amargo de su tono.

—Créeme, no pasó nada. No fue nada importante.

No sabía bien si intentaba convencer a su amiga, a Gábor o a sí misma.

—A mí no me parece que la pasión sea na... —comenzó Sooz, pero se detuvo antes de terminar la frase, quizá temiendo que Ash le fuera a pedir que se aplicara el cuento, como había hecho Driamma poco antes— ¿Por qué, Ash? —Continuó al reponerse—. ¿Por qué tanto misterio? No te entiendo... Es como si te avergonzaras de ser lo que eres.

Las palabras de Sooz, tan cercanas a la realidad, le asestaron un golpe que la dejó desnuda e indefensa.

¿Por qué ocultaba sus sentimientos hacia Gábor? ¿Por qué no quería que nadie conociera su verdadera identidad? No lo sabía con certeza. Al principio, solo quería evitar llamar la atención. Más adelante quería evitar decepcionarlos. Pero, tal vez, Sooz tuviera razón. Se avergonzaba de sí misma. Veía un reflejo caricaturesco de sí misma en los ojos de los demás, y sin poder evitarlo se convertía en ese reflejo distorsionado, dejando incluso de ser quien había sido siempre. Todo porque quería evitar proclamar suya cualquier cosa, como una verdadera identidad que conllevara cumplir unas expectativas o reconocer sus sentimientos por alguien, y soportar que todos lo supieran; que todos tuvieran una opinión sobre si era lo suficientemente buena para ello o no.

—Ya he respondido a mis dos preguntas —se limitó a decir. Y vio cómo Sooz sacudía la cabeza, sin comprenderlo.

—Es cierto, ya ha contestado a sus dos preguntas —la defendió Taly.

Sorprendentemente, no parecía molesto ni celoso tras su confesión. Quizá Ash había sobrevalorado los sentimientos del muchacho.

—Es tu turno, Sooz —continuó él, suavizando el tono.

Ésta cerró los ojos y apretó los labios, lamentándose en silencio.

—Pregunta fácil —comentó Taly, ignorando que esa era la peor pregunta que le podían hacer a la joven en esos momentos—: Lugar en el que perdiste la virginidad.

Gábor se tapó los oídos, protestando con disgusto.

Al parecer, Ash no era la única que iba a confesar aquella noche. Sintió pena por ella. Entendía lo que significaba desvelar un secreto al que te aferrabas como si de un escudo se tratara.

Sooz no tardó mucho en responder entre dientes, pues con el mentiroso activado sabía que no tenía elección.

—En la gran piedra del jardín.

—¿Cómo? —Gritó Elek, indignado, dirigiéndose a ella por primera vez—. ¿Es una broma?

—El mentiroso no ha sonado —aclaró Taly, confuso con la actitud de su amigo.

—¿Sabes qué, Elek? Tienes razón —concedió Gábor—. Lo primero, hermanita, pensaba que todavía eras virgen; y francamente era más feliz pensándolo. Y lo segundo... ¿Qué eres, una *voyeurista* de esas? ¿Cómo se te ocurre hacerlo en un sitio público? Y más en tu primera vez.

—*Voyeur* es quien mira cómo practican sexo los demás —lo corrigió Driamma.

—Bollera, entonces.

— No... —Driamma comenzó a corregirle de nuevo, pero acabó por sacudir la cabeza, dándose por vencida.

Ash se preguntó si era la única que se daba cuenta de la conversación silenciosa que estaba desarrollándose entre Elek y Sooz mientras los demás parloteaban. El chico parecía preguntarle algo con los ojos, y Sooz se limitó a encogerse de un hombro con cierta timidez. Una de las dudas que la habían asaltado después de lo ocurrido en el jardín era que si Elek podía sentir que había sido su primera vez. Driamma le había asegurado que no tenía por qué notarlo y, al parecer, tenía razón. Elek estaba totalmente pasmado con la noticia. Sooz les había explicado que ella siempre aparentaba ser más experta de lo que en realidad era, sobre todo delante de los amigos de su hermano.

—Ya no quiero jugar más a esto —susurró Sooz, levantándose—. Si no os importa... La fiesta está acabada.

Salieron de la habitación. Taly, cuya habitación se encontraba en la misma calle que la de Sooz, se despidió de ellos.

Los cuatro comenzaron a caminar por la callecita iluminada por la luna. Ash se sintió extraña, como si fueran dos parejas que acababan de dejar una fiesta y volvían a casa juntos.

La noche era agradable, como todas en Noé. La temperatura era ideal para

quedarse fuera. El murmullo de otros alumnos, charlando mientras caminaban por la calle o desde sus balcones, indicaba que la noche era joven.

La fantasía de Ash sobre las parejas duró poco, pues Gábor evitó caminar a su lado o dirigirle la palabra en todo el camino. Se sintió rechazada por primera vez en su vida, y ese sentimiento la molestó, puesto que no había propuesto nada a nadie, justamente para evitar ser rechazada.

¿Cómo podía él tratarla como si le hubiera pedido en matrimonio?

Tuvo que contenerse para no patearle su trasero engraido. Aunque decidió que lo mejor era mostrarse totalmente indiferente.

La suerte no estaba de su lado porque, a escasos metros de su habitación, Driamma le preguntó a Elek si podía consultarle sobre un asunto... en privado. Dedujo que la chica quería pedirle ayuda para colarse en el *backstreet* que se avecinaba. Pero, por desgracia, eso la dejó caminando a solas con Gábor el resto del camino. No eran más de cinco metros, pero se tornaban dolorosamente incómodos cuando caminabas con el chico que acababa de obligarte a confesar tus sentimientos por él y ahora, horrorizado por la declaración, fingía que no existías.

Alcanzó la puerta de su habitación, sintiéndose como si una aspiradora le hubiera arrancado todos los órganos de su interior. No poseía autoestima propia, por eso necesitaba constantemente tomarla prestada de otros y recargarse de sus opiniones sobre ella, como recarga una batería.

Le lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo, decidida a emitir una corta despedida, pero se sorprendió cuando lo vio detenerse con ella. Abrió la puerta y, titubeando por la presencia del chico, dio un paso para entrar. Anonadada, lo vio seguirla y cómo las puertas se cerraban tras él.

—No puedo creer que nunca antes haya estado en esta habitación —se limitó a decir, observando el entorno.

Ash, enmudecida, no movió un músculo.

—Vámonos al balcón, hace buena noche —propuso él, dirigiéndose a las escaleras—. Y me cuentas qué hay entre mi hermana y Elek.

No debió sorprenderse. Sabía que Gábor era muy inteligente, y todas las tonterías que decía no eran más que un espectáculo para entretener.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho él? —Se oyó decir al seguirlo por las escaleras.

—¿Esa es tu cama? —Preguntó él, mirando sobre su hombro al cruzar la habitación.

—Sí, claro —contestó, un tanto aturdida por el simple hecho de verle allí.

—¿Ahí es donde ocurre toda la magia?

—¿Qué mag... —Comenzó, pero se detuvo al verlo sonreír perversamente.

Gábor fue directo a la barandilla y se apoyó de espaldas a esta, cruzando ambas piernas a la altura del tobillo. Llevaba una chaqueta negra opaca en las extremidades y brillante en el pecho, que se ajustaba a sus brazos, cubriendo parte de sus manos. La llevaba abierta sobre una camiseta blanca y suelta.

—Cuéntame la historia y más vale que sea buena. Invéntate cosas si hace falta —exigió—. Nada de detalles sucios, de esos que compartís las chicas. Es mi hermana de quien estamos hablando.

Ash se sentó en la red que le era tan familiar, un tanto cohibida por la presencia del muchacho. Estar allí, en su balcón, le recordaba demasiado a la noche del brazalete verde. Solo que ahora era peor. Ahora él sabía cómo la hacía sentir.

—Bueno... ¿Qué te ha dicho él?

—No me ha dicho nada; es mi hermana y él es mi mejor amigo. ¿Crees que me confesaría algo? —Refutó él—. Si no fuera porque lo llevo viendo venir durante años, y porque sé que la quiere, le habría dado un puñetazo.

Ash puso los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Por qué es una chica?

—No, porque es mi hermana pequeña y no debería haber ocurrido en el jardín, sin que sean novios formales.

No pudo evitar reírse ante esto.

—¿Te das cuenta de que «tus chicas» también son las hermanas de alguien? —Le preguntó, levantándose y acercándose a la barandilla. El asunto le parecía lo

suficientemente seguro como para acercarse un poco más.

—Exacto, no quiero que nadie la trate como yo...

Ash enarcó una ceja, sintiéndose orgullosa de haber logrado controlar los músculos de su cara, dadas las circunstancias.

—Yo no miento, ¿sabes? —Dijo él en lugar de terminar la frase—. Siempre dejo claro que se trata de amistad «con beneficios».

¿Adónde había ido a parar su conversación segura?

—¿Amistad con beneficios? —Repitió ella como si dudara de que algo así pudiera existir.

—Todos tenemos necesidades —dijo él—. Mejor cubrirlas con una amiga que con una desconocida a quien acabas de conocer en un bar. Porque, además, ella puede darte cariño. Y yo necesito mucho cariño.

Ash sintió cómo su boca se abría para contestarle, pero ningún sonido salió. ¿Qué estaba insinuando con todo aquello?

—Interesante perspectiva —se limitó a decir, sin saber cómo responder a aquella medio-casi ¿invitación?

Gábor dejó de mirarla como si esperara algo de ella y comenzó a desperezarse.

—Y ya está, ¿no? —Protestó mientras estiraba los brazos—. ¿Ahora cómo se supone que me duermo yo, pensando en esa luz verde?

No llegó a procesar lo que Gábor acababa de decir, porque algo más había captado su atención. Algo que había alcanzado a ver en la calle una vez que él levantó los brazos para estirarse. Y ese algo la había dejado muda. Era la clase de acto que, incluso mientras lo presenciabas, te negabas a creer que fuera verdad.

Gábor, dándose cuenta de que su atención estaba centrada en la calle y no en él, se giró para descubrir de qué se trataba.

—Parece que al final voy a tener que dar ese puñetazo —dijo, dirigiéndose a Ash, pero lo suficientemente alto como para que la pareja que estaba besándose lo

oyera.

Elek se separó de Driamma y ambos elevaron la mirada al oír la voz de Gábor. El chico se limitó a mirarse los pies, volver a mirar a Driamma, y alejarse caminando con lentitud, casi como si le pesaran los pies una tonelada.

Ash clavó sus ojos en los de Driamma, que no había separado su mirada de ella desde que la descubriera. Deseó con todas sus fuerzas que la chica comenzara a reír, explicándole que solo le habían querido gastar una broma o que, al menos, le dijera que estaba soñando. Pero Driamma se limitó a pestañear y a darse la vuelta para entrar en su habitación.

Capítulo 20

Ash se sentó en el banco de la enfermería, observándose el tobillo con el ceño fruncido. Estaba segura de que no estaba roto. Había oído hablar del dolor de un hueso roto y, aunque la molestia que sentía era bastante intensa, no podía tratarse de eso.

—Puedes pasar.

La voz de la doctora le llegó a su espalda. Con cuidado de no apoyarse en la pierna mala, se levantó y extendió los brazos para agarrarse al quicio de la puerta y poder arrastrarse hasta el interior de la habitación. Cubrir la pequeña distancia que había entre el banco y el asiento de la doctora se le antojó más complicado de lo que hubiera imaginado. Tuvo que reconocer que, a pesar de haber intentado rechazar la oferta de Gábor de llevarla hasta allí a caballito, estaba agradecida de que el chico hubiera insistido. Si no hubiera sido por él, no habría logrado llegar hasta la enfermería, al menos no sin dañar aún más el estado de su tobillo.

—Explícame cómo te has hecho daño.

—Anoche estaba en mi balcón y, al entrar en mi habitación, se me enganchó el pie y caí de bruces. —Prueba de ello era el moratón que tenía en el antebrazo—. Al caer, mi pie continuó enganchado, por lo que se me dobló el tobillo con el peso de mi cuerpo.

—Debió de ser doloroso —bromeó la doctora, sonriente—. Ten más cuidado, podrías haberte hecho algo peor.

Ash asintió, distraída. No iba a explicarle a la mujer que su torpeza había tenido mucho que ver con su aflicción después de presenciar cómo una amiga traicionaba a otra. Tampoco iba a explicarle que, al principio, el dolor no había sido peor que la vergüenza de haber caído delante de Gábor. Sin embargo, aguantarlo de forma constante durante la noche, cada vez que movía la pierna mínimamente, había sido otra historia.

La doctora la ayudó a levantarse y a avanzar hacia la habitación anexa al despacho. Se trataba de una cámara de quirófano tradicional donde le frotó un aparato manual contra su tobillo desnudo, produciéndole un intenso cosquilleo que comenzó a tornarse insoportable, como si fuera a quebrarle el hueso. Pero justo cuando pensó que no podría soportarlo más, la doctora lo detuvo y Ash se dio cuenta de que el dolor había desaparecido por completo. Sin embargo, no la dejó irse tal cual, sino que la obligó a colocarse una muleta que ajustó a su pierna, a pesar de que Ash le había asegurado que lo sentía como nuevo. Pero la doctora insistió en que debía llevarlo durante todo el día para evitar complicaciones.

Cuando volvió a salir al pasillo, se encontró con Gábor sentado sobre el mismo banco donde había aguardado a ser llamada. Levantó la mirada hacia su rostro, pero no tardó en descenderla para posarla en el aparato que sujetaba su pierna y frunció el ceño.

—¿No te ha arreglado?

Ash tuvo ganas de sonreír por la manera en que se había referido a ella, como si fuera un aparato. En parte, tenía razón. Cada vez más se parecían a máquinas, llevaban una conectada de forma constante a su cerebro y se cambiaban partes del cuerpo dañadas por nuevas, como si de piezas se tratara.

Se dejó caer con dificultad sobre el banco, al lado de él. Le iba a costar trabajo habituarse a moverse con esa cosa adherida a su pierna.

—Dice que debo llevarlo hoy, aunque ya no me duele nada.

Él se limitó a curvar los labios y asentir, mientras abría la bolsa y comenzaba a sacar el desayuno que había ido a recoger mientras ella esperaba a ser atendida.

—He traído todo lo que me has pedido —dijo—, y he llamado a Sooz para contarle lo de tu tobillo. Viene para acá. Díselo ahora, no esperes más.

—¿Cómo? —Preguntó, distraída con sus pensamientos.

—Cuéntale a Sooz lo que vimos anoche, en cuanto la veas.

Se puso en pie mientras le daba la orden. Estaba claro que no tenía intención de quedarse a presenciarlo.

—¿Por qué yo?

—Tú eres su amiga. Debes decírselo.

—Tú eres su hermano —protestó.

Pero él no pareció conmovido por sus palabras, sino que le colocó una mano en el hombro cuya manga se había deslizado.

—No te preocupes. Lo harás bien. —Retiró la mano y frunció el ceño—. ¿Por qué siempre tienes la piel tan suave? —Lo dijo como si le disgustara ese aspecto de ella y no pudiera callárselo por más tiempo.

Sin añadir nada más, se marchó.

Perpleja, lo siguió con la vista y lo vio cruzarse con su hermana, la cual parecía demasiado adormilada como para notar su paso.

Cuando la tuvo cerca se dio cuenta de que no era somnolencia, sino apatía, lo que tenía presa a la muchacha.

¿Acaso ya lo sabía? Ciertamente, Gábor no había sido el mensajero, pues apenas se habían cruzado sus caminos por dos segundos.

—¿Has hablado con Driamma?

—No, ¿por qué? —Contestó Sooz—. ¿Y qué te ha pasado en la pierna, exactamente?

—Has hablado con Elek, entonces.

—No he hablado con nadie —le aseguró ella, un tanto confusa—. El mensaje de Gábor, contándome que te acababa de dejar en la enfermería me ha despertado.

—Anoche me caí en mi habitación y me torcí el tobillo —le explicó, esperando que se olvidara de sus dos primeras preguntas. Claramente, no sabía nada. Su apatía tenía que deberse a lo mal que acabaron las cosas con Elek la noche anterior. Y eso que aún no sabía cómo de mal había acabado.

—¿Cómo ocurrió?

Sooz se sentó a su lado, observando su muleta.

—Iba distraída y me tropecé al entrar a la habitación.

—¿Por qué no nos llamaste a nosotras en lugar de a mi hermano?

—Gábor estaba allí cuando me caí, e intentó convencerme para ir al hospital, pero le dije que esperaría hasta la mañana siguiente. Así que quedamos para que me ayudara a llegar hasta la enfermería.

—¿Qué hacía él en tu habitación?

Sooz arrugó el entrecejo de la misma forma en que lo hacía su hermano, aunque cuando lo hacía él con sus gruesas cejas masculinas le parecía adorable.

—Dime que no te has liado con Gábor y que por eso estás tan rara.

Ash sacudió la cabeza en respuesta. Apenas habían hablado y ya sabía que ocultaba algo. Odiaba ser tan transparente. Desde que llegara a la Academia, no había sido capaz de guardar ni sus propios secretos. Pero lo que, en esos momentos, odiaba aún más era a Driamma por haberla hecho partícipe de una traición, y de una mentira que despreciaba, y en la cual jamás se hubiera metido sola. Cierto era que, al llegar a la Academia, cuando aún creía que había algo romántico entre Sooz y Gábor, había estado a punto de cometer el mismo error. Pero, entonces, las cosas eran distintas pues no conocía a Sooz como ahora, ni nunca la había escuchado hablar de sus sentimientos por el chico. Ahora que era un poco más experimentada, no habría forma humana de que alguna vez pudiera traicionarla como lo había hecho Driamma.

—De acuerdo, nada ha ocurrido entre vosotros —concedió Sooz ante su prolongado silencio—. ¿Qué te ocurre, entonces?

Ese era el momento.

Solo tenía que mover los labios y decirlo. Soltar simples palabras que, colocadas en ese orden, destruirían la familia que habían construido durante meses. Era irónico pensar que aun siendo Driamma quien había decidido y actuado, ella sería la que pronunciara las palabras que lo cambiarían todo para siempre entre ellas. Driamma había dictado la sentencia de muerte, pero ella iba a ser el verdugo que segara la vida de sus únicas amigas.

Entonces supo que no podía hacerlo. A un lado de la balanza se encontraba convertirse en parte de la traición a su amiga, ocultándole la verdad; pero en el otro: la destrucción de su círculo social. Comprendió que ninguno de los dos pesaba tanto en su conciencia como el hecho de no querer hacerle daño a Sooz con la verdad.

—He dormido mal por el tobillo, eso es todo —mintió al fin, sintiendo cómo una parte de sí misma moría. Y esa muerte jamás se la perdonaría a Driamma.

Driamma oteó el horizonte del jardín en busca de las chicas. Ya eran las dos de la tarde, y el hambre la había obligado a salir de su escondrijo. A esas horas, Sooz ya debía de estar al corriente de lo ocurrido la noche anterior. No tenía sentido evitarlas durante todo el día, pues el lunes tendría que verlas en clase y en el comedor, le gustase o no.

Exhaló una bocanada de aire al comprobar que no estaban en los alrededores, y eso la llevó a darse cuenta de lo ansiosa que había estado por el reencuentro. Y se odiaba a sí misma por ello.

Durante meses se había obligado a no sembrar sentimientos hacia ellas. En Noé se había prometido a sí misma que no volvería a permitir que la hirieran.

Entonces, ¿por qué sentía ese vacío dentro de su estómago? Como si un agujero negro la estuviera devorando por dentro. Y no era hambre; era un sentimiento que la había consumido desde que viera la mirada de Ash la noche anterior. Al acostarse y no conciliar el sueño, se había repetido una y otra vez, como un mantra que deseara interiorizar, que no le importaban esas chicas. Pero no había funcionado, y se despertó aquella mañana con un peso alojado en el corazón. Tenía que reconocer que había fracasado con la única empresa que se había propuesto en Noé: la de ser indiferente.

Cruzó el jardín, plagado de estudiantes y de burbujeante vida, característica de los domingos. El tono animado del ambiente contrastaba funestamente con el suyo. ¿Volvería a sentirse feliz en aquel lugar después de hoy? Desconocía la respuesta, pero lo que sí sabía era que había muchas posibilidades de que las chicas se encontraran en el comedor a esas horas. Por eso estaba allí, quería romper el pequeño hilo que aún las unía; quería oír de los labios de Sooz cuánto la odiaba.

Necesitaba mentalizarse de una vez por todas de que volvía a estar sola; de que, en realidad, siempre lo estuvo. Porque ellas nunca habían sido realmente sus amigas. Si fuera así, se hubieran molestado en ayudarla a buscar a su hermano en lugar de mostrarse incómodas y ausentes cada vez que sacaba el tema.

Driamma recordó los brazos de Bronte. El único lugar donde se sentía querida y segura. La única persona con la que realmente podía contar.

Necesitaba encontrarlo. Lo necesitaba más que nunca, para que le recordara su antigua vida y quién era ella. Algo que había comenzado a olvidar. Recordó que una vez Tesk le dijo que si una persona no confía en nadie, se convierte a su vez en alguien indigno de confianza. Eso era justo lo que estaba ocurriendo.

—La desaparecida.

Ni siquiera había cruzado las puertas del comedor cuando escuchó la voz de Sooz.

—Ya íbamos a mandar un equipo de rescate a tu habitación —continuó—. Ven, mira esto. Cantka se ha cambiado de *look*, se ha teñido de pelirroja y se ha ondulado el pelo. Pero Ash dice que no lo hace para parecerse a ella. ¿Te lo puedes creer? Es tan obvio.

Driamma, paralizada, alternó su mirada entre Sooz y Ash. La primera le hablaba animadamente, y la segunda la observaba con ojos muertos.

—¿No se lo has dicho? —Se escuchó decir, en un susurro.

—¿Decirme qué? —Preguntó Sooz, comenzando a mostrarse alarmada—. ¿Ha ocurrido algo grave? ¿Hay noticias de la Tierra?

No podía creerlo. Ash no había ido corriendo a contarle lo ocurrido a Sooz, sino que se lo estaba ocultando. Estaba traicionándola por ella. Por alguna razón, esa idea la alteró por completo.

—¿Por qué no se lo has dicho? —Le exigió, notando cómo sus manos temblaban.

—Porque a mí sí me gustaba lo que teníamos las tres —se limitó a contestar Ash con frialdad.

—¿Se puede saber qué está pasando?

Driamma cerró los ojos con fuerza. Nunca hubiera esperado que Ash fuera a guardarle un secreto así. Nunca hubiera esperado eso de nadie allí.

Se cubrió los labios con la palma de la mano, pero no podía contenerlo por más tiempo. Era demasiado tarde para borrarlo todo.

Respiró hondo y miró a Sooz a los ojos.

—Anoche me lié con Elek.

Los ojos de Sooz sufrieron una lenta transformación. Primero su entrecejo se arrugó antes de que las palabras fueran absorbidas; después, sus ojos se agrandaron con horror como si no lo creyera posible; y finalmente, donde Driamma había esperado ira, y quizá eso era lo que había estado buscando cuando lo hizo, solo vio el dolor más desgarrador: el de un corazón que se rompía en pedacitos, de la forma más dolorosa que existe: la de una doble traición.

Sooz, que era una de las personas más fuertes que jamás había conocido, se derrumbó por segunda vez en su presencia. Se dejó caer sobre la pared con mirada de vidrios rotos fija en ella.

—¿Mereció la pena? —Le preguntó, fuera de sí—. Dime, ¿mereció la pena?

«No.»

Pero no le contestó. Necesitaba alejarse de allí, por lo que se dio la vuelta y comenzó a caminar por donde había venido.

Sooz se separó de la pared y la siguió.

—Te estoy hablando, Driamma —le gritó—. ¿Quieres comparar experiencias?

Ash la llamó con voz suave, pero eso no detuvo a Sooz, sino que siguió a la otra hasta los árboles que se escondían tras el comedor. Si iban a montar una escena, prefería no tener público. No quería que nadie disfrutara de la destrucción de su amistad.

—¿Quieres que todo el Mundo se entere de la historia? —Fue lo único que se

le ocurrió decir antes de intentar marcharse de nuevo.

—¿Crees que va a ser tan fácil librarte de nosotras? —Gritó Sooz a su espalda, sorprendiéndola—. Piensas que un bara es suficiente para romper esto. Para romper lo que no soportas tener porque te da demasiado miedo perderlo.

Sin que diera la orden, sus pies dejaron de moverse.

—¿Acaso me perdonas? —Dijo, sin poder creerlo, y aún sin volverse a mirarla.

—Tengo que ser yo. Debo de ser una horrible persona para que las personas que más me importan en el Mundo me traicionen —continuó Sooz, pareciendo comprender una gran verdad que no había visto hasta el momento.

Driamma arrugó los ojos sin entender a que se refería y por qué se atacaba a sí misma. Ash las alcanzó y comenzó a susurrarle a Sooz palabras tranquilizadoras, pero ésta la interrumpió.

—Es mi culpa, me he equivocado con todo. He sido tan estúpida de no darme cuenta de que lo quiero hasta que he logrado que me odiara; y he sido tan idiota de querer proteger tus sentimientos.

Driamma se giró rápidamente para mirarla con atención, sintiendo cómo la sangre se helaba en sus venas. Sooz había comenzado a llorar y, entonces, supo que estaba a punto de escuchar algo que no podría soportar.

Algo que la mataría si lo escuchaba.

—No era capaz de romperte el corazón con la verdad, ¿no lo entiendes? —Las lágrimas ahogaban el sonido de su voz, pero aún era inteligible—. ¿Cómo puedes pensar que me da igual? Le busqué desde el principio, hice todo lo que estaba a mi alcance para no dejar cabos sueltos, pero entonces Tesk me dijo que había encontrado el informe de su expedición.

Driamma miró a Ash, ella también estaba llorando y entonces lo sintió dentro, quizá antes de oírlo, quizá a la vez.

No importaba.

—Su grupo fue fusilado en algún lugar entre Malawi y Tanzania. Está

muerto.

Lo siguiente que sintió fue el agudo dolor en ambas rodillas, pero ese dolor no significaba nada. Después, sintió la tierra con pequeñas piedrecitas clavándose en sus manos. Lentamente, izó un brazo y observó las marcas que aquéllas habían dejado en su piel. Tampoco significaba nada. Ya nada significaba nada; todo lo que la rodeaba: el bosque que había estado allí antes, la tierra que aún debía estar allí, sujetando su cuerpo, ya no existían.

Ellas también habían desaparecido.

«Está muerto.»

«Fusilado.»

Lo que no sabían era que esas palabras significaban que ella también estaba muerta. Por eso ya no veía nada.

Pero las chicas sí estaban allí. Las sintió, una a cada lado, agarrándola de los brazos; intentando levantarla. ¿Acaso había caído al suelo? Pero no podía ayudarlas a ponerla en pie porque su cuerpo ya no le pertenecía.

Un ensordecedor chillido logró penetrar en sus oídos, a pesar de no ser capaz de escuchar nada más. El sonido se repitió, y debía de estar hechizado porque conseguía apretarle la garganta, dificultándole la tarea de respirar.

—¿Por qué gritas? —Logró decirle a una de las manos que la sostenían, que de pronto tenía cara: la de Sooz.

Silencio. Y después.

—Driamma... Has sido tú quien ha gritado.

"Me enfadé con mi amigo,
le confesé mi ira, y mi ira terminó.
Me enfadé con mi enemigo:
no se lo confesé, y mi ira creció"

WILLIAM BLAKE, Un árbol venenoso

Capítulo 21

Había algo extraño en aquella mañana. Algo estático, como si el tiempo se hubiera detenido; pero a la vez sentía un alboroto en el aire, o quizá en su propio interior. Algo inquietante que veía en los rostros a su alrededor. No sabía exactamente qué era, pero aquella mañana no pertenecía a la acostumbrada sensación de su rutina. Ni siquiera ella misma parecía ser la misma persona.

Sooz miró a sus compañeros, arremolinados en grupos por las mesas, y otros dispersados por la pradera. Los vio reír y bostezar, tan ajenos al cambio y a aquella inexorable sensación de que sus vidas, hoy, eran inevitablemente distintas.

Un grupo de personas que no pertenecían a la Academia estaban reunidas cerca de la mesa del profesor. Ash volvió a darles la espalda, un tanto azorada, y así fue cómo Sooz supo que venían de Pentace.

—Vienen a decirnos más mentiras. Tanto secretismo, tantas mentiras... ¿Para qué? Para impedir que otros conozcan la verdad de la que nosotros sí disfrutamos. Creo que engañar es el acto más egoísta de todos.

—No sé... —comenzó Ash, claramente no entendiendo que también se refería a ella—. A veces, creo que decir la verdad es aún más egoísta.

Sooz sacudió la cabeza.

—No —dijo con dureza—. Todos nos merecemos la verdad, sea cual sea; intentar decidir por otro es una equivocación siempre.

Ash volvió a enrojecer.

—Lo siento, debería haberte dicho lo de Driamma y Elek. Pero no quería destruir nuestra amistad.

Sooz se mordió el labio.

—Driamma no nos ha destruido diciendo la verdad. Lo hemos hecho nosotras, escondiéndole la verdad sobre su hermano. Es una lección que nunca olvidaré.

En silencio, salvaron la distancia que las separaba de los pupitres. Antes de tomar asiento divisó a Elek sentado a unos tres metros de ellas, rodeado de gente, como de costumbre. Al observarlo se dio cuenta de que el infierno personal que el chico llevaba dentro no era de envidiar. No estaba participando en la animada conversación del grupo. Tampoco se atrevía a elevar la mirada y enfrentarse a la suya, y eso debía de estarle matando. En el fondo sabía que la quería, y la idea de haberla perdido, incluso como amiga, parecía ser la tortura que lo hundía contra la silla y desfiguraba su rostro en una desoladora mueca de tristeza. Ese tipo de tristeza que cambia las facciones.

El frío de su interior desapareció, y Sooz supo que no quería odiarlo. Si su cerebro era capaz de quererlo, medio muerto como estaba en esos momentos, tenía un problema. Porque cuando volviera a ser ella misma, cuando volviera a ser fuerte, entonces lo querría con más fuerza.

Tomaron asiento en la segunda fila. Ash eligió sentarse tras un muchacho alto, probablemente con la intención de ocultarse de los visitantes de Pentace. Los cuales no habían acudido allí para decirles la verdad sobre Kaudalon, sino que inventaron una patraña sobre una lluvia de meteoritos para explicar por qué algunas de las funciones de Noé iban a verse afectadas de ahora en adelante. Retransmitieron el falso mensaje vía Facebook para el resto de ciudadanos.

Primev tuvo que golpear la mesa con fuerza para detener el murmullo de voces que precedió a la marcha de los visitantes. Cuando logró que el alboroto se redujera, comenzó su particular versión, desde el punto de vista económico, de lo que acababan de decirles.

—Estoy orgullosa de ti —le susurró Ash de repente.

Sooz la miró con cierta curiosidad.

—Eres testaruda, cabezota, inflexible, incluso algo egocéntrica...

—Por favor, para, no sigas halagándome o me voy a sonrojar —la interrumpió, logrando que la chica esbozara una sonrisa por primera vez ese día.

—Me refiero a que eres todo eso, pero me ha sorprendido tu reacción ante lo ocurrido con Driamma y Elek. Has sabido ver que detrás de una mala acción hay una historia triste; y has sabido perdonar y ver tu parte de culpa. No todo el mundo es capaz de eso.

También Sooz sonrió por primera vez en más de veinticuatro horas.

Entonces, una sombra se cernió sobre sus pupitres, y cuando giró el rostro para comprobar de qué se trataba, se encontró a una pálida Driamma, estática junto a su mesa, pero con la mirada perdida en el horizonte. Sus ojos se veían hinchados por el sueño o el llanto, o una combinación de ambos. Si no fuera porque se había detenido a su lado, la creería sonámbula o presa de un extraño trance.

También podía sentir los ojos de toda la clase sobre ellas, y en especial el peso de unos ojos verdes. Algunos de ellos, esperaban ver una escena.

Si dependía de ella, no la iban a tener; pero también dependía de Driamma que, a pesar de haberse detenido a su lado, aún no la miraba.

Sooz apartó su chaqueta del asiento contiguo al suyo y la depositó sobre su propio regazo. Driamma no se movió, y cuando ya parecía que no lo iba a hacer, se sentó junto a ellas en clase por primera vez en sus vidas. Ese mudo gesto significó para las tres mucho más que cualquier palabra.

Capítulo 22

El mensaje de Raoul Davini lo había dejado claro. Incluso los organizadores del *BackStreet* estaban preocupados por los sospechosos ajustes que se estaban llevando a cabo en Noé. A pesar de que, en su discurso, la Secretaria de Estado hubiera asegurado que nada alarmante estaba ocurriendo, el programa de austeridad adoptado por el gobierno, de forma tan repentina, estaba sembrando la alarma.

El aire crujía con la espeluznante sensación de que algo andaba mal. Por esa razón, los organizadores del *BackStreet* lo habían adelantado casi un mes, y Raoul Davini se había asegurado de comunicárselo a Sooz junto con una renovación de su invitación.

Ella los había criticado amargamente en un principio. Su humor durante ese mes no había sido ninguna maravilla. La reconciliación con Driamma había mejorado las cosas, pero la decadencia de Noé comenzaba a hacerse dolorosamente visible, sobre todo para ellas, que sabían exactamente lo que estaba ocurriendo. Además, su no-relación con Elek se había convertido en su principal angustia. Como a menudo ocurría, ahora que lo había perdido lo quería más que nunca. Por todas esas razones, la chica se negó por completo a acudir al evento.

Ash, que había empezado a cogerle el gusto a las novedades y a las primeras veces, sobre todo ahora que se veía con un inexperto pie en la tumba, estaba resuelta a no perderse nada. Había insistido, en nombre de sus cortas vidas, que merecían una noche de equivocaciones más que nunca.

Driamma, que había perdido más del ochenta por ciento de su energía vital después de lo de Bronte, se debatía entre la apática indiferencia con que enfocaba todo, y la decisión final de acudir, cuya razón máxima, Ash sospechaba, era esa pequeña e ínfima esperanza de que su hermano aún viviera con otra identidad en Noé.

Nunca mencionó ni habló de esa esperanza, pero Ash podía verla en sus ojos

cuando visitaban la ciudad. Un pequeño brillo, cada vez más tenue, que la hacía mirar a su alrededor y observar a todos los jóvenes de la edad y constitución de su hermano. Era descorazonador. Pero, al fin y al cabo, la chica no lo había visto muerto, y Ash sospechaba que algo en su interior aún gritaba que su amado hermano seguía con vida.

No hablaba mucho de sus sentimientos al respecto. Siempre que le preguntaban como estaba, respondía lo mismo:

—Como si una guerra nuclear me hubiera dejado completamente huérfana.

A las nueve de la noche del viernes se apearon de la cápsula en una de las estaciones de la ciudad de Noé. La estación estaba apenas a diez metros del lugar que Sooz había estipulado con Davini. Un parque que durante el día servía de recreo para los moradores de la zona, pero que a esas horas de la noche estaba desierto.

Ash agudizó la vista y, a lo lejos, en la zona más externa e iluminada del parque, pudo ver las sombras de un corredor haciendo *jogging*, y a una pareja paseando por el camino de tierra.

Se detuvieron delante de un enorme roble. Sooz miró a su alrededor, pero estaba claro que estaban solas.

—¿Dónde demonios está Davini? —Exclamó irritada—. Uno esperaría que alguien perfecto fuera también puntual.

—¿Alardeando de cita?

Las tres chicas escucharon claramente la voz, pero no fueron capaces de localizar la fuente. Era como si el mismo árbol lo hubiera dicho.

—Aquí arriba —repitió la voz.

Ash levantó el mentón, concentrándose en escudriñar la copa del árbol para localizar al emisor. Veinte segundos le bastaron para encontrarlo sentado tranquilamente en una gruesa rama del árbol. Su espalda estaba apoyada en el

robusto tronco principal, con serenidad, como si no le costara esfuerzo alguno mantener el equilibrio.

Analizó al personaje público sobre el que había cotorreado tantas veces, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda; pero fue una sensación agradable. Aquella noche iba a ser digna de recordar.

Raoul llevaba unos pantalones de cuero negro de imitación, que se unían a sus botas altas de pelo a la última moda quizá entre los progresistas. También una sudadera blanca y abierta, que dejaba al descubierto parte de su pecho. Parecía sacado de un escaparate o de un catálogo de moda. A algunas personas la ropa les quedaba como si hubiera sido hecha para su cuerpo, y ése era el caso de Davini.

Raoul no estaba solo; a su lado, en la rama, había una chica rubia alta y esbelta, con constitución atlética, como si pasara el día haciendo deporte. A diferencia de Raoul, estaba en pie y se agarraba a unas ramas con cierta aprensión.

—Riquini, no creerás que esto es una cita, ¿verdad? —Le espetó Sooz, cruzándose de brazos.

—Oh, vamos, Sooz. Se te oía dar grititos de felicidad, ante la perspectiva de una cita conmigo, desde mi mansión.

Sooz cerró los ojos un instante, reuniendo paciencia en lo más profundo de su ser.

—Raoul, ¿crees que esa ropa es lo suficientemente masculina como para que te permita usar tantos diminutivos?

Ash no pudo evitar reír al escuchar a la amiga de Raoul criticar sin miramientos al personaje más popular de Noé.

Raoul elevó el rostro para observarla, un tanto molesto.

—La homosexualidad es un defecto genético y yo no tengo ninguno.

La chica que lo acompañaba sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—El amor te vuelve imbécil —dijo como para sí misma.

Sooz, que se había llevado las manos a la cara al oír el comentario del muchacho, se volvió hacia ellas con expresión iracunda.

—Os odiaré siempre por obligarme a hacer esto. Rezad por que no asesine a ese imbécil y acabe en la cárcel.

—¿Qué susurras, preciosa? —Gritó él, a su espalda—. No hay necesidad de ponerse nerviosa, solo soy de músculo y hueso.

—Riquini —Sooz se aseguró de que el apodo sonara lo más ofensivo posible—. Se me están ocurriendo formas de bajarte de ese árbol. Y todas acaban con la rotura de tu cuello.

Raoul rio con una hermosa y profunda carcajada.

—Pero eso sería una pérdida para el Mundo; y de tiempo, pues vosotras tenéis que subir también para ir a la fiesta. Empezad a trepar.

—¿Qué? ¿Pretendes que nos creamos que hay una fiesta en ese árbol silencioso? —Interrumpió Driamma—. No hay nadie más aquí, aparte de nosotros cinco.

—Eso es porque miras pero no ves, Amiga Número Dos —contestó él.

—Tengo nombre —le espetó Driamma.

—Seguro que sí —concedió él—. Pero para mí, esta noche, sois Amiga Número Uno y Amiga Número Dos.

—Eso es más largo que nuestros nombres —protestó Ash, con lógica.

—Puede —comentó, inclinando la cabeza—. Pero no más largo que el tiempo que me llevaría recordar algo que no me interesa. Créeme, Número Uno, lo tengo comprobado.

Ash se cruzó de brazos también, como había hecho Sooz antes.

—Veo que tu perfección deja mucho que desear.

—Pórtate bien o te relego a Número Dos —advirtió él con seriedad.

Sooz soltó un bufido.

—¿Veis a lo qué me refería?

—Ya basta, Raoul —se quejó la chica con tono firme, como si tuviera la capacidad de controlar a aquel ser humano, arruinado por años de halagos.

—Díselo a ellas, que siguen sin trepar; no a mí.

—Enséñales cómo hacerlo —ordenó ella, empujándolo con la pierna. Raoul cayó al suelo con un sonoro topetazo y un quejido aún más alto. Maldijo durante unos instantes el dolor que estaba sintiendo en la pierna, pero ni una sola vez insultó a la causante de su dolor.

—Gracias por ayudarme a bajar —se limitó a decirle con un tono sarcástico pero mucho más suave de lo que hubiera esperado de una persona que acababa de retorcerse de dolor.

—De nada —contestó ella, con cierto arrepentimiento.

Raoul se acercó al árbol cojeando, pero con una sonrisa animada. Ash comenzó a preguntarse si el carácter del joven no era tan malo como se esforzaba en demostrar.

Las ayudó a trepar y, cuando estuvieron todos arriba, Ash tuvo que desplazarse al extremo exterior de la rama, allí donde se estrechaba peligrosamente. Se concentró en sus pies y en que éstos pisaran con seguridad la delicada zona que comenzaba a ceder bajo su peso. Entonces, sintió algo duro y frío golpeando su frente. Pasmada, levantó la cabeza pero se encontró solo con el oscuro cielo en su camino.

—¿Qué ha sido eso? —Le preguntó Driamma, justo detrás de ella.

Alargó el brazo hacia el cielo con cautela, y a mitad del camino, justo donde se había golpeado la cabeza, su mano se topó con una superficie lisa e invisible. Los demás la observaron palpar lo que no podían ver, como un mimo acariciando una pared en el aire.

—¿Sientes un hueco más profundo que el resto? —Preguntó la amiga de Raoul, que estaba justo detrás de Driamma.

Volvió a pasar su mano por la superficie, buscando lo que acababan de indicarle, hasta que sintió una hendidura que contenía algo rugoso, como pequeños botones.

—Tienes que dibujar el patrón de un árbol —continuó la chica, describiendo la forma en el aire.

Ash intentó reproducir lo visto lo mejor posible y, aunque los dibujos nunca habían sido lo suyo, un estruendo anunció que algo en la superficie se movía. Lo primero que vieron fue la luz a través de una puerta abriéndose, y el ruido de la música que lo acompañó.

La puerta daba a una especie de sala, aunque Ash no logró ver más allá del abultado hombre que bloqueaba la entrada. El portero les pidió sus identificaciones y se apartó de la puerta para que pudiera entrar en la plataforma invisible. Aunque no se atrevió a avanzar demasiado, pues la sensación de caminar en un suelo invisible, a tres metros sobre el parque, era demasiado extraña.

Tras los porteros había una larga cortina de agua encerrándolos en un semicírculo, tan caudalosa que no permitía ver qué había más allá del *hall*. Ash no pudo evitar acordarse de Kaudalon, aunque aquella cascada reutilizaba una y otra vez el agua.

Cuando los porteros terminaron de registrar a los demás, desactivaron la cortina de agua el tiempo suficiente como para que pudieran entrar en lo que, posiblemente, sería la última *BackStreet* de la historia de Noé.

La gigantesca sala que se encontraba al otro lado de la cortina de agua también estaba suspendida en el aire. Las paredes y el techo estaban hechos de cielo negro, y el suelo flotaba vertiginosamente sobre el césped del parque.

Ash se sintió un tanto abrumada, pues jamás había visto tal concentración de cuerpos; ni siquiera aquel día en la estación de Noé.

Todos ellos eran jóvenes y bullían con energía y vitalidad. Excitados, intentaban hablar más alto que la música, bailando a un ritmo frenético. Otros, serpenteando, torpes y claramente intoxicados.

Era extraño observar aquella marabunta humana que se movía constantemente, pero sin desplazarse, en una especie de caos sincronizado.

Las luces de colores que bombardeaban la sala de forma intermitente a veces, y constante otras, rebotaban contra las paredes invisibles, creando un mágico reflejo y ayudando a reconocer los límites de la sala.

Había una escalera abarrotada de gente que llevaba a un segundo nivel.

—¿Cómo es posible que todo este lugar sea invisible? —Exclamó Driamma a su espalda.

—No es invisible —corrigió Raoul—. Los organizadores de la BackStreet no tienen una varita mágica, ¿sabes?

—¿Ah, no? —Preguntó Driamma con incredulidad—. No sé tú, pero yo no he visto ni oído nada de esto cuando estábamos ahí fuera.

—No es magia, sino el mejor camuflaje que hayas visto jamás. Las paredes exteriores están hechas de pantallas que muestran la imagen del cielo. Si hubieras sospechado que este lugar estaba aquí y hubieras observado el cielo con atención, quizá habrías visto algo raro. También si te hubieses chocado con alguna de las columnas que lo sujetan. Por eso está en una parte recóndita del parque.

Driamma sonrió, impresionada. Lo que inmediatamente logró poner a Ash de buen humor. Su amiga no había tenido ocasiones para sonreír mucho últimamente. Pero nada mejor que el descubrimiento de cosas nunca vistas para distraer a una alma dolorida.

Sooz se le acercó por detrás.

—Creo que no le gusto a la tal Robyn —le susurró al oído—. La he sorprendido varias veces observándome de una manera extraña.

De forma automática, Ash giró el cuello para observar a la susodicha, pero Sooz se lo impidió, agarrándola por el bazo.

—Puede que esté celosa.

Sooz arrugó la nariz.

—No lo creo. Ella y Davini son como hermanos. Robyn era la hija de la criada de los Davini en la Tierra. Sus padres murieron en la guerra y los padres de Davini la acogieron con ellos. Viven en la misma casa y todo. Como hermanos de verdad.

Se detuvieron para esperar a que una fila de gente, que se dirigía también a la escalera, avanzara a través del estrecho hueco que milagrosamente se había abierto entre la multitud. Ash aprovechó para girarse y mirar a la pareja de soslayo. Un joven acababa de entrelazar su brazo al de Robyn y le gritaba algo al oído, acercándose más de lo necesario. Raoul le dedicó tal mirada de amenaza, que el muchacho la soltó de inmediato, regresando a su grupo.

—Supongo que algunas amistades son complicadas.

—¿Qué? —Gritó Sooz. En aquella zona, el volumen de la música se hacía insoportable.

Sacudió la cabeza, quitándole importancia, y volvieron a emprender el arduo camino hacia las escaleras. En su ascenso a la segunda planta se cruzaron con un chico cuya mirada se enroscó en la suya por más tiempo que el de ningún otro cuerpo. Se sintió atraída de inmediato, y una sensación de adrenalina la despertó y la metió en la fiesta de lleno. El joven se detuvo en los peldaños más bajos al cruzarse con Raoul y se saludaron con familiaridad, intercambiando algunas palabras antes de continuar su descenso.

En la planta de arriba se encontraban las tres barras dispuestas en formas de C, que no daban abasto para atender a los clientes. Por suerte, la música les llegaba un tanto mitigada, y la comunicación era mucho más sencilla.

Tuvieron que hacer uso de sus codos para ganarse un pequeño hueco en la barra, e incluso después de lograrlo, Sooz tuvo que hacer aspavientos con insistencia para solicitar la atención del camarero.

A medio metro de ellas, la gente se apartó de la barra para dar paso a Raoul, y los camareros prácticamente se pelearon por atenderle.

Sooz puso los ojos en blanco, con irritación, y cuando Raoul le ofreció la primera bebida que consiguió, ella la rechazó, intentando conseguir una por su propia cuenta. Por lo que Raoul se la entregó a Ash.

Probó el alcohol por primera vez en su vida, y le pareció que no había sido creado para tocar el paladar humano. Gotas de veneno flotando en agua y limón que bebió como una medicina rápida y efectiva para sus inseguridades. O, al menos, eso era lo que tenía entendido.

—Los bars están abajo —anunció Driamma al regresar del servicio.

El corazón de Ash dio un vuelco al oírlo, incluso a pesar de estar finalizando la primera copa de veneno. De momento, lo único que sentía era cierta presión en la cabeza. Se preguntó si el alcohol no tendría ningún efecto desinhibidor sobre ella.

—¿Gábor se ha traído a su nueva novia? —Le preguntó Sooz.

—No había ninguna chica con ellos. ¿Tiene novia?

Ash observó la conversación como quien observa un partido de tenis. Lentamente, se llevó una mano al corazón y se sorprendió al no encontrar sangre allí porque el dolor que estaba sintiendo no era emocional; era intenso y acuciantemente físico, como si un cuchillo de acero muy real le hubiera atravesado el órgano.

—Sí, lleva dos meses con ella —contestó Sooz—. Por fin me lo confesó: es una chica de la ciudad, por eso sale todos los fines de semana.

Dos meses, pensó Ash mientras se desangraba despacio. Eso quería decir que ya estaba con ella aquella noche en su balcón, la misma noche que, jugando a la baraja del beso, la obligó a confesarle sus sentimientos por él. ¿Por qué lo había hecho si estaba saliendo con otra? ¿Qué necesidad tenía de obligarla a declararse para nada? En su cabeza repasó todas las escenas que había compartido con él en esos dos últimos meses. Las repasó con la nueva luz de la información que acababa de recibir y, aunque el dolor no desapareció, el respeto por sí misma comenzó a calmarlo. Esa era la última prueba de que Gábor no era lo bastante bueno. Se dijo que compadecía a esa chica que, en algún lugar, estaba empezado una relación con alguien a quien le gustaba demasiado jugar con otras, con alguien que, si no era capaz de concederle exclusividad al principio de la relación, nunca se la concedería.

—...Sí, está muy enamorado, le conozco.

Aunque se había perdido parte de la conversación por estar inmersa en sus cavilaciones, esas últimas palabras le llegaron altas y claras, hundiendo el filo del cuchillo una vez más. Pero esta vez dolió menos, pues la herida ya estaba abierta y el daño hecho.

Con pies que se resbalaban en la sangre metafórica que estaba derramando su corazón sobre el suelo, se alejó de las chicas para acercarse a la barra. Raoul y Robyn estaban pidiendo sus propias bebidas, por lo que se inclinó sobre este para solicitar otra copa de lo mismo. Desconocía el contenido, que era totalmente desagradable al gusto y no lograba embriagarla. Pero, por alguna razón, quería

otro.

Al final de su tercera copa, Ash se puso en movimiento para ir hasta los servicios y notó algo extraño en su caminar, pues tuvo que concentrarse más de normal para mantener el equilibrio. Nada alarmante. De hecho, su habitual predisposición a la preocupación parecía haberse ido de vacaciones, y su cerebro no se detenía demasiado en pensamientos, sino que se mantenía superficial y animado. Eso le gustó.

Le gustó un poco menos la dificultad, añadida por el alcohol, a la ya ardua tarea de utilizar un servicio público. Pero al fin lo logró. Higienizó sus manos, intentando no mirar su reflejo en el espejo para no arriesgarse a que una mala imagen arruinara su buen humor. Decidió rodear la habitación, avanzando cerca de la pared en lugar de atravesarla. Le sería más fácil encontrar a los demás con esta de referencia. De pronto, sintió que alguien tiraba de su brazo y cayó sentada sobre el regazo del chico de las escaleras, el amigo de Raoul. Intentó levantarse, pero él volvió a tirar de ella esta vez, permitiéndole sentarse a su lado, aunque muy cerca.

—Me temo que voy a necesitar tu colaboración.

Ash se limitó a mirarle, incapaz de pensar en otra cosa aparte de lo bonita que le parecía su piel morena; tenía ganas de acariciarle para comprobar su textura.

—Necesito que me digas tu nombre, pues he sido incapaz de encontrar tu Facebook, ni a través de Raoul, ni a través de Robyn.

Era perfectamente consciente de que aún la sostenía por la muñeca, cuando no había necesidad alguna para ello.

—¿Para qué quieres mi Facebook?

—¿Cómo, si no, voy a decidir si besarte o no? —Preguntó él, con toda naturalidad, como si hablaran de invertir en bolsa.

En una situación normal, Ash hubiera sufrido una parada cardíaca; sin embargo, ya fuera por la normalidad con que él afrontaba la situación, o por el líquido que recorría sus venas, no se puso nerviosa del todo.

—¿Encontrarías en Facebook la respuesta?

El chico asintió, y una sonrisa lenta curvó sus labios.

—No sé nada de ti. Podrías ser una psicópata.

—La psicopatía fue erradicada hace más sesenta años —soltó sin pensar, y la pequeña parte de su mente que aún la censuraba gimió tímidamente.

Sin embargo, él no pareció encontrar su respuesta pedante, sino que saltó enseguida.

—¿Qué se supone que debo hacer entonces? —Continuó con fingido horror—: ¿Preguntarle a Davini por ti? ¿Pedirle que nos presente?

—Yo tampoco tengo acceso a tu perfil.

—Lo sé —sonrió él—. Es extraño conocer a alguien de esta forma. Es tan siglo XX.

Ash se levantó despacio. Él la imitó.

—Entonces no debes hacerlo.

Se acercó a ella más de lo necesario para hacerse oír a través de la música.

—Definitivamente no debería hacerlo.

La miró profundo, dentro de sus ojos. Una mirada que hablaba por sí sola. A pesar de su inexperiencia, entendió el mensaje con claridad. Sorprendiéndose a sí misma, terminó de cubrir la poca distancia que él había dejado. El muchacho la recibió moviendo sus labios de forma tan lenta y habilidosa que lo adoró de inmediato.

En lugar de desear salir corriendo, como le había ocurrido con Taly, e incluso con Gábor, quería más. Pues aquel desconocido tan atractivo significaba dramas. Porque, al no conocerlo ni formar parte de su círculo diario, las presiones desaparecían.

De alguna forma, aquel extraño sabía exactamente cómo tratarla y no pudo evitar recordar aquella canción de los Rolling Stones, «No siempre puedes obtener lo que quieres, pero a veces obtienes lo que necesitas.»

Tras tontear un rato, se dirigieron hacia donde estaban los demás, y él se alejó para hablar con un amigo.

Fue entonces cuando notó algo agarrándole el brazo.

—No hables con desconocidos.

Levantó la mirada, sin poder creer lo que se encontró:

A Gábor, con cara de pocos amigos.

Ash estaba de demasiado buen humor como para dejar que su comentario celoso la molestara.

—¿Qué haces aquí?

—Nunca me pierdo una *Backstreet*.

—¿Y tu novia?

Contuvo una mueca antes de contestarla.

—No ha venido.

El joven, que se llamaba Hadi, la llamó con la mano, pero cuando Ash inició el paso, Gábor la agarró por la muñeca.

—¿Dónde vas? Tus amigas te están buscando.

Era el colmo.

—Hadi es mi amigo ahora —se limitó a decir ella, intentando desasirse de su agarre.

Gábor giró el cuello y exclamó:

—Driamma, la he encontrado.

Antes de que Ash pudiera dar otro paso, ésta la había enganchado del brazo.

—¿Dónde estabas? Has tardado un montón.

Gábor se mostró complacido con el placaje de Driamma.

—No vuelvas a dejarla sola. Hay mucho borracho suelto —le indicó, antes de

alejarse hacia los demás.

Ash contempló su espalda con la boca abierta de pura indignación. ¿Cuál era su problema? No la quería, estaba felizmente emparejado con otra, pero no la dejaba en paz. Ni siquiera la dejaba hablar con otro en una fiesta.

Driamma la arrastró hacia los demás, y en cuanto Sooz las vio se unió a la interrogación. Ash les resumió lo ocurrido con Hadi, incluso a sabiendas de que Gábor estaba descaradamente escuchando su conversación. Entonces, él decidió agarrarla de la mano y haciéndola dar un giro comenzó a bailar con ella.

Ash volvió a sentir aquel poderoso imán que la dejaba inutilizada cada vez que lo tenía cerca. Todos los sentimientos profundos y electrizantes que la embargaban cuando estaba con él volvieron a la inundarla. Se odió a sí misma por ello y por sentirse feliz ante sus celos.

Pero Hadi le había mostrado que era capaz de sentir cosas por otros, y eso la empujó a desmitificar a Gábor. Bajarle de su pedestal de dios del Olimpo y darse cuenta, por primera vez, de que no era más que un chico que le gustaba. Quizá los fuertes sentimientos que tenía por él no eran más que el fruto de su inexperiencia. Quizá si hubiera conocido a más jóvenes de su gusto, él no le parecería tan excepcional. Quizá era ella y no él.

Ese descubrimiento la cambió por completo.

—Eres otra esta noche —le susurró él al oído. Casi como una acusación.

Probablemente porque por primera vez no lo miraba como si se tratara de un ser extraordinario.

—Me acabo de dar cuenta de algo —se limitó a decir.

Él la miró, un tanto dolido, y sin entenderla la entendió.

—¿Ya no soy tu plato favorito?

Gábor era más inseguro de lo que ella había supuesto en un principio, y por fin comprendió qué era lo que quería de ella. Entender eso fue posiblemente una de las revelaciones más dolorosas, y a la vez más liberadoras de su vida. Él no la quería. Si lo hiciera, estaría con ella y no con la otra chica. Lo que él quería de ella era verse reflejado en el espejo de sus ojos. Unos ojos que lo observaban con admiración y

adoración, y alimentaban su ego del mejor festín imaginable.

Dibujó una amarga sonrisa, riéndose de sí misma por haber creído que miradas furtivas, gestos y pequeños detalles significaban que en el fondo, la quería. Si estás empeñada en creer algo, encuentras señales que lo prueben en las cosas más insignificantes.

—¿Sabes? Tú eres muy especial para mí —continuó él.

Claro que lo era, ¿quién más iba a idolatrarlo de esa forma?

—Tú también eres muy especial para mí, rubiales —le dijo, viendo cómo se sorprendía ante su comportamiento poco común.

Divertido, miró el vaso de ginebra de su mano, como culpándolo por el cambio.

No contenta con ello, y sintiéndose por primera vez en control de la situación desde que lo conociera, se puso de puntillas y le dio un beso en el cuello. Lo hizo por sí misma, porque después de todo lo que había jugado con ella, se lo merecía. Pero se complació al notar la reacción del cuerpo de él ante ese acercamiento tan inesperado. La tormenta que se había desatado en sus ojos de Casanova, acompañada de cierta irritación por saber que la cosa no podía ir más allá.

—Adiós, Gábor.

Sin más, giró sobre sus talones y lo dejó solo.

Esa noche iba sobre ella. Esa noche no pensaba ser su espejo.

Sooz miró de reojo a Elek, sintiéndose totalmente incómoda con la situación. Ash había desaparecido de nuevo con el amigo de Raoul, y Driamma bailaba con los demás amigos de este. Raoul y Robyn también habían desaparecido. Y ahora Gábor y Taly se alejaban hacia la barra, dejándola repentinamente «a solas» con Elek.

Cuando lo miró de reojo, lo descubrió observándola abiertamente, lo que no

hizo más que acrecentar su nerviosismo. Estaba tan *sexy* aquella noche, con aquella sudadera azul marino con detalles en blanco, que hacía destacar la belleza de sus ojos casi tanto como su piel. No era la única que lo pensaba. Como una penitencia impuesta por el karma, había tenido que asistir impasible y ver cómo montones de chicas lo miraban, le sonreían, iniciaban una forzada conversación con él e intentaban captar su atención de distintas formas. Ahora mismo había un grupo que, a pesar de haberlo intentado ya sin ninguna suerte, volvían a observarlo al verlo solo.

Una de ellas era fastidiosamente guapa y no quería presenciarlo. Pero si se alejaba ahora, más que arreglar las cosas entre ellos, iba a declararle la guerra. Respiró hondo y se giró, decidida a decir algo.

—Zsuzsanna, quiero pedirte disculpas —se le adelantó él.

Sooz se mordió el labio con nerviosismo.

—No tienes por qué. Ya no estoy enfadada por lo de Driamma.

—No por lo de Driamma —corrigió él, logrando sorprenderla—. Quiero pedirte perdón por nosotros. Por haberte presionado con esa estúpida apuesta.

Sooz lo miró con el entrecejo fruncido y Elek suspiró, intentando encontrar la manera de explicárselo.

—Durante un tiempo pensé que todas esas cosas que sentía cuando estábamos juntos eran demasiado fuertes como para que tu no sintieras lo mismo. —Sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa triste como si estuviera riéndose de sí mismo—. Cuando escuchaba el despertador por las mañanas no lo odiaba, porque sabía que iba a verte en clase y me vestía pensando en lo que opinarías tú de mi aspecto. Esos sentimientos me hacían sentir tan vivo que de veras creía que estarías en tu habitación pasando por lo mismo. Por eso te presioné hasta conseguirte con esa estúpida apuesta.

—Elek... —comenzó.

—Créeme que me arrepiento porque todo el daño que me has hecho ha sido auto-infligido. Debería haber aceptado el «no» desde el principio, y haberme resignado a verte como una amiga. Como me ves tú a mí.

—Elek, yo no...

—No quiero perderte como amiga. Porque aprecio la manera en que puedo hablar contigo de cualquier cosa, y lo inteligente que eres. Aunque todo este tiempo intenté verte solo como una hermana, no lograba ignorar todas las cosas no fraternales que se me pasaban por la cabeza. Pero aquella noche, jugando a la baraja del beso, cuando me di cuenta de que me habías utilizado para librarte de tu virginidad antes de tu cita con Raoul, algo se rompió dentro de mí. Dolió tanto que intenté vengarme a través de Driamma. Pero cuando vi que ni siquiera eso te importaba, lo comprendí. Jamás ibas a sentir más que amistad por mí. Me siento liberado. Todos esos sentimientos, la emoción y la ilusión dentro de mí, han muerto y ahora, por fin, podemos ser solo amigos.

Sooz sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Las palabras «han muerto» retumbaban en su cerebro como una taladradora. Se inclinó hacia adelante al notar que el suelo tiraba de su rostro.

Elek la abrazó, interpretando el gesto como un acercamiento, y Sooz lo agradeció porque así no podría ver la expresión de su cara.

—¿Amigos? —Susurró él en su cuello.

Incapaz de decir nada, asintió y, separándose de él, se excusó con que necesitaba ir al servicio. No había dado ni dos pasos cuando las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Una mano la agarró de la muñeca y la detuvo en seco.

—¿Qué te ocurre?

Era Ash, contemplándola con preocupación.

—Déjame en paz —le espetó, apartando su mano.

La joven la miró con ojos como platos.

—No te pongas así, estás borracha. ¿Te has peleado con Elek?

—¿Qué ocurre? —Preguntó Driamma, que había visto la escena.

—¿Por qué debería contártelo a ti? —Espetó Sooz, con los ojos clavados en Ash—. No es que tú me cuentes nada. Ni siquiera confías en mí para contarme tu estúpido secreto.

—¿Qué secreto? ¿De qué estáis hablando?

Ash suspiró.

—Lo siento, ¿vale? Me avergüenza...

—¿Cómo puedes avergonzarte de algo así? —Inquirió Sooz, sin poder entenderlo.

Ash se pasó las manos por la cara.

—Pues porque es el típico imbécil...

—¿Estás colada por Gábor? —La interrumpió Driamma, sacando conclusiones.

—¿Qué? —Preguntó Sooz, confundida. Al parecer, sí que estaba embriagada, pues a su cerebro le costaba pasar de un razonamiento a otro.

La chica se mordió el labio, avergonzada.

—Oh, Ash —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Sé que es mi hermano, pero no merece la pena.

—Lo sé —aseguró, haciendo un aspaviento para desechar el tema.

—Un momento —interrumpió Driamma, pareciendo darse cuenta de algo—. Tú no sabías lo de Ash y Gábor. Así que, ¿cuál es el secreto?

Sooz miró a Ash para ver cómo ésta, con ojos como platos, comprendía al fin de qué se trataba, y la vio palidecer bajo su mirada.

Asintió despacio, corroborando lo que Ash ya parecía haber entendido. Se alegraba de haberlo sacado al fin, y estaba deseando escuchar toda la historia si la chica no se desmayaba primero.

Pero en ese instante fueron interrumpidas por Taly, que se acercó a ellas de sopetón. Parecía alarmado.

—Tenemos que irnos ahora mismo —les gritó por encima de la música antes de alcanzarlas—. Hay un código rojo en la Academia.

Capítulo 23

Era la primera vez que Ash estaba en aquella zona de la Academia. Era mucho más militar que el resto de las instalaciones. Tanto que le recordó a Pentace.

La sala a la cual los habían conducido era similar a las salas de mando de Pentace, aunque mucho más pequeña.

Un oficial con uniforme militar encaraba dos enormes imágenes holográficas, de dos metros cuadrados cada una, que se abrían como un libro. Una cara mostraba la imagen exterior de una nave que flotaba en el espacio, a dos kilómetros sobre sus cabezas. La otra cara mostraba el interior de la nave.

Era minúscula. Apenas cabían sentados sus dos ocupantes. Nada tenía que ver con los buques que Ash estaba acostumbrada a ver en Pentace, ni con aquél en el que había viajado hasta Noé meses atrás.

Sooz le había explicado, en el camino, que se trataba de la nave para prácticas de navegación de la Academia. Con ella había aprendido a pilotar el curso anterior, al igual que los demás. Pero, al parecer, Cantka no había superado el curso de pilotaje con mucho éxito y, por esa razón, ella y Tesk se encontraban en una clase de recuperación. Tesk era el único de los profesores con conocimientos de pilotaje; algo que había aprendido en su carrera militar.

—¿Cuál es el problema? —Se apresuró a preguntar Gábor.

—El mando de maniobras se ha roto —explicó Grellar con manifiesta ansiedad—. Y el de repuesto no estaba en la nave. Así que el oficial está intentando explicarles cómo repararlo.

—¿Por qué han salido a pilotar a estas horas? —Preguntó Elek en un tono más bajo.

—Quieren que practiquemos —Respondió el chico—. Llevamos toda la tarde de prácticas. Justo antes de ella he ido yo. Podía haberme pasado a mí.

—Lo dices como si estuvieran muertos —rio Driamma. Pero al observar que nadie reía con ella, palideció—. No pasa nada, ¿no? —Preguntó con creciente alarma. Giró la cabeza para mirar al oficial que, frente a la imagen holográfica, discutía sobre el estado del mando con Tesk y Cantka—. Lo pueden arreglar. ¿Verdad?

—Suéltalo, Grellar —masculló Gábor con gravedad.

El chico apretó los labios mientras movía las manos con agitación.

—Les quedan menos de diez minutos de oxígeno.

Ash escuchó la declaración, y el escándalo que la siguió, como si estuviera soñando. El alcohol, junto con la situación, la mantenía inmersa en un estado de irrealidad. Como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviera viendo una película.

—¿Dónde está Lozis? —Preguntó Sooz.

—¿Qué significa que solo les quedan diez minutos? ¿Qué está ocurriendo? —Driamma estaba pasando rápidamente de la confusión al pánico. Se acercó a la pantalla y comenzó a gritarle a Tesk. El oficial intentó que se detuviera, y el nerviosísimo de Tesk, que hasta el momento parecía estar llevándolo con asombrosa templanza, se acrecentó al ver a la chica.

Elek y Taly avanzaron para sujetarla y apartarla de las pantallas, cuyo resplandor azul sobre la sala le puso a Ash la piel de gallina. Era como si la muerte se encontrara ya entre ellos. Aun así, no logró decir nada; ni siquiera moverse.

—Ash.

Sooz estaba gritando su nombre, pero sus oídos parecían taponados por la sangre que palpitaba en las venas de su cabeza. Sentía su cráneo como una olla a presión. Ni siquiera se molestó en contestarle; de hecho, no podía. Necesitaba alejarse un poco de las voces de sus compañeros.

Se acercó al oficial, que había iniciado un contador de los minutos de oxígeno que les quedaban. Ash miró los pequeños números, flotando delante de ella sin poder creer que dos vidas se estuvieran esfumando con ellos.

—¿Qué tipo de mando es? —Preguntó, extrañamente consciente del llanto de Driamma de fondo, y de la discusión entre los demás. Aún le parecía irreal.

—El oficial la miró, perplejo, durante dos segundos. El propio estrés del hombre comenzaba a notarse en su rostro, a pesar de su entrenamiento militar.

Pero enseguida la reconoció de Pentace. Su rostro mostró tal alivio que Ash tuvo ganas de echarse a llorar. Si el hombre esperaba que ella hiciera algo, iba a tener que despertarla del extraño trance en que se encontraba.

—Es el modelo común, pero no hay manera de reparar el enganche ni nada con que poder reemplazarlo —le explicó, desesperado—. ¿Qué opinas?

Tuvo ganas de abofetearlo, por mirarla como si tuviera una varita mágica. ¿Cómo demonios pensaba que iba a reparar un mando sin tenerlo siquiera delante?

No, era imposible. La triste verdad era que iban a morir, y ella iba a presenciárselo desde primera fila.

La única manera de mover una nave sin un mando era...

—Cantka —gritó de repente, acercándose aún más a la pantalla—. Driamma, cierra la puta boca.

Eso valió para lograr el más absoluto silencio en la sala.

—¿Has bebido? —Preguntó el oficial, sin poder creerlo, incluso después de que las palabras salieran de su boca.

—Cantka, escúchame atentamente —dijo, ignorando al oficial y la manera en que su lengua parecía retorcerse cuando intentaba hablar—. El sistema cinético de la nave responde a un código DAT regular. Pero en cada nave está cifrado para evitar que otra nave pueda controlarla. Solo tienes que memorizar el símbolo correspondiente a cada código, y podrás mover la nave sin el mando.

—¿Qué? —Comenzó Cantka. ¿Cómo voy a memorizar mil caracteres en siete minutos?

—No tienes que memorizarlos, sino crear *links* en tu Secbra pero tienes que concentrarte.

Cantka cerró los ojos con fuerza y conectó con el sistema de la nave.

—Ahí está —anunció, sin abrirlos—. Es cierto, está encriptado.

—Si seleccionas un símbolo verás el dígito que le corresponde —continuó Ash.

—Sí, pero en cuanto selecciono otro, ese vuelve a encriptarse. Es imposible.

—Cantka, los *links* —le recordó Ash—. Crea *links* en tu Secbra para cada uno de ellos.

Cantka abrió los ojos un segundo para volver a cerrarlos inmediatamente. Los apretaba con fuerza y balanceaba la cabeza ligera y rítmicamente.

—Llevo veinte —anunció tras un minuto.

—Va demasiado despacio. No le va a dar tiempo.

Ash escuchó sus pensamientos, susurrados en la boca del oficial. Cerró los ojos con desesperación.

El barullo a su espalda se reanudó. Todos sabían que no le iba a dar tiempo. Tesk también lo sabía, lo podía ver en la palidez de su rostro, que era la cara misma del arrepentimiento. Ciertamente, se arrepentía de haber salido sin revisar la nave.

—Driamma —llamó el profesor—. Tengo algo que decirte. Acércate a la pantalla por favor.

Ash no pudo soportar el tono de despedida de Tesk. Driamma estaba llorando demasiado como para poder decir nada coherente. También Sooz lloraba, aunque en silencio.

—Tengo algo muy importante que decirte.

—Cinco minutos —anunció el oficial—. No hables, el oxígeno.

—Silencio —le gritó Tesk al hombre, y volvió a centrarse en la chica—. Driamma, yo...

—Para, Cantka —gritó Ash por segunda vez, logrando el silencio—. Vas demasiado despacio. Yo misma voy a hacerlo.

—¿Cómo vas a hacerlo? La nave está demasiado lejos como para conectar con el ordenador de a bordo.

—¡Callaos todos! —Gritó, llevándose ambas manos a la frente. Utilizó el troyano, con el que había entrado tantas veces en el Secbra de Driamma, para entrar en el de Cantka. Una vez dentro vio lo mismo que la muchacha y recommenzó la tarea desde donde ésta la había dejado.

Cantka podía ver lo que estaba haciendo. Y comenzó a emparejar por el otro extremo.

«Código, enlace; código, enlace.»

La mente de Ash, lejos de haber sido afectada por alcohol, parecía concentrarse con mayor facilidad, pues éste adormecía sus nervios, y sus sentimientos no interfirieron. Nada más importaba. Solo su cabeza y los códigos.

En cuatro minutos, ambos comenzaron a toser y Cantka se desmayó. Por suerte, su Secbra seguía conectado, a pesar de que el cerebro de la chica hubiera perdido consciencia. Ash aún podía usarlo para terminar la secuencia. Llevaban un minuto sin oxígeno cuando logró terminarla y mover la nave esos doce metros que los separaban de la vida.

Una vez la nave estuvo acoplada con el puerto de Noé, los niveles de oxígeno se recargaron, pero sus dos ocupantes no recobraron el conocimiento.

A través de la pantalla vieron cómo un grupo de médicos abrían las compuertas y atendían a Tesk y a Cantka. Los reanimaron y conectaron a máquinas de oxígeno para evitar daños cerebrales.

Ash salió de su cápsula mental, pero el único sonido en la habitación, aparte del que emitía la pantalla, era el llanto de Driamma.

—Habíamos discutido —la oyó decir entre sollozos—. Le dije cosas horribles, no le hablé durante una semana... ¿Va a estar bien?

—El equipo médico los está atendiendo ahora mismo. Por suerte no han estado privados de oxígeno durante demasiado tiempo —aseguró el oficial.

Una vez los colocaron en camillas y los movieron hacia el ascensor de descenso al interior de Noé, desaparecieron de la cámara.

Elek se giró entonces para contemplar a Ash.

—¿Cómo demonios has hecho eso? —Le preguntó.

Todos la miraban, expectantes. Ash sintió que un dolor punzante retorció su estómago. Su cabeza, relajada después de todo el esfuerzo y la tensión, comenzó a darle vueltas.

—Ha entrado en mi Secbra con un troyano.

Todos se giraron al oír la voz de Cantka. El ascensor que llevaba al casco exterior de Noé se había abierto, conteniendo al equipo médico y a Tesk, y a la chica sobre dos camillas.

El médico intentó forzarla para que volviera a colocarse la mascarilla de oxígeno.

—¿De qué estás hablando? —Inquirió Gábor, mientras Driamma corría a abrazar a Tesk.

—Ha entrado en mi Secbra con un troyano robado. Un troyano firmado por Lashira Khan —exclamó Cantka y se irguió en la camilla para ponerse más a la altura de los demás—. Tenemos que denunciarla.

—¡Maldita ingrata! —Chilló Sooz, saliéndole al encuentro—. ¿Te das cuenta de que te ha salvado la vida?

Cantka terminó de sentarse sobre la camilla y observó a su compañera con seriedad.

—Lo sé, pero ha robado un troyano que puede colarse y hacer cualquier cosa en cualquier Secbra. ¿Sois conscientes de lo peligroso que es eso? No podemos dejarlo pasar porque nos haya salvado la vida.

Un murmullo de confusión llenó la sala.

—Lashira Khan debe saber que su trabajo no está a salvo. —Cantka elevó la voz, intentando convencer a sus compañeros.

—¿Qué significa todo esto? —Preguntó el oficial, confundido, mirando a Ash.

—Ash —rogó Sooz—. ¿Cómo puedes dejar que te llame ladrona?

Se inclinó, sintiendo cómo su estómago se doblaba antes los nervios y el alcohol ingerido.

—Lo siento, pero necesitamos denunciarla de inmediato. Es muy peligrosa —continuó Cantka, enfureciendo aún más a Sooz. Ésta dejó de contemplarla para encarar a Cantka y exclamar de forma que todos pudieran oírla:

—Escúchame bien, estúpida desagradecida. Ash no le ha robado ese troyano a nadie. Lo ha hecho ella.

—Eso es mentira. El troyano está firmado por Lashira Khan. Lo he visto —aseguró Cantka con convicción.

—Aquí la única mentirosa eres tú —le espetó Sooz—. Nos contaste a todos que conocías a Lashira Khan, pero te lo inventaste todo.

—Puede —admitió Cantka, confusa—. Pero, al menos, no soy una hacker peligrosa. Oficial, reporte a Ashling Barrott por piratería y robo de la propiedad intelectual de Lashira Khan.

El oficial arrugó el entrecejo y se volvió hacia Ash de nuevo. Sooz se llevó las manos a la cabeza, irritada.

—Ash no le ha robado ese troyano a Khan. *Ella* es Lashira Khan.

En el silencio que siguió a esa confesión, solo se escuchó el ruido de las cabezas tornándose para mirarla. Entonces, como primera actuación pública «fuera del armario», se dobló sobre sí misma y vomitó.

Capítulo 24

Ash exhaló un suspiro de impaciencia mientras su pierna rebotaba nerviosa y rítmicamente sobre su colchón. Volvió a soltar una bocanada de aire, reuniendo fuerzas para enfrentarse al exterior. Hacía una hora que había restablecido su Facebook y no se sorprendió al ver la cantidad de solicitudes de amistad que había recibido: Driamma, Sooz, Elek, Taly, Grellar, incluso Cantka. Sacudió la cabeza al ver el nombre de la chica. Facebook le había dado un nuevo significado a la palabra «amistad».

No obstante, había un nombre que brillaba por su ausencia. Gábor no le había enviado ninguna solicitud. Ash se preguntó si sería porque aún estaba durmiendo, o si estaría enfadado porque albergaba sentimientos por ella y le había impactado descubrir que era el genio informático que tanto admiraba.

Sin embargo, frenó el tren de pensamientos al recordar las dolorosas palabras de Elek: «No hay mayor estupidez que volverte loco analizando los posibles sentimientos ocultos de otra persona, cuando todo lo que cuenta son sus acciones.»

Quien sí le había mandado un mensaje era su hermana Kara, exigiendo saber qué había ocurrido.

Bajo ninguna circunstancia su cuerpo podía esperar a que la larga y detallada conversación con Kara tuviera lugar. Necesitaba agua, glucosa y vitamina B12 de inmediato. Por lo que contestó con un sumario de lo que vendría después, para que su hermana se relajara.

Lo saben

Anoche estuvimos con Raoul Riquini en una fiesta clandestina

Anoche besé a un chico

Anoche salvé dos vidas :-)

Resaca masiva :-S

Necesito combustible

Hablamos luego

Aquella respuesta, lejos de aplacar a Kara, la avivó aún más y otro mensaje de desesperación le llegó, instándola a llamarla en ese mismo instante. También sus padres le habían escrito pidiéndole lo mismo. Pero el hecho de que la tecnología la hiciera accesible en cualquier instante, no quería decir que tuviera que estar disponible las veinticuatro horas del día. Ciertas líneas no debían cruzarse.

Se vistió y, con celeridad, se dirigió al comedor. Como había sospechado, la comida y el zumo de naranja lograron reanimarla casi por completo. Al final de su desayuno, recibió más solicitudes de amistad y otros tres mensajes en Facebook. Nunca había tenido vida social y Facebook al mismo tiempo, por lo que se sintió un tanto abrumada. Ninguna de las notificaciones era de Gábor.

Uno de ellos era de Sooz, disculpándose por haberla descubierto, y convocándola al jardín. El otro era de su hermana:

Valeee... ¡lo capto! Llámame cuando puedas.

P.D: Estoy orgullosa de ti. Solo mi hermanita puede codearse con famosos, emborracharse, y salvar vidas, todo en la misma noche!!

Las solicitudes de amistad eran de otros alumnos de clase: Robyn, Raoul y Hadi. El tercer mensaje era de este último. Ash se apresuró en salir al jardín y localizar a las chicas. Necesitaba su asistencia para descifrar el mensaje de Hadi y deliberar una respuesta aceptable.

No la vieron acercarse hasta que la tuvieron a sus espaldas. Ash había creído que se sentiría avergonzada, pero acababa de darse cuenta de que ahora que no tenía nada que ocultar, se sentía liberada. Las sintió más cerca de sí que nunca antes.

Sooz la miró con mortificación, y se mordió los labios antes de comenzar la disculpa que se notaba que había ensayado durante toda la mañana.

Ash no dijo nada acerca de las disculpas, sino que se acercó a la chica y la interrumpió:

—¿Empezamos de nuevo? —Les propuso a ambas—. Soy Ash Khan, la inventora del Secbra, y soy una neurótica sin autoestima.

Driamma sonrió.

—Yo soy Driamma Sandoval, acabo de perder a mi hermano y me declaro totalmente dependiente de vuestra amistad.

—Soy Sooz Krasznai, estoy enamorada hasta los huesos del mejor amigo de mi hermano y me alegro de que hace cinco meses vinierais a Noé.

—Tenemos que dejar de tener estas conversaciones tan cursis —se burló Driamma—. En serio... ¿Cuál es tu nombre? ¿Ash Barrott?, ¿Ash Khan?, ¿Lashira?... No entiendo nada.

—Mi verdadero nombre es, como bien has visto en Facebook, Lashira Khan,

pero todos me llaman Ash. Barrott es el apellido de mi padre, el cual adopté para venir aquí, a pesar de que, por ser chica, me corresponde Khan: el de mi madre. Lo hice para ocultar mi identidad, al igual que lo de unirme a la Liga. Y la razón por la que quería ocultar mi identidad era que, cuando me dijeron la tan alta consideración en la que me tenían los alumnos de la Academia de Noé, no sé, tuve miedo a decepcionarlos, a que las expectativas fueran demasiado altas y, además, lo último que quería era llamar la atención.

—Eres demasiado buena en esto como para no llamar la atención, Ash. Me da cuenta de que había algo sobre ti que no encajaba desde el principio.

Ash sonrió recordando lo que Kara le había dicho cuando llegaron a Noé, sobre que era demasiado brillante como para pasar desapercibida.

—En realidad, Sooz no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo —protestó Driamma—. Ella creía que eras una espía progresista, y la responsable de la destrucción de Kaudalon. Pero yo, que soy la inteligencia hecha persona, le dije: ¿Ash, una espía progresista? Para nada, simplemente es tímida. También sabía desde el principio que Sooz estaba enamorada de Elek, ¿Os acordáis que lo dije?

Ambas chicas pusieron los ojos en blanco.

Pero la conversación se vio interrumpida por un mensaje urgente que las convocaba al aula de inmediato.

En medio minuto habían alcanzado la explanada.

Tesk las miró con seriedad, pero no parecía consternado, y eso logró tranquilizar un tanto sus destrozados nervios. Se sorprendió de que los ojos del profesor se posaran sobre ella y no sobre su adorada Driamma, como era su costumbre.

El profesor esbozó una ligera sonrisa, casi imperceptible, y alzó una mano para depositarla en su coronilla, como si fuera una niña pequeña. Se inclinó para darle un beso en la frente, justo al lado de su Secbra.

—La creación te bendiga, criatura —le dijo a continuación.

Ash se sonrojó y esbozó una sonrisa embarazosa. También Orla le sonreía con agradecimiento.

—Tesk, ¿qué ocurre? —Preguntó Sooz, a su lado.

—Si algo tuvo de bueno lo que ocurrió anoche, fue comprobar que estás preparada para lo que se avecina —dijo Tesk, aún con los ojos clavados en Ash.

—¿Para lo que se avecina? —Repitió en un hilo de voz.

Lozis los interrumpió al pedirles que tomaran asiento. Todos los profesores de la Academia se encontraban presentes, también Tibor Benedek, el padre de Sooz.

Sooz tiró de ellas hacia los asientos. Elek y Taly se giraron para observarlas, y le dedicaron una sonrisa radiante a Ash mientras la felicitaban por su actuación la noche anterior. Pero Gábor no se giró ni una sola vez. Se quedó inmóvil, hundido en su asiento, hacia un lado, y con los brazos cruzados como si estuviera enfadado con el mundo.

—Me gustaría, por una vez, conseguir vuestra atención total —señaló el director, consiguiendo que todo murmullo quedara ahogado.

—Son las 12 de la mañana del domingo, 21 de diciembre. Dentro de dos horas, un comunicado oficial revelará a toda la ciudad de Noé que Kaudalon, nuestro planeta abastecedor de agua, fue localizado y destruido por las tropas progresistas hace alrededor de tres meses.

Primero, el silencio.

El silencio de la confusión y de la negación. Pero éste solo duró unos segundos. Después del silencio, el caos se abrió paso entre la clase. Se deslizó como la ola de un tsunami. Imparable. Arrasando todo lo que encontraba a su paso. Dejando solo el pánico, el miedo y la ira. Todos y cada uno de los peores rasgos humanos fueron aflorando en los alumnos. Cada uno, atacado por aquel cuya personalidad lo hacía más propenso.

Todos querían saber cómo, cuándo y por qué había ocurrido tal cosa. Pero, sobre todo, querían saber cuánto tiempo les quedaba.

Pasaron más de diez minutos antes de que lograran calmar el torbellino iniciado por la declaración, y que Lozis pudiera proseguir con el discurso que tenía planeado.

—El gobierno lleva meses trabajando en una solución. Por suerte, fuimos

bendecidos con la aparición de un grupo de aliados en la Tierra. Las investigaciones de la NASA en esa dirección han logrado identificar el paradero exacto de este grupo de resistencia. Se encuentran en una pequeña isla de Oceanía. El gobierno progresista no tiene conocimiento de que esta isla exista, pues fue creada por los científicos naturalistas como enclave de investigación y pruebas de regeneración ambiental. En la última comunicación establecida con este grupo de resistencia nos han asegurado que han encontrado una manera de crear un pequeño hueco en el escudo protector progresista que rodea la Tierra, y los avisa de toda entrada y salida. Ese agujero podrá ser abierto aprovechando una desviación energética que tendrá lugar en exactamente nueve días, como motivo de una celebración masiva progresista. Solo en ese momento, cualquier nave que aterrice en suelo terrestre no será registrada por la defensa enemiga. Ese agujero durara solo quince minutos, por lo que...

—¿Qué estás diciendo? —Preguntó Gábor, estupefacto.

—Lo que está diciendo, Gábor —lo interrumpió su padre, con voz clara y vehemente— es que, en ocho días, un grupo de estudiantes de esta Academia entrará en la Tierra con la misión de piratear las defensas enemigas para que todos podamos regresar, puesto que la ciudad de Noé tiene las horas contadas.

En medio del caos, de voces chillando, y de alumnos llorando, Lozis logró elevar su voz y pedirles otro minuto de silencio.

—¿Cómo van a seleccionar qué alumnos irán a la Tierra? —Inquirió Gábor, aprovechando que el murmullo se había reducido.

—No depende de nosotros, Gábor —comenzó el director—. Esta es una misión de suma importancia y...

—¿De quién depende entonces? —Interrumpió el muchacho, sin modales, y mirando a su padre.

Tibor Benedek le dedicó una mirada de disculpa a su hijo. Parecía decirle, con los ojos, que él no tenía la potestad para decidir sobre eso.

—Vuestra compañera, Lashira Khan, será la encargada de escoger quiénes de vosotros la acompañarán en esta misión.

El ruido de cuellos, tornándose para mirar a Ash, llenó el ambiente. Habían apagado la cascada aquella mañana, dejando el claro sumido en un tenebroso

silencio, como si el jardín ya hubiera muerto.

Ash observó los rostros de sus compañeros. No solo habían decidido por ella que viajaría a la Tierra, sino que además la obligaban a apuntar con el dedo quiénes, de aquellos jóvenes, iban a ser los elegidos para morir, junto a ella, en una misión suicida.

Glosario

ÁNCORA: Sistema de transporte, similar a un tren, utilizado en Noé.

ÁTOLON: Tableta electrónica para almacenar información, utilizada principalmente por estudiantes.

BRAZALETE: Aparato que almacena la energía producida por el cuerpo humano para ser utilizada más tarde.

COOK: Aparato que prepara platos terminados a partir de materias primas. Su uso fue desechado por los Naturalistas como medida de ahorro energético.

BOMBAS DE LUGANO: Bombas atómicas lanzadas sobre la ciudad suiza de Lugano. El humo estratosférico de las explosiones ocasionó un invierno nuclear que sumió al continente europeo en una hambruna glaciaria.

FACEBOOK: Espacio virtual que sirve de identificación oficial para los ciudadanos de Noé, y de medio de comunicación.

FRIARTON: Plataforma espacial creada para ser la cárcel de Noé. En realidad se usa para albergar a un grupo de refugiados rescatados de la Tierra.

KAUDALON: Planeta con agua potable descubierto por los Naturalistas. Su descubrimiento hizo posible que naciera el Proyecto Noé.

LARMPAG: Herramienta de precisión que se utiliza para desmontar micro-ordenadores.

LIGA ANTI-FACEBOOK: Entidad en contra del uso de Facebook. Se encarga de proteger a la población de los usos incorrectos de Facebook. Pertenecer a la Liga ofrece otra forma de identificación oficial, que permite bloquear el perfil de

Facebook, para tener mayor privacidad.

MANIFIESTO DE SUPERVIVIENTES: Documento oficial en el que figuran los nombres de los supervivientes naturalistas de la Tercera Guerra Mundial, evacuados a Noé.

MICRO-ORDENADOR: Ordenador de 5 centímetros que proyecta una imagen holográfica.

NAR: Moneda utilizada en Noé.

NATURALISTAS: Movimiento ideológico que promueve políticas medioambientales y un estilo de vida, altamente sostenible. Los naturalistas son veganos, no utilizan animales de ninguna forma, y desechan toda tecnología que contamine.

NOÉ: Plataforma espacial autótrofa similar a la Tierra. Alberga parte de la flora y la fauna que se encuentra en el planeta Tierra.

PENTACE: Acrónimo de Pentago Space: Estación espacial militar creada para proteger Noé de posibles ataques externos. Es, también, sede política donde se reúnen los políticos, los militares y los científicos a cargo del Proyecto Noé.

PROGRESISTAS: Movimiento ideológico que se opone a las medidas radicales de los Naturalistas, y defiende el uso de la tecnología y la explotación animal de la tradición humana.

PROYECTO NOÉ: Iniciativa de alto secreto llevada a cabo por los Naturalistas, para crear una plataforma espacial autótrofa similar a la Tierra, donde evacuar a la población terrestre en caso de emergencia.

REFUGIO DE FUNEN: Refugio creado en la ciudad de Funen, en Dinamarca para supervivientes europeos tras las bombas de Lugano.

SECBRA: Acrónimo de Second Brain. Ordenador inventado por Lashira Kahn que se coloca en la frente y se conecta con el cerebro del usuario.

TERCERA GUERRA MUNDIAL: También conocida como Guerra ambiental entre las dos facciones terrestres, los naturalistas y los progresistas. Se debe a discrepancias entre ellas sobre la política medioambiental y el estilo de vida. En ella se utiliza armamento nuclear y termina con la evacuación de los Naturalistas

supervivientes a Noé.

VEGANISMO: práctica de abstenerse por motivo propio, de la utilización y consumo de productos de origen animal, particularmente en la dieta; así mismo también indica seguir la filosofía asociada que rechaza la condición de mercancía de los animales.

YUNBOK: Sistema informático inventado por un coreano para recuperar fotos y datos eliminados de Facebook.

DESTERRADOS

BECA ABERDEEN

No esperes más y entra en la web de la autora

<http://www.wattpad.com/user/BecaAberdeen>

En la web, encontrarás toda la información sobre la serie y su autora Beca Aberdeen,
y podrás acceder a material inédito.

También podrás dejar tus opiniones sobre el libro o comunicarte con la autora.